

MIKAEL

“¿QUIÉN COMO DIOS?”



GLOSARIO MARIANO
Ramón Sarmiento

EL ESPIRITU HOSPITALARIO
Hugo Esteva

SOBRE LA HUMILDAD
Alberto García Vieyra

**ACERCA DEL FUNDAMENTO
DEL PRINCIPIO DE SUBSIDIARIDAD**
Carlos Ignacio Massini

**LA MISION FRANCISCANA
EN RIO CUARTO (1876-1890)**
José Antonio Cambría

VOLTAIRE AL MARGEN DEL MITO
Vicente Gonzalo Massot

28

MIKAEL

Revista del
Seminario de Paraná

Año 10 - Nº 28
Primer Cuatrimestre de 1982

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL 140.702

INDICE

Ramón Sarmiento, C.M.F.	Glosario mariano	3
Juan Oscar Ponferrada	A la libertad	40
Alberto García Vieyra, O.P.	Sobre la humildad	41
Ordenaciones		52
Hugo Esteva	El espíritu hospitalario	57
José Antonio Cambría	La misión franciscana en Río Cuarto (1876 - 1890)	77
Carlos Ignacio Massini	Acerca del fundamento del principio de subsidiaridad	99
Documento	Carta del Cardenal Slipy al Cardenal Ru- bin	106
Néstor Sato	María al pie de la cruz (traducción del "Stabat Mater")	108
Vicente Gonzalo Massot	Voltaire al margen del mito	111
Crónica	Metafísica, Ética y Derecho Natural (el Primer Congreso Católico Argentino de Filosofía)	122
Alberto Buela	Vigencia de la cosmovisión greco-roma- na en el mundo contemporáneo	127
Bibliografía		133

El grabado de la p. 39 pertenece a Guillermo Buitrago; el de la p. 110 a Juan Antonio Ballester Peña. Ricardo Coll, seminarista de la Arquidiócesis de Salta, es el autor de los dibujos de las pp. 121 y 132.

GLOSARIO MARIANO

P O R T I C O

*¡Oh humilde y sosegada primavera
De quien nació la flor más pura y bella!
¡Oh recatada y límpida creatura,
Madre de amor que al pecador espera!*

*Tú la rosa más blanca y la primera,
Tú la leche y la miel y la ternura,
Tú más alta y limpia donosura,
La dócil nube y la encendida hoguera.*

*Tú el árbol que dio fruto luminoso
Sin tener sus raíces en el suelo,
Tú mi silencio y Tú mi sed de muerte.*

*Madre del Hijo que es mi eterno gozo:
¡Ponme tus alas de plumón de cielo
Y hazme dormir para que pueda verte!*

ALFREDO BUFANO (1895-1950)

— I —

El insigne pensador español, Eugenio D’Ors, católico de pro, con donosura y sapiencia inigualable y reconocida autoridad, redactó una profusa serie de notas, galanas y sabrosas, sobre todo lo divino y lo humano, que tituló “glosario”.

En las siguientes páginas que intentamos escribir, con el corazón más que con la mente, quisiéremos glosar algunos pensamientos sobre Aquella a la cual todo se debe dar “porque cantar es amar, porque agitarse es sentir” como rimara el dulcísimo poeta castellano, Gabriel y Galán.

A lo largo de los siglos, en la Iglesia, una legión de Santos y renombrados escritores nos legaron brillantes y densos volúmenes, saturados de amor y sabiduría sobre las excelencias y glorias de María Santísima, a fuer de paladines y pregoneros de la Señora. Parecería audacia pergeñar algo nuevo acerca de tan inexhausto y fecundo tema, pero alienta nuestra confianza el apotegma aceptado por todas las almas buenas: **De María numquam satis**, jamás se hablará suficientemente de la Reina de cielos y tierra, por la simple razón de que en Ella volcó la divina Bondad todo el caudal o plenitud de todas las gracias y favores a ningún otro mortal concedidos.

Para adentrarse en el alma de María —templo augusto de la Divinidad— fuera necesario purificar el alma primero y los labios como los del profeta para el vaticinio y en silencio profundo acrisolar el espíritu para descubrir, atónitos, maravillas inapeables. El silencio en verdad fuera más conveniente para develar los misterios que inteligencias privilegiadas elucidaron en recinto tan acabado y majestuoso escondidos en el Arca de la Nueva Ley.

Con todo, no obstante la cortedad y pobreza humanas sucesivamente se desgranarán algunas reflexiones e ideas sobre la Mujer única, hechizo del mundo y alegría de los cielos, pues a Ella se debe toda bendición y loa; como en el verso del poeta precitado, negárselas por sencillas fuera negar nuestra bajeza, heredad de toda mortal criatura.

Alguien escribió un "lunario sentimental". Un hijo de María, lo hará con alma y corazón, en aras del amor filial debido a la mejor de las madres, dócil al imperativo expresado en la copla donairosa:

*Cantadle, que es del mundo
el más bello florón
y la más linda estrella
que el orbe iluminó.*

— II —

María, la predestinada Madre del Redentor, en la mañana del mundo, a raíz de la caída deplorable, es como el preámbulo de la creación. No en vano es axioma admitido que Ella constituye y es como el principio y prólogo de lo creado y la primera de las creaturas, el negocio permanente y la preocupación de todas las edades: **negotium saeculorum**, en expresión feliz de los Santos Padres.

En la mente de Dios no existen diferencias ni división de tiempos; un solo decreto creador eterno fecunda la nada y da consistencia a los siglos; en su visión integral de todos los seres y las cosas futuras, en el comienzo de los tiempos, conocía El la realidad y el acontecer histórico; mancillado éste y desvirtuada aquella por el vaho negro de la

— 4 —

culpa, deteriorada la imagen del Creador en el hombre, decretó su restauración; entonces apareció luminosa, riente y primaveral la figura de la Madre de Dios.

Si así no remediara el Señor el fracaso aparente de su obra, dijérase inconclusa su acción y tarea creadora. Sin la presencia de María, que **ab aeterno ordinata**, concebida antes de todos los siglos, como cantó el ilustre poeta colombiano, Belisario Peña, "¿qué hombre viera ahora — el arquetipo eterno que la arcana — mente divina concibió creadora — para raza del mundo soberana, — si un ejemplar no hubiera inmaculado — indemne de la herencia del pecado — patrón perfecto de la estirpe humana?".

La divina piedad y Sabiduría eterna labró para sí su templo, magnífico, impoluto, constelado de maravillas inauditas, volcadas con profusión en el alma de la mujer que corriendo los siglos sería su Madre bienamada.

Para ponderarlas, corta queda la inteligencia de los ángeles y menguado resulta el entendimiento humano; por grandes esfuerzos que realice para especular su grandeza, no llegará ni a vislumbrar los portentos obrados por la Omnipotencia en el corazón de su Madre escogida entre millares.

Algo le dicen y declaran a la cortedad humana las palabras de la revelación aludida cuando le sugieren la anchura y profundidad del arcano al puntualizar en sus páginas: **sapientia aedificavit sibi domum**.

En el vértice de toda santidad comienza, pues, la base de las gracias y privilegios de la excelsa Señora, "flor del paraíso y de los astros luz", o como canta la devota plegaria:

*A Vos, Señora, la santa Virgen,
Luz de quien toma su luz el sol;
la flor divina de la montaña,
Reina del cielo, Madre de Dios.*

— III —

La Virgen, primera figura y cima de todas las creaturas, concentra en sí la razón suprema de su predestinación única. Genialmente profundizó y señaló las causas de la misma el glorioso Obispo e ínclito Mártir san Ireneo, autor celebrado de una apología contra los herejes, enemigos de María en todos los tiempos. En dicha obra traza el santo Doctor un paralelo en la acción divina sobre la conducta y prestancia entre dos mujeres, cabeza de dos generaciones muy diversas.

Señala la desobediencia de la primera, cometida bajo un árbol fa-

— 5 —

tídico y la obediencia de la segunda efectuada al pie de otro árbol vívífico y salutífero. La seducción de la primera virgen Eva, destinada ya para un varón, y la verdad venturosamente anunciada por el ángel a la Virgen María, prometida a otro varón.

El ángel malo sedujo a Eva para que se apartara de Dios; desobedeció a su mandato; otro ángel anunció a María que iba a llevar en su seno a Dios si acataba su palabra. Aquella se rindió a la tentación pérfida y engañosa y se desacató, mientras que María se convirtió en abogada de la virgen Eva: "hágase en mí tu voluntad según tu palabra".

De esta suerte renovó el Señor todas las cosas, restableció el orden alterado y malbarató la guerra desencadenada por el maligno para desconcierto de toda la creación; por eso, "cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer", su stirpe reacondicionó el humano linaje, de modo que, continúa el santo Doctor, si la especie bajó a la muerte a causa de un hombre vencido, por otro hombre victorioso subimos de nuevo a la vida.

No sin placiente humorada, el gran Quevedo, comenta el infausto suceso de la caída, dirigiéndose a Eva: "por una manzana descalabrateis todo el género humano", mientras que la Iglesia aplica a María aquella verdad incontestable: "por Ti vino la salvación al mundo entero". Una aceptación pronta de la humilde María, como le place hablar a san Luis María Grignon de Montfort, reconcilió con Dios la naturaleza toda.

— IV —

El primer Amor. Es pensamiento profundo de Dante, refiriéndose al Hacedor supremo; tal es por otra parte su definición, conforme nos le revela el Evangelio.

Por amor, la Omnipotencia divina, en gesto de expansión y comunicación de bienes, sembró o pobló de seres el universo, sacándolos de la nada.

Un corazón joven —y ¿quién más joven que el anciano de los días, el Eterno?— tiene necesidad, se afirma, de perpetuar su juventud, llevado de esa fuerza que mueve el sol y las altas estrellas; de tal modo operó Dios en la concepción y acabamiento de su obra maestra, su futura Madre.

El amor, se repite igualmente, no mide el tiempo y carece de medida si el corazón al cual alienta no pone valla o límites a la acción de su gracia bienhechora; el céfiro no distingue las flores que roza o acaricia; la munificencia divina ¿pondría coto a sus dádivas y favores en el

objeto principal de sus ternuras? Tal fue el caso de la elección de su Madre santísima.

En Ella perpetuó su Poder todo el encanto y la lozanía de su eterna juventud colmándola de gracias y privilegios sin tasa ni medida.

La inocencia, la incontaminada pureza, fueron las preesas más codiciadas con que el Señor enjuyó el alma de su Madre, la Madre del Amor hermoso, para encanto de sus ojos y de su corazón de Hijo.

La sin pecado **ab aeterno** concebida, la sin mácula virgen coronada, fue en la mente divina la madre del Primer Amor, la virgen más joven que el pecado, títulos que sólo cuadran a la engendradora de Dios.

Si esto fue así ¿cómo no se prendería el Señor de esta singular criatura, en la que puso El su mirada bienhechora, enamorándose de su hermosura? Bellamente se expresó a este respecto santa Teresa del Niño Jesús cuando delicadamente escribiera:

*Yo no me admiro, Inmaculada Virgen,
de que tu alma agrade al Rey del cielo
más que le agrada su mansión divina;
y alcanza a comprender mi entendimiento
cómo siendo tu alma
valle humilde y ameno,
a mi Jesús divino
que es piélagos de amor, encierras dentro.*

Cabe pensar, siguiendo el discurrir de la santa, que el Hijo divino dejó contento la felicidad de la gloria, para vivir encerrado, nueve meses, en el cielo viviente del Corazón de María.

— V —

No hay palabra, sin embargo, más repetida y manoseada que la de amor. Es el sonsonete y eterna muletilla que se menudea hasta el cansancio y el fastidio. En todas las lenguas quizá es el vocablo más gastado en rimas y prosas; la voz que más se reitera en conversaciones y arrullos y requiebros, púdicos o torpes.

¿Quién ignora cómo muchas veces esa noble expresión se rebaja en sentido peyorativo, equivalente a pasión, capricho o veleidad reprehensible o pecaminosa?

La Iglesia, sabiamente, aplica a María la cláusula de la Sabiduría: "Yo soy la madre del amor hermoso". De esta guisa, siguiendo esta enseñanza, ¡qué bien condice a la Madre del divino Amor aquella sentencia de un gran enamorado de la Señora, san Anselmo: "oh Tú, hermosa para mirar, amable para contemplar, maravillosa para amar!".

El mansísimo san Francisco de Sales agrega a su vez: "Tú eres, oh María, vaso de incomparable devoción, Reina del Amor eterno, tú eres la más amable, la más amada, la más amante de las creaturas".

Ciertamente María fue verdadera madre, por consiguiente todo corazón. ¿Consecuencia? Luego fue toda amor: **madre, amor y corazón — tres cosas suenan y una son.**

Su destino fue ese, su vivir fue amar y la Virgen, a imitación del primer Amor —Dios es amor— con plenitud saturó de amor su existencia. Conforme lo aquilató alguien en una página inolvidable, Ella, la bienamada del Señor, amó como hija, novia, madre, hebrea y cristiana, como Dios la quería en el estado y vocación que le destinó (Miriam, dic. 1977, núm. 174, pág. 206).

El preclaro humanista español, Juan Luis Vives, exclama alborozado: "oh doncella, oh casada, oh viuda, oh madre siempre virgen, aborrecible y temida de nuestro enemigo y para nosotros dulce y sabrosa más que la leche y la miel!" (Obras, t. I, Aguilar, pág. 271).

Y eso ¿por qué? Porque estuvo y vivió siempre de amores inflamada. Recuerdo un hexámetro que trae en "le sommeil de Jésus" Martin Freminet: "**vestieras Solem, vestiris sole, Puella**", que se traduce: el sol te embiste y te envistes de él.

Escrito está: "el que se acerca a Dios, será abrasado por El". ¿Quién más próximo al amor esencial que la Mujer purísima que lo llevó en su seno?

— VI —

Con exactitud se afirma que el amor busca un semejante y no hallándolo forma y modela otro a su imagen y medida.

El Santo de los santos labró entonces un palacio a la altura de su dignidad; por eso, a la escogida como madre suya, la colmó de gracias y encantos.

Ese prodigio ocurrió en el misterio de la Encarnación, sin repetirse jamás: la privilegiada de Dios estuvo llena de gracias. Tal el nombre y apelativo de la Señora, como la saludó el Arcángel; por lo cual no yerra la piedad cristiana saludando a la divina Doncella con renombres que a ninguna otra mortal criatura cuadran ni convienen: **Llena de gracia, la Agraciada; "Tuttasanta"**, como la nombra Manzoni; y **Panagia**, madre santísima, la invocan los griegos.

Los santos, unánimemente, reconocen el prodigio y con san Jerónimo sostienen esa misma verdad cuando afirman de María: no sólo

fue y estuvo llena de gracia sino sobrellena de gracias. Fue como un vaso purísimo, cristalino, rebosante para traspasarla y derramarla sobre las almas de los redimidos. "¡Qué pura el Señor la haría para hacerla digna de El!".

En verdad que esta Mujer fue a los ojos de Dios, que la escogiera y predestinara, aludiendo a un símil ajeno, el Aconcagua de la gracia, el monte más airoso y encumbrado de toda santidad. Pues siempre será verdad inconcusa que allí donde acaban las más altas cimas de la perfección en los santos colectivamente, comienza la cúspide de la madre benditísima.

A nosotros, los pobres hijos de Eva, sólo nos toca recurrir a Ella, la Madre de la divina gracia, en demanda de sus dádivas y favores, porque no debemos, no es posible olvidar el consejo inspirado: acudamos con frecuencia al trono de la gracia, para hallar socorro y amparo en el momento oportuno, en todos los trances apurados de la vida.

El poeta cristiano estampó en su célebre poema un pensamiento que solamente es aplicable a la Virgen, dadora de Dios: "hay una mujer allá en las alturas que me alcanza todo favor y gracia" (Dante, Purg. XXVI, 59). De esa suerte, creemos que por autorización y designios del Altísimo, del palacio del Rey no sale ningún vale sin el refrendo o la rúbrica obligada que reza: "Yo, la Reina", escribió un desconocido y piadoso pensador.

— VII —

Todo este cúmulo de gracias y maravillas concedidas a la Virgen, tenían su repositorio: su Corazón inmaculado.

Estampa el Evangelista una frase por demás significativa con referencia a los misterios volcados por el Altísimo en el alma de nuestra Señora: "todo lo guardaba Ella en su corazón para rumiarlo morosamente y meditarlo a solas poco a poco".

Otra vez leemos en la sagrada Escritura: es cosa prudente guardar los secretos del rey. Y a fe que la celestial doncella guardó celosamente ese consejo. ¡Los silencios de María! En su Corazón purísimo se labró primorosamente ese receptáculo o archivo de maravillas recibidas de la divina bondad.

En las moradas solariegas es costumbre socorrida destinar una estancia para conservar los blasones de hidalguía familiar. El Corazón de María los reponía todos en la residencia suntuosa de su alma pura.

Hablamos así, siguiendo el estilo de un castizo escritor y el de la santa Escritura; en ella se estilaba tomar el corazón como el centro o cogollo psicosomático del ser humano. En esa víscera importante repercuten

todos los afectos del alma y es como el símbolo donde se acompasan y hallan eco misterioso las afecciones del alma y del cuerpo. De allí se extraen esos modos de expresión que usamos a menudo: "tiene un corazón de oro", "hablar con el corazón en la mano"; tal buena acción es una corazonada del individuo.

Por eso todos los sentimientos santos que vibraban en el alma de María, resonaban fiel y armoniosamente en el corazón de la predestinada criatura. Adentrándonos reverentemente en el misterioso recinto del Corazón de María, con facilidad descubriremos con suntuosidad aparejada, la mansión de la Trinidad, el templo augusto de Dios, un mundo colmado de gracias, el sagrario del Espíritu Santo, el cielo compendiado de la Divinidad.

En numerosos templos que la piedad y fe cristianas han edificado para honor y gloria del Altísimo se inscriben estas siglas: **Deo Optimo Maximo, D.O.M.** En la portada del Corazón de María es fácil descifrar parecida leyenda: Templo, Morada, Casa de Dios.

— VIII —

¿Cómo era la Madre de Dios físicamente?

Murillo y Montañés nos dejaron sendos cuadros que arroban los ojos y el corazón de cuantos los contemplan. De Jesús asegura la divina Escritura ser el más hermoso de los hijos de los hombres.

Pues bien; ¿no está dicho y repetido que los hijos son el vivo retrato de los padres? Una fuente copta afirma que el Hacedor supremo contempló la creación entera y no vio nada semejante a María. Inspiradamente escribió el vate Gabriel y Galán, cantando a la Inmaculada:

*Aquella sabia mano
providente, magnánima, divina,
quiso un ser por bello soberano...
Grandiosa, exuberante,
casta, ideal, magnífica, triunfante,
más hermosa que el día...
más hermosa que el sol... ¡hizo a María!*

Entonces sin retaceos repetimos deleitosamente la copla que piropea así a la Flor de nuestros valles: "tienes en la carita — lindos claveles — eres la más bonita — de las mujeres".

¿Hemos olvidado el relato aquel del devoto de María? Deseando éste contemplar facialmente, siquiera por un instante, la hermosura y gloria de los cielos, así le costara los ojos de la cara pidió y obtuvo la suerte de admirar la agraciada faz de María, pero cerró uno de los

ojos por miedo de perder la vista totalmente; pesaroso luego de haber desaprovechado tan singular oportunidad, reiteró sus ruegos aunque le costara la pérdida de la vista por completo. Mas repitiéndose la visión, la buena madre le restituyó la visión íntegra de ambos ojos.

Un delicado poeta español nos traza la figura deslumbrante de la Flor de las flores en estos pulidos versos:

*De estatura de cuerpo fue mediana,
Rubio el cabello, y el color trigueño,
afilada nariz, rostro aguileño,
cifrado en él un alma humilde y llana.
Los ojos verdes de color oliva,
la ceja negra y arquada, hermosa,
la vista santa, penetrante y viva.
Labios y boca de purpúrea rosa,
con gracia en las palabras excesiva,
representando a Dios en toda cosa.*

Santa Bernardita, los pastorcillos de Fátima y otros, favorecidos con la visita de la Doncella, se extasiaron en su presencia, prendados de su hermosura, rendidos de su gracia, donaire y faz hermosa, como en el verso de Fray Luis de León.

Santa Brígida en un himno maravilloso nos brinda la **vera effigies** de la púdica Señora, que resumo tomándolo de un autor moderno: sus **ojos**, cuantas veces los elevaba al cielo, su mirada avergonzaba el esplendor de las estrellas; los **oídos**, tan castos; el **rostro**, honestísimo; los **labios**, más fragantes que la amenidad de los prados; las fecundas **entrañas**. Los **pies** alabados sean, más que las raíces que nunca cesan de fructificar. Al fin y la postre a Ella cuadra la coplilla de un antiguo villancico inglés: "en el mundo no habrá otra madre y doncella; di, la Madre de Dios, ¿quién será sino Ella?".

— IX —

Subían la falda empinada, cubierta de nieve, el padre y el hijo a su vera. De pronto, desapareció éste. Volvió la vista el padre y observó que el niño caminaba en pos de él, pisando sus huellas. Ahora sí que voy bien, dijo el chico, estoy caminando sobre tus huellas.

Es lo que la Virgen desea y pide a sus devotos: su imitación, la copia de sus ejemplos y el tenor de su vida santa. El ejemplo es la escuela de la humanidad, consignó cierto escritor; de ello es sin par modelo la Madre de Dios y de Ella debemos aprender.

Quiere pues la Virgen que nosotros sus hijos seamos y nos convirtamos en reflejo y eco de su vida. La cifra podría ser la contraposición entre los siete vicios capitales y las virtudes opuestas que alguien cotejó

o confrontó así: soberbia, Humildad; avaricia, Largueza; lujuria, Castidad; ira, Paciencia; gula, Templanza; envidia, Caridad; pereza, Diligencia.

Tal fue la vida de María, que toda su vida es ejemplar acabado de virtud para todos, estampó con acierto el gran Doctor san Ambrosio.

Es norma y pauta comprobada y recibida que el patrón de los escogidos es Jesucristo. Junto a El, su Madre santísima; es fácil imaginar que Jesús tiene los rasgos físicos de la Virgen y que sus maneras de andar, reír, conversar fueran muy semejantes a los de la Virgen y aún ahora en el cielo está Ella, aseveremos con Dante, y es el rostro más parecido a Cristo: Riguarda omai nella faccia ch'a Christo piú si somiglia (Par. XXXII, 85).

No pretende la Iglesia al canonizar y llevar a los altares a los siervos de Dios solamente el proponérselos como abogados y patronos nuestros; el intento principal es presentarlos como modelos de virtud y ejemplares que debemos imitar y emular. De lo contrario, nuestra devoción hacia ellos se torna huera y engañosa.

Lo propio cabe asegurar acerca de nuestro culto y piedad para con la Reina de los Angeles.

Juan de Cronstadt afirmaba una cosa innegable: "en la iglesia, los iconos no son para la vista, sino para la Oración, para la Veneración, para la Edificación". Para que nuestra devoción a María no sea postiza o artificial y meramente exterior, grabemos en el alma el acertado consejo de un escritor antiguo: "imitad a la que decís amar" (Pascasio Radberto, "De Assumpta") y la consigna e ideal que nos establece san Agustín: "imitad a la Virgen en todo cuanto podáis... esculpíd en vuestras almas lo que admiráis en la carne de María": "Imitamini eam quantum potestis... Quod miramini in carne Mariae, agite in penetralibus animae" (Serm. en la Natividad del Señor, 8, 3, 4).

— X —

Conocida es la fábula de la mariposa y del batracio. ¿Por qué me afeas y escupes? preguntó a éste el lepidóptero. Porque brillas, repuso torpemente el bicho abyecto. ¿Por qué al cielo sube el velo de la nube al astro que flamea? Por el rencor ardiente que ante lo noble siente todo lo que rastrea.

María, ser excepcional, criatura única y sin par, muestrario y cofre de misterios, millonaria de gracias y dones incomparables, dotada en cuerpo y alma de carismas sin tasa y sin cuento, como todo racional supo de aflicciones y fracasos; en este valle hondo oscuro sorbió las heces del dolor y la amargura. La Providencia no la exoneró del aguijón de las penas y sufrimientos. Conoció en su peregrinar el desdén, la incompreensión, el desagradecimiento. ¿No reparamos en aquella expre-

sión evangélica un retintín o dejo, no tanto de asombro cuanto de sorna y menosprecio: ¿no es Este el hijo del carpintero y el Hijo de María?

Ciertamente la Virgen tuvo amigos leales que la admiraban y querían bien. ¡Los requiebros y ternezas que le ofrendara su esposo castísimo, san José! Mas contaría y tiene María enemigos mal disimulados y perversos, empujados por vientos de abismo. No en vano se consignaron aquellas palabras inspiradas: "enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre su descendencia y la tuya".

La Madre del eterno Perseguido y profundamente Amado, tuvo sin duda sus contrarios; como la mejor discípula y émula del Mártir y Víctima del mundo participó en el juro y herencia del que dijo: "si a Mí me persiguieron, también os conducirán al suplicio por mí causa".

Sólo un enemigo cerril y artero tuvo la Inmaculada: el autor del pecado, el diablo y sus satélites de la tierra.

Quizá y sin quizá por esto el enemigo malo huye y se aparta del blanco de sus iras y maquinaciones, si el alma invoca, conforme nos aconseja san Bernardo, el nombre de María. Añade el santo: "brama el infierno y ruge Satán", cada vez que repito: Ave María. Por ende, concluyamos con el vate cristiano y español, José Zorrilla:

*María, cuyo nombre
como conjuro santo
aterra con espanto
la saña de Luzbel;
escribeme en el pecho
tu nombre omnipotente
porque jamás intente
aposentarse en él.*

— XI —

¡Corazón inmaculado de María! Esta invocación filial que la piedad cristiana dirige y dedica a María, es la síntesis cabal de la primogénita hija del Altísimo.

Columbramos ya todos la belleza sin igual de la Virgen en su ser físico; mas nada eso importaría cuando paramos mientes en los encantos que esplenden en el alma purísima de la Hija del Rey.

La Iglesia santa repite entusiasmada: **tota pulchra es, Maria!** Toda hermosa eres, María; toda hermosa y sin lunar.

Corre una leyenda oriental de sugerencias llena. En el comienzo de los tiempos, el Creador tomó el rayo más luminoso del sol, rebuscó en el fondo de los mares la perla más preciosa, pidió prestado a los

ángeles el tono más subido de su belleza fascinadora y a las flores el hálito más fragante de sus perfumes; mezclándolo todo, surgió encantadora la mujer.

Poesía pura, fantasía deleitosa. Pero lo cierto es que tal alarde de imaginación tuvo su coronamiento y plenitud en María, en la concepción sin mancha de la futura madre del Redentor, a la que muy bien pudiéramos aplicar el verso del eximio poeta: "con un ritmo de estrellas y músicas lejanas hoy es el cielo todo como un verso" (Pemán, *Cantar Nuevo*, Obras t. I., pág. 766); y María es *caelum Dei*, cielo de Dios, en frase de los santos.

Hablando de nuestra excelsa Reina recurren persistentemente a la memoria los conceptos de inocencia, pureza, candor; nociones de luz, claridad, sol; imágenes de lirios y azucenas, aromas; ideas de albura, luminosidad y embeleso; hablando de Ella no es lícito ni aludir siquiera, como afirmaba san Agustín, a ostugo o sombra de pecado.

¿A cuál otro ser creado conviene el elogio de la divina Sabiduría: "eres irradiación de la luz eterna y espejo jamás empañado"? Lo mismo aquella otra expresión de la sagrada Escritura: *nihil inquinatum in ea incurrit*, ni rastro de mancha alguna es dado vislumbrar en su Corazón, porque fue cielo animado y reclinatorio del Rey de la gloria.

Sentir lo contrario, abrigar sospecha leve sobre tan grande maravilla, es carecer del sentido de lo divino; tal menguada opinión ni barrunta la dignidad infinita de Aquel que se apacienta entre azucenas y que es el fruto bendito del seno inmaculado de la Pura y Limpia.

— XII —

El título más glorioso que cielo y tierra disciernen y reconocen a María, como el pueblo cristiano lo repite millares de veces, es y lo será siempre: Madre de Dios.

La razón de ser, el destino señalado a esta mujer excepcional por la Providencia que todo lo rige y gobierna con peso y medida, fue la divina Maternidad.

El fundamento y causa de todas las grandezas otorgadas a la escogida entre todas las mujeres, no será otro que esa dignidad incomparable.

Ella implica una exigencia, como ya fue puntualizado, a la plenitud de las gracias, a la virginidad sin mancha, a la santidad suma para hacer de la Virgen la morada digna del Verbo. Concuerta el principio de la Mariología: dentro de los planes divinos, no se niega lo menos a quien se le concedió lo más excelente y superior.

La agradecida Señora, en un momento solemne, expresó: "hizo en Mí grandes cosas el Omnipotente". Por esto, pensándolo bien, se entristece y pasma el ánimo cuando se considera y oye que alguien, por inspiración diabólica sin duda, según ya se insinuó antes, intenta menguar la dignidad augusta de la Madre de Dios, restándole méritos, y retacea su devoción, so pretexto especioso del honor y adoración debidos solamente al Hijo del eterno Padre.

Sostengamos jubilosos que la gloria única de María, como lo confiesan todos los buenos católicos, es la honrosísima vocación para la que la eligiera el cielo, superior a toda otra dignidad. Puntualmente lo sintió el glorioso san Bernardo, el melifluo, cuando sentenció: "Dios pudo hacer un mundo mayor y crear un cielo más grande, pero no una madre de mayor grandeza". ¡Cuán inspiradamente anduvo el vate al asentar esta verdad aquilatada: "María es más Madre que otra Virgen por ser Madre y más Virgen que otra Madre por ser Virgen".

Veneración, pues, y toda loa a la Madre del Salvador. Se resiste la voluntad a omitir el dicho de un antiguo escritor católico, que reza así: "Dice la Escritura: alabad al Señor en sus santos. Si nuestro Señor tiene que ser alabado en sus santos, por medio de los cuales El obró prodigios y milagros, cuánto más deberá ser glorificado en Esta en la cual El se encarnó, quien sobre todas las maravillas es admirable" (Beato Aelredo, ML., 195, 322).

— XIII —

Dado el consentimiento a la embajada del celestial parainfo, María, trocada en arca santa y sagrario viviente del Verbo encarnado, precipitadamente, "saltando montes", narra el Evangelio, púsose en camino hacia la aldea donde vivía su prima Isabel.

"Convenía, anota Orígenes, que María con su dulce carga (y su secreto) después del coloquio con el Angel, trepase presurosa las alturas de los montes, ansiosa de cimas empinadas. Consideraba un deber, ganosa de brindar atenciones, correr sin demoras, llena del Espíritu Santo, hacia las cumbres de la virtud, protegida y salvaguardada por la virtud de lo alto".

Piensen algunos que la dichosa madre —la Gloriosa, como gustaba llamarla Berceo— ignoraba el prodigio obrado en su regazo. Cuando más, afirman, iríalo descubriendo por grados, paulatinamente. Tal conjetura no es admisible, cuando reflexionamos que el gran misterio era y fue reconocido prontamente por el anciano y la profetisa, y antes por Isabel, la madre del Bautista.

La prima, iluminada por luz celestial, proclamó el hecho estupendo

de la divina maternidad, cuando en el zaguán de su casa, saludó a María, con aquella paladina bienvenida humildosa: "¿quién soy yo para recibir la visita de la Madre de mi Dios". Es claro que la joven nazarena tuviera plena conciencia del portento y como señala san Beda, sin dudas era consciente de gestar en su seno a su Hijo y Señor.

Si hasta el infante, privado de razón, el hijo de Isabel, se sacudió y despertó del sueño de su ignorancia en que yacía aletargado, —son expresiones de santo Tomás de Villanueva— con admirable perspicacia y con saltos de gozo profético da testimonio del que no puede saludar con palabras. Y agrega el grande y santo Arzobispo: "Oh admirable Precursor, oh agudeza de vista, oh ojos más que de lince, que descubrieron la majestad de Dios en las entrañas de una Virgen!" (Obras, BAC, pág. 317).

Esta, viendo divulgado el misterio de su seno, transportada en espíritu, llena del Espíritu, prorrumpió en un cántico, llamado así por antonomasia, rebosante de gozo, henchido de agradecimiento, hervoroso de amor. "Ni Safo, añade el santo aludido, puede competir con este canto ni el poeta lírico en dulzura"; y como se expresara bellamente Huysmans: "¿qué música puede emular en solemnidad con el Magnificat, en sublimidad con la Salve, en tristeza con el Stabat Mater?".

Alguien sostuvo que si el divino Maestro no nos enseñara nada más que su oración dominical, fuera colmado beneficio colectivo. El epinicio de la Virgen es el himno más sublime que han oído y heredado los siglos. "Jamás habló así una mujer, prosigue el Arzobispo del Imperio, jamás cantó así una virgen; enmudezcan todas las musas, enmudezca la gárrula poesía, la dulce sirena; calle también el parlero rui-señor, calle toda armonía y alabanza de hombres y aves. Suenan la cítara del Rey, canta la Virgen Madre de Dios" (ib.).

— XIV —

En la carta del discípulo amado y heredero dichoso del supremo Testador, a quien confió El el cuidado de su Madre bendita, leemos un pensamiento sugestivo y consolador: "todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios y todo aquel que da el ser ama también al que ha nacido de El" (I Jn., V, 1).

Sin mayor esfuerzo, podemos glosar estos versículos así: quien cree en Cristo, amándolo como Autor de la Vida, ama también a Aquella de la cual El asumió la naturaleza humana, su Madre, bendita entre todas las mujeres.

¡Grande verdad encierra aquel célebre dicho que sólo el culto a la madre es la religión que no tiene herejes! Solamente el demonio pudo inventar ese absurdo de la "mariolatría" e inspirar ese lenguaje reba-

jado del "maximismo" en el amor a la Señora. No se puede concebir que un buen hijo mire con torcidos ojos el honor y la veneración que otros rinden a la madre cariñosísima de la cual todo ha recibido.

Pensarlo así, como lo siente y pregona la herejía, es poner tacha y desmedro en Jesús, fruto bendito de la Virgen.

Cuadra muy bien traer a colación aquí las certeras palabras de un ardiente apóstol mariano, san Luis María Grignon de Montfort: "el que se jacta de tener a Dios por Padre, sin la ternura de verdadero hijo para con María, engañador es, que no tiene más padre que el demonio" (Trat. de la verd. devoción, n. 30).

Agrega san Juan: "si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios". Ahora bien; Dios mismo muestra cómo honra y cómo quiere honrar sobre manera a la mujer única en la cual El se encarnara.

Amemos, pues, como buenos hijos de Dios y honremos a su Madre y Madre nuestra.

Bien podemos confortarnos con el pensamiento de Fulton Sheen: "si en el día del juicio, el supremo Juez me enrostrara haber amado y servido con todo el corazón a la madre suya, le contestaré que El mismo me dio antes el ejemplo y me quedará tranquilo".

Porque subrayemos la doctrina ortodoxa de san Luis de Montfort: "cuando se alaba a Ella, se la ama, se la honra o se le da algo, Dios es alabado, Dios es amado, Dios es honrado, se da a Dios por María y en María".

Mientras, arraiguemos en el alma el anhelo y desideratum de san Francisco de Sales: "más quiero estar sin pellejo que sin devoción a María" y que rabie el infierno.

— XV —

Un glorioso santo, el joven san Estanislao de Kostka, se complacía en repetir a boca llena: la Madre de Dios es mi Madre.

Todo católico, lícitamente y con verdad plena, puede ufanarse y alborozarse repitiendo lo mismo. Desde la tarde milagrosa del Calvario, en que el discípulo absorto recibió el encargo del Señor moribundo: "he ahí a tu Madre" la humanidad entera quedó confiada a los cuidados y tutela maternal de la Corredentora.

Sin asomos de duda podemos considerar que si Ella, desde su nacimiento, mucho mejor que el mártir de Idumea, el santo Job, pudo afirmar haber tenido siempre entrañas de misericordia, desde aquel momento cumbre, se engendraran en el alma de María sentimientos finísimos de madre buena y solícita para con todos los hombres redimidos por la sangre del Cordero inocente.

¡Oh, sí! Jesús, puesto en agonía, rica prenda nos legó cuando por Madre nos dio a Ti, oh dulce María, rezaba la estrofa popular. Desde aquel instante, podemos todos deleitarnos con este pensamiento delicioso y gozarnos, diciéndole mil veces a la Virgen, nuestra Madre: "mira que si Tú tienes quien más te venere, yo no tengo madre que más me ame".

¡Qué tristes deberían sentirse los justos del Antiguo Testamento sin una Madre! Nosotros, los católicos, nos preciamos de tener en las alturas, en cuerpo y alma, una Madre bendita que mira y vela constantemente por nosotros, sus hijos.

Con pretextos de ecumenismo, con miras a la anhelada unión de los protestantes con la Iglesia y el redil paterno del que se alejaron, intentan algunos dejar de lado a la Virgen. Craso error, lamentable e insólita exigencia. La Madre no puede estorbar en la casa en que nacimos.

Andrés Mauriac escribe unas frases de oro de perenne actualidad: "me percató ahora de un peligro totalmente distinto: el de perder de vista que el culto a la Madre de Dios continúa siendo un signo de verdad y de autenticidad que distingue para siempre a la santa Iglesia". Y agrega, autorizada y rotundamente, el célebre escritor francés: "para acercarnos a nuestros hermanos protestantes, no tenemos por qué distanciarnos de la Virgen. Lo que debemos hacer es entregarles a la Virgen o devolvérsela en la medida que la han perdido. Pero nosotros hemos de custodiar celosamente nuestro Tesoro" ("Le Figaro littéraire", 28 de mayo de 1964).

Jesús, el Hijo de María, pocas cosas o nada poseyó en la tierra como propio. Lo único que tuvo fue su Madre; a Ella nos confió y encomendó misericordiosamente y nos la regaló como propia Madre en el espíritu.

Consagrémonos a su amor y servicio con las palabras de Juan XXIII: "**opus tuum, o Maria!** y también: **Mater mea, fiducia mea!** y asimismo el lema de nuestro actual Padre Santo, Juan Pablo II: **Totus tuus!**

— XVI —

En las manos de los soberanos, aquí en el mundo, frecuentemente, refulge un cetro, emblema de poderío.

Siguiendo esa costumbre, secundando en cierta manera un modo de paralelismo, acostumbramos los humanos reconocer la grandeza del sumo Hacedor e imaginarnos a Cristo Rey empuñando en sus manos poderosas el símbolo de la autoridad y soberanía absoluta y universal sobre la creación entera, sobre la humanidad sin excepción ni contradicciones imposibles.

Señalamos al mismo tiempo que el señorío de María, la Madre del Rey, se incoa y origina en su Corazón maternal —Ella es todo corazón— tal como fue enriquecido por el Hijo queridísimo y querendón.

Pero también María empleaba sus manos benditas para cuidar y acariciar con ternura sin límites al Hijo de sus entrañas. Ciertamente es que los artífices y orfebres usan las manos para pulir y repujar sus obras de arte y los reyes para dispensar favores ("an nescis longas regibus esse manus" dijo el poeta latino: ignoras acaso que los reyes tienen manos dadivosas) pero también para sembrar ruinas y destrucción y estampar la firma en arbitrarias leyes o decretos inicuos.

Las manos de María fueron hábiles para vestir al divino Niño, diestras para alargarle el alimento, "manos virginales acostumbradas a rozar únicamente la faz de Jesús" (cf. Darse, pág. 135), por eso hoy son, desde el trono de la gloria, manos finas para dispensar favores y dádivas, y manirrota para "saciar de bienes a los hambrientos".

Los hombres se creen fuertes y poderosos para fabricar y urdir maravillas y obras quizá geniales; las manos delicadas de la mujer tienen maña y pericia para sembrar el bien y la caridad entre los menesterosos y afligidos.

Se ha dicho con acierto que la mano que mece la cuna es la mano que gobierna el mundo. Esta sentencia se armoniza perfectamente con las funciones encomendadas por el cielo a María que balanceó, teniendo por cuna sus brazos maternos, los miembros tiernecitos del divino Infante, Señor de los mundos.

Un varón sapiente y galante afirmó en una ocasión: sólo he besado en mi vida dos manos: las de mi madre y la de la Reina. Nosotros, reverentes y agradecidos, estampemos un beso en las de la Señora de la tierra y Soberana del cielo, porque son manos que guían, según escribió un mariólogo contemporáneo.

— XVII —

María es la Siempre Bien Nombrada, acotemos con placer rubricando el hemistiquio afiligranado de Juan Oscar Ponferrada, el poeta catarqueño.

¿Quién desconoce el sublime panegírico del melifluo Doctor San Bernardo que interpreta el sentido y el influjo del nombre bendito de María?

El Evangelio nos certifica que el nombre de nuestro Salvador fue traído y bajado del cielo antes de su nacimiento. El corazón nos persuade que ocurriera lo mismo con la predestinada Madre de Jesús.

Consta por otra parte que los nombres que Dios aplica a las cria-

turas preanuncian y manifiestan el destino y elección de los que lo llevan. Según este razonamiento, es hacedero admitir que el nombre dado a "la Mejor de las Mejores y Señora de las alturas" como la apellidó, lindamente, el Arcipreste de Hita, entraña secretos y sentidos múltiples e indescifrables.

En el decurso de los siglos, en todos los pueblos del orbe y en todos los idiomas, la piedad de los católicos hase visto precisada e impelida a multiplicar los apelativos de Aquella que señorea cielos y tierra, aunque podamos exclamar con el exquisito poeta castellano, Gabriel y Galán: "¿qué nombre darte hechicero? — Nada me dice el grosero — decir del humano idioma — ni cuando dice paloma — ni cuando dice lucero".

Para remediar esa pobreza y escasez lingüística, señalase que la denominación y el nombre de la Emperatriz de cielos y tierra posee tres características; es primeramente **poliónimo**: vale decir, que contiene como en una redoma o pomo perfumado, todas las preciosuras o conceptos bellos del lenguaje humano: tórtola, azahar, flor, aurora, iris, rocío y luz, etc.; cuantos vocablos expresan alguna bondad, belleza o perfección y donosura. Es luego, el nombre idolatrado de María, **panónimo**, todas juntas esas palabras melíferas no alcanzan ni bastan para significar sus grandezas y excelencia y la hondura de mar ilimitado, sin riberas; resultando, en definitiva, que el apellido de María es **anónimo**, todos reunidos, quedan cortos y se estiman menguados esos recursos para denotar las virtudes que encuadra ese bendito nombre (cf. Cabodevilla, pág. 62).

La Iglesia, en un himno inspirado, nos enseña que nuestra Madre trocó el nombre de Eva en Ave salutífero, o según interpreta san Justino, como lo vimos arriba, la obediencia de María desató el nudo de la desobediencia de la primera mujer que causó nuestra ruina.

En los designios de la Providencia, como en el misterio del Redentor con las salvedades oportunas, no se ha dado al mundo otro nombre cual el de María en el cual podamos ser salvos.

Quando la eternidad se abra ¡qué placentero nos será morir con ese nombre adorado en los labios como plegaria postrera! Tal era el voto y aspiración de Amado Nervo, muerto en olor de salvación:

*Di ¿qué tiene tu nombre, Madre mía,
que al pronunciar tu acento,
queda en los labios plácida ambrosía,
perciben los oídos armonía
y el corazón palpita de contento?...
¡Todo tuyo! Y, en cambio, plegue al cielo
que de mi lengua yerta
tu nombre idolatrado sea el postrero
que se escape al marcharme de la tierra.*

Si María es la Madre de Dios, como lo proclama el dogma de nuestra fe, es también la Madre espiritual de la humanidad, con justeza y justicia la podremos invocar como a Madre de misericordia.

Socorrido pensamiento es el que encarece cómo Dios nuestro Señor reservó para el Hijo el derecho de juzgar y dictar sentencia, mientras concedió a su Madre el imperio de la misericordia. Consoladora es asimismo la idea de que cuantas veces nos aterre el allegarnos al estrado del justo Juez, sin miedo ni vacilación recurramos al trono de la compasión y de la misericordia, María.

Dante, el teólogo, en su sublime epopeya, dirigiéndose a la Virgen, canta: "en Ti, Virgen soberana, hállese la misericordia y la piedad; en Ti se reúne cuanto de bondad es posible hallar entre los hombres".

La Iglesia invoca constantemente a la Virgen como a Madre y Reina de misericordia y le suplica que vuelva hacia nosotros sus ojos misericordiosos. Precisamente, Ella, la Madre llena de bondad y de dulzura, asunta a los cielos en cuerpo y alma, suscita en todos sus hijos gérmenes de consuelo y esperanzas.

Subscribamos entonces con agrado la idea gozosa de que la Madre misericordiosa es el balcón desde donde el Eterno mira aplacado la maldad de los hombres. Esa confianza sepultarse debe en nuestras almas, mientras corremos fatigosamente las sendas de la vida en busca del paraíso, no obstante los peligros y vaivenes de la existencia, ciertos y seguros que en cada momento nos tenderá su mano piadosa si peligramos.

Los puentes enlazan las riberas opuestas de los ríos que surcan la tierra.

Imagen del Dios Hombre, que por esta causa es pontífice, María, a su vez, es puente que une cielo y tierra. En los de este mundo, cada pilastra viene a ser una oración de piedra que asciende hacia las nubes, todo sentimiento, "piedras compasivas donde halló el sediento — así cantó Rafael Blanco Belmonte— las misericordias de su protección".

Hermosamente lo expresó san Anselmo, incitándonos a recurrir a la madre de la misericordia: "María ante el trono de Dios es poderosa misericordiosamente y misericordiosa poderosamente".

En los evangelios apócrifos se cuenta que los compañeritos de

Jesús Niño se exhortaban y animaban mutuamente a ir a su encuentro y juntarse con El, diciendo: "vayamos a la suavidad".

¿Será desacertado o erróneo imaginar que las ternuras y finezas del Dios humanado no hicieran mella e impacto en el Corazón de la Madre? ¡Cuán a menudo los modales de los progenitores se graban o reproducen en los hijos del amor, o para decirlo de otro modo, éstos calcan los gestos y ademanes de sus padres!

Nada extraño entonces que dirigiéndonos a María busquemos y encontremos en Ella afectos y demostraciones manifiestas de ternura y compasión.

La Virgen, la Madre de Jesús que fue manso y humilde de corazón, conforme lo aclara el texto sagrado, es toda corazón.

Ella es hilito de agua que refresca lo árido y yermo del espíritu.

Ropaje suntuoso, que cubre la desnudez de nuestra indigencia.

Rayito de sol, que alumbra las tenebrosidades del alma.

Ganzúa celestial, que nos franquea las puertas del paraíso.

Resorte mágico para abrir los cofres de las celestiales bendiciones.

Ha poco, el malogrado Juan Pablo I conquistó al mundo desesperanzado con su jovialidad, su sonrisa franca, tanto que fue apellidado el Papa de la sonrisa.

Así soñamos y contemplamos a la Virgen. Si cada sonrisa atenúa las penas de la humanidad, midamos, si nos atrevemos a ello, las que ha endulzado en el correr de los siglos la madre dulcísima.

Además de esto, es probada verdad que muchísimo más se granjea el afecto de los corazones la sonrisa hechicera de María, como se muestra siempre a los videntes en sus apariciones, si bien nublado su rostro, misteriosamente, con un velo de maternal conmiseración. Pero su sonrisa es el arco iris que enhechiza las almas y hace fulgurar un rayo de esperanza a los agobiados, a los deprimidos, a los descorazonados, a los oprimidos, a los tentados, a los desesperados, a los pecadores, a los enfermos, a los moribundos...

El apostolado de la sonrisa o de "happy face", de la cara alegre, es el más eficaz de los ministerios para doblegar y convertir los corazones, ahuyentar la tristeza y serenar los espíritus abatidos. Por eso el adiós último a la vida, será el más llevadero y placentero, si la consoladora de los afligidos, nos alienta con una sonrisa de sus labios virginales.

Así lo suplicaba santa Teresa del Niño Jesús, cuando cantaba re-

zándole a la Virgen: "Tú, que me sonreíste en la mañana de mi vida, ven a sonreírme, Madre, también en la tarde de mi existencia".

— XX —

Se necesitaba un grande médico, añadiremos citando a san Agustín, porque había un grave enfermo deshauciado y agonizante. Y a fe que la reparación o restablecimiento del pobrecito le costó a Aquel afanes de muerte; simplemente, porque sin sacrificio no hay redención, ni salud, conforme está escrito.

Las almas no se salvan sin hacer nada, sin mover pie ni mano, reveló cierta vez a un alma santa el Corazón de Jesús.

Junto a la cruz del Redentor estaba inmediata la Corredentora. De pie, la Madre del Hijo mártir, llorosa y afligida, como la retrata el poeta medieval. Probando y sufriendo en su alma santísima los dolores y afrentas del Crucificado: **Socia Christi**. Si es ley de la Providencia purificar las almas hasta el descompaginamiento de los huesos para asemejarlas a Dios y conducir las a la unión íntima con la Divinidad; si esto acontece con las almas justas ¿qué deberemos pensar con la Madre del Verbo?

Recuerdo un pensamiento sobrecogedor y acertadísimo: Dios es pureza infinita e impureza infinita la creatura. En el primer sentido, el alma purísima de María, como la de su Hijo santísimo, en el que no se halló parte sana, tuvo que llegar en su espíritu hasta el descoyuntamiento o desarticulación del mismo en aras de la compasión para remedio y redención del hombre.

El Corazón de María fue en todo muy semejante al del Varón de dolores. No sin motivo entonces la piedad cristiana llama a la Madre bendita con el mismo apelativo, por ser el blanco de la espada de Simeón que penetró hasta los huesos en la hora desgarradora del Calvario, invocándola como la Virgen de los Llantos, la Dolorosa, nuestra Señora de las Angustias, nuestra Señora de las Lágrimas, la Virgen de la Amargura, la Virgen del Mayor Dolor, de la Desolación, la Virgen de las siete Espadas, la Soledad...

Dulce consuelo para los hijos de María: Ella que supo, pese a su inocencia, del desconsuelo y la amargura, y nació en una tierra donde se llora, como se entonaba en una estrofa olvidada, **non ignara mali**, sabedora de males y pesares, mucho más que la princesa púnica, es el paño de lágrimas de la humanidad proscripta y doliente.

¡Paradojas hirientes e incalificables de nuestra poquedad! Mientras tanto, nosotros, causantes de las penas y sinsabores de Jesús y María, no

acertamos a sobrellevar la más mínima indisposición, en el alma o en el cuerpo, para expiar nuestras faltas y pecados, olvidados de la doctrina de Cristo: "si no hiciéreis penitencia, todos igualmente pereceréis".

— XXI —

Inenarrable es la función que el cielo señaló a María, la Corredentora, Madre del Verbo encarnado: escudo y refugio del mísero mortal.

El poeta cristiano, citado ya varias veces, que imaginativamente deambuló por el paraíso en trance de amores inflamado, en la cumbre más cimera de la gloria contempló, extático y gozoso, en el rosal de los cielos, en el más grande de sus círculos, una visión cautivadora, única: "allí está la rosa en la que el Verbo divino se encarnó": "Quívi é la rosa, in che il Verbo divino — carne si fece" (Par. XXIII, 73). En otro lugar de su inmortal poema, refiriéndose a la Emperatriz de la Gloria, continúa: "allí abajo, eres entre los mortales manantial irrestañable de esperanza inmortal": "...e giuso, intra i mortali — sei di speranza fontana vivace" (Par. XXXIII, 11).

Eso es y debe ser siempre la Virgen para nosotros los mortales: vida, dulzura y esperanza nuestra. Porque sentimos y sabemos que Ella, Madre de la humanidad redimida, está en la gloria, en cuerpo y alma, interpelando y rogando a Dios por sus hijos de la tierra.

¿Quién sabe qué castigos lloverían sobre el mundo, si la piadosa Intercesora entre Dios y los hombres no detuviera la mano de la divina justicia? Por eso, cada vez que no somos escuchados ante el trono de la Justicia nos queda el recurso de acudir a la sede de la Esperanza, de la Indulgencia, de la Benevolencia sin límites.

Así piensan y aconsejan los santos: en nuestra celeste Abogada debemos los cuitados cifrar nuestra inmovible confianza en los dueños y quebrantos más premiosos y punzantes de la existencia.

La madre es la única tabla de refugio y esperanza en los apuros y azares de la vida. Por consiguiente, debemos fundamentar en nuestras almas y encender en nuestros ánimos la divina reina de la luz, la celeste esperanza, reiteremos parodiando un verso luminoso de Darío, en aquella que en sentir de san Bernardo es la suprema razón de la nuestra temporal y eterna.

Esta confianza está arraigada en el espíritu y en el corazón de todo buen cristiano, porque sentimos sin vacilaciones que Ella es la Omnipotencia suplicante, fiados en aquella verdad consoladora: "lo que Dios puede por su potencia lo puede la Madre con sus ruegos ante el trono del Altísimo".

Entonces resulta explicable el pensamiento que apunta Cabodevilla que tal vez se nos antojara exagerado: "si Dios hiciera trizas el mundo,

Ella recogería los pedazos para que su Majestad los volviera a recomponer".

— XXII —

El 15 de agosto es, en el sentir de Paul Claudel, la plenitud y cumbre del año en el que la Virgen sube a los cielos sosteniendo entre sus brazos un hacecillo de oro (*Bréviaire poétique*, Gallimard, 1962, pág. 157), mientras un bardo argentino cinceló un verso peregrino: "los que nacen con alas — qué pronto suben de la tierra al cielo" (R. Obligado).

La Santísima Virgen en su carne mortal, lo sabemos a ciencia cierta, fue "incontaminada y limpia"; "la muy santa y muy limpia y pura Concepción", lo corrobora Ponferrada (Loores a N. Sra. del Valle, 1941, pág. 49).

Su cuerpo como el de los otros mortales fue formado de polvo, pero el de Ella fue luminoso, impoluto, célico. Inmune de toda mancha, exento de corrupción, su cuerpo, digo, que en frase de san Germán fue "inaratus ager", tierra no arada.

"Hoy sube al cielo María — que Cristo en honor del suelo — traslada su casa al cielo — donde en la tierra vivía", ratifica el Fénix de los Ingenios.

No dejarás que el Santo sufra la corrupción del sepulcro, revela la Escritura. Por eso, en el mundo entero sólo hay dos cenotafios: el del Hijo de Dios y lógicamente el de la Madre purísima por voluntad del cielo, "así plugo al cielo donde se puede lo que se quiere y basta", cantó el Alighieri: "Vuolsi cosí colá, dove si puote — ció che si vuole, e piú non dimandare" (Inf., III, 95).

Desde 1950, por definición dogmática y solemne del gran Pío XII, la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos es dogma de fe para todo buen católico en unánime refrendo de la Tradición que siempre, por todos y en todas partes, sostuvo esta creencia.

"Al cielo vais, Señora, y allá os reciben con alegre canto" como con estrofas de oro celebra Fray Luis de León el triunfo de María.

En los esplendores de la gloria la divisó el profeta con el sol por diadema, la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza. En el cielo está la Madre de los hombres para imán de todos los corazones. Allí la Virgen, como cuando peregrinaba sobre la tierra, está glorificada en cuerpo y alma. Allí vive la Reina del Mundo y alegría de los ángeles y prosigue velando por sus hijos, con el corazón palpitante y latiendo, en diástoles y sístoles acompasadas, inmensas, solícita de nuestro bien y preocupada de nuestra suerte. Con sobrado motivo nos llena de gozo y alivio el pensamiento cierto: "Donna é di sopra che n' acquista grazia" (Dante, *Purg.* XXVI, 59).

Cierro esta glosa con una primorosa reflexión de un galano escritor claretiano: "desde el cielo es el Corazón de María el paño de lágrimas de los mortales y la almohada blanda donde posa su frente dolorida la humanidad entera".

— XXIII —

Un día la veré, suspira con la estrofa popular el pueblo creyente. Pulcro y dulce pensamiento es el del atildado escritor cuando escribiera: "El Corazón de María es la celosía luminosa a través de la cual vislumbramos el paraíso".

Por los resquicios de ese ventanal siempre entreabierto contemplamos a nuestra Abogada que aviva y mantiene nuestras esperanzas y enciende y acrisola nuestra confianza en nuestros destinos inmortales.

Y columbramos también cómo Ella, la celestial Medianera ante el Hijo, implora e intercede por nosotros, por nuestra causa. Con tal presentimiento, podemos imaginar la figura y actitud de nuestra Madre cual admiramos una pintura del célebre Durer: "manos que oran" o conforme la retrata bellamente un vate argentino, recientemente desaparecido (Francisco Luis Bernárdez), que suplica así:

*Virgen que favoreces nuestras cosas
con tus imploraciones insistentes
porque tus manos misericordiosas
cuando se juntan son omnipotentes;
Virgen que con tus manos aseguras,
Virgen que con tus ojos iluminas
los derroteros y las singladuras
de las generaciones argentinas.*

¡Los ojos y las manos de María! ¡Su Corazón inmaculado, arsenal de dulcedumbres y misericordias!

Un poeta pagano, con pasión estragada, dirigiéndose a su prometida, pulió un dístico de corte marmoleño que bien lo podemos trasladar a lo divino a imitación de san Juan de la Cruz y atribuírselo merecida y adecuadamente a la dama de nuestro amor, la Reina del Empíreo: "Tú eres el reposo de mis cuitas; Tú en mi cerrada noche eres mi luz, y en mis soledades, rumorosa compañía". Para quienes puedan saborear el original, reproducimoslo aquí: Tu mihi curarum requies; tu nocte vel atra — lumen et in solis tu mihi turba locis (Catulo).

Desde la montaña del paraíso parécenos que nuestra Madre alarga hacia nosotros sus brazos maternos, convidándonos y alentándonos a ascender sus empinadas cuestas; a la Patria inmortal invita Ella a todas las generaciones que rivalizaron en proclamarla Bienaventurada.

René Bazin invocaba a la Virgen en estos términos: "Pura entre las

rosas — pura cual los lirios — Tú que ya descansas en el Paraíso", para terminar devotamente: "Virgen, mírame y toma mi defensa, inspirándonos valor en la mortal angustia; tu celestial sonrisa avive la esperanza de cuantos vislumbran ya la paz y la victoria":

O Vierge, viens á nous et prends notre défense,
Rends le courage égal aux maux dont nous souffrons,
Rends ton sourire á ceux que cherchent espérance
Et qu' ils voient l' aube au moins du jour où nous vaincrons.

— XXIV —

Pretender separar, como lo intenta la impiedad, al Hijo de la Madre y sostener que la devoción hacia Ella amengüe o lesione nuestra piedad o dificulte nuestra unión con el Salvador, es demencial o diabólico. Fuera lo mismo que poner división entre el sol y la luz y separar lo que Dios ha unido para siempre.

Los dogmas marianos de la divina Maternidad y de la inmaculada Concepción son como el complemento y explicación de los misterios de Cristo y en buena medida son como el broquel y contrafuerte de los arcanos de la Trinidad.

Hay en el Evangelio una página que sintetiza y compendia cuanto se pudiera escribir sobre esta verdad insoslayable y profunda. La de san Lucas en el episodio de los Magos; éstos, al cruzar el portal de Belén "invenerunt Puerum cum Maria, Matre ejus", hallaron al Niño con María, su Madre. Inaudito hubiera sido lo contrario.

Absurda la ausencia de dos seres inseparables. Con Schiller añadamos que el regazo de la madre es la sala sagrada donde sólo es posible encontrar al niño.

A Jesús por María, es principio cierto acreditado por la sana doctrina tradicional, abonada por la práctica de todos los justos y santos.

El P. Capánaga, en un bello volumen sobre la acción bienhechora de María en la historia de las conversiones, subraya la exactitud de esta doctrina: "el enlace de Cristo y su Madre no puede romperse y constituirá siempre para la comunidad cristiana una fuerza impelente hacia Dios".

Y termina el docto mariólogo citando el razonamiento de un joven contemporáneo: "si Cristo es la fuente, su Madre santísima es el canal; siempre me ha comunicado energías, especialmente en las muchas y duras tempestades que contra mí se desencadenaron por dentro y por

fuera. Nunca he tenido un pensamiento referente a María que no terminara en Cristo. Y cuanto más me dirigía a Ella, más me acercaba a Cristo" (EPESA, Madrid, 1951, pág. 54).

Remate del comentario será aquella rima exquisita tan conocida del ruiseñor catalán, Jacinto Verdaguer:

*Quien busca el buen grano
lo encuentra en la espiga;
quien busca el buen oro
lo encuentra en la mina;
quien busca a Jesús
lo encuentra en María.*

— XXV —

En los labios de Cristo nuestro Señor flotó y floreció constantemente la jaculatoria: "Sí, Padre" y aquella otra de resignada entrega: "Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Pero esa determinación generosísima tiene su inicio y aun podemos agregar su base en otro **Sí**, que modeló la historia: el **Fiat** de la Virgen.

María, ciertamente, era una tierna y delicada doncella, pero con bríos y temple varoniles. Su disponibilidad al querer divino fue absoluto, incondicional; se entregó de por vida y sin reservas a la observancia de la voluntad del cielo. Esta actitud definitiva hizo de la Sierva del Señor el perfecto dechado y ejemplar de los discípulos y seguidores del Evangelio.

Por contraste, nosotros en verdad, poseemos cuatro inspirados y canónicos, mas a menudo nos forjamos un quinto espúreo y fraudulento y antojadizo, a nuestro talante y paladar. Ella misma, en cambio, fue canonizada y bendecida por decisión del Hijo por ese su cabal cumplimiento de la voluntad de Dios, sin glosas, sin cortapisas, resignadamente: "más bienaventurado es el que oye la palabra de Dios y la practica".

Sin esa entera fidelidad a toda prueba y total adhesión generosa de la Virgen, osamos suponer que Ella, barruntando lo oneroso y áspero de los designios celestiales, recelara abandonarse y entregarse puntualmente al beneplácito del cielo.

Con resignación perfecta, sin embargo, pronunció una vez María y mantuvo, intrépida, su **hágase** hasta el momento cumbre del Gólgota en aquella tarde catastrófica, donde la Paciencia, la Resignación y la Fidelidad levantó un altar en la cima más alta del mundo.

— XXVI —

Uno de los renombres que hasta el presente faltaban en la prodigiosa y profusa letanía de apelativos dirigidos a la más celebrada de las mujeres, es santa María del equilibrio.

Ya los matemáticos la invocan con el mote y piropo de "Señora de la exactitud" o "Reina de los matemáticos". Infiérese que en Ella se operó y solucionó el difícil e inaudito problema de la unión de dos naturalezas en la divina Persona del Verbo. Y ¿qué decir de tantas divisiones, de todas las sumas y restas inexactas urdidas por el error y la herejía que Ella solventó?

Mas ahora pensamos en esa otra invocación que dirigimos a la más excelsa de las criaturas: santa María del equilibrio, a la que alude en sus páginas la incomparable revista mariana única en lengua española "Miriam", y a la que se ha referido extensamente Viaña de Santa Cruz en un número anterior de MIKAEL.

Comentaba la revista "Miriam" con certera intuición: "qué moderación, qué serenidad, qué equilibrio tuvo siempre la Virgen, en lo más profundo de su alma y de su corazón, a lo largo y ancho de la vida, con admirables reflejos al exterior". Y continuaba la nota: "equilibrio en los días de gozo y júbilo; en los días de penas y dolor; en Belén, en el Calvario, en las Bodas de Caná; equilibrio en la Anunciación, en el encuentro del Niño perdido" (abril-mayo, 1969).

"María era una Virgen, recordamos el pensamiento del gran san Atanasio ("Carta a las vírgenes") en estable equilibrio del alma que se enriquecía doblemente. Porque amaba las buenas obras cumpliendo sus deberes y fomentando pensamientos elevados sobre la fe y la pureza... No dejaba sin cubrir ningún miembro de su cuerpo".

Recapitulando: recalquemos con Santo Tomás de Villanueva, el aplomo, la serenidad de María en el momento de la Anunciación, su incomparable conformidad en la cima del Calvario, Ella la "Capitana de la Angustia" y "Virgen de la Agonía" como la califica Gerardo Diego en aquella hora de quebrantos y duelos que tan bien describe Pemán en este lúcido cuarteto: "Tronaba el cielo rugiente — la tierra se estremecía — bramaba el agua... María — **estaba** sencillamente".

¡Reina del equilibrio, ruega por nosotros!

— XXVII —

En todos los reinos de la tierra encontramos junto al soberano reinante una dama que todos los respetuosos ciudadanos llaman Madre Reina. En el imperio del Rey de cielos y tierra descubrimos otra Reina excelsa, a la que saludamos asiduamente y proclamamos en nuestras

plegarias: ¡salve, Reina! ¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra!

Tal Reina en los dominios de Dios, es María siempre Virgen.

Hay un principio válido, de una lógica incontrovertible, que reza: "**ubi Rex, ibi Regina**", donde existe un Rey tiene que existir una Reina. Lo abona y lo esclarece la Escritura cuando relata: "púsose la reina a la derecha del Rey" y aquel otro paso de subyugante realidad: "hízose también un trono para la madre del rey".

Si por derecho natural y de conquista y juro de heredad el Señor es Rey de todas las cosas que son el escabel de sus pies ¿cómo no rendirnos a la evidencia que también a su Madre alcance y pertenezca ese dominio? Por cierto que a María le compete ese derecho como Corredentora, por su excelencia sobrehumana, además de serlo por casta de nacimiento y estirpe de reyes. Fue finalmente y lo sigue siendo por elección de los súbditos, esclavos suyos de amor.

Mil títulos reconoce la piedad y admite la devoción del pueblo católico para proclamar a María, Señora del mundo y Dominadora del universo. No son para detallarlos en una escueta glosa. Remito al lector a un opúsculo enjundioso redactado por un buen hijo de María, que se titula, "Reina de Amor" (P. Eusebio Orbe C. M. F., Ed. Paulinas, Bs. As., 1956).

Consignemos que el reinado de la servidora del Señor, como Ella asentó en su humildad, procede de su dignidad altísima y de los honores de su corazón, enojado de virtudes sin cuento: "toda la gloria de la Hija del Rey procede de su interior".

Cristo Rey ha contado con legiones de súbditos leales que han defendido sus fueros y derechos hasta con la vida, con la sangre de sus venas. Igualmente, la Reina de los corazones.

No es posible callar un testimonio fehaciente en nuestra misma edad. Es esa solemne teoría invicta de jóvenes claretianos que en la persecución española de 1936 fueron todos al fusilamiento cantando con viril entusiasmo la vibrante estrofa: "Virgen María — Reina del cielo — dulce consuelo dignate dar — cuando en la lucha tu fiel soldado — caiga abrazado con su ideal. — Y ¿qué ideal? — Por Ti, mi Reina — la sangre dar".

Cristo es Rey y Señor; María, su Madre, es Señora del universo, escribió Arnoldo de Bonneval (De laud. B. M. V.), "si bien Ella se declara la sierva de Cristo, esta esclavitud rebasa los límites de cuanto es posible concebir racionalmente".

Terminemos entonces con el pensamiento de un esclarecido y santo apóstol, san Juan de Avila: "Rogad a la Virgen os dé ojos para saberla

mirar. Cuando yo veo una imagen de María con un Niño en sus brazos, pienso que he visto todas las cosas" (Obras, I, 582).

— XXVIII —

El reino de Dios sobre la tierra, dicho se está, es la Iglesia, tantas veces anunciado y aludido por el Maestro, enviado del Padre. Sin riesgo, antes con plena convicción, place afirmar que ella, el campo del padre de familia, es su feudo. Pero agreguemos al punto que el protectorado del mismo cae bajo la potestad y arbitrio de la Medianera.

Así lo reconoció antes de ahora la misma Iglesia por intermedio de sus Pontífices. Anteriormente, estaba puesta la Iglesia bajo el patrocinio del casto esposo de la Virgen, san José, Patrono y Protector de la Iglesia universal. Faltaba, empero, este título o florón en la corona de María, para acatar y respetar sus fueros y reconocer su dominio y valimiento sobre la obra magistral de su Hijo.

Que la Señora ejerza tal función es un hecho innegable y manifiesto a lo largo de los siglos. "María, citemos al famoso y sabio Card. Ottaviani, ha estado sensible y visiblemente presente en las horas más angustiosas y oscuras para la Fe y ha sido siempre la aurora de las jornadas triunfales" (El Baluarte, Barcelona, 1962, pág. 252).

Añadamos todavía con el mismo piadoso autor: "en el transcurso de los siglos, las victorias, los laureles, las glorias de los triunfos logrados por la Iglesia, los ha atribuido Roma a María, al poder de su intercesión" (ib.).

¿Pruebas? Ese rosario de templos, que como corona votiva o exvotos, cubren la tierra, levantados por los católicos y devotos de la Señora como reconocimiento a su protección y amparo: Pilar, Luján, Guadalupe, el Valle, cien y mil otros en la redondez de la tierra; todos son letreros visibles que dicen, aquí el brazo de María triunfó.

En la sociedad civil como en la religiosa existen y encontramos ciudadanos honestos y probos, anormales también y perversos. Todos sin embargo viven en un mismo suelo, son miembros de una misma patria, amparados por unas mismas leyes y parisímlas derechos.

Los buenos hijos de la Iglesia disfrutamos de iguales bienes; tenemos que observar parecidos preceptos. Codiciemos una similar inquietud para no desprestigiar jamás nuestra librea y manchar nuestros blasones de miembros vivos de la Iglesia, que desde lo alto rige y salvaguarda la Madre del Buen Consejo.

Caso contrario, el infiel se torna indigno del apelativo que ostenta y merece ser descalificado, raleándolo de sus filas con el estigma del oprobio sobre la frente, desmereciendo la tutela de María.

Triste situación es esa, puesto que no podemos, mentando de nuevo la autoridad del Apóstol de Andalucía, vivir descomulgados de nuestra Señora "a través de la cual nos llega a raudales la gracia santificante que nos hace miembros de Cristo" (o. c., págs. 582, serm. 4).

— XXIX —

Es obvio que María fue predestinada por el Altísimo para una misión única.

Esta es nuestra fe. Pero en el decreto divino ¿quién lo ignora? todos los humanos tenemos señalado un fin trascendente, para lo cual se nos agració por la Bondad divina y el Amor eterno con el don de la existencia.

Como la santísima Virgen estamos también predestinados. Mas, ¿conseguiremos esa meta, lo único necesario? Ciertamente existe un riesgo: podemos frustrar el designio de Dios sobre nosotros.

Tal es el querer divino; tenemos su garantía de regalarnos la felicidad y ventura eterna, aunque se exige nuestra correspondencia que el Señor secunda siempre con su gracia infaltable; tanto, que "si no estamos predestinados, enseña el doctor de la gracia, debemos trabajar para estarlo".

Medio seguro e infalible: el recurso a Aquella que como toda madre, según lo anota el autor de "Remansos" es una prolongación de la omnipotencia y de la misericordia de Dios.

Es sentencia y parecer de todos los santos que la devoción a la Reina del cielo es signo cierto de salvación, ya está dicho, en la presente economía redentora. Creemos que así como por María nos vino la primera gracia inicial y substancial que a su vez es la causa formal de nuestra justificación; la tesorera de todas las gracias y dones conforme al poder que ha recibido, opina san Bernardo, reparte a quien quiere, como quiere, cuando quiere las gracias del Eterno Padre, las virtudes de Jesucristo y los dones del Espíritu Santo.

San Anselmo rubrica la misma doctrina, cuando exclama: "Tú eres, Señora, madre de nuestra justificación y de los justos, la madre de la vida del alma mía"; y en otro lugar repite parecidos términos: "Tú eres, oh María, pórtico del cielo y la puerta de la salvación, el camino de la reconciliación".

¡Síntoma sospechoso para un alma la carencia de devoción o frialdad para con la Virgen! Tal vez esto explica sobradamente la esterilidad de las sectas y la hostilidad del diablo y de la herejía. En cambio, para los que esperamos salvarnos es valedera y por extremo consoladora la

sentencia de san Germán: "nadie llega al conocimiento de Dios sino por Ti, oh Santísima; nadie alcanza la salvación sino por Ti, oh Madre de Dios; ninguno se ve libre de peligros sino por Ti, oh Virgen poderosa; nunca nadie alcanzó la gracia de la misericordia sino por Ti".

Clamemos insistentemente a la Virgen con el Príncipe de los Ingenios y egregio católico, el insigne Cervantes:

*En Vos, Virgen dulcísima María,
entre Dios y los hombres Medianera,
de un mar incierto cierto guía,
Virgen entre las Vírgenes primera;
en Vos, Virgen y Madre, en Vos confía
un alma que sin Vos en nadie espera.*

— XXX —

Pentecostés constituye y es la proclamación oficial y pública del Reino de Dios a la faz del mundo entero.

El suceso extraordinario ocurrió en presencia y bajo la mirada de la Reina de los Apóstoles: María. La Madre de Jesús, como lo hacen resaltar los Hechos, era personaje principal honorífico en el momento histórico.

Por su personalidad excepcional, Ella es el modelo y el alma de todo apostolado y la impulsora de todo dinamismo misionero.

Todo católico, por el bautismo y la confirmación, tiene el deber y el encargo de celar el bien de los hermanos. De acuerdo a esta obligación, oportuno es subrayar el dicho de León Harmel: "quien no es un apóstol, es un apóstata".

Es verdad común y admitida que nuestra Señora, tanto en su vida mortal como ahora en la gloria, cumplió y prosigue cumpliendo el precepto de redimir y salvar al descarriado; el mundo entero experimenta su influjo, pues no hay conversión o vuelta al redil o retorno a la casa paterna que no lo promueva Ella.

Usando el símil evangélico donde Jesús, nuestro Salvador, se figura y asemeja deliciosamente como "Buen Pastor", a la Virgen la saludamos también como a la dulce "pastora de las almas" y antes "evangelista de los Apóstoles".

Cierro este comentario citando, para broche de oro, las ideas que copio de un bello libro que nos brinda el P. Sertillanges (Devoirs, Aubier, 1936, pág. 242): "María nos sigue en todos nuestros caminos hacia su Hijo. Ella acompaña a la Iglesia en su peregrinar y así la socorre individual como colectivamente; Ella nos alcanza todas las gracias, endul-

za nuestras penas y ofrenda al cielo nuestros ruegos aquilatándolos con los suyos".

Quien siembra conmigo, nos previno el Maestro y Dueño de la mies, recoge copioso fruto; sin el favor de María el arduo bregar será estéril e incierto o nulo el éxito del ministerio, debe ser convicción íntima de los enviados y pregoneros del Evangelio.

El gran Apóstol del siglo XIX, san Antonio María Claret, antes de iniciar una misión dirigía a la Reina de los Apóstoles esta fervorosa plegaria: "¡Oh Virgen y Madre de Dios y Abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra misericordia y amor. Yo soy como una saeta puesta en vuestra mano poderosa: arrojadme, Madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo contra el impío, sacrílego y cruel Acab, casado con la vil Jezabel. Quiero decir: arrojadme contra Satanás, príncipe de este mundo, quien tiene hecha alianza con la carne" (Autob., núm. 270).

— XXXI —

La humanidad, por dignación divina, posee al alcance de la mano un tesoro, que envidian los ángeles; muy cerca de nosotros, inmediato a nuestras casas, tenemos siempre dispuesto un festín opulentísimo.

El Huésped, es el Dador de todo bien, a quien Tirso llamara, donosamente, el Colmenero divino, que aparejó la dulcedumbre de su miel para templar la amargura de todas las almas; o como se expresó otro excelente festejador, el Panadero celestial, que aprestó esta dádiva maravillosa, prenda de vida eterna. ¿Se ocultará a alguien que se alude al Pan y al Vino eucarísticos que encierran en sí todo deleite?

No os dejaré huérfanos; estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. Son promesas irrevocables de quien tiene palabras de vida eterna. El católico cree, sin asomos de duda, en esta regalada herencia y memorial y admite que nuestros templos están habitados, pues son palacios del Rey del cielo, escondido a las miradas humanas, cual misterio de Fe, lúcido y brillante para el creyente. La presencia eucarística podría parecer algo así como un absurdo; pero bien asentó un genial pensador con lógica férrea: "el hombre que entre los hombres no quiere encontrar absurdos, es él un hombre absurdo" (Chesterton). La corta inteligencia humana no puede abarcar al Incomprensible e Insondable en sus alardes y espléndida infinita.

Tomad. Comed. Se ha preparado ante mí una mesa opípara. ¿Serán unos pocos los invitados solamente? "Venid, mortales, que quien llama a todos, no exceptúa a nadie", itera la letrilla primorosa. Espanto

causa que existan tantos que desdeñan la invitación del regio Despensero, sapientísimo, omnipotente, riquísimo, en frase de San Agustín.

Pan de la inmortalidad. Vino que engendra vírgenes. ¿Cómo mojar entonces la insensibilidad del famélico y del sediento si careciendo de un mendrugo o de un sorbo de agua se mantuviera, indiferente, ante una mesa copiosa y ubérrima?

Las almas, cierto, experimentan apremiantes penurias. Pensando en esto, quien nutre y "alienta a la hormiga, al cóndor y al león" y "que siempre ha sido invencionero" (Tirso de Molina) fraguó el arbitrio de encerrarse bajo las especies sacramentales para sustento de todos los corazones. Cuando se alimentan de esta comida substancial, el Señor, que está en la Hostia, que se sacrifica en la Hostia, que se da a las almas, verdadera y realmente, convierte y trueca nuestra morada en templo, en sagrario, en cáliz y copón consagrados.

Mis delicias son convivir con los hombres, confiesa y se desahoga el divino Amador. Por eso, con su visita, nuestra pobre mansión se transforma en tabernáculo animado. Hermosamente lo señalaba Isabel Leseur: "Jesús habita en tres tabernáculos; en el seno de la Trinidad, tabernáculo de la Divinidad; en la Hostia, tabernáculo de su afecto; en nuestra alma, mediante la Comunión, tabernáculo de su Corazón".

Tal maravilla se realiza en el banquete eucarístico cuando recibimos al Señor bajo las apariencias de Pan y Vino. Con ortodoxia refinada y frase felicísima lo significó Bernárdez: "ni el pan pan ni el vino vino; — el Pan Dios y el Vino Dios" (Antología, Austral, Bs. As., 1951). Completa el mismo pensamiento Valdivielso cuando pone en labios del Señor esta luminosa estrofa: "quedé en la nube espesa — del Pan sacramentado — asentéme a tu mesa, — dite el mejor bocado — de amor, que amor lo hizo — para hechizarte con tan dulce hechizo" ("El hijo pródigo").

El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. El Pan que yo os daré es mi carne. Esa merced y gracia nos la amasó, con maternal solicitud, la que es propiamente aclamada como nuestra hacendosa Panadera celestial: María, que de acuerdo a la delicada consideración de san Germán, "es la mesa donde los hambrientos hemos sido repletos con el Pan de la Vida".

— XXXII —

Mil veces en la vida los mortales nos dirigimos a Aquella cuya "beldad peregrina — es mar de pureza — y fuente cristalina", según la proclama el clásico insigne.

No nos retrae ni avergüenza recurrir a Ella que es el honor pri-

mero y la plenitud final de la creación, siendo nosotros baldón y afrenta del mundo que, de igual manera que la Iglesia, está afeado por nuestras muecas, para subscribir, doloridos, el dicho de Bernanos. Eso, no otra cosa, es la mancha del pecado en el alma: un borrón torpe en la maravilla de la creación salida de la mano de Dios, quien "vio que era buena".

Sucede en la vida e historia de las familias. Cuando el hijo pródigo que ultrajó y deshonoró el hogar con sus desafueros y amargó con sus extravíos el corazón de sus progenitores, si el arrepentimiento lo restituye al techo paterno, siempre hallará un asilo en los brazos maternales.

Tal es el caso y la posición de María con respecto a los desca- rriados.

Ella, la Madre de los pecadores arrepentidos, no se desdeña, aunque pureza absoluta, de echar un velo sobre nuestras repelentes fealdades. No sé porqué, a nosotros mismos, su misma blancura nos cautiva y arrastra a confiar en Ella.

El poeta nos pinta la fascinadora escena de la madre que arrulla entre sus brazos al pequeñín, libre de ataduras, en plena desnudez original. Por cierto nunca ella se asquea ni cansa de asear al hijo del amor.

También María es Madre. A Ella tampoco le impresiona nuestra desnudez. Triste desventura fuera para el infante que en su nativa invalidez, la madre, que lo llevó en su seno, descuidara el amantarlo y acicalarlo.

Se ha notado que la culpa es una fuerza deífuga; una aversión o apartamiento de nuestro centro, que nos arrastra y conduce al abismo; todo pecado, como cualquier sima, es diabólicamente satánico, según consignara Zorrilla de San Martín.

María, la abogada de los pecadores, es el imán que atrae y enhechiza al descalabrado para arrancarlo del resbaladero peligrosísimo que lo lleva a la perdición.

La fuerza irresistible de la Purísima entraña una energía sobrehumana que endereza y empina las almas hacia la verticalidad de la Salvación, de la Gracia y de la Gloria.

Nuestra miseria innata de rodillas ante la auténtica misericordia puede recitar confidencialmente la plegaria de Peguy: "¡Madre! Mira la legión de tus hijos, blanco siempre de tantos infortunios; no caiga sobre ellos el rigor de su inmensa miseria. Dios considere el polvo de que nacieron, de que tanto se vanaglorían aunque fue causa de su ruina. Si bien indignos, sean de nuevo acogidos como el pródigo ya

que ansían echarse entre tus brazos abiertos" (Pages choisies, Hachette, 1951).

Pero, ¿para qué irnos a recoger una flor en foráneos jardines, cuando aquí, cerquita de nosotros, podemos entretejer un ramillete de flores bellas en los encantados vergeles de nuestro Cancionero? Sírvanos de muestra esta décima retrechera de un cantar popular en que se glosa el "Bendito sea tu pureza", oportunamente publicado en MIKAEL, en el volumen que dedicara a Nuestra Señora con motivo del reciente Congreso Mariano Nacional: "Puerta franca eres del cielo, — arca de la nueva alianza, — iris de paz y bonanza, — y todo nuestro consuelo. — Desde este mísero suelo — donde mi alma se embelesa — siendo cada día presa — de mis tiranas pasiones, — recurro en mis oraciones — a Ti, celestial princesa" (J. A. Carrizo, "El cristianismo en los cantares populares", Dictio, pág. 26; cf. MIKAEL 23, pgs. 127-129).

Los acreedores a la Justicia de Dios sabemos de sobras que siempre tenemos un sagrado bajo los pliegues amplísimos del manto de María, refugio de pecadores.

— XXXIII —

Se trata de una confesión de san Bernardo, que solía repetir sincera, paladinamente: "me hastía y desencanta un escrito, si no encuentro grabado y repetido en él el nombre de Jesús".

Considero que lo propio debiéramos reiterar nosotros con respecto al nombre de nuestra Reina y Madre: "me cansa y fastidia un libro donde no resuena a menudo el dulcísimo nombre de María".

En las páginas precedentes, descarnadas y escuetas, échase de ver cómo los mayores ingenios de Occidente y en particular los de España e Iberoamérica, han rivalizado en ensalzar a la Madre de Jesús, consagrándole a Ella los frutos de su talento o inspiración. Al revés; en nuestras lecturas de poetas y autores del área sajona duélese y se sobrecoge el alma palpando la frialdad para con María, o por lo menos, la ausencia u omisión de su nombre bendito en sus producciones.

Un católico tribuno español, Vázquez de Mella, con la grandilocuencia y erudición que todos le reconocen, autorizadamente nos lo comprueba: "todas las literaturas peninsulares nacen cantando himnos ante el altar de la Virgen, con el "Desconhort" de Raimundo Lulio en Cataluña, las "Cantigas" de Alfonso el Sabio en Galicia, la "Vida de S. María Egipciaca" y los romances anónimos de Castilla. Todos nuestros grandes responden de tal manera al sentimiento católico, que desde el liviano Arcipreste de Hita, que también ponía flores ante la imagen de toda pureza, hasta las "Mujeres del Evangelio" de

Larming y los "Idilios Místicos" de Verdaguer, apenas hay un poeta español, aun los escépticos e impíos, que en algún momento no haya dejado como un exvoto y templado por la inspiración religiosa su lira sobre el altar de la Virgen sin mancha" (Obras Compl., t. I., pgs. 209-210).

Completemos este brillante testimonio de Mella ratificando que lo mismo se puede asegurar de los ingenios todos de Hispanoamérica, desde México hasta nuestra Patria.

Para dar cima a este florilegio, que se podría amplificar indefinidamente, place traer a colación la autoridad de un preclaro escritor nuestro, eximio patriota, caballero de pro y, por sobre todo, católico a machamartillo, sin miedo y sin tacha. He nombrado a G. Martínez Zuviría, el ínclito Hugo Wast, quien pergeña o refila estas "tres palabras" de oro repujado: "La primera época, la **Creación**, se abrió con una palabra de Dios: **Fiat**. La segunda: la **Redención**, con un Avemaría del ángel Gabriel. La tercera, el **Reino**, se abrirá probablemente con una palabra de la Virgen, que será palabra de Madre de los hombres" (Obras compl. de H. W., Edic. Fax, Madrid, t. II., pág. 1647).

De Ella, con Ella, por Ella y para Ella he intentado parafrasear algo, lo confesaré con el finísimo autor del áureo libro sobre la "Virginidad perpetua de Santa María", san Ildefonso de Toledo: "Subyugado por su amor, impelido por su dulzura y atraído por su caridad como del lagar de su mansedumbre" (Obras, BAC, 1971, pág. 43), rezándole con fervor la plegaria del mexicano Gutiérrez Nájera (Poesías compl., Bs. As., 1946, t. I., pág. 48):

*¡Estrella de los mares!, la nave de mi vida
Desmantelada y frágil te plazca dirigir;
Los últimos acentos de mi alma agradecida
Te llamen Virgen santa, sin mancha concebida,
Mis últimas miradas te encuentren al morir.*

COLOFON MIS ENVIDIAS

*Señora, son tan puros tus encantos,
Es tan dulce y tan blanca tu visión,
Que sé tener envidia de los santos,
Porque te amaron mucho más que yo.*

*Señora, por hacer lo que Tú mandes,
Ser anhelo tu invicto paladín,
Y tengo envidia de las almas grandes
Que han vivido y han muerto para Ti.*

*Para elevarte cánticos mejores
Que vuelen como incienso en el azul
Envidio a tus poetas soñadores
Que rimaron tus sombras y tu luz.*

*Y para estarme ante tus plantas bellas
Ser quisiera, oh mi Virgen ideal,
En tu camino azul, pico de estrellas
O un lirio cabizbajo ante tu altar.*

LUIS GOROSITO HEREDIA (1901-1972)

RAMON SARMIENTO, C. M. F.



A LA LIBERTAD

*Razón del alma absuelta y enjaulada;
prisión para el amor; pájaro ciego
que cantas a la luz y como el ruego
tienes la luz pendiente en la mirada.*

*Cuando la Fe nos tiende su celada
me entregas a la fe que yo te entrego
con la misma pasión conquie el labriego
se entrega a la semilla enamorada.*

*Todos van tras de ti; todos te invocan;
ricos y pobres por tu nombre chocan
en la lucha del todo y de la nada.*

*Mas, sólo Cristo en cruz pudo tenerte,
tal vez porque tu vida está en la muerte,
canto del alma absuelta y enjaulada.*

JUAN OSCAR PONFERRADA

SOBRE LA HUMILDAD

"No puede dudarse de que los pobres consiguen con más facilidad que los ricos el don de la humildad, ya que los pobres en su indigencia se familiarizan fácilmente con la mansedumbre, y en cambio los ricos se habitúan fácilmente a la soberbia. Sin embargo no faltan tampoco ricos adornados de esta humildad, y que de tal modo usan de sus riquezas, que no se ensoberbecen con ellas, sino que se sirven más bien de ellas para obras de caridad, considerando que su mejor ganancia es emplear los bienes que poseen en aliviar la miseria de sus prójimos".

San León Magno, papa.

I

Queremos hablar de la virtud que remueve los mayores obstáculos en la vida moral del hombre y de las comunidades humanas, o sea de la humildad.

La soberbia del hombre con la técnica, el lujo, el poder, deja tras de sí una larga estela de crímenes, secuestros, ahorcados, decapitados, y angustiosas crisis sociales y políticas. La reciente historia europea confirma cuán verdadero es lo que dice Brian Crozier: Occidente se suicida (1).

Pero no se trata de adoptar, como dice el autor, una estrategia de supervivencia. Hay algo más radical. El mundo moderno debe volver, en su totalidad, gobernantes y gobernados, al cauce de la conversión a Dios, donde le llama la Moral Evangélica. Debe volver de una moral puramente normativa, puramente preceptiva como la kantiana, o de una moral de pseudovalores histórico-culturales, debe volver, digo, a una moral católica, de virtudes perfectas, radicadas en la gracia de Dios, informadas por la caridad, y orientadas por la misma, al último fin sobrenatural.

El haber dejado el cauce de la conversión a Dios, y haber optado por la aversión a Dios, ha vuelto imposible el camino de la paz y de la convivencia humana.

(1) Occidente se suicida, México, 1978.

Aquel apetito del primer ángel y del primer hombre: "apetito de excelencia desmedida" dice San Agustín, opera en los hombres y pueblos más poderosos del planeta (2), que imponen sus criterios a los débiles.

Los apetitos rigen en la aversión a Dios; la razón rige en la conversión a Dios. Para salir de la aversión, y entrar en el orden de la razón, es menester matar los apetitos desordenados. Tal es la obra de la humildad.

II

Humilde, explica San Isidoro, equivale a pegado o adherido a tierra. Es la etimología que trae Santo Tomás. Agreguemos: adherido no a la tierra del viejo Adán, sino a la "nueva tierra" y los "nuevos cielos", traídos por Jesucristo (cf. Is. LXI, 17).

Adán significa tierra; después del pecado hubo de ir a la tierra que "da abrojos y espinas" (Gen. III, 18); pero la nueva tierra debía ser formada por Dios; la tierra prometida por Dios, que será la posesión de los mansos: "Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra" (Mt. V, 4.). O, como afirman los Salmos, "los sufridos poseen la tierra y disfrutan de paz abundante" (S. 36).

Hay una tierra poseída en bendición, y otra tierra habitada en maldición. Sean buenas o malas las Etimologías de Isidoro, "humilis" nos sugiere el humus vegetal, la tierra fértil para la labranza. El Sembrador de la conocida parábola evangélica, encuentra tierras buenas y malas. Las primeras son las sazonadas por el **humus** que es la humildad.

Con un criterio erróneo y fatuo se toma la humildad como carencia de recursos económicos; el mundano ve en la falta de ostentación, una merma, una carencia. Se puede carecer de riquezas y no ser humilde; como se puede poseer riquezas y ser humilde. Uno y otro caso son difíciles. La humildad busca un interior desprendimiento de sí mismo, como la pobreza voluntaria procura el desprendimiento de cosas exteriores.

La humildad es una virtud difícil; hablar de un despojamiento interior de sí mismo, quizás es fácil; pero llevarlo a la práctica es difícil. Para contemplar esta virtud en todo su esplendor, pensemos que el Señor mismo quiso ponerse de ejemplo: "Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt. XI, 29); también se dice en Lucas que el Señor miró la humildad de su esclava (I, 28). Esto nos da la pauta de la importancia de la humildad.

(2) De Civ. Dei, L. XIV, c. 13.

Aprended de Mí, nos dice el Maestro. Es una orden que viene desde fuera para ser obedecida por la fe, y que la gracia divina y la caridad habilitan desde dentro para cumplirla; la humildad elimina los obstáculos, los apetitos de los valores mundanos.

III

La humildad es una virtud mística; tiende a realizar la mística unión con Dios.

Santo Tomás observa que Aristóteles no hace mención de esta virtud por tratar solamente de las virtudes de la vida civil; la humildad trata principalmente de la sujeción del hombre a Dios (3). Jesús expresa su sujeción al Padre, paradigma de la sujeción del hombre a Dios: "Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado" (Jn. IV, 34); "Descendí del cielo no para hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado" (Jn. VI, 38).

Trátase de la voluntad de Dios, que a ejemplo de Cristo debe hacer el cristiano. Es lo que implica el mandato: Aprended de Mí. El hombre, en el plano de la Redención, para salvarse entra en un régimen de obediencia en unión con Jesucristo.

La humildad vela por aquella sujeción liberadora de los lazos del demonio. Más que vela, la ejecuta, la pone en práctica, en el terreno de los hechos.

Esta íntima relación con el mandato de Cristo, vuelve a la humildad una virtud mística, que nace en el seno de la caridad, movida por la fe y la esperanza.

"Las virtudes teologales, que tienen por objeto el fin último, que es principio de la vida práctica, son causa de todas las otras virtudes. Por tanto no hay inconveniente en que la humildad proceda de la reverencia, debida a Dios, y al mismo tiempo sea parte de la modestia y templanza" (4).

Las virtudes teologales son las principales; unen el hombre con Dios. Pero el hombre es un ser tan voluble y tornadizo que Dios ha debido proveer de un enjambre de virtudes morales infusas, entre ellas la humildad, para que todo no se pierda, con el torrente de deseos que entran diariamente por los sentidos. Así el Angélico sitúa la humildad en el apetito irascible, a pesar de ser parte de la modestia y templanza por el modo de obrar (5).

(3) Suma Teológica, II-II, 161, 1, ad 5.

(4) Ib., 161, 4, ad 1.

(5) Ib., ad 2.

Su carácter místico le viene a la humildad por su radicación en la caridad y el don de temor de Dios que le otorga cierta connaturalidad con lo divino.

Merced a una caridad creciente, entra la humildad a enfrentarse en su nombre con los apetitos desordenados del hombre.

El apetito fundamental que enfrenta la humildad es el apetito de la soberbia, que "aspira desmedidamente a cosas altas" (6). "El nombre de soberbia alude al hecho de que aspiramos por la voluntad a algo que está sobre nuestras posibilidades" (7). "La soberbia tiene dos formas: es pecado especial, en cuanto apetito desordenado de la propia excelencia; y es algo general, como difundiéndose en todos los pecados" (8).

Santo Tomás consagra una cuestión entera a la soberbia. Ahora ni nos ocupamos de ella; de tal modo estamos embebidos en los derechos del hombre, la personalidad, sus exigencias, que nada nos es suficiente. Hemos perdido hasta la "recta ratio"; ya no sabemos cual es la "recta"; la "ratio" del hombre moderno es una razón fármica de motivos de ostentación, excelencias, vanagloria, riquezas, honores, poder.

"La soberbia, dice Santo Tomás, se opone a la humildad que busca directamente la sumisión a Dios; y se opone tratando de suprimir esa sujeción, en cuanto que se eleva sobre sus propias fuerzas, y sobre la línea señalada por la ley de Dios" (9).

Tal es la envergadura del apetito que enfrenta la humildad.

Las apetencias humanas, dislocadas por el pecado original, no escuchan el lenguaje de la razón. aunque ese lenguaje sea aún inteligible. Entonces la fe y la caridad levantan la humildad para sostener la persona en el camino de Dios, y no volcarse en la aversión al mismo Dios. El calificativo de mística le viene por su misma índole; proceder por cierta connaturalidad con el amor de Dios, y por los motivos de una unión más íntima con el Señor.

Por otra parte es una virtud secreta e interior, que vive y subsiste en el seno del amor sobrenatural. No es una virtud que despierte enseguida el aplauso o la admiración de los hombres; más bien la rodea el silencio; el elogio, justificado o no, recae sobre otras cosas.

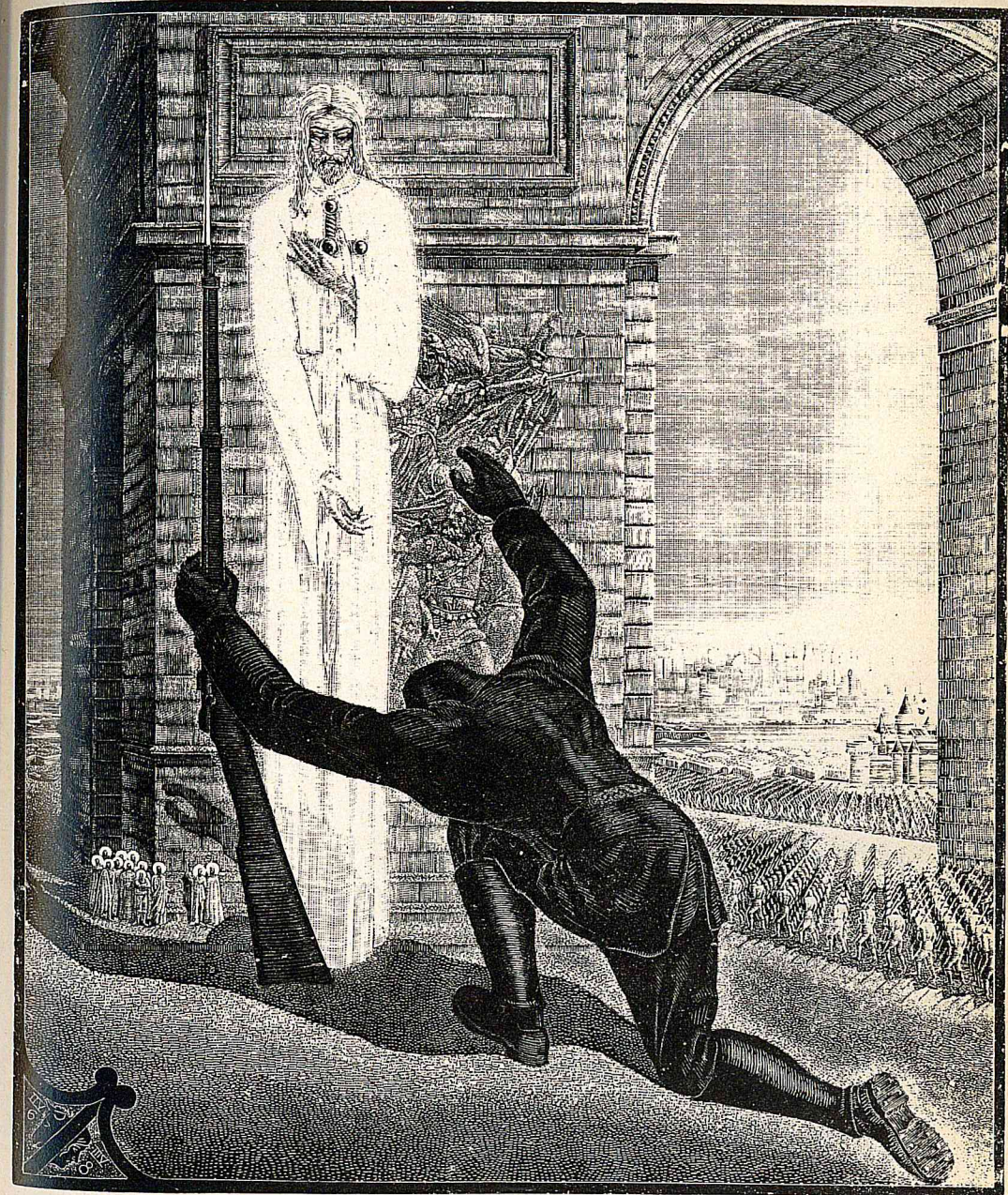
El don de temor de Dios, que toca toda la templanza, llega a la humildad, y es su principal sostén. El temor de Dios se opone también a la soberbia. Pero explica Santo Tomás: "No se sigue que

(6) Ib., II-II, 161, 1.

(7) Ib., 162, 1.

(8) Ib., 162, 2.

(9) Ib., 162, 5.



VICTOR DELHEZ
El centurión de Cafarnaúm
("Señor, no soy digno de que
entres bajo mi techo")

se identifique con la virtud de la humildad sino que es su principio" (10).

Es evidente: el temor de Dios trae la presencia de Dios; la persona se ha retraído de sus cosas para entregarse al Señor; tiene una cierta experiencia dada por el amor de caridad que inspira todos sus actos. Entonces es fácil que no dé lugar a esos sentimientos y anhelos de exaltación mundana, efímera y banal.

IV

Asignamos a la humildad la tarea de moderar el apetito exorbitado que aspira desordenadamente a cosas elevadas, mejor dicho, fuera del orden de la razón (11). En otros términos, dice el mismo Santo Tomás, significa "cierto laudable rebajamiento de sí mismo" (12), "cierta sujeción del hombre a Dios, en cuyo honor se humilla sometiéndose incluso a otros" (13).

Ahora nos preguntamos: ¿Cuáles son los criterios de la humildad? ¿cuándo puedo considerar mi apetito fuera del orden de la razón? ¿cuál rebajamiento es laudable, y cuál vituperable? ¿con qué criterio determino lo alto, lo bajo, lo adecuado o no? ¿por qué no aspirar fuera de las posibilidades actuales de mi razón, pensando en posibilidades futuras? ¿no está en contra del bien común, y del progreso social, pensar en un rebajamiento? En otro contexto, Santo Tomás afirma que la humildad no exige que lo que en nosotros existe de Dios, se someta a lo que en los demás descubrimos de Dios (14). Pero ¿cómo distinguir lo de Dios y lo propio?

Todos los señalados hasta aquí son criterios subjetivos para el ejercicio de la humildad. Es menester interpretar a Santo Tomás que, como teólogo, habla de la virtud de la humildad en orden a la perfección de la caridad.

El criterio máximo para la práctica de esta virtud fundamental, lo encontramos en las palabras de Cristo ya mencionadas: "Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón"; y en aquella expresión de la Santísima Virgen: "El Señor miró la humildad de su sierva" (Lc. I, 48). El Señor contempló en la Santísima Virgen aquella virtud de la cual El mismo se pone como modelo.

Con las palabras citadas, Cristo se muestra como ejemplar del cristiano en el ejercicio de la humildad. Quiere decir que la humildad en el cristiano debe llegar a equipararse a la de Cristo y Cristo

(10) Ib. II-II, 19, 9, ad 4.

(11) Ib. II-II, 161, 1, ad 3.

(12) Ib. II-II, 161, 1, ad 2.

(13) Ib. II-II, 161, 1, ad 5.

(14) Cf. ib. II-II, 161, 3.

crucificado. Entonces a la pregunta: ¿cuál es el criterio objetivo con el cual debo medir mi rebajamiento? respondo: hasta llegar a Cristo y Cristo crucificado.

Este criterio, esta norma suprema dada por la fe y la caridad, debe regular el ejercicio de la humildad, y por lo mismo volverse la norma de mis apetitos. El bien más elevado, que me traen la fe y la caridad, como norma suprema de las virtudes, es la imitación del Salvador. Ahora bien, El mismo señala como norma su humildad y mansedumbre. Quiere decir que mi apetito debe estar de acuerdo con la razón, informada por la fe y la caridad, auxiliadas ambas por los dones del Espíritu Santo.

El apetito, en el cristiano, estará fuera del orden de la razón, cuando no pueda ordenarse al fin de la caridad. La razón ve en el fin de la caridad, o sea en Dios, su bienaventuranza; entonces hacia allí ordena el apetito, o sea sus deseos, propósitos, intenciones. Si el apetito no se ordena al fin de la caridad, está en el pecado mortal. El "cierto laudable rebajamiento de sí mismo", debe interpretarse análogamente. Será el rebajamiento que el Señor me pida, en imitación de su pasión y muerte de Cruz. Ese será el rebajamiento laudable de sí mismo, aunque no tenga los aplausos del mundo.

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Aprender significa recibir la lección, imitar, copiar, repetir lo mismo. Aprender de Jesús, en cuanto salvador y redentor del mundo.

Si somos el cuerpo místico del cual Jesús es la cabeza, es evidente que el cuerpo debe adaptarse a la Cabeza. La Cabeza está coronada de espinas; ha sufrido la flagelación, atado a la columna; ha sufrido la burla de los soldados y fariseos; la traición del Sane-drín; ha querido vivir en la pobreza y desconocido. Es la lección que debemos aprender, la lección que debemos repetir en nosotros, el modelo que debemos imitar, para redimirnos de nuestros pecados, para salvar nuestras almas. La humildad nos lleva a Jesús. Así se justifican plenamente las palabras de San Juan de la Cruz: "todas las visiones, revelaciones y sentimientos de cielo, no valen tanto como el menor acto de humildad" (15). La norma de la humildad es la imitación de Jesús. Los conceptos de alto o bajo son relativos, y siempre se miden con relación al modelo que debemos imitar. Lo alto laudable para el cristiano, son las alturas donde tiene su salvación, en la cima del Calvario; lo alto vituperable es la cima de aquel monte muy alto, donde el demonio también lleva al cristiano para prometerle "todos los reinos del mundo y la gloria de ellos"; lugar donde le dice: "todo esto te daré si de hinojos me adoras" (Mt. IV, 10).

Es posible equivocarse de alturas. Pedro se equivocó una vez:

(15) S. 693.

"Al anunciar Jesús lo que debía sufrir de parte de los sacerdotes y escribas, Pedro, tomándole aparte, se puso a amonestarle diciendo: no quiera Dios, Señor, que esto suceda" (Mt. XVI, 21).

Evidentemente Pedro tenía un concepto puramente humano, racional de la vida, con valoración de los honores y bienestar humanos. Y es aquello "alto" que Jesús rechaza, como rechazó de Satanás el imperio sobre los reinos del mundo, que debía reconquistar desde la Cruz.

Pero el error de Pedro se repite muchas veces en la Historia; miramos de la mano de Satanás con fruición los reinos de la tierra, lamentando nuestras derrotas con los formularios de crisis sociales, políticas, económicas.

Concluamos: la humildad es virtud porque persigue un bien, que predispone al bien más elevado de la caridad. La caridad es amor de Dios, que tiende a la unión con Dios y la consuma. La humildad destruye diversas tendencias o apetitos, opuestos al amor y unión con Dios. Luego persigue un bien que predispone a la unión con Dios que realiza la caridad.

V

La humildad persigue el bien como virtud ejecutiva o ética. Santo Tomás lo prueba con las palabras de San Agustín: "Humilde es quien prefiere ser despreciado en la casa del Señor a morar en los palacios de los pecadores. Como la libre elección es acto del apetito, síguese que la humildad se contrae más al apetito que a la estimación" (16). Esta preferencia o elección es significativa del apetito; quien elige es el apetito, que elige algo y deja otras cosas.

En esta elección, el apetito se encarga de matar los deseos que se oponen a la perfección de la vida virtuosa inspirada en la caridad. Agueguemos que los mata, no en la intención o "estimación" de la inteligencia, sino en la ejecución de la voluntad. Ello incorpora la humildad a la categoría de las virtudes activas o éticas, que descargan el alma de apetencias no controladas por la fe, la caridad y la prudencia.

San Juan de la Cruz ha desarrollado este tema de los apetitos, cuya muerte se encomienda a la humildad, de manera tan principal. El Santo llama Noche a esta privación del apetito; la noche es privación de la luz, por lo cual se queda la potencia visiva a oscuras y sin nada. Y así discurre por los cinco sentidos: vista, oído, olfato, gusto, tacto, privando del gusto a cada uno de ellos, quedando a

(16) Suma Teológica, II-II, 161, 2.

oscuras y sin nada. A continuación, como resumiendo su pensamiento, añade: "De manera que el alma que hubiere negado y despedido de sí, el gusto de todas las cosas, mortificando su apetito en ellas, podremos decir que está como de noche, a oscuras, lo cual no es otra cosa, sino un vacío en ella de todas las cosas" (17).

Una verdadera lucha contra los apetitos que ocupan y preocupan la persona es lo encomendado a la humildad, para desembarazar el terreno, para la marcha a la perfección de la caridad.

Advierte el Místico Doctor, que al hablar de noche, desnudez, vacío, no entiende hablar del mero carecer, "porque eso no desnuda el alma si tiene apetito de ellas; sino de la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja el alma libre de las cosas de este mundo" (18).

La doctrina sintética de Santo Tomás, aparece más explicada. La lucha contra los apetitos e imperfecciones de la parte sensitiva es obra conjunta de todas las virtudes morales, pero principalmente de la humildad, a la cual se asigna el papel de fundamento. Santo Tomás habla sobre todo desde el punto de vista de las virtudes, San Juan de la Cruz desde el punto de vista de los vicios que debemos arrojar afuera, para dejar expedito el camino de la caridad.

Nuestros criterios de lo alto y de lo bajo, de lo honorable y de lo abyecto deben depurarse, con la fe, la caridad, contemplando el misterio de la Cruz, meditando el Sermón de las Bienaventuranzas, y, en general, las palabras del Señor que nos llaman a una moral realmente trascendente.

La práctica de la humildad, su lucha callada contra los apetitos que asaltan al hombre obedece a esto. Pedro no entendía aún estas cosas; después se entregaría a sí mismo por el Reino hasta el martirio.

VI

Indudablemente los santos no nos piden un desprendimiento radical y repentino de nuestros apetitos y deseos, pero nos piden que lo hagamos por grados. No vamos a enumerar los doce grados de San Benito, pero sí nos parece práctico exponer los tres grados que trae San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios.

La primera manera de humildad es necesaria para la salud eterna; es a saber, que así me abaje y así me humille, cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios Nuestro

(17) Subida, 1, 3.

(18) Ib., 1, 3, 4.

Señor, de tal suerte que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas de este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue a pecado mortal.

No quebrantar ningún mandamiento que me obligue a pecado mortal. Un ánimo verdaderamente dispuesto a la perfección cristiana, y que anhela permanecer en la gracia de Dios, prefiere sufrir cualquier cosa al pecado mortal. Por ejemplo, el inscribirse en sociedades acatólicas para escalar en la política o en la posición social. El cobrar de más aprovechándose de la ignorancia del comprador. Dejar habitualmente la Misa los días de fiesta, para ir a pescar o de paseo, etc. "Cuántas veces caímos no en circunstancias difíciles ni en luchas heroicas, sino en naderías, casi sin tentación, por no contrariar una inclinación torcida, por no disgustar a un amigo, por una satisfacción momentánea" (19).

La segunda manera es más perfecta que la primera. No deliberar de hacer un pecado venial. Indiferencia ante la riqueza y la pobreza. Es el segundo grado de humildad. Supone la mortificación de la soberbia, de la vanagloria, para contenerse en los límites que eviten el pecado venial.

"Indiferencia afectiva frente a las cosas temporales, de suerte que aunque sintamos inclinaciones, simpatías, atracciones, no nos rijamos por ellas, sino que esté nuestra voluntad como en el fiel de la balanza, sin inclinarse más a riqueza que a pobreza" (20). Al remover los obstáculos que se oponen a la unión con Dios, la humildad aborrece todo cuanto tiene razón de pecado, por separar de Dios. Esta humildad supone un temor filial de Dios, y no quiere renunciar a la gloria de la contemplación en la otra vida.

La humildad es virtud ejecutiva del apetito; supone, como vimos, elección; en cada uno de nuestros días y de nuestros actos humanos tenemos elección, y ocasión de practicar la humildad.

Puede haber una humildad verdadera y otra falsa: "Mirad mucho hijas, dice la madre Teresa de Jesús, en este punto que os diré, porque algunas veces podrá ser humildad y virtud teneros por tan ruin, y otras grandísima tentación". En seguida explica cuándo la humildad es verdadera y cuándo es cosa del demonio. "Las señales de la verdadera humildad son las siguientes: no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, sino que viene con paz, regalo y sosiego". Poco después añade: "Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno... esta pena viene con una suavidad en sí y contento que no querríamos vernos sin ella. No alborota ni aprieta el alma, antes la dilata, y la hace hábil para servir más a Dios".

(19) A. Oraá S. J., Ejerc. Esp. 384.

(20) Ib., 385.

Sobre la falsa humildad, los síntomas son diversos: "Estotra —dice— todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa". Viene después el consejo para remedio de este estado: "Cuando así os halláreis atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiéreis y ponedle en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama y padeció por nosotros" (21).

Si la humildad es el fundamento de toda la vida espiritual, la falsa humildad es la falsedad de toda la vida virtuosa, corroida por la soberbia o apetito de grandezas, la avaricia o apetito de riquezas, la vanagloria, la tibieza, o un naturalismo generalizado a todos los aspectos de nuestra vida, a lo que damos el nombre elegante de humanismo. La Madre Teresa se refiere a la falsa humildad, por tentación del demonio, que procura la desesperación, el desasosiego, a bien la presunción, pensando que estamos inmunes de tentación.

Como falsa humildad puede presentarse la pusilanimidad, o un falso temor mundano; el silencio para no perder posiciones. Cuando la pusilanimidad es defectuosa por aplicarse a objetos más viles de los que convienen al hombre, se opone —por defecto— a la humildad (22).

La gran ilusión, capaz de deformar la humildad y volverla una caricatura, es la de querer salvar el alma, y ganar también el mundo; lo contrario nos enseña el Evangelio: de qué te sirve ganar todo el mundo si pierdes tu alma.

La tercera humildad es perfectísima, cuando procuro evitar en lo posible las imperfecciones; deseo más la pobreza con Cristo que la riqueza; elijo los oprobios con Cristo, a los honores.

"La primera humildad es necesaria para la salud eterna, la segunda necesaria para conservarse en la primera; la tercera es para los que quieren hacer oblaciones de mayor estima y momento" (23).

Esta tercera manera de humildad es perfectísima, y cuesta mucho trabajo, como cuestan, a su modo, la primera y la segunda.

VII

El intento de la humildad es abatir la soberbia, siempre al acecho, la jactancia, la vanagloria; primero será quitar el cebo de la ostentación, el afán de "honras y dineros", como dice la madre Teresa de Jesús. La perfecta humildad, al llegar a su maximum, de-

(21) Camino de Perfección, c. 39, nn. 2-3.

(22) S. Tomás, Suma Teológica, II-II, 162, 1, ad 3.

(23) A. Oraá, op. cit., 388.

be poder decir con San Pablo: "No quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo" (Gal. VI, 14).

La expresión de Pablo es hermosa y elevada; pero frente a la realidad de la Cruz, retrocedemos; la hallamos penosa; nuestros conceptos comunes de la vida humana, la encuentran difícil; la presencia del dolor nos abruma. Para llegar a gloriarnos, como dice Pablo, nos falta una gran distancia por recorrer. Sin embargo, es lo que el Señor nos pide; algo haremos aquí, algo en el purgatorio.

Tal cosa se exige del hombre para redimirlo, para salvarlo. Adán, nuestro primer padre, pecó por soberbia, mediante una desobediencia que le llevó a la profanación sacrílega, profanación del misterio que encerraba el árbol en medio del Paraíso. Cristo, el Nuevo Adán, viene para reparar el daño causado por el primero al género humano; viene para salvarlo, redimirlo por el misterio de la Cruz.

El género humano recibe las gracias de la Redención, que deben demoler el hombre viejo, crucificándole, y matando la soberbia y desobediencia; las gracias de la Redención, al llegar a la persona, le crean la necesidad de utilizarlas y ponerlas en ejercicio mediante las virtudes. Contra la soberbia, primer obstáculo para el amor de Dios, debe actuar la humildad. Tal es el papel de esta virtud, que comienza en los primeros escalones y debe llegar al último.

ALBERTO GARCIA VIEYRA, O. P.

PRESBITERADO

ERNESTO DAMIAN MOYANO. Nació en San Luis el 26 de Abril de 1954. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 22 de Noviembre de 1981 en la Catedral de San Luis, por la imposición de manos de Mons. Juan Rodolfo Laise, para la Diócesis de San Luis.

ALBERTO JOSE IOCCO. Nació en Godoy, Provincia de Santa Fe, el 19 de Marzo de 1955. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 8 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Paraná, por la imposición de manos de Mons. José María Mestres, para la Arquidiócesis de Paraná.

REINALDO ALFREDO VIVEROS. Nació en Buenos Aires, el 20 de Marzo de 1951. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 8 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Paraná, por la imposición de manos de Mons. José María Mestres, para la Arquidiócesis de Paraná.

OSCAR ANTONIO BOURLOT. Nació en Gualeguaychú, Pcia. de Entre Ríos, el 17 de Enero de 1957. Hizo sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Gualeguaychú; los de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor de Paraná. Fue ordenado el 11 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Gualeguaychú, por la imposición de manos de Mons. Pedro Boxler, para la Diócesis de Gualeguaychú.

HERALDO TOMAS REVERDITO. Nació en Gualeguaychú, Pcia. de Entre Ríos, el 30 de Abril de 1957. Hizo sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Gualeguaychú; los de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor de Paraná. Fue ordenado el 11 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Gualeguaychú, por la imposición de manos de Mons. Pedro Boxler, para la Diócesis de Gualeguaychú.

FRANCISCO DANIEL BECERRA. Nació en Mendoza el 20 de Diciembre de 1955. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 17 de Diciembre de 1981, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, en la Basílica de Nuestra Señora del Carmen de Cuyo, Mendoza, para la Arquidiócesis de Mendoza.

PEDRO DANIEL MARTINEZ. Nació en Mendoza el 5 de Marzo de 1956. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 17 de Diciembre de 1981, en la Basílica de Nuestra Señora del Carmen de Cuyo, Mendoza, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, para la Arquidiócesis de Mendoza.

FERNANDO MIGUEL YAÑEZ. Nació en Maipú, Pcia. de Mendoza, el 29 de Enero de 1952. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 18 de Diciembre de 1981, en la Catedral de San Rafael, por la imposición de manos de Mons. León Kruk, para la Diócesis de San Rafael.

DIACONADO

JULIO A. PUGA. Nació en Godoy Cruz, Pcia. de Mendoza, el 12 de Octubre de 1949. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 8 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Paraná, por la imposición de manos de Mons. José María Mestres, para la Arquidiócesis de Paraná.

BLAS JOSE MARIA CORBALAN. Nació el 3 de Febrero de 1956 en Nogoyá, Pcia. de Entre Ríos. Hizo sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Paraná, y los de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor de la misma ciudad. Fue ordenado el 8 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Paraná, por la imposición de manos de Mons. José María Mestres, para la Arquidiócesis de Paraná.

ERNESTO PALERMO. Nació el 20 de Julio de 1957 en Buenos Aires. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 8 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Paraná, por la imposición de manos de Mons. José María Mestres, para la Arquidiócesis de Paraná.

GUILLERMO SPIRITO. Nació el 21 de Octubre de 1958 en Buenos Aires. Hizo sus estudios de Filosofía en la Universidad del Norte "Santo Tomás de Aquino" y de Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 8 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Paraná, por la imposición de manos de Mons. José María Mestres, para la Arquidiócesis de Paraná.

CARLOS ANTONIO VENTURINO. Nació el 21 de Marzo de 1958 en Gualeguaychú, Pcia. de Entre Ríos. Cursó sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Gualeguaychú, y los de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor de Paraná. Fue ordenado el 11 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Gualeguaychú, por la imposición de manos de Mons. Pedro Boxler para la Diócesis de Gualeguaychú.

FERNANDO VISCONTI. Nació el 14 de Enero de 1958 en Gualeguaychú, Pcia. de Entre Ríos. Hizo sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Gualeguaychú y los de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 11 de Diciembre de 1981 en la Catedral de Gualeguaychú, por la imposición de manos de Mons. Pedro Boxler para la Diócesis de Gualeguaychú.

MARTIN MIGUEL PFISTER. Nació el 11 de Enero de 1956 en Salta. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 12 de Diciembre de 1981, en la Catedral de Salta, por la imposición de manos de Mons. Carlos M. Pérez, para la Arquidiócesis de Salta.

JUAN PERCARA. Nació en Colonia Ensanche Sauce, Santa Ana, Pcia. de Entre Ríos, el 15 de Agosto de 1952. Hizo sus estudios secundarios y de Filosofía en el Seminario de Concordia; los de Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 12 de Diciembre de 1981, en la Catedral de Concordia, por la imposición de manos de Mons. Adolfo Gerstner, para la Diócesis de Concordia.

LUIS MARIA TOMATIS. Nació en Santa Fe el 25 de Diciembre de 1957. Cursó sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Paraná, y los de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor de la misma ciudad. Fue ordenado el 12 de Diciembre de 1981 en la Párrquia San Juan Bosco de la ciudad de Santa Fe, por la imposición de manos de Mons. Vicente Zazpe, para la Arquidiócesis de Santa Fe.

ROBERTO JUAREZ. Nació en Buenos Aires, el 7 de Enero de 1958. Cursó sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Paraná, y los de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor de la misma ciudad. Fue ordenado el 17 de Diciembre de 1981, en la Basílica de Nuestra Señora del Carmen de Cuyo de la ciudad de Mendoza, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, para la Arquidiócesis de Mendoza.

RUBEN DARIO RIALE. Nació en Mendoza el 23 de Septiembre de 1955. Cursó sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Paraná, y los de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor de la misma ciudad. Fue ordenado el 17 de Diciembre de 1981, en la Basílica de Ntra. Señora del Carmen de Cuyo de la ciudad de Mendoza, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, para la Arquidiócesis de Mendoza.

JOSE ANTONIO ALVAREZ Y DOMINGUEZ. Nació en Mendoza el 5 de Octubre de 1955. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 17 de Diciembre de 1981 en la Basílica de Ntra. Señora del Carmen de Cuyo de la ciudad de Mendoza, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, para la Arquidiócesis de Mendoza.

AGUSTIN BENITEZ. Nació en Mendoza el 30 de Diciembre de 1948. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 28 de Febrero de 1982, en la Iglesia de Ntra. Señora de las Mercedes, Villa Mercedes, Pcia. de San Luis, por la imposición de manos de Mons. Juan Rodolfo Laise, para la Diócesis de San Luis.

DANIEL RODRIGUEZ. Nació en Mendoza el 5 de Agosto de 1952. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 28 de Febrero de 1982, en la Iglesia de Ntra. Señora de las Mercedes, Villa Mercedes, Pcia. de San Luis, por la imposición de manos de Mons. Juan Rodolfo Laise, para la Diócesis de San Luis.

BERNARDO JUAN. Nació en San Rafael, Pcia. de Mendoza, el 3 de Agosto de 1955. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 7 de Marzo de 1982 en la Catedral de San Luis, por la imposición de manos de Mons. Juan Rodolfo Laise, para la Diócesis de San Luis.

JUAN MICALIZZI. Nació en San Luis el 28 de Marzo de 1954. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado en la Catedral de San Luis el 7 de Marzo de 1982, por la imposición de manos de Mons. Juan Rodolfo Laise, para la Diócesis de San Luis.

CARLOS MORALES. Nació el 14 de Noviembre de 1957 en San Luis. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 7 de Marzo de 1982 en la Catedral de San Luis, por la imposición de manos de Mons. Juan Rodolfo Laise para la Diócesis de San Luis.

JULIO MOYANO. Nació en San Luis el 18 de Mayo de 1953. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 7 de Marzo de 1982 en la Catedral de San Luis, por la imposición de manos de Mons. Juan Rodolfo Laise, para la Diócesis de San Luis.

MINISTERIOS

ACOLITADO

Lo recibió el 8 de Diciembre de 1981 el seminarista DANIEL RODRIGO, de la Diócesis de San Justo; el 20 de Diciembre de 1981 el seminarista FRANCISCO GORDALINA, de la Diócesis de Maldonado-Punta del Este (Uruguay); el 14 de Febrero de 1982 lo recibieron los seminaristas DANIEL GIAQUINTA, MIGUEL A. MIQUEO y OSCAR PEÑA, de la Arquidiócesis de Mendoza; el 6 de Marzo los seminaristas REINALDO ANZULOVICH y RUBEN TULLA, de la Diócesis de San Luis; el 7 de Marzo de 1982 el seminarista CARLOS WALKER, de la Diócesis de San Rafael (Mendoza).

LECTORADO

Lo recibieron el 6 de Marzo de 1982 los seminaristas MIGUEL A. FUENTES, EDUARDO NEBELUNG, CARLOS ALBERTO OLIVERA, JUAN D. PETRINO y ARTURO RUIZ FREITES, de la Diócesis de San Luis; el 7 de Marzo de 1982 los seminaristas PABLO BONELLO, JUAN FAJARDO, LUIS SANJURJO y PATRICIO WALKER, de la Diócesis de San Rafael (Mendoza).

EL ESPIRITU HOSPITALARIO

El presente es un trabajo monográfico presentado por su autor, en el año 1981, al Curso de Adscripción a la Docencia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

INTRODUCCION

El hospital es una creación de la Cristiandad. Así es generalmente reconocido. Más aún, Jeter (1), al señalarlo, tiene que puntualizar también que "el intento apasionado de los helenófilos y de los humanistas de formación clásica para demostrar la existencia de establecimientos del tipo de los hospitales, puede darse ya hoy por fracasado definitivamente". Fundado en el año 370 por Basilio el Grande a las puertas de la ciudad de Cesarea, en la Anatolia Central, el nacimiento del primer hospital cristiano coincide con el de los primeros monasterios. Desde allí, ambos espíritus, monástico y hospitalario, coincidirán como una de las más altas expresiones de la caridad medieval.

No es difícil advertir que ese enfoque inicial ha variado radicalmente desde entonces. Si la personal experiencia cotidiana no fuera suficiente, las expresiones con que Rizzi (2) describe el hospital del futuro resultarán útiles para entrever esa diferencia: "El desarrollo de todos estos avances es simplemente un problema de desarrollo masivo de técnicas...".

El presente trabajo intenta establecer las principales modificaciones espirituales que se han producido entre los encargados de brindar atención institucional a los enfermos desde la época de la fundación hospitalaria y su influencia sobre el modo de entender la enfermedad y la muerte.

ESPIRITU MEDIEVAL Y ESPIRITU MODERNO

Si el "homo sum et nihil humani a me alienum puto" de Terencio ha sido con justeza adoptado para caracterizar el modo de entender

(1) Jetter, D., Los hospitales de la Edad Media, en *Historia Universal de la Medicina* de P. Laín Entralgo, Salvat, Barcelona, 1972, p. 263.

(2) Rizzi, C. H., El hospital del futuro, *Rev. AMA*, 92:15, 1979.

el Universo del hombre del Humanismo renacentista, no menos expresivo es el concepto de San Bernardo de Claraval (3) (1090-1153): "Ninguna cosa... que sea de Dios me es ajena", para señalar el espíritu medieval que se empezó a resquebrajar a partir del siglo XV.

La fundamental diferencia así establecida abarcó, naturalmente, todos los campos del quehacer humano, tanto prácticos como especulativos, de modo que intentar reconstruir hoy aquel ambiente es más que arduo si se pretende alguna verosimilitud. ¡Cuál no sería la desazón del más medievalista de nosotros, hombres modernos, si resultásemos transportados a la Edad Media y pudiéramos comprobar qué escasa importancia tenían entonces la mayor parte de los pequeños motivos que impulsan nuestra vida cotidiana! Viceversa, esa, nuestra moderna condición, dificulta enormemente que seamos capaces de imaginar siquiera con claridad las razones que movían a nuestros semejantes de entonces.

Tal el riesgo verdadero que corre este trabajo. Por eso hemos elegido para realizarlo no ya la reconstrucción de época, que sólo podría ser fantástica, sino la exposición crítica de los rasgos más generalizados y comunes del hombre moderno ocupado de la atención de la salud. Las fuentes surgen de la experiencia personal y de las expresiones de otros que se han ocupado de temas afines. Para la comparación de las épocas hemos recurrido a fuentes literarias, naturalmente.

EL ESPÍRITU DEL MÉDICO MODERNO

Utilizamos la expresión "médico moderno" para referirnos al profesional actual de la Medicina, globalmente considerado. Y tenemos que reiterar que el hecho de pertenecer nosotros mismos a esa categoría no hace sencillo separar del propio espíritu actitudes y maneras de pensar que se han constituido casi en reflejos y alejarlas lo suficiente como para juzgar con perspectiva. Pero hemos preferido hablar de médico moderno, y no sólo de médico contemporáneo, para señalar así el vínculo histórico y filosófico entre su formación y el orden de ideas que fue generalizándose a partir del Humanismo Renacentista.

El modo antropocéntrico de entender la Creación que creció desde entonces hizo que se prestara una atención progresivamente mayor al cuerpo en sus aspectos más estrechamente materiales y, en todas las disciplinas, así como en las artes (donde la etérea figura hierática propia de lo medieval se trocó en minuciosa sensualidad), se lo estudiara con particular interés. Pero no ya exactamente como a uno de los elementos de la armonía general —idea evidente entre griegos y

(3) Cf. Merton, T., *San Bernardo, el último de los Padres*, Patmos, Madrid, 1956, p. 164.

romanos— sino especialmente como asiento de lo patológico, en el afán tal vez de protegerlo de una corrupción de la que da cuenta cabalmente la idea cristiana del pecado. Es decir que, después de Cristo, la concepción directa, inocente —si lo fue— propia del Mundo Antiguo no pudo retornar sin tormento. No es improbable que ese miedo por la corrupción de la carne revalorada haya ido modificando sutilmente la idea de acompañar al curso de la Naturaleza, característica de lo hipocrático, por la de quebrar su rumbo con las medidas terapéuticas que empezaron a surgir.

Desde el punto de vista que nos interesa, el enfoque, inicialmente morfológico, enriqueció primero a la Anatomía. A continuación esa Anatomía se puso en movimiento y la Fisiología irrumpió incontinentemente. Vale la pena señalar al paso cómo los planes de estudio actuales conservan todavía ese orden cronológico, aunque la relación entre una Anatomía preponderantemente descriptiva y una Fisiología cada vez más matematizada es progresivamente más remota.

Hasta aquel momento la ciencia había sido, si se nos permite, contemplativa respecto del hombre. Una vez que lo puso en movimiento, necesitó empezar a manipular con él. Para eso no era posible mantener los viejos principios provenientes de la concepción de un sujeto indivisible como creatura divina. Hubo que sentar las bases de un nuevo enfoque.

En el siglo pasado Claude Bernard colaboró decisivamente con esa tarea. Y prueba la importancia de que se preocupara por llenar tal necesidad el hecho de que resultase no sólo el fisiólogo más notable, sino también uno de los principales filósofos de la ciencia de su tiempo. El análisis del hombre en movimiento requería considerarlo en sus aspectos exclusivamente físico-químicos, lo que de hecho significa la separación metodológica del cuerpo y del alma. Aunque no expresado de ese modo, tal es el planteo subyacente en la "Introducción al estudio de la Medicina Experimental". La descripción de un método que permite estudiar el funcionamiento del cuerpo humano como se examina a los animales de laboratorio, sin tener en cuenta la presencia del espíritu.

Claude Bernard (4) lo advierte claramente. Su método tiene límites precisos: desentrañar los enigmas funcionales del organismo, ni un paso más allá. "Al instruir al hombre, la ciencia experimental tiene como consecuencia disminuir cada vez más su orgullo, probándole cada día que las causas primeras, así como la realidad objetiva de las cosas, le permanecerán para siempre ocultas, y que no podrá conocer más que relaciones". Pero, fuera del fondo escéptico que esconde la aparente serenidad de la frase, con esto se colocaba la pie-

(4) Bernard, C., *Introducción al estudio de la Medicina Experimental*, Losada, Buenos Aires, 1944, p. 42.

dra fundamental de modo definitivo. Porque, es obvio, no es al método sino al hombre mismo a quien se le atribuye la limitación de lograr cualquier conocimiento trascendente. En efecto, así se logra en los hechos el desinterés por las causas primeras, inalcanzables. Y el desapego del alma, que termina siendo una entelequia incompatible con la naturaleza misma del sistema propuesto.

Los rápidos logros del método experimental entusiasmaron a sus contemporáneos y se lo propagó con dudosa precisión a campos más extensos y menos exactos. No es casual que darwinismo (y, mejor, spencerismo) y freudismo se le superpusieran, prácticamente. A fuerza de comparar al hombre con animales de laboratorio, haciendo permanente abstracción de su condición espiritual, termina siendo sencillito concebirlo como a su descendiente. Por supuesto, se hace inicialmente hincapié en dejar a salvo lo espiritual; pero pronto pierde vigencia la salvedad misma. El paso posterior es reemplazar la espiritualidad verdadera por una infra-espiritualidad "psicológica" hecha a esa pequeña medida. Es fácil entonces que el conjunto se complemente, que las partes se requieran entre sí y que el todo forme un credo nuevo, esta vez científicista.

Nos permitimos decir lo anterior porque, fuera de que constituye una realidad comprobable cotidianamente entre quienes toman este tipo de ideas con superficialidad, llama la atención cierta ligereza con que estos conceptos fundamentales son dados por verdaderos aun por sus partidarios dignos. Así, son representativas algunas expresiones de Dampier (5), quien se refiere a las incógnitas todavía planteadas por la nunca definitivamente certificada teoría evolucionista (el subrayado es nuestro, conservamos también la sintaxis de la deficiente traducción): "Sin embargo, con el correr de los años se vio claro que la herencia biológica de los caracteres adquiridos era muy difícil de comprobar en la realidad, si es que se daba. Todavía no se ha **zanjado** esta cuestión, ni siquiera en nuestros días... Hoy día, por los datos de la morfología y de la paleontología, resulta evidente el proceso general de la evolución, pero aún no se ha podido averiguar múltiples detalles sobre el origen de las especies. La selección natural por sí sola no parece basta a explicar el fenómeno. Pero la tendencia a extremar la prudencia, que nos ha enseñado la experiencia de los años transcurridos desde entonces, no merma en nada la importancia del principio de Darwin. Aunque en última instancia se demuestre su insuficiencia, no puede negarse que en su tiempo constituyó **la hipótesis que exigía la ocasión**. La idea de la selección natural abrió la puerta a la aceptación de algo superior a ella, cual fue la teoría de la evolución orgánica".

Sin pretender entrar ahora en el difícil terreno de los pro y los

(5) Dampier, W. C., *Historia de la ciencia*, Tecnos, Madrid, 1972, pp. 301-303.

contra del evolucionismo y del modo en que va perdiendo terreno su concepción original, hecho que escapa al objeto de este trabajo, vale la pena subrayar cómo son llamativamente ambiguos y hasta vulgares los términos con que un historiador reconocido de la ciencia se refiere a este tema fundamental. Es probable que bajo ello se pudiera encontrar mucho más de creencia no confesada que de prueba científica irrefutable.

Lo anterior no significa negar los frutos verdaderos del método experimental. Sería necio no ver que gran parte de lo más sólido de la tarea técnica médica cotidiana proviene de allí. Pero implica establecer sus limitaciones: poner el acento donde el método se extendió por terreno impropio.

Aún así la afirmación puede resultar imprecisa. Porque no es en realidad el método el que se extiende ni tampoco los científicos quienes necesariamente lo propagan a objetos que le son ajenos. No sería eso propio de científicos verdaderos o, lo que es igual, desvirtuaría "per se" la naturaleza científica de su tarea. Pero el hecho tiene dos derivaciones que, ellas sí, merecen ser puntualizadas porque son determinantes del enfoque que nos interesa discutir.

Por una parte, la ciencia moderna ha terminado amputando la idea del hombre por el hecho de separar metodológicamente espíritu y materia y dedicar su atención solamente a esta última. No sólo porque son múltiples los ejemplos de situaciones en que ambos interactúan (y múltiples las veces en que ha sido necesario volver atrás, aunque fuera para crear híbridos insuficientes como lo es el enfoque psicosomático); sino porque tras el silencio respecto del espíritu subyace un desprecio que va haciendo cada vez más difícil, más lejana, hasta la posibilidad misma de concebir un modo propio de acercarse a su estudio. En verdad, no puede dejarse de ver allí cierta similitud con la idea de "solidificación" del mundo moderno que con tanto poder de seducción ha señalado René Guénon (6) como característica de su decadencia.

Coincidentemente el método que se emplea para examinar lo material engendra nuevos interrogantes materiales y técnicas nuevas para resolverlos que, a su vez, generan otros. Así sucesivamente hasta que, inmerso en la tecnología y la problemática positivistas, ese tipo de científico tiende a diverger hasta un punto de no retorno respecto de su presunta intención inicial de dejar de lado al espíritu humano sólo por el instante necesario para examinar libremente el comportamiento físico-químico del cuerpo.

El otro corolario que hay que tener en cuenta es la permanente negativa científicista por dejar entrar en su terreno la idea de fina-

(6) Cf. Guénon, R., *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, Ayuso, Madrid, 1976.

lidad. Etienne Gilson (7) lo señala precisamente: "La noción de finalidad no ha tenido éxito. Una de las principales causas de hostilidad de que ha sido objeto es su larga asociación con la noción de un Dios creador y providencial". Así, el científico se interroga sobre el "cómo" pero se prohíbe averiguar el "para qué". Y si pudiera parecer exagerado el empleo que aquí se hace del término "prohibe", bastaría recordar con qué firmeza se desecha por "anticientífico" cualquier pequeño atisbo de expresar el fin al que conduce una función cualquiera que suelen plantear quienes se inician en las tareas de investigación. Naturalmente, cuando maduran, estos investigadores ya tienen desterrada toda tendencia a hacer compatibles las ideas de verdad científica y finalidad. En lo íntimo cada cual resuelve (o no resuelve) a su modo el problema; pero en la actividad exterior todos coinciden, con un énfasis que es propio de la ciencia verdadera y serena, en hacer profesión de antifinalismo. Para eso, en última instancia, para sacar a Dios de en medio a la hora de estudiar la Creación, prefieren establecer no menos dogmáticas y altamente improbables teorías sobre el azar.

El tema sería suficiente para replantear la larga polémica no resuelta. Pero si tales son objeciones reales que pueden levantarse ante el común del espíritu científico moderno que —aunque parcialmente— busca la verdad, el panorama es más confuso cuando se trata de establecer qué parte de todo ello han adoptado los médicos y cuáles son sus consecuencias cotidianas.

Los médicos no son superponibles a los científicos. No son necesariamente investigadores de la verdad biológica aunque deban, si han recibido una correcta formación, haber frecuentado la investigación. Deben ser profesionales que apliquen una serie de medidas, de las cuales cierto porcentaje tiene basamento científico y otro no, para preservar o restablecer la salud de sus semejantes, amenazada por motivos que sólo en algunos casos tienen explicación por vía de la ciencia. Al respecto, Ortega y Gasset dice: "La Medicina está ahí para aportar soluciones. Si son científicas mejor, pero no es necesario que lo sean. Pueden proceder de una experiencia milenaria que la ciencia aún no ha explicado" (8).

De manera sintética podría decirse que así como no es posible que los médicos se aparten de lo científicamente fijado cuando la ciencia ha dejado una verdad establecida, tampoco pueden esperar hasta que la ciencia se haya expedido a la hora de atender a sus enfermos. Su tarea es una mezcla de proporciones irregulares entre verdades objetivas (generalizables) y matices de completa subjetividad (individuales, íntimos, a veces intrasmisibles). En la esencia misma de la profe-

(7) Gilson, E., *De Aristóteles a Darwin (y vuelta)*, Eunsá, Pamplona, 1976, p. 19.
(8) Ortega y Gasset, O., *El libro de las misiones*, Espasa-Calpe, Madrid, 1976, p. 101.

sión se mezclan la tendencia a la certeza y la irrupción del misterio, la ascética científica y la sensualidad de la magia.

El objeto de su trabajo no es, pues, la búsqueda pura de la verdad metódicamente mensurable. Es, sí, la aplicación —dentro de un heterogéneo conjunto donde conviven verdades últimas con medidas prácticas— de algunas evidencias científicas a la atención de hombres enfermos.

Tampoco el sujeto de su labor es asimilable al del científico. Pasteur Vallery-Radot (9) expresa: "La medicina no es una ciencia; ella utiliza las ciencias. No tiene por finalidad resolver problemas abstractos; trata de problemas humanos que son especialmente variables según los casos, pues cada individuo tiene su personalidad con su herencia, su pasado, su comportamiento fisiológico, que no es idéntico al de ningún otro, su particular sensibilidad psíquica, su modo individual de reaccionar. El médico no tiene ante sí una máquina humana, sino un ser humano". Aun el investigador en biología aplicada al hombre (el investigador médico) tiene un sujeto diferente del propio de la medicina cotidiana. Pero también entonces cabe señalar hasta qué punto difiere el hombre real con su dolencia del hombre entendido como "caso" de determinada serie patológica en estudio. Y difiere hasta ser capaz de provocar difíciles situaciones morales en el momento de transformar a un enfermo concreto en elemento de un grupo comparativo.

Objeto y sujeto del médico son, pues, esencialmente distintos de los del científico. Sin embargo, contados serían los médicos que no se sintiesen menoscabados si se les dijera que la esencia de su profesión no es fundamentalmente científica. Pensarían que se los trata de retrógrados, de poco serios. Porque en gran número, y a raíz de las voces y los silencios recibidos durante su formación, creen que la ciencia irá abarcando cada vez con más precisión el ejercicio de la Medicina hasta que todo sea matemática (o estadísticamente) cuantificable allí.

Es que, a fuerza de ser veraces, es preciso aceptar que en el "currículum" de un médico moderno las grandes ideas (científicas y, tanto más, filosóficas) son también grandes ausentes. Con las disciplinas básicas se le transmiten algunas de las que hoy predominan en ciencias, pero todas ellas se dan como por sobreentendidas, sin el menor análisis crítico. Su aceptación es, pues, dogmática. Y es curioso comprobar hasta qué punto resultamos ingenuos en el momento de aceptar decisivas teorías que, en verdad, nunca sometemos con seriedad suficiente al examen metódico que debería presidir nuestra personalidad profesional.

Paradójicamente los médicos son fieles, en nombre del método

(9) Mazzei, E. S., *Qué es la Medicina*, Columba, Buenos Aires, 1968.

científico, al principio de autoridad contra el cual fuera erigido aquél. Basta entonces que algo cumpla con los requisitos exteriores de lo científico para que se le pueda augurar excelente pronóstico. Pero, al mismo tiempo, es preciso aceptar que gran parte de nosotros tampoco aplica en la práctica diaria los principios metódicos concretos por cuyas generalizaciones menos rigurosas siente, en cambio, devoción incondicional.

Esto no es, naturalmente, exclusividad del espíritu médico. Es al espíritu del hombre moderno en general al que estamos aludiendo aquí. Pero los médicos tienen influencia decisiva (o influencia en momentos decisivos) ante otros hombres; se constituyen entonces en propagadores importantes de ese espíritu y responsables fundamentales de él.

Así es como ante tales momentos decisivos, sus armas resultan pobres, representadas apenas por un vago sentido humanitarista que no llega mucho más allá. Es que, educado en ese positivismo cuyas convenciones tiende a olvidar, con una absoluta fe en el indefinido progreso, el médico moderno conserva en el fondo de sí un secreto lugar donde parece verse dando batalla no ya a la enfermedad sino a la misma muerte: alejar la enfermedad y alejar el final con él, médico, como protagonista. Un paso más, ese paso todavía secreto, y separará definitivamente la patología para extirpar a la muerte. Pero, de vuelta de la utopía, el paso deseado no llega y deja en su lugar vacío e inquietud.

El método experimental le ha ayudado a describir y conocer los mecanismos de la muerte. ¿Significa eso saber algo más sobre ella en realidad? ¿Ha logrado la popularización de lo científico —de la que el médico es sacerdote y víctima— hacer algo más inteligible el sentido último de la enfermedad y de la muerte? El método científico nunca apuntó, teóricamente, a esos "sentidos últimos" que no le interesaban porque no había sido creado para eso. Ampliando la cita previa se lo puede encontrar con precisión en Claude Bernard (4): "El espíritu del investigador se distingue del metafísico y del escolástico por la modestia, porque a cada instante la experiencia le hace tener conciencia de su ignorancia relativa y absoluta. Al instruir al hombre, la ciencia experimental tiene como consecuencia disminuir cada vez más su orgullo probándole cada día que las causas primeras, así como la realidad objetiva de las cosas, le permanecerán para siempre ocultas, y que no podrá conocer más que las relaciones. Este es, en efecto, el objeto único de todas las ciencias...".

Dejando de lado esa modestia que la crónica del último siglo se ha encargado de desmentir, difícilmente pueda seguirse sosteniendo que la ciencia experimental haya conservado o querido conservar esa estrecha frontera. En sus formas más vulgares, en cambio, ha popula-

rizado un sentido de la existencia, fantástico en la medida en que transcurre por terreno impropio, que pretende serlo también de la historia. Pero —y volviendo al sujeto de nuestro trabajo— cabe preguntarse en qué medida, sin opinión sobre el sentido de la vida y la muerte, o con una opinión "científica" ajena a su naturaleza completa, es posible permanecer junto a quien está enfermo y puede morir. ¿Qué palabras no faltarán en esa vigilia? ¿Qué podrá lograrse más allá de transmitir la propia desazón?

A este respecto no interesan las respuestas personales. Teóricamente —que es decir en cierto modo hipócritamente— caben todas. En cambio, es posible estar más cerca de la realidad cotidiana si, sobre los hechos, se examinan las actitudes más comunes. De allí pueden salir, si no todas, algunas evidencias.

a) Desinterés por la Historia

El desinterés por la Historia viva (la Historia entendida como ejemplo) o, lo que es peor, su reemplazo por un esquema ideológico, es característico del hombre contemporáneo.

El médico no escapa a la corriente general. Pero, además, la velocidad del deterioro de sus conocimientos teóricos (se ha calculado que decaen un 50% cada diez años) (10) tiende a ahondar ese sentido despreciativo respecto de lo histórico. Naturalmente lo que decae, lo que pierde vigencia, es la porción científica de su saber. Pero es difícil que quien está formado con prescindencia de valores humanísticos profundos perciba que es justamente el sector que él juzga máspreciado el que se diluye. Y así, con los ojos puestos en el hoy más estrecho, pierde de vista lo permanente. Quien no duda de burlarse de los obsoletos conceptos de sus colegas de unos pocos años atrás es incapaz, en consecuencia, de entender la valía de los que, en la antigüedad, describieron hechos o establecieron principios que mantienen su veracidad al cabo de los siglos. Mucho menos de detenerse a pensar qué diferencia entre ese espíritu y el suyo determinó tal persistencia. Y, peor, incapaz de percibir que esos otros más cercanos, los mismos que hoy le resultan ridículos por el vertiginoso deterioro de sus técnicas, fueron —con espíritu distinto al de los antiguos y similar al suyo— representantes de la mentalidad científicista de su hora.

En la medida en que la sensibilidad reinante sólo se conmueve ante el hecho técnico, a poco logra conducirlos la posibilidad de comprobar que hoy son mucho más reales algunas ideas hipocráticas que las que guiaron buena parte de la medicina científica del ayer cercano. Piensan, en todo caso, que lo válido es el sentido progresivo del camino positivista hasta el punto de incluir a lo griego, creyendo así

(10) Anylan, W. G., Sabiston, D. C., A new approach to medical education, Surgery, 62:134, 1967.

justipreciarlo y sin notar que lo malinterpretan, en el comienzo de esa ruta.

Hecha la apuesta a favor del progreso continuo, el resto parece tiempo perdido, generalidades sobre las que no vale la pena detenerse. Y es entre los excesos del propio método experimental —enemigo del principio de autoridad y despreciativo del pasado en el grado en que no se pueda tomar como antecedente inmediato del hoy que se admira— donde encuentran apoyo teórico.

En buena medida allí hay que buscar las raíces del desinterés por conocer la Historia. ¿Qué valor puede asignarse a algo inferior al presente, y muy inferior al porvenir y que, por lo demás, no corre riesgo de repetirse? ¿Cómo concebir entonces el papel del humanista? Para el común de los médicos modernos el humanista —ese tipo que le resulta tan difícil de encontrar en la sociedad y que probablemente le rehuye— es un sujeto firmemente dedicado a perder el tiempo, una suerte de parásito que vive de un "hobby". Porque es así, con algo del infantilismo que esconde el concepto de "hobby", como entiende a toda actividad del espíritu que no sea esa elemental que lo empuja a una acción permanente, avasalladora, autogeneratriz de nueva acción. Los más reflexivos (aquellos entre quienes la educación pragmática no logró una amputación completa, pero sí produjo su deformación) adhieren a alguno de los substitutos de la espiritualidad verdadera: un andamiaje sencillo, donde todo encaja racionalmente, donde lo que no encaja se recorte o se rellene.

De ahí suelen surgir esas reuniones pseudo-humanísticas, vacías, caracterizadas por su tendencia a dar nombres nuevos a cosas conocidas desde antiguo, confusas porque en ellas reina el autodidactismo y donde las conclusiones son generalmente extraídas por quienes —acortando camino por vía de la pura praxis— las tienen preparadas de antemano. De ese origen es, muy especial y peligrosamente, gran parte de cuanto se aprueba en materia de Educación Médica, con lo que el ciclo descendente de la educación pragmática completa una nueva vuelta de tuerca.

Cabe mencionar cómo estos mecanismos de espiritualidad menor terminan desembocando, al reunirse organizadamente, en una especie de maquinaria implacable bajo el nombre de "Sistemación" (11).

Bajo tan forzada denominación se reúne una serie de pautas más o menos neutras que, en conjunto, tienden al gobierno de seres y cosas según las leyes de probabilidad de la matemática moderna.

El neologismo, no en vano proveniente de la Cibernética, indica

(11) Lanza, A., *Enfoque sistemático, marco conceptual*. VI Jornadas de Educación Médica, Buenos Aires, 18-20 de mayo de 1978.

hasta qué punto se intenta hacer compatible la conducta de hombres e instituciones con su manejo por medio de la computación.

Y si bien puede tener algo de cierto esa expresión común que asegura que las computadoras son, en última instancia, manejadas por hombres, también lo es que el espíritu de quienes las instrumentan está condicionado para vibrar en simpatía con las computadoras. Para esos espíritus preponderantemente cuantitativos la "sistemación" es una suerte de regla indiscutible.

Por último, vale señalar el modo en que se ha reducido la noción de Filosofía para usar el término como sinónimo de "idea motriz". Así se habla de "filosofía" de una intervención quirúrgica para mencionar el objeto que se persigue al practicarla o, indistintamente, los supuestos de que se parte al hacer su indicación. Así, de "filosofía" de tal o cual método diagnóstico o terapéutico. Lo que se hace, en realidad, es parcelar un concepto universalizador, dividir en múltiples subtipos desordenados lo que tendría que ser visión unitaria. No es difícil entender cómo, sin haber reflexionado lo suficiente sobre el conjunto organizado de ideas que debiera regir nuestra conducta profesional, los médicos modernos solemos perder el rumbo en medio del laberinto de "filosofías" con que, cuando la conciencia atisba, intentamos justificar tendencias a las que, en realidad, solemos ser arrastrados por modas temporarias.

Eso que llamamos moda cuenta con los ingredientes de un idioma pseudocientífico también. Y, más, suele introducirse adornada por gráficos, técnicas audiovisuales, acompañamiento estadístico, palabras claves y, en fin, todo un cortejo que más parece destinado a "camouflarla" que a presentar ideas médicas con el ascetismo propio de las verdades de la ciencia experimental. A partir de allí no puede sorprender la comprobación de cómo supuestos investigadores sacan con bastante buena fe conclusiones falsas del uso de, por ejemplo, terapéuticas inservibles. Si a eso se agregan la importancia de los factores económicos que rodean a lo médico y cierta dosis de soberbia, podrá tenerse idea de por qué —sin que sea imprescindible el afán de engañar, apenas alguna desorientación— se suelen realizar grandes campañas o costosos congresos sobre instrumentos, drogas o ideas inútiles.

En suma, el médico contemporáneo no aplica siempre los postulados del método experimental ni exige que realmente hayan sido aplicados para la evaluación de sus cotidianas tareas técnicas, lo que coincidiría con su verdadera utilidad. En cambio, con frecuencia pretende referirse a ellos en busca de argumentos de autoridad con que substituir a la Metafísica, justo en el sitio donde nada tienen que hacer.

Visto desde este ángulo queda claro por qué han venido a apare-

cer, como substitutos de los verdaderos conocimientos humanísticos y con aspecto exterior de ultra-científicos, esquemas del tipo de la "sistematización". Otro modo de retracción materializante.

b) Realidad actual de la enfermedad y la muerte

Sin embargo, no todo es tan sencillo de sistematizar pragmáticamente. Y, en rigor, pocas cosas hay menos prácticas que la enfermedad y la muerte.

Cuando la vida es privada de verdadera espiritualidad, enfermarse y morir se transforman en algo así como una claudicación. De tal modo o, más sencillamente, como a una mala pasada de la vida lo entiende el hombre moderno. Y su médico moderno suele ayudarlo para eso.

No cabe duda de que sería arriesgado pretender establecer en qué medida la propia muerte puede o no resultar aleccionadora para cada cual. En cambio es cierto que muchas veces lo es la de los demás. Y no sólo cuando es ejemplar, sencillamente cuando es.

Por lo general, el hombre muere hoy en Terapia Intensiva privado de dar ese ejemplo, trágico o crudo si acaso, pero último ejemplo. Existe todo un rito que va separando la verdadera muerte de la idea que de ella se hacen los vivos. Si se reflexiona sobre lo vertiginoso del deterioro y el cambio de los conocimientos médicos que ya hemos señalado, se podrá tener idea de cómo lo único permanente en la Terapia Intensiva es el rito; dicho de otro modo, también la terapéutica es allí, en buena medida, ilusoria. Y en ese ambiente, tanto para quienes están dentro como médicos como para quienes esperan como familiares tras las puertas, la muerte pierde gran parte de su condición real para transformarse —ella también— en ideológica.

Hay algo profundamente misterioso en el apremio del hijo ausente por llegar a tiempo al final de su padre. Algo que va mucho más allá del afán de ver aún con vida a un progenitor moribundo; algo que tampoco tiene nada que ver con el intento de evitar, de postergar siquiera, lo inevitable. Es como una necesidad de ser testigo, que constituye también el último acto de amor que puede brindarse en esta vida.

La Terapia Intensiva impide eso. Allí se muere desnudo y solo. Ante la indiferencia de quienes no tienen más remedio que transformarse en indiferentes (o de disfrazar con indiferencia el dolor falsificado que provoca el fracaso técnico).

No se trata de negar la utilidad de una actitud de permanente cuidado frente a enfermedades o a complicaciones que, en el curso de enfermedades reversibles, puedan provocar muertes precoces evita-

bles. No es cuestión tampoco de situarse absurdamente contra métodos terapéuticos drásticos que permiten diariamente atender de manera adecuada a los enfermos. Pero, en la práctica, gran parte de eso —lo que es más importante, una parte claramente discernible por lo general— es sólo un modo de apartar la muerte de la vista, como si con ello se lograra perder responsabilidad respecto de ella.

Pensar en qué medida es o no preciso que la Terapia Intensiva tenga hasta una suerte de idioma propio hecho de abreviaturas y siglas (impenetrable aun para muchos médicos ilustrados) da una idea de cuántos agregados innecesarios se han hecho al elemental y único válido concepto que literalmente traduce su nombre.

En ese mismo orden de cosas transcurre el hecho de que se haya dado una Ley Nacional para permitir la declaración de la muerte cerebral antes de la detención cardíocirculatoria en busca de la donación de órganos para trasplantes y, en cambio, prácticamente nunca se utilicen esos criterios para decidir que un enfermo vuelva al seno de su familia (que no tiene por qué ser exactamente sinónimo de ser trasladado del Hospital) para morir allí. Es cierto que nadie suele manifestar interés entonces, pero son los médicos los responsables principales de prolongar una falsa esperanza o una desesperanza agónica entre familiares que no están en condiciones de hacerse cargo de la situación con libertad. En suma, la muerte sólo parece tener sentido cuando es capaz de prolongar la vida de otra carne. Hecho laudable a veces, pero de ningún modo excluyente.

Puede considerarse una exageración atribuir a la Terapia Intensiva el papel de una barrera entre el enfermo, su familia y la vivencia de la verdadera muerte. Pero si se imagina la falta de sentido —o, peor, el sentimiento inconsolable de derrota— que la muerte encierra para quien ve al mundo bajo su estricta faz positiva, podrá explicarse por qué es hasta necesario que esa muerte se aleje y transforme, tanto como sea posible, en un mecanismo fisiopatológico carente de toda otra significación.

c) Hospitales del futuro

Cuando se llega a tales límites de ideologización, el examen de la realidad —origen de ponderación habitualmente— se transforma en utopía. Hasta como una suerte de compensación quizás. Difícilmente sean otras las razones que subyacen tras afirmaciones de un artículo referido al "Hospital del futuro" (2), de reciente aparición y que se sitúa en el ya cercano año 2000.

"El paciente internado dispondrá de regulaciones de ambiente para evitar todas las molestias posibles, tanto fisiológicas como psicológicas. El control individualizado de iluminación, térmico, humecta-

ción, movilización del aire, ionización, olores, ruidos, radiaciones, presión, actuará como parte de la actividad terapéutica. Todo ello se desarrollará en un ambiente compacto no mayor que el necesario para alojar la cama del paciente y de quienes ingresen en su microunidad para prestarle atención. Si se prosiguiera con el desarrollo acelerado de la anestesiología los internados en el hospital del futuro permanecerán anestesiados, en un sueño programado terapéutico, en posición semisentado, sobre un vehículo de desplazamiento con movimientos universales, provistos de dispositivos electrónicos capaces de registrar el estado de salud del paciente en él ubicado y que será la evolución tecnológica de avanzada del pretérito sillón de ruedas. En este caso la unidad compacta de control ambiental que alojaría al paciente en el curso de su internación será muy pequeña ya que nadie deberá compartir su espacio".

A partir de allí, sigue "in crescendo". El tono exaltado, la imaginación desatada, sin límite y sin orden, parece más propia del ilusionismo que del criterio médico maduro. Sin embargo, el artículo fue considerado apto para su publicación por la Revista de la Asociación Médica Argentina y, en consecuencia, ha de entenderse que tal es un representante idóneo de las líneas futuristas del pensamiento médico de nuestro país.

Suspendiendo todo otro tipo de juicio sobre ese trabajo, es preciso señalar con qué énfasis se pone como meta de la atención separar al enfermo del hecho de la muerte, evitarle la vivencia de la enfermedad, saltar el dolor, como si cada una de esas circunstancias no tuviera un sentido completo. Por su parte, el médico y su armamentario técnico lidiarán con un enfermo dormido, absolutamente dócil en su anaquel, que resultará el menos peligroso de los animales de laboratorio porque recibirá voluntariamente la primera dosis de somnífero.

REPERCUSION DE LA ACTITUD MEDICA MODERNA

Vista desde el punto de partida de los enfermos, la situación tampoco es muy distinta. Se han educado también en una fe progresista sobre la que reposar. Los ejemplos serían numerosos en la experiencia cotidiana, pero lo más característico probablemente sea hasta qué punto buen número de los habitantes de las grandes ciudades entiende la enfermedad como una molestia. Y, más, como una molestia injusta.

Pide, por lo general, una explicación racionalmente satisfactoria (aunque no necesariamente cierta) y una cura rápida y "ad integrum". Es llamativa la ingenuidad con que, muchas veces, espera revertir situaciones obviamente irreversibles: tan ciega es su fe en el "milagro" científico. A la inversa, el común de los hombres de campo sabe todavía dividir con exactitud su vida (o, probablemente, su modo de

ver la vida) en el antes y el después de la enfermedad, integrando a ésta como parte natural y significativa del conjunto vital.

Del mismo modo, el hombre moderno se ve muchas veces absurdamente sorprendido por la propia muerte (no se habla de muerte repentina, claro, sobre la duración de cuyos instantes sería difícil decir algo definitivo), como si no hubiera sido tantas veces testigo del ciclo inexorable. Lo llamativo es que, lejos de suceder entre los jóvenes, esa es una actitud que se descubre frecuentemente en hombres más que maduros que ya deberían tener ciertamente en cuenta la posibilidad de morir.

Es importante destacar que este desconcierto de médico y enfermo ante la enfermedad y la muerte en su sentido último coincide con el momento histórico en que se dan las más amplias posibilidades científico-técnicas para manipular con la vida. Y esto no sólo ya para tratar la enfermedad, sino para decidir sobre las condiciones y la existencia misma de esa vida.

Los propios medios masivos de difusión (12) señalan cómo en 1979 el 30 % de los embarazos de los Estados Unidos de Norteamérica terminaron en abortos. Estos sumaron 1.500.000, de los cuales casi 500.000 correspondieron a madres adolescentes. Por otra parte crece el número de fecundaciones artificiales "in vitro", al tiempo que la ingeniería genética permite volver a considerar como firme posibilidad futura los quiméricos monstruos que poblaron la (¿anticipatoria?, ¿tradicionalmente sabia?) simbología antigua, o promete ejércitos de sujetos iguales gracias a la duplicación clonal.

Distaba de ser una casualidad que mientras eso suceda se siga discutiendo, y hasta en nombre de la ciencia, cuál es el momento exacto en que el huevo fecundado debe ser considerado vida humana futura. Como si el instante de la concepción no tuviese desde siempre una singularidad definitiva, se reúnen consideraciones abstractas alrededor del tema con un objeto suficientemente confuso como para hacer pensar que lo que en realidad se busca es dar mayor margen moral a la manipulación.

Es obvio, todo esto gira en torno de problemas más hondos que los técnicos que lo han hecho posible. Pero el hombre moderno, y el médico moderno en particular, parecen haber renunciado a plantearse los.

Volviendo al tema del comienzo, la cultura del Occidente moderno reconoce casi exclusivamente el experimental como método válido para desentrañar la Biología. Sería innegable la nobleza de su inspiración en el grado en que quiera establecer sobre bases sólidas, inexpugnables, de ser posible, el conocimiento de los aspectos materiales, físi-

(12) Isaacson, W., The battle over abortion, Time, 14:16, 1981.

co-químicos, de esa disciplina. Hay allí un exacto y, a la vez, inexcusable afán de verdad. Más aún, sólo el dominio de las técnicas y de los mecanismos desentrañados por el método experimental autoriza a los médicos a ejercer su actividad y permite darles crédito. Pero eso no basta.

Es que si, a la vez, el médico acepta (y entonces sin aplicar los criterios del método fructífero con la precisión necesaria y en sus límites exactos) una explicación prehistórica del hombre y una psicológica que tienden a reducirlo, si se empeña en ceñir las dimensiones metafísicas a los límites de lo cuantitativo (lo que equivale estrictamente a negarlas), con toda naturalidad se queda a mitad de camino, lleno de interrogantes sin respuesta. Lo malo es que esa carencia, reemplazada de inmediato por respuestas falsas, es determinante para la calidad de su vida y la de sus enfermos. Y, cada vez más, para la de las muertes de uno y otros.

LA POSIBILIDAD TRADICIONAL

La vida de sabiduría es "una práctica de la muerte" (13). El concepto platónico es la expresión de una idea que ha estado siempre subyacente en el espíritu del hombre tradicional. No porque eso implicara una suerte enfermiza de subordinación vital sino porque así se fundamentaba una ética del más estricto realismo. Claro está, un realismo basado en la también tradicional noción, expresada en la Edad Media, de que el conocimiento surge de la actuación conjunta de "ratio" e "intellectus".

"La 'ratio' es la facultad del pensar discursivo, del buscar e investigar, del abstraer, del precisar y concluir. El 'intellectus', en cambio, es el nombre de la razón en cuanto que es la facultad del 'simplex intuitus', de la 'simple visión', a la cual se ofrece lo verdadero como al ojo el paisaje"... "también los antiguos han visto en el esfuerzo activo del pensar discursivo lo propiamente humano del conocer del hombre; lo que distingue al hombre es la 'ratio'; el 'intellectus' está más allá de lo que corresponde propiamente al hombre. A éste, sin embargo, le es inherente ese algo 'suprahumano': lo 'propiamente humano' sólo es capaz de llenar y satisfacer la facultad cognoscitiva de la naturaleza humana; le es esencial al hombre trascender los límites de lo humano y aspirar al reino de los ángeles, de los espíritus puros" (14).

Es ese modo tradicional de pensar (que, naturalmente, no quiere decir siempre "antiguo" o, peor, "anticuado") el que con llaneza concibe el dolor como un modo directo de comunicación de Dios con sus criaturas. "Y el dolor es no sólo un mal inmediatamente reconoci-

(13) Lewis, C. S., *El problema del dolor*, Caribe, Miami, 1977.

(14) Pieper, J., *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1974.

ble sino un mal imposible de ignorar. Podemos descansar satisfechos en nuestros pecados y en nuestras estupideces: cualquiera que haya observado a los glotones engullendo los más exquisitos manjares como si no supieran lo que están comiendo, tendrá que admitir que podemos ignorar hasta el placer. Pero el dolor insiste en ser atendido. Dios nos susurra en nuestros placeres y habla a nuestra conciencia, pero en cambio grita en nuestros dolores, es el megáfono que Él usa para hacer despertar a un mundo sordo" (13). De tal manera surgen fluidamente expresiones como: "He visto hombres que, en su mayoría, mejoraban en vez de empeorar con el paso de los años, y he visto que la enfermedad final produce tesoros de fortaleza y humildad en individuos que eran muy poco prometedores" (13). O las siguientes observaciones clínicas: "Cuando es breve y severo el dolor físico pasa y no deja ninguna alteración evidente en el comportamiento. El dolor físico prolongado tiene efectos más visibles. Frecuentemente es aceptado con pocas o ninguna queja y desarrolla la resignación. El orgullo es humillado y, a veces, resulta en la determinación de ocultar el sufrimiento. Algunas víctimas del dolor crónico se deterioran. Se vuelven quejosos y sacan ventaja de su privilegiada posición de inválidos para practicar una tiranía doméstica. Pero lo maravilloso es que los fracasos sean tan pocos y que los héroes sean tantos; es que en el dolor físico hay un desafío que la mayoría puede reconocer y responder" (13). Para concluir: "El dolor provee una oportunidad para el heroísmo, y tal oportunidad es aprovechada con llamativa frecuencia" (13).

Quede claro que no se trata de decir que los enfermos deban padecer sufrimientos físicos innecesarios. Por lo demás, el empleo de la palabra dolor en la obra citada se hace expresamente en el sentido espiritual, como "angustia" o "tribulación". Cuando se habla de dolor físico se lo hace en los términos transcritos. Pero, aun así, ¿no hay allí argumentos verdaderos suficientes como para reforzar en qué medida es anti-humano ese falso enfoque progresista (2) que se empeña en evitar que el hombre tenga conciencia de esa fuente de riqueza espiritual en que puede convertirse la enfermedad?

El hombre moderno, muy particularmente después de Descartes, decidió que el único modo de conocimiento que le interesaba era la "ratio" y relegó al desván de las sensaciones (con singular incompreensión de su naturaleza) la intuición intelectual. A lo sumo se la tuvo en cuenta al pensar en cierta excentricidad propia de la sensibilidad de los artistas. Pero quedó marginada del modo de enfocar la tarea médica, a la que se envolvió en un cientificismo sólo parcialmente suficiente. No es de extrañar entonces que, inyectada de pragmatismo, la Medicina se ejerza exclusivamente como lo que Santo Tomás de Aquino hubiera llamado "arte servil" (14) y que tantos médicos encuentren hasta cierto placer en llamarse a sí mismos "trabajadores de la salud". Tampoco parece esa la vía adecuada por la que el saber mé-

dico vaya a recuperar su condición de "filosofía segunda" y su ejercicio participe de la de "arte libre", ordenada también al saber.

El concepto de Hospital nace con la Catolicidad y se desarrolla particularmente en la Edad Media. Hasta que llega el momento en que "la tarea de reunir a todos los necesitados de las grandes ciudades del Mediterráneo en una sola institución obligó a los expertos en administración y arquitectos, comunidades asistenciales y eclesiásticas a adoptar decisiones totalmente nuevas que apenas tenían precedentes. Ante todo debía mantenerse el altar como núcleo central..." (1). Surgían así los hospitales cruciformes, expresión de la síntesis cultural de una época que a la vez era capaz de reunir la virtud caritativa con la audacia guerrera en las Ordenes Hospitalarias. En esos hospitales "cuatro salas habían sido dispuestas en forma de Cruz, alrededor de una capilla. Había en ella un altar visible desde todas las camas y una misa, tanto de día como de noche, podía ser simultáneamente oída por todos" (1).

Es probablemente en medio de ese clima de letanías (a diferencia del provocado por los mecánicos ritmos de monitores y aparatos de asistencia respiratoria que velan a tantos moribundos hoy) donde la muerte tuviese mejor ocasión de cobrar sentido y parecerse a la buena muerte por la que los hombres tradicionales vienen rogando desde siempre.

Porque la buena muerte no admite sustituto. Y si la conciencia trascendente de esa muerte no es imprescindible, tal vez, hasta el momento mismo de morir para quien muere, lo es en cambio para guiar la vida de quienes toman ejemplo de ella. De ahí que no haya razón válida para que los médicos escapemos a nuestro deber —más allá del tratamiento mecánico— de ser testigos hábiles y hasta generosos acompañantes de la enfermedad que enseña o de la buena muerte.

Expresamente no queremos insistir sobre los aspectos técnicos de la medicina que se ejerció contemporáneamente con aquel ideal monástico y caritativo de hospital. Los progresos que en materia de anatomía quirúrgica, anestesia, cura no purulenta de las heridas, suturas intestinales, fracturas y trepanaciones (15) tuvieron lugar de manera más o menos simultánea con la construcción de esos "hoteles", sobre cuya solidez habla su secular persistencia (16). Al respecto, es difícil no tropezar con cierto tono de "leyenda negra" cuando uno lee interpretaciones que menosprecian el papel cumplido por tales obras monumentales. La calidad exquisita con que fueron concebidos es incompatible con el miserable funcionamiento que se les atribuye. Como si sus armónicas moles no fueran testimonio suficiente del espíritu que

(15) Cf. Laín Entralgo P., *Historia de la Medicina*, Salvat, Barcelona, 1978.

(16) Cf. Leistikow, D., *Edificios hospitalarios en Europa durante diez siglos*, C. H. Boehringer Sohn, Ingelheim am Rhein, 1967.

tiene que haberlas orientado. Y mucho más cuando el menosprecio (una suerte de farisea tendencia por adherirse a la letra) proviene de los mismos que no escatiman vuelo alguno, para, a partir de restos de huesos o cacharros inciertos, imaginar las peripecias de los ancestros inferiores que se han dado.

En cambio, a pesar del vigor de una formación atrofiada en ese sentido, la propia realidad tiene singular potencia. No es fácil entonces reducir una profesión que, con gran frecuencia, pone a sus miembros en situaciones similares a las que describía Jean Louis Faure al inaugurar el XXXV Congreso de Cirugía de Francia (9):

"Todos los días disponemos soberanamente de la vida y la muerte. Un consejo, una inspiración pasajera en el curso de una intervención difícil, un gesto, una mirada furtiva y es la vida —o es la muerte—. Nosotros lo sabemos, tenemos conciencia profunda de ello y sin embargo no retrocedemos delante de esas responsabilidades. Ellas abarcan no sólo lo individual sino también lo colectivo".

Para estar hoy a la altura de semejantes circunstancias el médico requeriría, por una parte, de una especial formación más que técnica. El medio en que tuviera que actuar, de una modificación casi completa.

En relación con lo primero, Leonardo Castellani (17) definió con la gracia y la libertad de espíritu propias de lo verdadero cuál debe ser el complemento de la educación científica de los médicos. Corriendo el riesgo que la cita de un sacerdote implica en el mundo positivo donde lo médico está encajonado hoy y haciendo la salvedad de su ironía, vamos a permitirnos su transcripción:

"Todo aquel que debe ejercer la Medicina pasará después del diploma un año de práctica encerrado en un monasterio de benedictinos, en el cual estudio dará razón visible de su sentido moral, amor al prójimo, capacidad de sacrificio, desapego al dinero, decencia, cortesía, equilibrio mental, discreción, gerontocracia y reivindicación, además de sus capacidades técnicas, bajo la alta dirección del doctor Alberto Castaños".

Singular pero no casual reencuentro de los orígenes del espíritu hospitalario para cuya realización, está claro, algo definitivo debería sucederle al mundo moderno o, cuando menos, a nuestro concreto país.

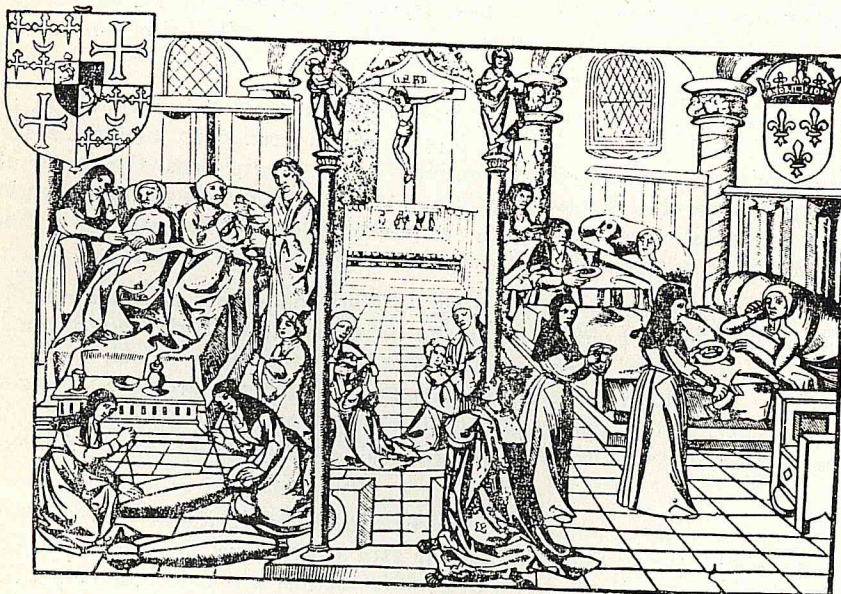
CONCLUSION

Hemos criticado las condiciones en que, por razones poco menos que teológicas, la profesión médica se ejerce hoy con inadecuación peligrosa y creciente respecto de su sujeto, el hombre enfermo. Intenta-

(17) Castellani, L., *El nuevo gobierno de Sancho*, Dictio, Buenos Aires, 1976, p. 98.

mos señalar algunas de las responsabilidades que, compartidas muchas por médicos y enfermos, han reducido a términos tan pobres (a la vez que tan irreales) la consideración de la enfermedad y de la misma muerte. No obstante, nuestra conciencia de médicos, esa razón que impulsa la labor cotidiana, impone una última revaloración. Es que quien por una vez siquiera haya podido entrever el agradecimiento en los ojos de un enfermo —un agradecimiento del que se es apenas intermediario— sabrá que tiene con esta profesión una atadura definitiva. Y un papel que cumplir hasta el final.

HUGO ESTEVA



LA MISION FRANCISCANA EN RIO CUARTO

1876 - 1890

I. DE CORDOBA A RIO CUARTO

En 1876 asumía el gobierno de la Diócesis de Córdoba Mons. Manuel Eduardo Alvarez que fue preconizado el 5 de abril y consagrado por el Sr. Arzobispo de Buenos Aires, don Federico Aneiros, el 7 de julio en la catedral de Córdoba (1).

Eligió como Vicario General al Dr. Uladislao Castellanos y se rodeó de otros dignísimos sacerdotes entre quienes distribuyó las tareas apostólicas y administrativas (2).

En 1821 había nacido en Córdoba Tránsito Cabanillas, quien desde muy temprana edad se entregó a la voluntad de Dios y decidió formar un colegio para el cuidado de los niños, cosa que el obispo de Córdoba aceptó sin duda ante la gran necesidad de la Diócesis: la educación cristiana de los niños.

Fue así como Mons. Manuel E. Alvarez le concedió todos los permisos, la autorizó a realizar los trámites necesarios, y aun le designó el lugar —en las afueras de la ciudad— donde debía establecerse la Casa Religiosa: el pueblecillo de San Vicente, que estaba comenzando a formarse, por obra de Agustín Garzón, joven católico de grandes iniciativas. Un suburbio pobre, en el cual vendría a maravillas para los planes del obispo, una casa religiosa de oración y penitencia que irradiara la luz del Evangelio y fuera centro de enseñanza cristiana.

A esta altura debemos hallarnos por fines de 1876. Como el obispo le había designado el pueblecillo de San Vicente, la Madre Tránsito, fue a entrevistarse con el Sr. Agustín Garzón (3), que era el fundador de lo que con el tiempo llegaría a ser el gran barrio de San Vicente en la ciu-

(1) P. Cayetano Bruno, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, vol. XI, p. 155.

(2) Archivo Capitular de Córdoba. Pbro. Dr. Justino W. Juárez. *Actas Capitulares* L. 8, Acta del 28-8-1877.

(3) Don Agustín Garzón, caballero de ilustre prosapia, hijo de don Félix Garzón y Miquez y de doña Rosario Vázquez de Maceda. Fue el tercero entre diez hermanos, fervoroso católico militante, fundador del pueblo de San Vicente.

dad de Córdoba. Le expuso sencillamente su proyecto y la necesidad de obtener un buen terreno, así como los medios con que contaba. Sin más y con magnanimidad le ofreció una cuadra de terreno en San Vicente; Tránsito aceptó con agradecimiento y llena de alegría, pidiéndole a Garzón que fuera su síndico.

En aquella misma época, trabajaba en Córdoba por fundar el Instituto de las Concepcionistas su ilustre fundadora, la señora Matilde Torres. El Dr. Justino W. Juárez, canónigo de gran predicamento y colaborador de Mons. Alvarez, pide a la Madre Tránsito que se reúna con la señora Matilde Torres con la idea de que hagan una fundación, puesto que ambas coincidían en el fin; esto tardará los trámites de la Madre Tránsito, ya que no llegarán al acuerdo previsto.

Los años 1876 y 1877 fueron de intensa labor para la Madre Tránsito quien, además de recoger limosnas para fundar su colegio, había logrado atraer a varias señoritas que tenían similares anhelos de entregarse a Dios, las cuales comenzaron a tener antes de la fundación prácticas religiosas en común (4).

Garzón trabajaba activamente en la organización del pueblo de San Vicente. Hombre de acción rápida, debía estar impaciente por la concreción de la obra de la Madre Tránsito que no veía caminar a paso acelerado, y para la cual él había hecho donación de una manzana.

Garzón no sólo tenía grandes amistades y compañeros con quien vincularse en Córdoba, sino también en Buenos Aires y en Río Cuarto, y así, mantenía relaciones amistosas con los padres franciscanos italianos que habían fundado en Río Cuarto el Colegio de Propaganda Fide, luego de su llegada en 1856, titulados de San Francisco Solano.

En los primeros meses de 1877, el P. Ludovico Quaranta había estado en Córdoba, y como los padres franciscanos paraban en casa de Don Agustín, éste le había contado sus gestiones en pro de San Vicente y también el proyecto de la Madre Tránsito de traer religiosas de España, para un instituto religioso que programaba. El P. Ludovico en esa ocasión les ofreció mandar un Reglamento de la Orden de las Hermanas Terceras.

Garzón quedó entusiasmado con la idea de poseer el dicho Reglamento y ofrecerlo a la Madre Tránsito, gozando tal vez ante la idea de adelantarse a los Padres Franciscanos de la ciudad de Córdoba que le ayudaban.

Pero como el P. Ludovico no mostrara mucha prisa en cumplir su promesa, el impaciente Garzón se dirigió al Superior del Convento, P. Quírico Porreca, reclamando con urgencia lo prometido, el 4 de julio de 1877 (5).

(4) Hna. Blanca Lidia López, *Transito Cabanillas*, 1977, p. 160.

(5) Archivo del Convento San Francisco Solano de Río Cuarto; Carp. 1877, Doc. 1556.

Por entonces el P. Quírico acababa su guardianía y era nombrado por el Padre Ministro General, desde Roma, Comisario de Tierra Santa, con residencia en Buenos Aires. Es probable entonces que en su viaje a Buenos Aires hiciera escala en Córdoba, para conocer a la promotora de la obra y ver la posibilidad que él tendría de intervenir en la fundación en camino. Tal vez ignoraba — porque Garzón había omitido este dato — que los franciscanos de esa ciudad estaban en el asunto.

A esta altura de los acontecimientos conviene hablar un poco sobre el sacerdote que entrará en escena, el P. Quírico Porreca.

Perteneía — como ya he dicho — al Convento de San Francisco Solano de Río Cuarto. Oriundo de Pasco-Constanzo (Nápoles), donde había nacido el 2 de julio de 1843, había desembarcado en nuestro país con la segunda remesa de los misioneros llegados en 1867, traídos por el ilustre misionero de los indios ranqueles: Fray Marcos Donati (6).

Se había desempeñado como teniente-cura en nuestra ciudad desde 1868; y más tarde como Cura hasta 1871; su grande actividad, su habilidad para las empresas de construcción de iglesias, capillas y hospitales, le señalaban como hombre ingenioso, activo, tenaz, al mismo tiempo que era propulsor de obras sociales y escuelas.

Tenía en su foja otro gran mérito. En la epidemia del cólera morbus de 1887, que también se extendió por Río Cuarto, había desafiado el flagelo y auxiliado con heroísmo a los coléricos.

En julio de 1874, había sido elegido guardián del Convento de San Francisco Solano por sus hermanos de religión, cargo que desempeñó a satisfacción hasta julio de 1877. Su posterior actuación — como veremos en próximas páginas —, le valieron el ser conceptuado por los hombres de mayor criterio, como la figura franciscana de más relieve que actuó por aquellos años en la ciudad de Río Cuarto (7).

Pero volvamos al problema planteado de la fundación. Don Agustín Garzón en su carta informativa del 13 de julio de 1877, había omitido decirle al P. Quírico el proyecto de la Madre Tránsito de traer religiosas de España, en lo cual estaban empeñados los Padres Franciscanos de Córdoba. La Madre debió decírselo seguramente en esa ocasión y mostrarle cuan ilusionada estaba ella con esa solución.

Debió ser entonces cuando el P. Quírico le ofreció sus oficios para traer las Hermanas Estigmatinas de Italia, cosa que sin conocimiento de la Madre Tránsito estaba conversado por correspondencia y verbalmente con don Agustín Garzón.

El P. Quírico viajó a Buenos Aires y se hizo cargo de la Comisaría de Tierra Santa. El 24 de agosto de 1877, Garzón le reclamaba por carta

(6) Hna. Blanca Lidia López, op. cit., p. 163.

(7) Archivo San Francisco Solano de Río Cuarto y P. Cayetano Bruno, op. cit., p. 510.

noticias sobre el asunto; la Madre Tránsito también le preguntará por el particular en carta fechada 11 de marzo de 1877. El P. Quírico contesta a la Madre Tránsito informándole de la imposibilidad de traer al país un grupo de Hnas. Estigmatinas (8).

En orden a esto repetidas veces el P. Quírico se había dirigido al Rdmo. Padre General de la Orden, suplicándole que tuviese a bien mandarle de Italia algunas Terciarias Franciscanas de las llamadas Estigmatinas u otras que fuesen de la sobredicha familia; mas el Padre General en todas las contestaciones le manifestaba la imposibilidad de poder acceder a sus pedidos, pues las que había allí no eran bastantes para los pedidos de la misma Italia (9).

A todo esto, la Madre Tránsito preparaba su pequeña congregación, y el P. Quírico sería el encargado de redactar los Estatutos.

Los Estatutos de las Estimagtinas en su primera edición obraban en sus manos, y fueron la base de los que el P. Quírico remitió al Dr. Juárez para que los examinara él también y si los consideraba buenos, los presentara al Sr. Vicario Capitular en sede vacante Dr. D. Uladislao Castellanos.

Sabiendo el Dr. Castellanos la parte activa que había tomado nuestro P. Quírico en la formación del Colegio de las Hermanas Terceras Misioneras Franciscanas, escribió pidiéndole que las instruyera en la vida y costumbres religiosas. En efecto, tan luego como llegó a Córdoba, el 29 de noviembre de 1878, principió a darles retiro espiritual en la casa de ejercicios a las postulantes, y el 8 de diciembre el Dr. Castellanos les dio el Santo hábito predicando un discurso alusivo el Dr. Juárez.

Presenciaron este acto el Padre Fundador y Director Quírico Porreca, el rector de la Tercera Orden de San Francisco de Córdoba, P. Pedro Quinteros, el Señor D. Agustín Garzón, nombrado síndico de la misma institución, y numeroso pueblo de lo más selecto de la sociedad cordobesa. Todos manifestaban mucha emoción al ver que de su mismo pueblo se levantaban las Hijas de San Francisco con el noble objeto de ejercer las obras de misericordia, sobre todo mediante la enseñanza de los hijos de los pobres. Era el primer colegio que se fundaba: de allí debían multiplicarse según las necesidades de los pueblos. Este colegio fundado en Córdoba estaba dedicado a Santa Margarita (de Cortona) que fue también hija de la Venerable Orden Tercera de San Francisco.

El P. Quírico permaneció en Córdoba instruyendo en la vida religiosa claustral a las nuevas franciscanas hasta abril de 1879, volviéndose a Río Cuarto para solicitar del guardián del Convento y Directorio una autorización para fundar en Río Cuarto otra casa análoga a la de Córdoba.

Inserto a continuación el documento número 23 de la Crónica del

(8) Hna. Blanca Lidia López, op. cit., p. 166.

(9) Ibid.

Convento San Francisco Solano de Río Cuarto, que hace referencia a la fundación de la primera casa en San Vicente, Córdoba:

"En este Colegio de Misioneras Franciscanas, en el Pueblo de San Vicente, e inmediaciones de la ciudad de Córdoba, República Argentina, a los ocho días del mes de Diciembre del Año del Señor de 1878, el Sr. Provisor, Vicario Capitular sede vacante canónigo Dr. Uladislao Castellanos, después de haber bendecido la Casa, celebrado el Santo Sacrificio de la misa y dando la comunión a las aspirantes, instaló la Casa Central de las Hermanas Misioneras Franciscanas, sujetas a la Regla de la V. O. T. de Penitencia de nuestro Padre San Francisco, dándoles el hábito de dicha Orden Tercera a las señoritas Doña Tránsito Cabanillas, Fundadora, de cincuenta y siete años de edad, hija legítima de los finados D. Felipe Cabanillas y Doña Francisca A. Sánchez; a Doña María Brígida Moyano, de veinticuatro años, hija legítima de los finados D. Eloy Moyano y Da. Josefa Capdevila; y a Da. Teresa Frontera, de veinte años, hija legítima del finado D. Galo Frontera y Da. Catalina Ramallo, todas de esta Provincia de Córdoba: después de haber hecho ocho días de Santo retiro en la Santa Casa de Ejercicios de esta ciudad, dirigidos por el P. Misionero Apostólico Franciscano Fr. Quírico Porreca, por encargo del Sr. Provisor, presenciando el acto de instalación el Sr. Canónigo Dr. D. Justiniano S. Suárez, quien predicó la plática de instalación y quien desde un principio dirigió a la señora Fundadora; el Rdo. P. Fr. Quírico Porreca, encargado interinamente por el Sr. Provisor para dirigir a las Hermanas; el Rdo. P. Fr. Pedro Quinteros, Rector de la Vble. O. T. de Penitencia; el Sr. D. Agustín Garzón, designado para Síndico de este Colegio; las Madrinas respectivas, y una regular concurrencia de personas de ambos sexos, lo que para constancia firmamos. Uladislao Castellanos, Justino Juárez. Fray Quírico Porreca. Agustín Garzón. Córdoba, Diciembre 8/1878. De conformidad con nuestro auto de fecha 4 del corriente, que se registra al pie de los Estatutos de las Hermanas Terceras Misioneras Franciscanas, declaramos instalada la Congregación de dichas Hermanas y en condición de regirse por ellos. Uladislao Castellanos. Juan M. Yárris".

II. FUNDACION DEL COLEGIO DEL CARMEN

El 2 de julio de 1879, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, señala la historia como el día de la fundación del Colegio de Nuestra Señora del Carmen de la ciudad de Río Cuarto.

Meses antes de la Fundación del Instituto, mientras el P. Quírico traducía los estatutos para la nueva congregación, concibió en su mente el proyecto de fundar por sí mismo la segunda casa del Instituto. Esto lo manifestó a la Madre Tránsito, como un deseo y una esperanza en su carta del 11 de octubre de 1878 (10), pero a la vez, como un bien determinado propósito, el cual comunicó al Reverendísimo Padre General en

(10) Hna. Blanca Lidia López, op. cit., p. 201.

su carta del 30 de enero de 1879, en la que dijo: "...espero introducir las en breve tiempo en Río Cuarto, donde ya está edificada una casa que no dudo la caridad pública pagará" (11).

Fue así como, una vez encaminada la casa de Córdoba según sus miras, regresó a Río IV, hacia fines de abril, y desde allí se entendía con la Madre Tránsito por cartas en los meses de abril y de mayo, sobre éste y otros asuntos.

Esas cartas nos permiten conocer detalles importantes de la sobredicha fundación y apreciar cómo llevó a cabo su idea con rapidez, con la diligencia y celo que lo caracterizó toda su vida, y le granjeó el aprecio del público católico (12).

Secundado por algunos colaboradores y muy particularmente por el Sr. José de Alba y su esposa Carmen Lamas, que le donaron el terreno necesario y para comenzar le prestaron una casa; la obra de instalación del nuevo colegio comenzó aceleradamente, no sin despertar críticas, a las que se refería un corresponsal suyo en una de sus cartas: "...me alegro que lo molesten y le persigan su proyecto; ¿quién le ha dicho que ha de hacer una obra buena sin dificultades?" (13).

Al mismo tiempo se ocupa de los muebles indispensables y de todo lo necesario para la fundación; tratando incluso de reclutar vocaciones. De entrada presentaba seis a la Madre Fundadora, aunque de momento sólo dos podrían tomar el santo hábito (14).

La Madre Tránsito Cabanillas seguía las instrucciones del P. Quirico y preparaba en Córdoba a sus postulantes para los ejercicios espirituales, que debían hacer antes de vestir el santo hábito, que les vendría a dar el mismo P. Porreca, antes de la fundación de la nueva casa. Estos ejercicios comenzaron el 30 de mayo y la vestición se efectuó el 7 de junio. Al mismo tiempo la Madre Cabanillas gestionaba por medio del Sr. Provisor Uladislao Castellanos que el Guardián de Río Cuarto concediera un sacerdote para capellán (15).

Estando pues la más necesario ya realizado y contando como único recurso con la Providencia de Dios — porque en esta fundación, como en el nacimiento y propagación de la Orden Seráfica, no hubo grandes recursos humanos, sino la más absoluta pobreza —, una vez obtenido el permiso de la Autoridad Diocesana, trasladóse la Madre Tránsito, llevando como secretaria a la Hermana Angelina Cabanillas y a ocho novicias para realizar la instalación.

(11) Archivo General Orden Frailes Menores Roma; Caja Argentina; Carp. 5, Fº 403; Carp. 2, Doc. 1; 30-1-79.

(12) Hna. Blanca Lidia López, op. cit., p. 201.

(13) Eco de Córdoba: "Artículo Agustín Garzón"; 25-4-1890.

(14) Hna. Blanca Lidia López, op. cit., p. 202.

(15) Archivo Curia Eclesiástica Córdoba; Leg. Franciscana Misioneras; Carp. 5, Fº 414; 26-6-1879.

"En la estación de Río Cuarto estaban esperando la llegada de las Hermanas lo más selecto de la sociedad. ¡Cual fue el júbilo al ver desembarcar al Misionero Reverendo Padre Quirico, la Madre Tránsito y demás hermanas a quienes esperaban con anhelo; en la alegría de sus semblantes demostraban lo que sus corazones sentían y que por el momento no podían demostrar. Después acompañaron a las hermanas a quienes esperaban en el lugar donde debía ser su morada, y se les había preparado una comida para ellas sirviendo la mesa las más antiguas matronas, considerándose las más felices para desempeñar aquel acto: las pobrecitas religiosas se humillaban hasta lo más profundo al contemplarse indignas de tanta caridad" (16).

Se llevó a cabo, pues, y con mucho lucimiento y concurso del pueblo, la fundación del colegio, hecho del que da minuciosa cuenta el Acta de Fundación (17).

Allí se advierte con meridiana claridad el papel del Fundador de las Terciarias Franciscanas que se atribuye el P. Quirico; se mencionan las facultades dadas por el Ilmo. Vicario Capitular de la diócesis, la presencia casi plena de los Padres del Convento de San Francisco Solano de Río Cuarto; la de los señores José de Alba, Trinidad Pintos de Meriles y las Srtas. Cirila Lamas y Mercedes Meriles. Se anota en primer término, la bendición de la Capilla, y la instalación del Colegio del Carmen a continuación, así como la celebración de la misa cantada, cuyo fervor y brillo se dejan suponer.

Vayamos a las palabras mismas del acta de fundación: "En la ciudad de Río Cuarto, Provincia de Córdoba, República Argentina, a dos días del mes de julio del año del Señor de mil ochocientos setenta y nueve, yo Fr. Quirico Porreca, Misionero Apostólico Franciscano, Fundador y Director del Instituto en general de Terciarias Franciscanas previa la licencia in scriptis del Vicario General Prelado Diocesano, acompañado del Guardián del Convento de Propaganda Fide de esta localidad, Rdo. P. Fr. Plácido Sargenti, del Rdo. P. Prefecto Moisés Alvarez, del P. Cura Párroco Fr. Ludovico Quaranta, y de los Rdos. Padres Fr. Constantino M. Longo, Antonio Cardarelli, Gabriel Boidi y Carlos Leonardi; como también de los señores José V. de Alba y Domingo Meriles, y de una Comisión de señores compuesta de Doña Carmen Lamas de Alba, Da. Trinidad Pintos de Meriles, y señoritas Cirila Lamas y Doña Mercedes Meriles, procedimos a la bendición de la Capilla del Colegio de Terciarias Franciscanas establecido en ésta, cuyo acto lo verificó el P. Guardián Fr. Plácido Sargenti, siendo padrinos Don José V. de Alba y su esposa Doña Carmen L. de Alba. Inmediatamente yo, Fr. Quirico Porreca pronuncié un sermón de instalación y apertura del mencionado Colegio, nombrando después como síndico de él al Sr. D. José V. de Alba. Acto continuo se ofició una misa cantada por Fr. Plácido Sargenti con asistencia de un crecido número

(16) Crónica Antigua.

(17) Archivo San Francisco Solano de Río Cuarto; L. 1, pp. 12-14. Doc. Nº 24.

ro de vecinos de esta ciudad. Finalmente se instaló el mencionado Colegio de Terciarias Franciscanas compuesto del siguiente personal: Hermana Rosa Gaetan, Humilliana Ludueña, Buenaventura Ludueña, Jacinta Farías, Teresa Frontera, y Serafina Garzón. Hallándose presente a este acto la Madre Tránsito Cabanillas, Fundadora y Superiora Mayor, y Hermana Angelina Cabanillas, quedando también establecidas en este Colegio las Hermanas legas Pastora y Pabla. Se acordó y resolvió igualmente que el Colegio y Capilla ya expresados llevarían el nombre del Carmen. Y para constancia firmamos la presente en el día de su otorgamiento". (Siguen las firmas, entre las cuales la de Fr. Quirico Porreca, Director y Fundador).

Sin duda de aquí en más se plantea uno de los problemas más difíciles de resolver; si bien considero que lo correcto es tomar una postura intermedia, se confunden los documentos y relatos acabándose por dejar en la penumbra cual de los dos personajes tratados puede ser considerado auténticamente como fundador.

No sólo en el Acta se atribuye el P. Quirico el título de fundador del Instituto en general, sino que, él mismo, en una carta que dos días después dirige el Padre General de la Orden (18), comunicándole la nueva fundación, confirma este papel suyo. Allí leemos: "Reverendísimo Padre, parece que la pequeña obra iniciada por mí, toma forma colosal...". Y al final de su carta le expresa que acompaña acta de la fundación y una carta de la Superiora Mayor.

Queda suficientemente en claro el pensamiento del P. Porreca. La Madre Tránsito no era para él la Fundadora, sino simplemente la Superiora Mayor, que le debe dependencia (19).

Ante tales circunstancias y de acuerdo al hilo de mi investigación, he llegado a la conclusión de que ambos personalmente hicieron todo lo posible para que la obra se concretara; al no encontrarse documentos escritos por la Madre Tránsito sobre el particular, tan sólo podemos observar los que el P. Quirico escribió y que demuestran en todo momento sus intenciones de hacerse notar.

Quedaba pues realizado el sueño del P. Quirico, tenía ya en Río Cuarto su Colegio. Además el Vicario Capitular le concedía dar el hábito en el mismo lugar a tres postulantes riocuartenses, que harían allí su noviciado.

La Madre Tránsito Cabanillas permaneció desde julio hasta octubre en esta ciudad, entregada totalmente a la formación de las novicias que componían la nueva comunidad. A la vez, enseñaba labores a las jóvenes maestras y se ocupaba de las postulantes, que ingresaron estando ella allí: las Hnas. Francisca Molina, Delfina Tejada e Inés Cejas.

(18) Archivo General Orden Frailes Menores Roma; Caja Argentina; Carp. 2, Doc. 3, 8-7-1879.

(19) Revista Cruzada Misionera, "Breve Biografía del P. Quirico Porreca", pp. 40 ss.

Aquí la encontró su primer cumpleaños en la vida religiosa (15 de agosto), el cual la Comunidad no dejaría pasar en silencio seguramente, y aquí celebró por primera vez la fiesta de Nuestra Señora del Carmen y las grandes festividades franciscanas de la Porciúncula, las Llagas y la fiesta del Patriarca (20).

Antes de regresar la Madre Tránsito a Córdoba, se debía nombrar la Superiora local, para regir la nueva casa. No coincidieron en la elección la Madre Tránsito y el P. Quirico. En el trance, la Madre se dirigió al Vicario Capitular y éste a su vez al P. Quirico comunicándole que "las razones de la Madre para no querer que la Hna. Garzón sea Superiora por ahora, me parecen atendibles". Le agregaba: "Quiero pues que Uds. se pongan de acuerdo y me propongan la que deba ser, pues entiendo que este nombramiento deberá ser aprobado por el diocesano, máxime cuando el Instituto no está todavía formalizado" y añadía: "Si Uds. no se ponen de acuerdo, yo haré el nombramiento como Dios me ilumine" (21).

También a la Madre le escribía, aconsejándole: "En estas Instituciones sobre todo en sus principios... no puede haber otro camino seguro que el de someterse la misma Superiora Mayor al Padre Director..." (22).

Atenta la Madre Tránsito a estas sabias enseñanzas, acató el parecer del P. Quirico que había defendido su candidata con una larga y argumentada exposición y había logrado atraer al Prelado a sus puntos de vista (23).

El incidente pasó y la Madre Tránsito Cabanillas después de poner en posesión de su cargo a la Madre Serafina Garzón, dejaba su primera casa filial hacia fines de octubre de 1879.

III. LA MISION DESDE 1880 A 1890

El 18 de junio de 1880 se celebró capítulo, resultando elegido Guardián el Rdo. P. Quirico Porreca y Prefecto de Misiones el Rdo. P. Ludovico Quaranta, quien renunció luego por razones particulares volviendo a su oficio de cura párroco. El P. Quirico, tan luego como tomó el cargo de Guardián, trató de conferenciar con el Dr. D. Alejo C. Guzmán sobre la venta de la suerte de tierras que el Sr. Gobernador de Córdoba había donado al Colegio para ayudarlo en la construcción de la iglesia.

El Dr. Guzmán, penetrado de las razones que alegaba el P. Porreca, y conociendo por otra parte la necesidad de terminar cuanto antes la

(20) Ibid.

(21) Ibid.

(22) Hna. Blanca Lidia López, op. cit., p. 206.

(23) Archivo Curia Eclesiástica Córdoba; Legajo Franciscanas Misioneras; Carp. 8, Fe 667; 3-10-1879.

iglesia de San Francisco, procedió a la venta de dicho terreno en cuatro mil pesos aproximadamente; con esos fondos, se acopiaron 111.000 ladrillos y 150 fanegas de cal (24). Preparados así los materiales, se encargó por el subsíndico la construcción de la obra, es decir, dos torres, el frente de la iglesia, el revoque exteriormente y el enlozamiento de las boveditas de las torres para preservarlas de las aguas, etc.

Todo quedó terminado en febrero de 1882.

Además se hacía preciso construir el coro bajo, para la recitación del Oficio Divino, ubicándose detrás del altar mayor, con lo que la iglesia ocupó un espacio de más de sesenta y cinco metros cuadrados.

Quedando un terreno considerable entre el costado norte de la iglesia y la calle pública, se construyó un salón de 30 varas (25) de largo por 5 de ancho para colocar la escuela que había de regentar el Colegio. El primer claustro del Colegio había quedado en la primera guardiana del P. Porreca sin los revoques, de modo que se deterioraba mucho; para evitar este mal, fue preciso revocarlo en su exterior. Se sentía la necesidad de galpones grandes, y se hizo uno de 25 varas de largo por 5 de ancho, con un alto correspondiente a dos pisos.

El 23 de abril de 1882 el P. Quírico Porreca, acompañado del P. Alvarez, colocó la piedra fundamental de una capilla viceparroquial en honor de Nuestra Señora del Rosario en el lugar denominado Rodeo Viejo (26); en el acto, el padre guardián pronunció discursos alusivos al acto.

En lo que hace al Colegio de Nuestra Señora del Carmen, cuya fundación fue el tema tratado en la segunda parte de este trabajo, también logró mejoras durante la guardianía del P. Quírico; este Padre hizo construir doce celditas para dar un poco de más comodidad, como asimismo un corito en la pequeña capilla provisoria, y unos salones para casa de ejercicios espirituales, atendidos por las Hermanas Terceras Franciscanas con las limosnas recolectadas para ese fin por el P. Aurelio Patrizi.

Pero no todo podía resultar tan hermoso. Dios permitió en sus altísimos fines que se desataran las violencias de la persecución contra los padres franciscanos; a este respecto nada mejor que lo que nos relata el mismo P. Cronista Moisés Alvarez: "Los eternos enemigos de la moral y de la religión tomaron sus armas, es decir, la calumnia y la blasfemia, para ofender a la religión. Unos cuantos descreídos, inscriptos en las sociedades secretas, y a la cabeza del impío periódico titulado 'La Voz de Río Cuarto' en el mes de septiembre (1881) con motivo de la solemnidad que celebraban con pompa los cordígeros a su patrón San Roque, se desataron en insultos infames para deprimir a la inofensiva comunidad religiosa de este Colegio. La sociedad secreta reunida en se-

(24) Revista Cruzada Misionera, "Breve Biografía del P. Quírico Porreca", pp. 40 ss.

(25) Medida de longitud que equivale a 86 centímetros, 6 milímetros.

(26) Lugar cercano al oeste de la ciudad de Río Cuarto.

siones tenebrosas, declara y ordena se les promueva cruda guerra a los Misioneros para hacerles desistir de sus nobles tareas, pues decían: 'Si nosotros no paramos de golpe los trabajos de estos sacerdotes, estamos perdidos; ellos tienen la dirección de la Escuela de Niñas, regentada por las Hermanas; tienen ya edificado y concluido también en ese lugar un gran salón para escuela de varones; ellos arrastran a una multitud inconsciente que se postra a sus pies; ellos disponen del púlpito a su gusto, y persuaden al pueblo llevándolo al fanatismo; ellos se prometen el porvenir de la ciudad con abrir escuelas y dirigirlas a sus fines, derecho exclusivo de la Municipalidad. Esto es demasiado; esto es extralimitarse. Debe pues la Municipalidad apereibir a los sacerdotes y trazarles la senda de sus deberes, ya que ellos parece que la han olvidado...".

Se presentó al Convento de San Francisco Solano una comisión de parte del citado periódico para exigirle al Padre Guardián lo siguiente: 1º Que los Misioneros no predicasen contra los vicios, porque perjudicaban al pueblo haciéndolos perder las facultades intelectuales por el misticismo. 2º Que se cerrase el Colegio de las Hermanas que tendía a la educación de las niñas, porque los sacerdotes podían perder su buen nombre, y porque es competencia exclusiva de la Municipalidad fundar escuelas, vigilarlas y velar sobre su moral. 3º Que los sacerdotes debían limitarse a confesar y decir misa sin pompa, y que el dinero que se gastaba en las festividades, se entregase para conservar el Hospital.

Por estas condiciones, se creyó que se trataba de expulsar a los buenos franciscanos. El P. Quírico, fuerte en su derecho, no aceptó bajo ningún pretexto tan absurdas condiciones, y su respuesta fue se dirigiesen al Obispo Diocesano. En estos lamentables incidentes se portó el P. Quírico con mucha prudencia, para no dar armas a los enemigos de la religión y de nuestros Padres Misioneros Franciscanos.

El pueblo estaba por su parte profundamente abatido y preocupado de lo que pasaba a nuestros Padres. No sabía a qué atenerse, todos acudían a los templos, que se llenaban a todo hora del día. Era tal y tanta la concurrencia y las manifestaciones de piedad y ternura hacia los misioneros, que "ellos mismos se vieron en la precisión de rogarles que suspendiesen un tanto esas demostraciones para no encender (más) las pasiones iracundas" (27).

Mientras esto pasaba en nuestra ciudad, el P. Porreca se presentó ante el Sr. Obispo de Córdoba, para manifestarle lo que pasaba en la comunidad, puesta sin duda en peligro de deshacerse, pues todos los Padres se encontraban un tanto agotados en la lucha. El Sr. Obispo, al leer el tal periódico y viendo que había otro artículo contra la Virgen Santísima en el mismo, dijo al P. Porreca: "¿No ve usted, padre, que le hacen un honor grande con ponerle al lado de la Santísima Virgen?". Con esto no quedó satisfecho el P. Porreca; comprendía que su posición era crítica,

(27) Revista Cruzada Misionera, op. cit.

que bien podía deshacerse una obra que tantos sacrificios había costado a los misioneros, al pueblo de Río Cuarto y al Gobierno de Córdoba, que había hecho costear el traslado desde Europa. Principalmente tenía presente que los religiosos eran todos extranjeros y libres para regresar a sus países por haber terminado el tiempo de misión.

El P. Quírico Porreca, no habiendo aceptado la indicación del Señor Obispo, se presentó al Gobernador, Dr. Miguel Juárez Celman, y le manifestó los desacatos que contra la comunidad religiosa cometía el impío periódico, mostrándole los números del mismo. Le hizo conocer las condiciones que le presentó la comisión de caballeros, suplicándole por último que como amigo particular le manifestase si esta persecución venía del gobierno, para deliberar sobre la suerte de su comunidad religiosa. El Sr. Gobernador le manifestó el sentimiento que tenía por esas injurias torpes contra los Padres misioneros; aseguró al P. Porreca que tanto el Presidente de la República como el Gobierno de Córdoba miraban con predilección a los Padres franciscanos de la ciudad de Río Cuarto; aseguró también al P. Quírico que todos esos desmanes serían reprimidos y que la comunidad religiosa contase con su aprecio y adhesión, entregándole al mismo tiempo un telegrama al respecto del Presidente de la República. Este telegrama (28) decía: "Telégrafo Nacional. República Argentina. Buenos Aires. A los 5.12 p.m. 9 de 1881. Al Gobernador. Oficial. Telegrafeó a . . . (29) y Mayor . . . (30) pidiéndoles moderación o abandonen el tema o influyan para ello. Lo saluda Julio A. Roca".

A los pocos días de pasada la borrasca, el P. Quírico escribió al Sr. Presidente de la República, manifestándole lo sucedido, quien le contestó la siguiente carta (31): "Presidente de la República Argentina. Buenos Aires, Septiembre 16/1881. Fr. Quírico Porreca. Río Cuarto. Estimado Padre y amigo. Me he impuesto de su carta del 12. Conocía ya los escándalos que tenían lugar en Río Cuarto, y anticipándome a sus deseos, había teleografiado al Mayor X (32), pidiéndole cesara en sus ataques. Este me lo ha prometido. De todos modos haré valer mi influencia para que tanto X (33) como el Juez X (34) no vuelvan a molestar a los buenos frailes de Río Cuarto, que han sido en todo tiempo mis leales amigos, y los dejen tranquilos en su misión apostólica para bien del pueblo donde residen. Cuente Ud. con esto y cuanto pueda ayudarlo en este sentido su hijo que mucho lo aprecia. Julio Argentino Roca. (Resalta la rúbrica)".

El día 2 de octubre de 1881 los Padres tuvieron una visita muy agradable: era el Obispo de Córdoba, Fray Mamerto Esquiú y Medina, de la

(28) Revista Cruzada Misionera, op. cit.

(29) Por razones lógicas se prohíbe la escritura del nombre.

(30) Por razones lógicas se prohíbe la escritura del nombre.

(31) Archivo San Francisco Solano de Río Cuarto.

(32) Por razones lógicas se prohíbe la escritura del nombre.

(33) Por razones lógicas se prohíbe la escritura del nombre.

(34) Por razones lógicas se prohíbe la escritura del nombre.

misma Orden Seráfica, que quiso honrar a sus hermanos de Río Cuarto llegando para la festividad del Patriarca San Francisco. Por la noche predicó un hermoso discurso relativo al gran Patriarca y sus pobres hijos. Al día siguiente se dio principio a la Novena del Smo. Rosario en la iglesia parroquial, y el Sr. Obispo predicó una serie de pláticas notables. El día en que se celebró la fiesta del Smo. Rosario, a más de la plática por la noche, predicó también una hermosa y conmovedora oración a la Santísima Virgen del Rosario. Las noches siguientes a la festividad siguió predicando hasta que, por indicación del Sr. Gobernador, tuvo que volver a Córdoba para bendecir el puente Juárez Celman, y así tuvo que cortar sus pláticas con sentimiento de todos.

En una de esas noches ocurrió un incidente muy desagradable. Apenas terminado de rezar el Rosario y de cantar la piadosa letrilla, Oh María, Madre mía, inmediatamente antes de que el Obispo Esquiú principiara su plática, "parecía que el infierno se hubiese desencadenado para mover confusión; de un momento a otro, cuando nadie se imaginaba, se produjo una horrible desorganización y tumulto en los asistentes al templo, que parecía un avispero cuando se molestaba en el colmenar. Unas mujeres gritaban: ¡Se cae la iglesia! Otras decían: ¡Hay revolución! En una palabra, parecía el infierno. Ni el Sr. Obispo con su voz podía hacer callar a la gente, ni nadie era capaz de hacerse entender: todo era confusión, todo desorden, hasta que poco a poco volvió la calma y el silencio" (35).

La misma publicación nos manifiesta luego: "Hasta ahora no se ha sabido como se originó dicho tumulto: unos creen que por haberse descompuesto una mujer". Pero lo cierto es que el pueblo había quedado espantado luego de las persecuciones que se lanzaban contra los franciscanos y que en párrafos anteriores he relatado.

En los días en que Fray Mamerto Esquiú estuvo en Río Cuarto, fue visitado por todas las autoridades y principales del pueblo, quienes se admiraban de su ciencia y humildad. Pero los enemigos continuaban su lucha; el Comisario de Policía, en el informe que pasó al Jefe Político sobre el tumulto acaecido en la iglesia, lo hacía aparecer como que la predicación lo hubiese producido; así lo publicaron, como para probar que la predicación trae sus malas consecuencias, aunque la hiciera el mismo Obispo (36).

Durante la segunda guardianía del P. Porreca, se instalaron los coros llamados Corte de María; de tal Corte dice el cronista de la época, P. Moisés Álvarez, que "en poco tiempo se ha hecho numerosísima, cuenta ya 28 coros con un total de 840 personas, entre hombres y mujeres. . . Su director es el P. Quírico Porreca" (37).

(35) Revista Cruzada Misionera, op. cit.

(36) Revista Cruzada Misionera, op. cit.

(37) Crónica del Padre Moisés Álvarez. Convento San Francisco Solano de Río Cuarto.

También encontramos en este tiempo (1881) instituida la piadosa Congregación de la Doctrina Cristiana, bajo el amparo y protección de los Corazones de Jesús y de María. Esta Congregación se hizo bastante numerosa, llegó a tener 400 miembros y estaba dirigida por el P. Ludovico Quaranta.

Como en todas las iglesias de las Hermanas, también en el Colegio del Carmen de Río Cuarto, se estableció una Cofradía, según consta en el documento N° 22 del Convento San Francisco Solano (38). Junto al mismo y a continuación, sigue el Acta de Instalación, donde consta que a la Cofradía se le puso el título de Piadosa Congregación Católica del Carmen, y después de la firma del P. Quirico siguen estas otras: Camila Guerra, Dolores Cejas, Geraldina de Irusta, Isaura Abril, Mercedes Meriles, Belisaria O. de Torres, Nicéfora Meriles, Restituta Arias, Rosario de Sánchez, Mauricia Yedro y Griselda Báez.

El Sr. Presidente de la República, Teniente General Don Julio A. Roca, tras la visita que hizo en diciembre de 1882 a Río Cuarto, pasó a la capital de San Luis, y el P. Porreca lo acompañó hasta allí con toda la comitiva. Esto nos muestra la amistad que unía a estos dos personajes, y el afecto que Roca ha tenido por la Comunidad Franciscana de Río Cuarto.

El día 11 de diciembre, Roca regresó en compañía de Porreca. Para recibirlo convenientemente, tanto la Municipalidad como el pueblo rio-cuartense habían construido numerosos arcos triunfales en las proximidades de la estación de ferrocarril. El Segundo Regimiento de Artillería, de gran gala, hizo los honores al primer magistrado de la República; en tren expreso de Córdoba había llegado a nuestra ciudad el Sr. Gobernador, Miguel Juárez Celman, de manera que tanto la banda de música del Segundo Regimiento de Artillería como la del Gobernador de Córdoba hacían vibrar los aires con sus armoniosos acordes mientras caminaba el carruaje que conducía al Sr. Presidente y al Gobernador, acompañados por Don Ambrosio Olmos y el P. Quirico Porreca. Cuenta una crónica de la época: "La muchedumbre que cortejaba a estos personajes hacía vibrar los oídos con sus vivas continuas al presidente, al gobernador y a la comunidad franciscana".

Terminado el período de guardianía del P. Porreca, le sucedió por votación capitular el P. Quaranta, recayendo en Porreca el nombramiento de cura párroco, cargo que aceptó con la condición de que le asignaran un ayudante. Poco después, debido al tiempo que le llevaba el cuidado

(38) Documento N° 22 - Archivo San Francisco Solano de Río Cuarto: "Al Ilmo. y Rdmo. Señor Obispo de la Diócesis de Córdoba, Fr. Mamerto Esquiú. Ilmo y Rdmo. Señor. Fray Quirico Porreca, sacerdote profeso de la más escripta observancia de N. P. San Francisco y Misionero Apostólico Franciscano de la ciudad de Río 4º, a S. S. Ilma. y Rdmo. con el debido respeto expone y suplica: Que notando mucha devoción a Nuestra Señora del Carmen en la Capilla dedicada a la misma gran Señora en esta ciudad y propiamente en el Colegio de las Hnas. Terreciarias Franciscanas, se digne concederle la facultad de erigir dicha cofradía, y redactar y recopilar los Estatutos que deben regirla para presentarlos a la aprobación de S. A. Ilma; y una vez erigida en forma, pedir, previas las recomendaciones de S. S. Ilma., la agregación a la primera Cofradía que reside en Roma, para la comunión de sufragios y privilegios. Es gracia, Ilmo. y Rdmo. Señor. Río 4º, Octubre 19-1881. Fr. Quirico Porreca, Misionero Ap. Franciscano".

del Instituto de las Hermanas del Carmen, presentó al Vble. Directorio la renuncia de su ministerio parroquial; aceptada ésta, recayó el nombramiento de párroco en el P. Antonio Cardarelli. Que la designación fue acertada lo demuestran las muchas obras llevadas a cabo por la incansable actividad de este Padre, entre las que figura en primer término la construcción de la magnífica iglesia parroquial nueva, hoy Catedral de Río Cuarto.

Antes de terminar su breve período de párroco, el P. Porreca hizo construir el templo de La Carlota (39) según planos y diseños creados por él mismo. También abrió dos escuelas, una para varones y otra para niñas, consiguiendo de la Municipalidad una subvención mensual de treinta y cinco pesos para el maestro Honorio Sánchez, e igual cantidad para la maestra Rosario Zárate. Muchos otros favores le debe la población (ahora ciudad) de La Carlota al P. Quirico, que pueden leerse en la Crónica de la Segunda Epoca, desde la página 33 a la 39, en el Convento de San Francisco Solano de Río Cuarto.

Era tanta la autoridad que el P. Porreca ejercía sobre los colegios fundados por él, que los exámenes anuales se daban en las fechas que oportunamente el P. Quirico señalaba; así él mismo relata en la Crónica de la Segunda Epoca, en la página 57, haciendo referencia al examen y mantenimiento del Colegio del Carmen (40): "Ya los Colegios de Hermanas de Córdoba y Villa Nueva habían rendido sus exámenes, sólo faltaba el Colegio del Carmen que por la ausencia del P. Director no había señalado aún el día. Regresado dicho padre de Villa Nueva y Villa María, determinó que el día 14 de Diciembre se rindiesen los exámenes. Era hermoso ver a trescientos y tantas criaturas presentarse ante una comisión respetable de Señores examinadores y de una muchedumbre de Padres y Madres de familia, quienes todos satisfechos de los adelantos de esas criaturas, bendecían el momento en que se fundó dicho Colegio. En ese grupo de criaturas se confundían las hijas del pobre con las hijas del rico, y todas ostentaban su adelanto en los diferentes ramos del saber. Los exámenes de este Colegio fueron muy lucidos por la cantidad de obras que las alumnas presentaron en dichos exámenes pues un salón de 20 metros estaba completamente lleno"... "El número de alumnas pupilas y medio pupilas se aumentaban anualmente y era necesario que el P. Director se preocupara en dar mayor ensanche al Colegio con hacer edificar otros salones. En efecto el P. Director de acuerdo con el Hno. Síndico del Colegio Dn. José Vicente Alva (41) contrata dichas obras, como así mismo el reboque exterior e interior del Colegio. Los salones uno era de 20 varas de largo por 5 y 1/2 ancho, cuyos edificios quedaron listos a fines del mes de febrero para poder abrir la escuela el primero de Marzo".

También los Padres franciscanos daban ejercicios espirituales a los

(39) Población distante unos 170 kilómetros de la ciudad de Río Cuarto.

(40) Crónica del Convento San Francisco Solano de Río Cuarto en su segunda época, p. 57.

(41) Figura el apellido Alva con (v) y no con (b) como en otros documentos.

presos. Al respecto transcribo el siguiente relato (42): "La Sociedad de Beneficiencia tenía la plausible costumbre desde algunos años a esta parte de asistir a los presos en tiempo de los santos Ejercicios, y por lo mismo las Damas se habían dirigido al Padre Guardián para que les señalara el tiempo y los sacerdotes que debían darlos. El Padre Quírico fue el encargado, principiando el lunes de Pascua 13 de abril (1883). Fue tanto el fruto que sacó de aquellos pobres desgraciados, que el mismo Padre se confundía al ver las pruebas de sincero arrepentimiento y las lágrimas que abundantemente derramaban los presos. Los sacerdotes que ayudaron a confesar en la cárcel fueron el Padre Quaranta y el Presbítero D. Vicente Losino, Capellán de Sampacho".

El año 1884 fue de pruebas tremendas para los franciscanos. Los enemigos que habían fracasado en la primera persecución contra la Comunidad Franciscana de Río Cuarto, afilaron de nuevo sus armas y se pusieron en ataque nuevamente. No quedó resorte sin tocar a fin de molestarlos. Incluso el mismo Presidente de la República, Julio Argentino Roca, parece que se dejó envolver por la cadena de calumnias e infamias de carácter político de los perseguidores del P. Porreca.

El capítulo noveno íntegro, que el P. Quírico denomina en su crónica "curioso", precedido de una dedicación a los habitantes de Río Cuarto, está consagrado a las molestias que sufrió la Iglesia en Argentina durante ese tiempo y la horrenda persecución que se desencadenó contra él mismo. Dicho capítulo abarca 37 páginas de lectura menuda, formato 38 por 25 centímetros. En ese capítulo se desahoga con franqueza y energía, desenmascarando a sus acusadores, mientras confía plenamente en la justicia divina, única insobornable: "No trepidé en dirigirle una segunda carta al Presidente — dice — llena de santo celo, poniéndole en evidencia lo ruin y bajo de los desgraciados mandones y adulones... en usar de la mentira y calumnia para perseguir a un hombre indefenso, que sólo se ocupa de beneficiar al prójimo, y reclamar en favor de la justicia y de la Religión, combatida por esos tipos ignorantes y corrompidos, que sólo se cuidan de esquilmar al pueblo para su propio bienestar. Entre otras cosas le decía al Presidente que por mi fe, por mi Religión, por la libertad de la Iglesia Católica estaba pronto a hacerme sacrificar, sin ceder un ápice a la impiedad; pero que podía jurarle y le juraba como hombre y como sacerdote que no estaba afiliado a ningún partido político que minara en sus bases a la soberanía nacional o promoviera revueltas contra el Sr. Presidente Roca, y esto con tanta más razón cuanto que soy sacerdote y extranjero. Que nunca traicionaría al amigo en su persona, aún cuando en ideas estaba en diametral oposición, y le decía que la única guerra que yo le hacía era redoblar mis súplicas a Dios, si guerra quiere llamarla, para que le iluminara y retrocediera del camino del abismo en que se había colocado, que yo estaba resuelto a sufrir, y sufrir con gusto, por la injusticia, y siempre sería su amigo, aunque me hiciera conducir al cadalso! Es natural que la verdad y la inge-

(42) Revista Cruzada Misionera. Padre Porreca. Op. cit.

nuidad se abren camino, aun a través de los odios y rencores personales que puedan concebirse injustamente, salvo que exista suma depravación y el hombre haya degenerado de su ser humano, cosa que nunca he podido persuadirme del General Roca, a quien he conocido con bastante intimidad, y que por nobleza de su corazón entré a amarle y ser su amigo. El mismo tenía pruebas seguras de que yo era su amigo, y sin embargo se convenció por un momento de que yo era su enemigo".

Después de unas frases fuertes que son un respiro a su alma prosigue el P. Quírico: "El General Roca no podía dudar de mi sincera amistad. Mi última carta abrió brecha en el corazón del Presidente, quien me contestó autográficamente lo siguiente: — Presidente de la República Argentina. — Estimado Padre: Sin tiempo para contestarle a sus dos cartas, la última de las cuales no ha dejado de impresionarme por las protestas de amistad que trae, ya que yo soy siempre muy sensible, le pido lo busque a X, (43), y hable con franqueza con él. Él no tiene mala voluntad y puede, como yo, estar injustamente prevenido contra Ud. — Su affmo. amigo, Julio A. Roca. Octubre 11 de 1884 (Rubricado). Apenas recibí dicha carta y sin perder un segundo de tiempo, encontrándome en casa del Párroco de Villa María, le contesté extensamente, alegrándome con él que se había convencido de estar injustamente prevenido conmigo y diciéndole que no creía posible encontrar justicia con X, puesto que estaba rodeado de mala gente... Le añadí: Si V. Excia. está persuadido de que son embustes las acusaciones que me hacen, es V. Excia. quien debe persuadir a X, para que éste a su vez imponga silencio a los perros ladrones que lo rodean... Asimismo volvía a asegurarle que no temía la persecución por más recia que ella fuera: que bastábame tener la conciencia tranquila y haber llenado siempre mi deber de sacerdote y de ciudadano".

Hasta qué extremo llegaron las audacias de los que molestaban a la comunidad y en especial al P. Quírico, lo podemos deducir del recuento de calamidades religiosas que por ese tiempo afligieron al país, anotadas por el mismo P. Porreca al final de su capítulo 9º, uno de cuyos puntos dice escuetamente: "El Presidente pide el destierro para el P. Quírico". Esto no se verificó. Pienso que el mismo Roca hubiera sido el primero en impedirlo, en virtud del gran aprecio que tenía por el P. Porreca.

La salud del franciscano quedó resentida por tan duros golpes. De Villa Nueva se trasladó a Córdoba. "Una vez allí — dice — me puse en manos de los médicos, quienes diagnosticaron que los sufrimientos me habían producido una enfermedad llamada Dilatación del corazón, y que a no pasar una temporada de sosiego y tranquilidad, el mal podía tomar mayores proporciones exponiendo a peligro seguro mi vida".

La crónica escrita por el P. Quírico Porreca, que se encuentra en el archivo del Convento de San Francisco Solano de Río Cuarto, llega hasta el año 1889, pero a esta altura del relato y ubicándonos en el año 1885,

(43) Por razones lógicas se prohíbe la escritura del nombre.

encontramos en la página 156 de la crónica mencionada cómo el cronista hace mención de un hecho muy importante y lamentable: la muerte de la Madre Tránsito Cabanillas de Jesús Sacramentado, figura que ocupó un lugar importante en mi relato de la primera parte y que trabajó juntamente con el P. Quírico en la fundación del Colegio de Nuestra Señora del Carmen.

Así el mismo P. Quírico anota en el Libro de Defunciones N° 2, p. 182 y sucesivas, lo siguiente (44): "El día 25 del mes de agosto de 1885, después de penosa y crónica enfermedad, dejó de existir la Madre Tránsito Cabanillas de Jesús Sacramentado, quien recibió los santos sacramentos con devoción y piedad; recibió la muerte como regalo del Señor, edificando a las Hnas. con su resignación. Esta Hermana fue la fundadora que dio su dote de cuatro mil y tantos pesos y fue la primera Superiora con el título de Superiora Mayor de la nueva Institución, cuyo título y jurisdicción ejerció hasta el año 1881 y fue relevada del puesto y cargo por insubordinaciones repetidas por faltarle la sumisión y humildad; sin embargo como súbdita era humilde y sumisa y dio señas de virtud religiosa. Para que conste firmo: Quírico Porreca. Director".

Prevía convocatoria del M. R. P. Comisario General, se celebró Capítulo guardianal el 23 de julio de 1886, resultando electo Guardián el P. Porreca. El Presidente de la Nación, Teniente General Roca, lo felicitó por su tercera guardianía en los siguientes términos (45): "Presidente de la República Argentina. — Buenos Aires, Julio de 1886. — Rdo. P. Guardián de la Comunidad de San Francisco, Fr. Quírico Porreca. — Mi estimado Padre y amigo: He recibido con el mayor placer la noticia que me transmite V. de su nombramiento de Padre Guardián de esa Comunidad. — Lo felicito por esa honrosa cuanto merecida distinción, y no necesito asegurarle que me será siempre grato continuar protegiendo como hasta ahora a esa Comunidad. — Saluda al Rdo. P. con su acostumbrada consideración su atto. S. S. y amigo. — Julio A. Roca".

Estoy acercándome al final de mi relato y en esta oportunidad no puede dejar de destacar la labor de los Padres Misioneros Franciscanos y en especial la del P. Quírico en lo que respecta a la colaboración prestada durante el terrible cólera que azotó al país entre los años 1886-87.

Fue en estos momentos cuando se corrió la voz en Río Cuarto de que en Buenos Aires empezaba la peste a causar estragos. Las provincias y aun las municipalidades del interior adoptaron todas las medidas de precaución para evitar el contagio. Llegó el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, "fecha memorable para mí — dice el P. Porreca — pues mientras estaba en el Colegio de las Hermanas, a las tres de la tarde, para arreglar la procesión de extranjeros y disponer que todas ellas acompañasen a su Patrona en la procesión (obtenido previamente el permiso de la municipalidad) y rezasen en voz alta el Smo. Rosario, cantado

(44) Libro de Defunciones N° 2, Convento San Francisco Solano de Río Cuarto, p. 182.

(45) Revista Cruzada Misionera, op. cit.

de trecho en trecho con cánticos de penitencia, me avisaban que estaba un coche a la puerta para llevarme urgentemente a la casa del Sr. Jefe Político, D. Alejandro Roca. Sin oponer demora subí al coche y en un abrir y cerrar de ojos estuve en su domicilio. Allí me esperaba el cirujano del Regimiento de Artillería, Dr. D. Moisés Echegoyen... Al instante nos fuimos en el mismo coche al cuartel general, donde nos esperaban algunos oficiales para acompañarnos y oír mi pobre opinión". En efecto, algunos soldados sanos por miedo al contagio se encontraban desesperados, mientras otros yacían en sus pobres camas atacados del terrible mal.

Tanto los soldados como los civiles afectados por la enfermedad eran conducidos al cuartel viejo, que quedó en esta forma convertido en Lazareto militar. La descripción que del mismo hace el P. Porreca es bastante macabra: "En ese estado pude regularizar siquiera el servicio de los enfermeros en el titulado Lazareto, proveyéndolo al mismo tiempo de las camas necesarias, así como de los demás útiles indispensables. Los jefes y Oficiales escuchaban mis insinuaciones y me prestaban la más decidida cooperación sin reparar en gastos y autorizándome para todo lo que creía necesario en favor de aquellos desgraciados".

"La epidemia había alcanzado ya el centro de la ciudad y sus alrededores de un modo muy alarmante y funesto, pero Dios tenía preparado un batallón, grande en fuerza, aunque escaso en número, que debía llevar los auxilios y socorros a domicilio hasta que se instalaran de un modo más conveniente los lazaretos. Ese batallón eran nuestras Terciarias, cuya Superiora se presentó al Sr. Jefe Político y Sr. Intendente Municipal, ofreciendo sus servicios y los de sus súbditas para atender a los enfermos coléricos...".

"La divina Providencia nos mandó al Cirujano mayor de la Armada Nacional, Dr. D. Pedro Mallo, acompañado de otro Cirujano del Ejército, Dr. D. Carlos Alagón, enviados en comisión sanitaria por el Excmo. Gobierno de la Nación... El Dr. Mallo en un momento arregló todo, improvisando un Lazareto más cómodo, espacioso y decente. Ordenó la construcción de dos Barracas muy capaces y demás oficinas para un Lazareto general provisorias, de madera; hizo traer de Buenos Aires una farmacia y farmacéutico para el servicio del Lazareto; quemó el cuartel viejo; hizo desalojar el nuevo, y tomó otra infinidad de medidas higiénicas, haciendo reanimar el espíritu abatido de la población...".

"Mientras en Río Cuarto estaba todo bien arreglado, y ya no faltaba más que Dios se apiadara de nosotros, el mal penetra y arrecia en algunos puntos de nuestra campaña. No había médicos para mandar, y en otros no había los religiosos que pudieran llenar dos cometidos, es decir de médico espiritual y corporal. El Sr. Jefe Político puso toda su confianza en nosotros, en forma que debíamos acudir adonde la necesidad nos llamara. El P. Prefecto, Ludovico Quaranta, tuvo que ir para asistir a los enfermos coléricos al pueblo llamado la Reducción, distante de esta

ciudad 10 a 12 leguas, llevando consigo una provisión de remedios y curándolos espiritual y corporalmente hasta que el cólera desapareciese. El P. Julio de Alba, a quien tuve como ayudante en el Lazareto general, tuvo que ir a la Villa de La Carlota dos veces, distante de nuestra ciudad 25 leguas, la primera acompañado de un practicante y la segunda con el médico Dr. Bejarano, hasta que desapareciera la epidemia. Al P. Francisco Luquini le cupo la suerte, después de haber trabajado infatigablemente en esta ciudad en la asistencia de los enfermos, ir a la Colonia, antiguo fuerte de Sarmiento, distante de aquí 25 leguas, acompañado de dos practicantes, en donde dejó de existir, atacado de la peste. El P. Antonio Cardarelli, cura actual, fue a reemplazarlo, después de haber trabajado sin cesar con los enfermos a domicilio y a las dos leguas de distancia casi diariamente en compañía de los practicantes, visitando los Lazaretos, cuando yo me ausentaba por las estancias de esta ciudad".

En febrero de 1887 cesó el temible cólera. El Dr. Mallo, desde Buenos Aires, escribía al P. Quírico, a la Hermana Inés, a la Superiora del Carmen: a esta última le mandaba 500 pesos, de parte del Gobierno Nacional. El P. Porreca recibía de todos lados felicitaciones por su heroico comportamiento. El Teniente General Roca, ex Presidente, le envió la siguiente carta: "Buenos Aires, Febrero 21 de 1887. — Mi estimado amigo. Recibo recién su muy apreciada del 7 del corriente, porque he estado ausente de esta ciudad cerca de veinte días. Ya tenía noticia de su noble comportamiento en las difíciles circunstancias que ha pasado Río Cuarto, y me disponía a felicitarlo por un proceder que tanto le honra. Alejandro y usted han sido los héroes de una situación gravísima en que se necesitaban caracteres bien templados. La conducta de ambos excede a todo elogio, y muchas veces me he complacido en reconocerlo, poseído de la más viva satisfacción. Como después del tiempo transcurrido a causa de mi ausencia, ignoro si V. continúa con la idea de venir a ésta, ruégole me haga saber su resolución, para solicitar y enviarle el pasaje. — Reiterándole mis parabienes por haber escapado ileso y con gloria de los peligros del flagelo, me repito su affmo. amigo. — Julio A. Roca. — Sr. D. Fr. Quírico Porreca".

El día 18 de agosto el P. Guardián Quírico Porreca recibió la siguiente nota, acompañada de una hermosa medalla de oro con preciosos brillantes (46): "— Al Rdo. P. Franciscano, Fr. Quírico Porreca. — Presente. — Respetable Padre Quírico. — Las buenas acciones nunca caen en el olvido, máxime cuando ellas se practican con el laudable propósito de aminorar los males ajenos, haciendo de antemano para ello el sacrificio de su propia vida. — Tal ha sido vuestro proceder durante la pasada y terrible peste colérica, que nos azotó tan cruelmente. Su recuerdo está aún vivo en todos los corazones, y el pueblo de Río Cuarto no puede olvidar que fuisteis uno de los primeros en correr junto al lecho del dolor, a prestar, unas veces vuestros auxilios materiales, y otras los inherentes

(46) La medalla es redonda y presenta en su parte anterior un monograma con las letras P. Q. con abundancia de pequeñas piedras preciosas auténticas. Alrededor puede leerse esta frase: "La virtud tiene su recompensa".

al santo ministerio que ejercéis. — Es por esto que he tenido la honra de ser comisionado para haceros entrega de la presente medalla en nombre del pueblo de Río Cuarto, como símbolo de agradecimiento, y para demostraros, como lo dice su tema, que la virtud tiene su recompensa. — Alejandro Roca".

Son muchas las actividades que el P. Quírico ejerció hasta su muerte. Haría interminable mi trabajo si relatara, aun a grandes rasgos, la fundación de las Hermanas en Salta, la ida de las Religiosas al Hospital Militar de Buenos Aires, etc. Todo está descripto en la Crónica del P. Porreca con tanto lujo de detalles, que lamento omitirlas dada la brevedad del trabajo. Pero lo que quiero hacer destacar por último y que también relata con lujo de detalle el P. Quírico, es la colocación de la piedra fundamental para la construcción de la Capilla del Carmen, con cuyo motivo da un serie de nombres de relevancia histórica, según se relata en la p. 189 de la mencionada crónica: "Anno Domini 1887. A quince días del mes de Agosto del año del Señor mil ochocientos ochenta y siete: siendo Presidente de la República el Dr. Miguel Juárez Celman, Gobernador de la Provincia de Córdoba Dn. Ambrosio Olmos, Gefe Político de este Departamento del Río 4º Dn. Alejandro Roca, superior del Colegio de propaganda fide de esta ciudad el Rdo. Padre Quírico Porreca, Prefecto de Misiones Padre Ludovico Quaranta, Cura Párroco del Departamento Padre Antonino Cardarelli, Juez de Letra en lo Civil Dr. Dn. Francisco Albino, en lo criminal Dr. Dermidio Ocampo, de Paz Don Eudasio Olguín y Gefe del segundo regimiento de artillería Coronel Octavio R. Moreno, de policía José R. Irusta, se procedió a la bendición de la primer piedra fundamental para la erección de la Iglesia de Ntra. Sra. del Carmen y de los salones para la enseñanza de niñas pobres, bajo la dirección de las Hnas. Terciarias Franciscanas, y de cuyo Colegio es Síndico el Sr. Dn. José Vicente de Alva y Director el Rdo. Padre Quírico Porreca. La ceremonia fue ejecutada por el Rdo. Padre Constantino Longo Capellán del mismo Colegio, pronunciando un discurso de ocasión el Padre Porreca ante una concurrencia numerosa y selecta de ciudadanos: siendo padrinos el Sr. Gefe Político, Benemérito Don Alejandro Roca y Madrina Doña Carmen L. de Alva benefactora particular del Colegio, quienes mandaron firmar la presente acta para perpetua memoria".

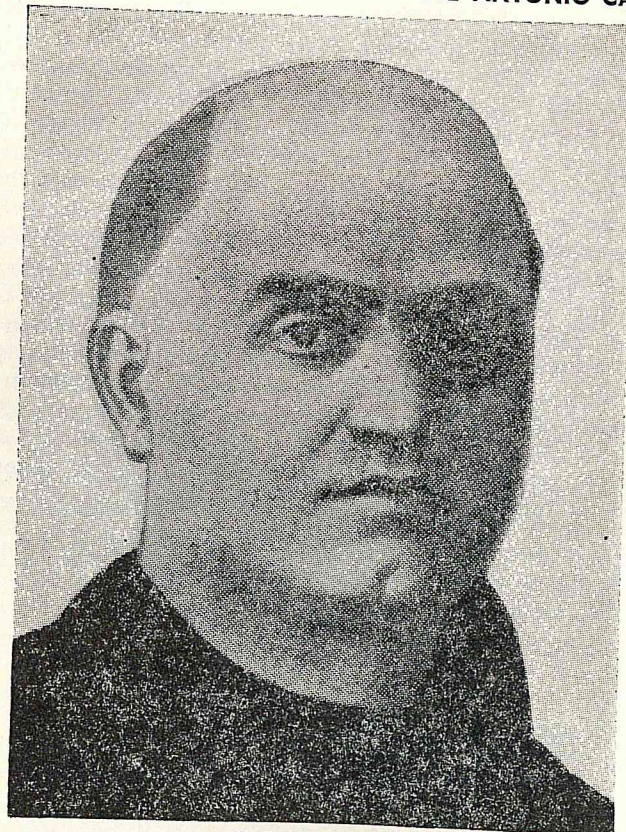
La Crónica del P. Quírico llega, como he dicho, hasta el año 1889, pero antes de cerrarla, como incansable investigador que es, incluye en ella documentos valiosísimos respecto a la evangelización de los indios, motivo primario de nuestro gobierno al llamar de Europa a los Padres misioneros.

Antes de expirar el tiempo de su tercera guardianía, renunció al oficio, al verse sin la ayuda de su Vicario, el P. Marcucci, que había pedido pasar a los Padres Misioneros de Jujuy. Le sucedió por votación capitular el 31 de enero de 1889 el P. Antonio Cardarelli. El tiempo que resta hasta su muerte, acaecida el 25 de abril de 1896, lo dedicó casi exclusi-

vamente a perfeccionar la buena marcha del Instituto Nuestra Señora del Carmen, además de ser árbitro supremo de la Congregación, a la que supo imprimir tal aliento de vida, que hoy día se encuentra extendida por toda nuestra Nación Argentina, prodigando a manos llenas la luz de la enseñanza intelectual y moral a la adolescencia femenina, o los consue- los espirituales a los enfermos en los establecimientos sanitarios. Sus restos fueron llevados al Colegio de Nuestra Señora del Carmen donde permanecen depositados en el altar de la capilla.

Hasta aquí mi relato. Los misioneros franciscanos en Río Cuarto ya estaban arraigados desde 1856, año en que llegaron. Sólo me propuse exponer al lector lo acaecido en un lapso determinado de su rica historia misionera, limitándome en especial a su labor en el campo educativo, en estrecha conexión con las Hermanas Misioneras Terciarias, resaltando particularmente las egregias figuras de la Madre Tránsito Cabanillas y la del P. Fr. Quirico Porreca, ya que no fueron sino ellos los que llevaron el timón en la empresa propuesta.

JOSE ANTONIO CAMBRIA



P. Quirico Porreca

ACERCA DEL FUNDAMENTO DEL PRINCIPIO DE SUBSIDIARIDAD

1. Mucho es lo que se ha hablado últimamente —casi siempre de modo erróneo o interesado— del llamado “principio de subsidiaridad”. También son numerosos los trabajos que hacen referencia al tema, pero en ninguno de ellos hemos encontrado un estudio preciso y más o menos riguroso de los fundamentos, de los porqué, de las razones que justifican dicho principio. Y creemos que esa ignorancia de los fundamentos es una de las causas de las malas interpretaciones y errores a que hemos hecho mención.
2. En el presente trabajo vamos a intentar dejar establecidas las bases para una investigación acerca de las razones de ser del mencionado principio. Ello partiendo de la base de que no nos encontramos frente a un principio evidente o “per se notum”, ni siquiera analíticamente evidente y que necesita por lo tanto ser demostrado a partir de otros principios evidentes y a través de un discurso argumentativo (1). Una prueba de que el principio de subsidiaridad no es un primer principio evidente, lo tenemos en el hecho de que solamente fue formulado de modo explícito en la encíclica *Quadragesimo Anno*, de Pío XI, en 1931.
3. Dado por supuesto lo apuntado precedentemente, resulta indudable que a los efectos de poner en claro la validez del principio de subsidiaridad, debe partirse de proposiciones empíricas o analíticamente evidentes. En nuestro caso, vamos a partir de dos proposiciones de ese tipo, las que daremos aquí por demostradas: la primera, **el carácter personal de los componentes del cuerpo social**; la segunda, **la ordenación de éste último hacia el bien común**.
4. Respecto de la primera de estas afirmaciones, es decir, la que se refiere a la personalidad de los integrantes de la sociedad

(1) Cf. Kalinowsky, Georges, *El problema de la verdad en la moral y en el derecho*, Eudeba, Buenos Aires, 1979, *passim*.

humana, cabe recordar que, como bien dice Messner, "la comunidad estatal es una unidad de personas individuales y sociales que poseen sus propios fines existenciales y sus propias funciones, así como sus propios derechos y facultades y que tan sólo pueden conseguir la plenitud de su ser respondiendo a las responsabilidades derivadas de esos fines" (2). Esta nota de personalidad que revisten los integrantes del grupo social y que puede ser conceptualizada como la capacidad de un sujeto consciente y libre de gobernarse a sí mismo, es la que confiere a los hombres la condición de sujetos de derecho, en otras palabras, de titulares de facultades jurídicas. Si a esto le agregamos el carácter eminentemente social de la naturaleza humana, tendremos como resultado que el hombre es un ente responsable del logro de su propia perfección y que, para obtenerla, tiene la necesidad, deóntica o moral, se entiende, de agruparse con los demás hombres en una múltiple variedad de grupos sociales; grupos que forman una trama orgánica y vital entre el individuo y el poder político y que son, también ellos, sujetos de derechos subjetivos, aun contra el estado mismo. En otras palabras, la persona humana es, en última instancia, el sujeto de la historia, el artífice de su destino, el responsable de su éxito o de su fracaso. Boecio definió a la persona como "sustancia individual de naturaleza racional", y esa individualidad y racionalidad hacen del hombre un sujeto irremplazable, un todo en el orden moral, un "otro" en la pluralidad de los seres del universo. Por ello, por su carácter de persona, el hombre y los grupos que éste constituye, requieren para su plena perfección una cierta autonomía, pues no hay responsabilidad sin la posibilidad de elegir los caminos que conducen al acabamiento de su naturaleza.

5. Pero esta perfección humana no es algo que pueda obtenerse individualmente. El bien del hombre es un bien común, es decir, una perfección que se participa y difunde entre los integrantes de un grupo social. Es una obra de mancomún, a la vez que participada por la totalidad de quienes han contribuido a su logro. Y la más alta de las sociedades formadas por el hombre para el logro de su bien común es el estado. Y por eso el bien del estado o bien común político, es el mejor bien del hombre, al menos en el orden temporal. Pero el logro del bien común no es responsabilidad sólo del poder político que dirige los destinos del estado; por el contrario, es responsabilidad de todos sus miembros, como una exigencia de la justicia general o social. Dice a este respecto Arthur Utz, que "toda autoridad intra-social ha de ordenarse al bien común que se le ha preceptuado. Este bien común señala a cada miembro, incluso antes de que

(2) Messner, Johannes, *Ética Social, Política y Económica*, Rialp, Madrid, 1967, p. 950.

la autoridad intra-social proceda a determinar lo justo social, un puesto propio con derechos y deberes concretos (...). La función que corresponde por razón del bien común al individuo dentro de la sociedad, es un derecho del individuo ya establecido antes que la sociedad y, por consiguiente, obliga a ésta (3).

6. Si esto es así, si el individuo y los grupos que éste forma tienen una responsabilidad propia en la consecución del bien común, resulta evidente que tienen al mismo tiempo el derecho de realizar todas aquellas acciones aptas para el logro de ese fin. Ello en virtud de que quien tiene un deber, tiene correlativamente el derecho de realizar todo aquello que le permita cumplirlo (4); esto significa que el individuo y los grupos menores que el estado que el hombre constituye, deben gozar de una cierta autonomía que haga posible, en concreto, la realización de sus deberes para con el bien común.
7. Por otra parte, es un principio evidente que el principal responsable de la consecución del bien común es el poder político; a ese fin, debe ejercer ciertas funciones que le son propias e intransferibles, tales como la legislación, el mantenimiento del orden público, la seguridad exterior, la administración de justicia, etc. (5); pero además de estas tareas propias del poder político, existe toda una gama de actividades, del más diverso tipo, que concurren a la realización efectiva del bien común político; esas actividades necesarias para el bien común: comercio, agricultura, industria, transportes, comunicaciones, etc., son en principio de la responsabilidad de los particulares, ya sea que actúen ellos personalmente o a través de grupos naturales o voluntarios. Respecto de estas actividades, la función del poder político, es de asistencia, de ayuda, de establecimiento de aquellas condiciones exteriores que hagan posible su cumplimiento eficaz. Esta ayuda es de la esencia misma de la sociedad, la que ha sido definida por Helmut Kuhn como "un sistema de recíprocas prestaciones asistenciales" (6) y se fundamenta en la exigencia ético-social del bien común, cuyo principal responsable es el poder político.
8. Lo que es más aún, esta ayuda puede llegar a transformarse en suplencia, cada vez que los particulares se manifiesten incapaces de cumplir eficazmente con sus responsabilidades para con el bien común. "El estado tiene la obligación —escribe Millán Puelles— de suplir a los particulares en todo aquello que el bien común lo requiera y que éstos —aunque sea en principio

(3) Utz, Arthur F., *Ética Social*, T. I, Herder, Barcelona, 1964, pp. 304-314.

(4) Cf. Kalinowski, Georges, *Lógica y Filosofía del Derecho Subjetivo*, en: *Archives de philosophie du droit*, N° IX, Sirey, París, 1964, passim.

(5) Cf. Dabin, Jean, *L'Etat ou le Politique*, Dalloz, París, 1957, passim.

(6) Kuhn, Helmut, *El Estado. Una exposición filosófica*, Rialp, Madrid, 1979, p. 256.

de su competencia— no realicen por falta de medios o por cualquier razón. La necesidad de esta suplencia estatal es evidente, puesto que el gobernante se halla en el deber de hacer todo lo posible y necesario por el bien común” (7).

9. De lo expuesto precedentemente surge con toda evidencia: a) **que es el principio del bien común** el que funda la actividad de particulares, grupos y poder político en orden a ese mismo bien común, recayendo en la autoridad política la máxima responsabilidad de su logro. También ha quedado en claro, b) **que la condición personal de los integrantes de la sociedad política y su naturaleza múltiplemente social**, especifican el tipo de tareas que el gobierno político tiene a su cargo, resultando éstas principalmente de ayuda o suplencia, salvo el caso de las tareas propias y exclusivas del poder político. Por ello, por tratarse en el caso de la sociedad política de un todo práctico, integrado por personas necesariamente dotadas de cierta autonomía y por consistir en el bien común político el fin último de toda actividad social, resulta demostrada la validez del principio de subsidiaridad, que expresara Pío XI al decir que “como no se puede quitar a los individuos y darlo a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e industria, así tampoco es justo, constituyendo un grave perjuicio y perturbación del recto orden, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden hacer y proporcionar y dárselo a una sociedad mayor más elevada, ya que toda acción de la sociedad, por su propia fuerza y naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero no destruirlos ni absorberlos” (8).
10. Las interpretaciones erróneas a que hemos hecho mención al principio, proceden del dejar de lado o menospreciar algunos de los dos principios expuestos precedentemente: la prelación del bien común y la personalidad del hombre. La interpretación liberal deja de lado el bien común y concentra su atención en el individuo, considerado autónomo y autosuficiente; para esta Doctrina, el estado es el producto de un libre acuerdo interindividual, cuya finalidad radica en la mayor utilidad personal de cada uno; el principio que debe regir toda la vida social, es el de la “codicia” de cada uno (9), no existiendo, por lo tanto, exigencia alguna de justicia social (10). El poder político no debe, para el liberalismo, subsidiar o ayudar a nadie, sino sólo garantizar el libre desenvolvimiento de los intereses particulares. Pero ha escrito a este respecto Emil Brunner, que “el colectivismo mecanicista puede entenderse tan sólo desde el punto de vista

(7) Millán Puellas, Antonio, *Persona humana y justicia social*, Rialp, Madrid, 1979, p. 156.

(8) Pío XI, *Quadragesimo Anno*, 2, 5, Nº 79.

(9) Cf. von Mises, Ludwig, *La acción humana*, Sopec, Madrid, 1968, p. 873.

(10) Cf. Hayek, F. A., *El atavismo de la justicia social*, en: *Nuevos estudios en filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Eudeba, Buenos Aires, 1981, pp. 51ss.

del individualismo radical: es el producto de éste y al mismo tiempo la reacción contra él (...). El capitalismo liberal, con su disolución de la sociedad, es en puridad el supuesto necesario y germen del comunismo. El comunismo es pensable solamente bajo el supuesto de la masa proletarizada por obra del capitalismo. El individualismo radical disuelve los vínculos orgánicos de la sociedad y al mismo tiempo pulveriza la humanidad en arenas volantes sin ningún arraigo. A consecuencia de ello, el colectivismo mecánico cuece con esta masa humana pulverizada la unidad artificial del estado de masa totalitario-proletariado” (11). Por lo expuesto, una interpretación del principio de subsidiaridad realizada desde la exclusiva óptica liberal, no puede conducir sino a su distorsión y a su falsificación ideológica, ya que no tiene en cuenta a uno de los elementos que le dan sentido y fundamento. Esta interpretación ve en el principio sólo su aspecto limitativo de la ingerencia gubernamental en la órbita de la acción de los individuos, pero deja de lado deliberadamente la **función de ayuda** que compete al poder político, como asimismo **la múltiple realidad social** de la existencia humana. De ese modo, disolviendo la diversidad de grupos sociales que dan organicidad al cuerpo político y debilitando a la autoridad, al reducirla a un mero guardián de la “codicia” individual, el liberalismo prepara prolijamente el advenimiento de la reacción colectivista, tal como lo expresara con todo acierto Brunner.

11. Tampoco puede tener lugar la vigencia de este principio en una concepción colectivista o totalitaria de la vida social. Desde esta perspectiva, se menosprecia la personalidad en el hombre y se la sacrifica en el altar de un pretendido bien colectivo que es todo lo opuesto del bien común. El colectivismo, ha dicho Pío XII, “es siempre incapaz de satisfacer la exigencia de asegurar la unidad en la diversidad, porque da al poder civil una extensión indebida, determina y fija en el contenido y en la forma todos los campos de actividad, y de este modo oprime toda legítima vida propia —personal, local y profesional— en una unidad o colectividad mecánica, bajo la impronta de la nación, de la raza o de la clase” (12). Aquí, la función del estado no es subsidiaria sino total, abarca todo y cada uno de los ámbitos de la vida y dispone imperativamente sobre lo que ha de hacerse aun en los ámbitos más personales de la conducta humana. “Lo único verdadero es el todo” escribía Hegel, proclamando la disolución de personas y comunidades menores en el seno del estado totalitario. Por ello, una interpretación de tinte colectivista del principio de subsidiaridad, que pusiera el acento en la

(11) Brunner, Emil, *La justicia. Doctrina de las leyes fundamentales del orden social*, UNAM, México, 1962, pp. 101-102.

(12) Pío XII, *Dacché piacque*, AAS, 37, 1945, p. 257.

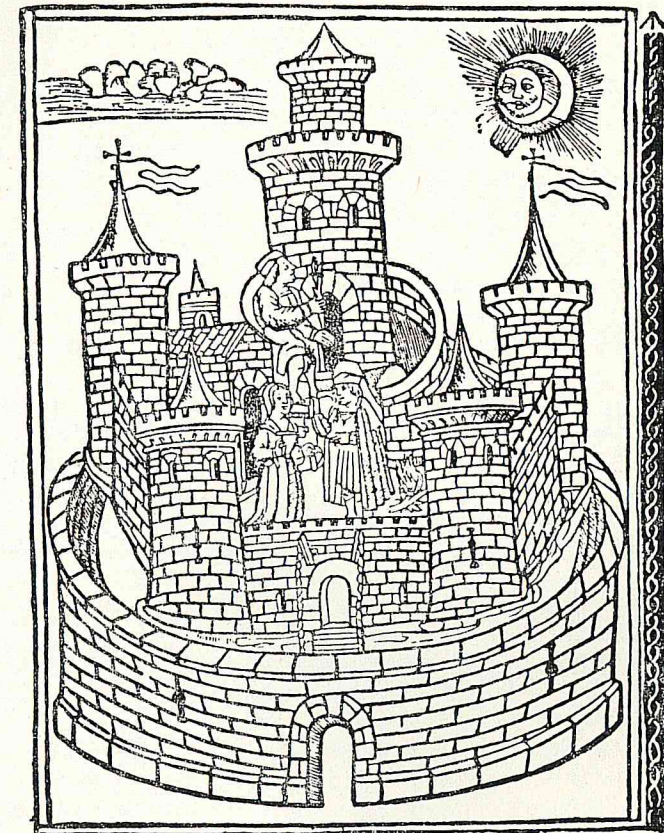
suplencia, por parte del poder político, de aquellas tareas que por derecho propio corresponden a los particulares o grupos menores, iría contra uno de los fundamentos de dichos principios —la personalidad del hombre—, además de ir contra la misma letra del texto en que fue expresado por Pío XI.

12. Pero nunca se insistirá demasiado en que, paradójicamente, el camino del estado totalitario o colectivista pasa por las arenas del individualismo liberal; como muy bien lo ha escrito Alvaro D'Ors, "el liberalismo, enarbolando la bandera de la libertad individual contra las ataduras tradicionales de la sociedad, fue disolviendo todos aquellos grupos sociales naturales que, de un modo u otro, agrupan orgánicamente a las personas, y dejó así, frente a frente, tan sólo al individuo y al estado; pero al individuo desarmado contra el poder creciente y absorbente del estado, ya que aquellos grupos naturales disueltos por el liberalismo como presuntas trabas de la libertad, eran precisamente los que, limitando la omnipotencia de un único poder político, podían defender al individuo contra la prepotencia estatal y garantizar la libertad social. Desaparecidas en cambio aquellas trabas, trabas más para el absolutismo estatal que para la libertad individual, el estado derivó hacia el totalitarismo y sujetó con la garra de su planificación técnica la masa servil de hombres que habían canjeado la libertad concreta, garantizada por un sistema de grupos naturales, por la libertad teórica del liberalismo. Esto es algo en lo que nunca se insistirá con exceso: que el liberalismo ha procurado el totalitarismo estatal de la manera más consecuente" (13).
13. De lo expuesto precedentemente, creemos pueden extraerse las siguientes conclusiones, las que, somos conscientes, son sólo provisionarias y sujetas a ulteriores determinaciones, precisiones y desarrollos:
 - 13.1. El principio de subsidiaridad tiene su fundamento: a) en el carácter personal del hombre, sujeto de la actividad social y política y b) en la necesaria ordenación de la sociedad política hacia el bien común.
 - 13.2. Por lo tanto, ya sea desde una perspectiva liberal como desde una visión colectivista de la vida política, no puede hablarse de subsidiaridad del estado, ya que la primera menosprecia su función de ayuda y dirección del cuerpo político y la segunda aplasta al individuo y a los grupos menores con el peso de un poder absoluto y total.
 - 13.3. Sólo a través de la vigencia, rectamente entendida, del

(13) D'Ors, Alvaro, *Ensayos de teoría política*, EUNSA, Pamplona, 1979, pp. 216-217.

principio de subsidiaridad, puede superarse el dilema de hierro de nuestro tiempo, planteado entre la libertad anárquica y egoísta del liberalismo y la uniformidad servil del estado colectivista. Sólo a través de la concreción práctica de las exigencias de este principio, será posible lograr lo que propuso el Papa Pío XI al formularlo por primera vez: "Hacer más feliz y próspero el estado de la nación" (14).

CARLOS IGNACIO MASSINI



(14) Pío XI, *Quadragesimo Anno* II, Nº 80.

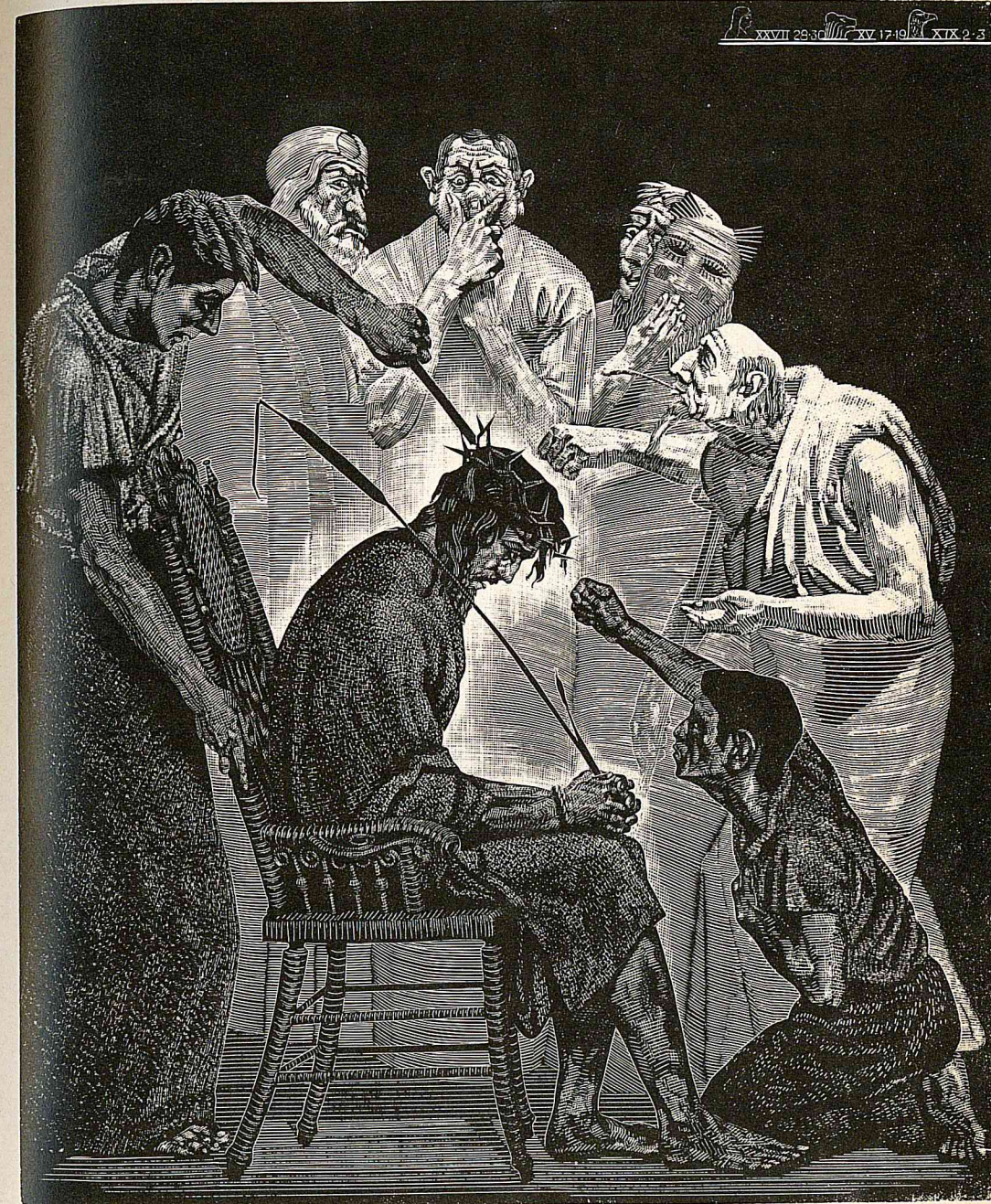
CARTA DEL CARDENAL SLIPY AL CARDENAL RUBIN

con motivo de las fiestas navideñas de 1981

Eminencia:

Era mi sincero deseo dirigir a Vuestra Eminencia, con ocasión de la fiesta de la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo y el Nuevo Año, mis felicitaciones llenas de alegría. Pero lamentablemente los últimos sucesos en la tierra de vuestra Patria, Polonia, trajeron negros nubarrones; por eso quiero añadir a aquellas felicitaciones palabras de consuelo y de esperanza en Nuestro Señor, repitiendo las palabras del profeta Isaías: "Proyectad maquinaciones, que serán deshechas; haced planes, que no se realizarán, porque con nosotros está Dios" (Is. 7,10).

Observando los sucesos políticos de cada día he advertido, con dolor en el corazón, que en Polonia la situación se ha ido empeorando, al punto que la limitada libertad del pueblo polaco ha sido suprimida y estrangulada la libertad de los obreros. Todo esto empezó el domingo 13 de diciembre del año 1981 en el marco de una gran violencia. Pareciera que todas las fuerzas diabólicas del infierno se hubiesen coaligado contra vuestro pueblo, amante de la libertad, contra ese pueblo que, según su derecho natural, exige tan sólo vivir su propia vida, no perder su individualidad. El hambre, el frío, el llanto y la inseguridad amenazan ahora a vuestra tierra. Ya hay decenas de miles de presos y perseguidos. ¿Acaso no sufrió lo mismo el Hijo de Dios recién nacido y perseguido por Herodes que quiso matarlo, llorando Raquel sobre sus hijos asesinados? Desde alturas sobrenaturales vuestros Pastores no han dejado de recordar a sus fieles aquellas poderosas palabras de Cristo: "Coraje, Yo he vencido al mundo" (Jn. 16,33). Así yo también os digo, Eminencia, en este tiempo de Navidad: Coraje, no os angustiéis porque con nosotros está Dios, que venció las fuerzas del mal y sin duda nos ayudará también a nosotros. Más de una vez, estando en las cárceles y los campos de concentración de la lejana Siberia, también a mí me venían pensamientos negros. Pensaba que al parecer las fuerzas infernales habían vencido a todo el mundo. Pero esas palabras de Cristo: "Coraje, Yo he vencido al mundo", me daban entonces y me siguen siempre dando hasta el día de hoy la fuerza de Dios, la valentía y la esperanza.



Aceptad, Eminencia, la seguridad de que no olvido a vuestra Patria, Polonia, y junto con mi pueblo rezo por ella. Por mi parte, os pido, dignísimo Señor Cardenal, que recordéis mi patria, Ucrania, porque sus dolores y el yugo que soporta no son menores que los actuales sufrimientos de vuestro pueblo. Y hoy no se puede hablar de los sufrimientos de Ucrania; sobre Ucrania nadie habla. En este tiempo de Navidad es mi deseo que los pueblos polaco y ucraniano en el futuro más cercano puedan gozar de libertad total y de independencia, de modo que el amor y la colaboración fraterna contribuyan a construir en el mundo la paz y la verdadera justicia, sobre todo en la espiritualmente arruinada Europa Oriental, a mayor gloria de la Santísima Trinidad y bajo la protección de la Santísima Madre de Dios. Imploro a Dios que esto se realice lo más pronto posible. ¡Oh Dios, concédenos esto!

A mis palabras añado mis deseos más sinceros en favor vuestro, la benevolencia de Dios y la bendición divina, la salud vigorosa, la salud física y la valentía en un trabajo de tanta responsabilidad como el que tiene Vuestra Eminencia, así como la realización de nuestros propósitos y anhelos en Nuestro Señor.

¡Benditas Pascuas de Navidad y feliz Año Nuevo! ¡Cristo ha nacido!

Devoto de Vuestra Eminencia en Cristo Nuestro Señor:

CARDENAL JOSE SLIPY

traducción del ucraniano de Máximo Korsun

VICTOR DELHEZ
Jesús burlado, abofeteado
y coronado de espinas

MARIA AL PIE DE LA CRUZ

(traducción del "Stabat Mater", secuencia atribuida a Jacopone da Todi).

*Estaba la Madre Dolorosa
junto al árbol sagrado de la Cruz,
del que pendía ensangrentado,
el fruto de la Vida,
su Hijo Jesús.*

*De sus ojos silenciosos
brotaban mansamente
torrentes que regaban
y besaban reverentes
ese leño tan precioso.*

*Su alma gemía quedamente
clavada en las tinieblas,
paloma herida de palpar doliente,
a quien negábase toda tregua.
¡Oh, cuan triste y afligida,
Ella, la bendecida,
la Madre del Unigénito!*

*Piadosa Madre agobiada de dolor,
por la visión de las penas
de quien un día,
ilustre de ella naciera.*

*Por las culpas de su pueblo ingrato,
vio al Señor como un esclavo,
bajo la injuria del látigo.
Acompañó el morir desolado
de su dulce Nacido,
hasta que entregó el espíritu.*

*¡Ea, Madre!, manantial de amor,
hazme sentir la fuerza de tu dolor,
dame el llorar contigo.
Haz que arda mi corazón
en amor de Cristo mi Señor,
para así darle gusto y honor.*

*Santa Madre
no me tengas repulsión,
toma en tus manos inmaculadas
mi sucio corazón,
apriétalo a tu pecho traspasado,
límpialo con tus lágrimas
e imprímele las llagas
del Señor crucificado.*

*Divide conmigo
las penas de tu Hijo herido;
tan digno como nació de Ti,
no desdeñó el penar por mí.*

*Haz que piadoso llore contigo,
que compadezca al Crucificado,
en tanto yo esté vivo.
Deseo estar junto a Ti
al pie de la Cruz,
asociarme a tu llanto,
ser consorte en el quebranto.*

*Virgen de las vírgenes,
dulce fuente de luz clara,
no sea tu rostro para mí
brocal sombrío de agua amarga,
no me guardes rencor,
no me excluyas de tu dolor,
déjame llorar contigo.*

*Haz que lleve la muerte de Cristo
en mi corazón,
despósame con su Pasión,
hazme recordar sus heridas con amor.*

*Haz que me hieran sus llagas,
que me embriaguen
su Cruz y su Sangre derramada.*

*Y en el día del Juicio,
cuando voces contra mi clamen venganza
y las llamas ya preparen el suplicio,
oh, Virgen piadosa,
pon tu mano en la balanza.*

*Señor, cuando esté yo por partir
concédeme, por tu Madre,
la gracia de recibir
la palma de la victoria.*

*Y cuando me llegue el morir,
y la unión con mi cuerpo se disuelva,
haz que al alma se conceda,
del Paraíso la Gloria,
y aquel eterno vivir,
por los siglos de los siglos
en la luz. Amén.*

P. NESTOR SATO



VOLTAIRE AL MARGEN DEL MITO

“Mirad esa frente abyecta que el pudor no colorea jamás, estos dos cráteres apagados en que parecen burbujear todavía la lujuria y el odio. Esta boca, este rictus espantable, corriendo de una oreja a otra, y estos labios pellizcados por la cruel maldicia como un resorte presto a extenderse para lanzar la blasfemia o el sarcasmo. No me habléis, Voltaire, no puedo tolerarlo”.

Joseph de Maistre

Voltaire o Arouet

Nació de padres honestos un 22 de noviembre de 1694 y, sin embargo, cuando tuvo edad suficiente, no trepidó en cambiarse el apellido. Es posible que le pesara ser hijo de un Arouet, simple notario de París, o, incluso, cabe la explicación —que no le exime de pecado— según la cual el joven, ya irreligioso, adopta el nombre del protagonista de una tragedia del siglo XVII —“Balde, reine de Sarmates”— cuyo placer reside en lanzar amenazas contra los sacerdotes, de quienes desea comprar, a precio de oro si fuese necesario, todos sus poderosos secretos. Como quiera que sea, no pasa desapercibido el destino de este desdeñoso de las tradiciones que comienza manoseando la stirpe familiar y termina, por mérito propio, convirtiendo su nuevo apellido en adjetivo calificativo. Privilegio, según se ve, reservado a los grandes, que si bien repugna a nuestra conciencia, merced a cuanto expresa el término “volteriano”, a él —cínico, inmoral, corrosivo— le hubiese deleitado sobremanera.

Voltaire habrá de educarse en el colegio Louis-le-Grand, en gracia, quizás, a ser ahijado del duque de Richelieu. Desde temprana edad su vida quedará signada, para beneficio o perjuicio de sí mismo, por la impronta de los poderosos del mundo, muchos de los cuales le exaltarán hasta topes exagerados, no sin antes recibir encendidas zalemas, en las que el “filósofo” era experto. Su padre, al parecer preocupado por la suerte de Francois-Marie —tal su nombre de pila—, logra colocarlo como paje de Monsieur de Chateneuf, embajador de Francia en Holanda. Aburrido de servir a su señor,

Voltaire tiene en los Países Bajos su primer lance amoroso con Olimpia Dunoyer, señorita a la cual llamaban "Pimpette", de la que pronto se enamora y a la que deleita con su presencia y pluma. En campaña de la Mademoiselle marcha de regreso a Francia, mientras la madre de Pimpette —mujer de letras ella— rescata las misivas amorosas que el joven Voltaire le enviara a su hija y decide publicarlas. El origen de su producción literaria, pues, se debe al buen o mal gusto —según se considere— de quien soñó con hacer las veces de suegra y hubo de conformarse con editar las cartas en su gaceta. Nació de esta forma —nunca el "malgré lui" estuvo mejor dicho— un escritor que andando el tiempo sería comparado, y no sin razón, a Pascal, Racine y Corneille. Su estilo, pulido y clásico, que no se resiente del aparatoso sentimentalismo roussoniano ni de las utopías enciclopedistas, merece figurar entre los más brillantes de las letras galas.

Pasaron los años, y en el mes de diciembre de 1725, con treinta noviembreros auestas y la ironía a flor de labios, Voltaire comparte el camarín de la Lecouvreur junto al caballero de Rohan. No pasa minuto sin que gaste alguna broma, fina o gruesa —depende de su estado de ánimo— respecto de reyes o burgueses, instituciones laicas o religiosas, ángeles celestes o demonios del averno. Esta vez decide hacer blanco en el de Rohan que devuelve la socarronería valiéndose de singular pregunta: "¿Señor Voltaire, o Arouet. Por Dios cómo os llamáis?" La respuesta de Voltaire demuestra hasta dónde le había llegado la ironía de Rohan, pues la soslaya argumentando que al fin y al cabo su nombre comenzaba con él, mientras el de su opugnador terminaba con el caballero. La gresca pudo ser de proporciones si un feliz desmayo de la Lecouvreur no hubiese puesto coto a las intenciones belicistas de ambos. El señor de Rohan, que creía en el honor, aunque sólo a medias, contrató días después a una cáfila de matones para que le dieran a nuestro poeta su merecido. Estaba éste departiendo amablemente en la casa del duque de Sully, cuando alguien le llama a la puerta. Salir y recibir una golpiza que desde un carruaje próximo dirigía, sin ensuciarse, el señor de Rohan, fue todo uno.

La cobardía no figuraba entre sus pecados e intentó reparar la infamia en "el campo del honor". Rohan escudó su falta de coraje en oropes nobiliarios, burlándose de semejante osadía; y si razones de rango le ayudaron a zafarse del compromiso, influencias familiares le permitieron sacarse de encima al molesto Voltaire, mandándolo a la Bastilla, de la que saldría, más tarde, bajo palabra de marchar al exilio. En realidad era la segunda vez que entraba a la célebre prisión y la segunda, también, que debería poner pies en polvorosa. La primera data del 5 de Mayo de 1716. Contaba entonces 22 años. En aquella oportunidad hubo de hacer las valijas y viajar a Tulle, luego a Sully-sur-Loire, como castigo por una par de poesías que

escribiera sobre las costumbres del regente y de la duquesa de Berry. La monarquía cristiana, magüer todos los infundios que luego escribirían sobre ella los enciclopedistas, apenas si mandó al irrespetuoso vate a unos cientos de kilómetros de la capital. Nada más. Sus discípulos revolucionarios, por mucho menos, harían rodar cabezas a diestra y siniestra. Pero volvamos a 1725, cuando parte hacia Inglaterra. En la isla su estadía se prolonga hasta el 79, tiempo harto suficiente como para que su espíritu se enamorase de las "libertades" inglesas. La Moda del Jardín haría tal mella en Voltaire, que referirse a su anglofilia es desde entonces un lugar común. Allí frecuenta el círculo de Bolingbroke y conoce, si no a Newton, a su principal comentarista, Samuel Clarke, junto al cual hace las primeras armas en la lucha contra la metafísica. En Marzo o Abril de 1729, habiendo dado redacción definitiva a las "Lettres sur les Anglais" —luego conocidas como "Lettres philosophiques"—, regresa a Francia, y cinco años más tarde, el 10 de Junio de 1734, la Corte del Parlamento ordena que se quemen las "Lettres" —ya publicadas— por ser contrarias "a la religión, a las buenas costumbres y al respeto debido a los poderes".

Voltaire admiraba de los ingleses su liberalidad y la proliferación casi anárquica de cultos que existía en la isla. En su carta VI explica por qué la multitud de confesiones dentro de un mismo país redundaba en beneficio de éste: "Si no hubiera en Inglaterra más que una sola religión, su despotismo sería de temer; si no hubiera más que dos, ambas se destruirían recíprocamente, pero hay treinta, y viven pacíficas y felices". Teniendo en cuenta su manifiesta irreligiosidad no puede decirse que Voltaire haya errado. Para él, la catolicidad era el principal de los enemigos —de ahí el apotegma, de todos conocido, "yo quisiera que aplastaseis a la Infame". Si bien mentía a designio cuando sostenía la felicidad como causa de la existencia de innumerables sectas, no por ello su argumento era menos poderoso. Es en vano apuntalar el error de Voltaire pasando revista a la serie de crímenes y violencias inauditas que se hacían en Inglaterra en nombre de la religión, pues de lo que se trata no es de eso, sino de percibir hasta dónde su inteligencia, ordenada al mal, habíase dado cuenta de que mientras la Iglesia se mantuviese incólume, la Revolución se estrellaría contra sus murallas.

En términos generales, Voltaire fue enemigo de la religión a secas. Descreía de ella, fuese católica, protestante o mahometana. Se reía de Lutero como de Calvino, no sin exponer, de paso, sus ideas acerca de Jesucristo. Traza, al respecto, un paralelo a todas luces absurdo entre Jesucristo y Fox: ambos ignorantes dice, ambos predicando "una buena moral, y sobre todo la igualdad que tanto halaga a la canalla". El Hijo de Dios habría querido, según Voltaire, dar forma a una secta capaz de oponerse a los esenios, fariseos, saduceos, herodianos, recabitas, judaístas y terapeutas. Asi-

mismo cree que el antedicho paralelo se refuerza, toda vez que uno y otro —Jesús y Fox— hablaron contra los sacerdotes y fueron condenados. “Para saber si se le clavaron los pies y las manos, no se debe hurgar demasiado. Es un poco difícil encontrar cerquita un clavo lo bastante largo para perforar juntamente dos pies, uno sobre otro, como se pretende; pero los hebreos eran muy capaces de esta abominable crueldad” (Examen importante de Milord Bolingbroke, cap. XI).

Buceando en el anticristianismo volteriano, percíbese que ya en 1722, luego de su primer gran éxito obtenido con la representación de Edipo, escribe el poema “Le pour et le contre”, dedicado a Madame de Rupelmonde, donde confiesa: “Je ne suis pas chrétien; mais c'est pour t'aimer mieux”. Desde entonces y hasta el final de sus días no dejará de clamar por la destrucción de la Iglesia, con tal ardor y decisión que los defensores del reino y del altar miden su peligrosidad. A propósito del poema antes mencionado, el canciller D'Aguesseau requirió de su secretario un juicio sobre la obra de Voltaire, a lo cual éste respondió sin titubeos: “Voltaire debe ser recluido en un lugar donde no tenga jamás ni pluma, ni tinta, ni papel”. No se equivocaba Langlois, aunque ya era demasiado tarde, pues en Francia el Rey apenas gobernaba a los hombres; eran los filósofos quienes gobernaban las ideas.

Dios, Materia, Inmortalidad

Toda la obra de Voltaire, incluida, claro está, su correspondencia, contiene innúmeras menciones a un Dios “que existe”, pero del que él no puede decir qué es. En rigor, el de Ferney nunca tuvo las tribulaciones religiosas de su enemigo Rousseau, ni formó en el pelotón de los ateos de la época —D'Holbach, Diderot, Helvetius—, quienes, lisa y llanamente, negaban la existencia de Dios. El ex-paje de Monsieur Chateneuf poseía una idea más compleja y confusa del asunto. De un lado afirmaba la existencia de Dios, pero a condición, después, de negarlo implícitamente. Dicho en otros términos: apelando a un argumento extraído de la filosofía griega y luego retornado por la escolástica, decía: “Nosotros somos inteligentes; hay, pues, una inteligencia eterna” (Homélies prononcées a Londres). Sin embargo, a renglón seguido no trepidaba en sostener a machamartillo la eternidad de la materia, en frases que parecen más tarde calcadas por Carlos Marx. “Bien es menester que la materia sea eterna, puesto que existe; si la materia existía ayer, también existía antes” (Le philosophe ignorant). Agréguese a lo dicho que Voltaire no veía la imposibilidad de que la materia pensase —“yo no veo esa imposibilidad” escribe en el capítulo V de su “Tratado de Metafísica”—, concluyéndose que la materia no sólo ha existido desde siempre sino que goza de raciocinio. Parece obvio preguntar-

se, entonces, si al atribuirle semejantes características no está haciendo tabla rasa de la existencia de Dios. Aun pasando por alto la pobreza de sus argumentos —la materia existe hoy, ha existido ayer, luego es eterna— y la facilidad con que se saca de encima, sin el menor cargo de conciencia, las dificultades que le estorban, subsiste el enigma: ¿En el comienzo fue Dios o la materia?

Huelga decir que Voltaire no nos sacará nunca de la duda. Es seguro que conociendo su impotencia para resolverla, pasará ante ella como sobre ascuas, sin intención de volver a considerarla. Además, el tema mucho no le importaba, o cuando menos, no le importaba tratarlo seriamente. El de Ferney fue como filósofo un tremendo panfletista. Feroz en la crítica, su vida intelectual transcurrió entre polémicas políticas, teológicas e históricas. Cualquier asunto que caía en sus manos le motivaba una opinión, aunque nada supiese del mismo. Pero para eso era un discutiendo nato, dispuesto a simplificar y a rebajar todo, aun a costa de la verdad —que le tenía sin cuidado— y de cuyo rigor se reía a carcajadas. Así, abroquelado en sus trece y contando con una pluma mortal, podía decir que Dios había obrado ab initio, para retirarse a descansar, luego, por el resto de los tiempos. A través de un argumento tal, demolible en cualquier disputa académica, Voltaire buscaba extirpar de la conciencia de los hombres las nociones de Dios y religión. En definitiva era un absurdo caer de rodillas ante un Ser que se había esfumado dejando al mundo en una soledad infinita. Dios existía pero daba lo mismo que no existiese. En cuanto a las iglesias y los cultos, eran meras supercherías para engañar al humano linaje y perpetuar el poder del Altar.

De ahí que condenase la pretensión universal del catolicismo; calificase sus dogmas de absurdos (“Aviso a los orientales”); se declarase enemigo acérrimo del mismo: le achacase con minuciosidad de contador —afirma que suman nueve millones cuatrocientos sesenta y ocho mil ochocientos las víctimas “estranguladas, torturadas o ahorcadas por el amor de Dios” (Dieu et les hommes)— crímenes de todo tipo; y, además, considerase absurda la idea de la transubstanciación. En el “Dictionnaire Philosophique” simula cederle la responsabilidad de lo que afirma a un ministro protestante: “Esta creencia —escribe— es tan absurda, es tan contraria a todas las leyes de la física y tan contradictoria, que el mismo Dios no podría verificar la operación, porque, efectivamente, significa anular a Dios y suponerlo capaz de cosas contradictorias. No solamente Dios es un pan, sino un Dios en el lugar del pan, cien migajas de pan convertidas en un instante en otros tantos dioses...”. Sus razones, teológicamente, no pueden ser más endebles, pero, como contrapartida, ¿cuántos se habrán preguntado alguna vez lo mismo que Voltaire? Sus simplificaciones, a fuer de tales, eran terribles. Y suscitaban, no pocas veces, elogios o censuras de sus amigos.

El 7 de Junio de 1759 le expondrá por escrito a su amado Federico de Prusia: "Vuestra Majestad me reprocha, en algunos bellos versos, de acariciar alguna vez a la infame; eh! Dios mío, no. Yo no trabajo sino en extirparla, y lo logro bastante bien entre la gente honrada". En otra, D'Alambert, cansado de leer el latiguillo volteriano: "écrasons l' infame", le espeta: "Aplastad a la infame, aplastad a la infame. Es fácil decir eso cuando se tienen cien mil libras de renta, cuando se ha sabido por su reputación y su fortuna hacerse independiente de todo. Pero un pobre diablo como yo no aplasta las serpientes por miedo de que, volviendo la cabeza, las serpientes le piquen el talón...". En efecto, Voltaire era un hombre sin urgencias económicas, y D' Alambert, un pobre diablo.

El señor de Ferney

Lo reencontramos a Voltaire en 1744 sosteniendo la causa de su amigo, el marqués D'Argenson, sobre la unidad italiana. Ya ha dejado atrás el castillo de Cirey, donde estudiara las ciencias exactas en compañía de su amante, Gabriela-Emilie Le Tennellier Breteuil, marquesa de Chatelet. Tiene entonces cincuenta años y decide sentar cabeza. Ha deseado el dinero casi tanto como a las mujeres, y si en cuestiones de faldas nunca queda rezagado, en materia de oro ve debajo del alquitrán. En Berlín intenta, con desigual fortuna, vender en forma fraudulenta billetes que se había encargado de comprar depreciados en la ciudad de Dresde. Descubierta, gana el pleito en los tribunales, pero sale destrozado ante la opinión del común. Nada le importa. Le apasiona especular y casi podría decirse que tiene una rara habilidad para reproducir su dinero. Se hizo banquero, comerció con relojes cuando algunos artesanos tuvieron que refugiarse en Ferney, envió buques a ultramar, fue proveedor del ejército, agrónomo, fabricante de sedas. En resumidas cuentas, un capitalista en todo el sentido de la palabra. No era nuevo este sentido reverencial del dinero, pues ya en las Cartas Filosóficas —nacidas de su experiencia inglesa— había puesto de manifiesto el efecto que le causara la Bolsa de Londres: "Entrad en la Bolsa ..., lugar más respetable que muchas cortes, y veréis reunidos a los representantes de todas las naciones para utilidad de los hombres. Allí el mahometano, el hebreo, el cristiano, tratan el uno con el otro como si pertenecieran a la misma religión, y no dan el calificativo de infiel sino a quienes hacen bancarrota...".

Voltaire sabía aprovechar sus virtudes y la gracia con que eran recibidas sus frases ingeniosas. Había acariciado durante años la esperanza de sentarse en un sillón de L'Academie Francaise y lo consiguió, tras dos fracasos, adulando a Madame de Pompadour. Pero además de vulnerar el célebre recinto de Richelieu, obtendría el cargo de gentilhombre ordinario de Cámara y el de Cronista del

Rey Luis XV. El monarca, sin embargo, rechazó desde un primer momento la compañía de Voltaire. No importaron los pedidos de la Pompadour ni los "Poemas de Fontenoy" que el literato le dedica; Luis XV desconfiaba de este hombre con mueca maliciosa y aire zumbón que insistía en halagarle. Del Palacio, cuando la situación se hizo irrespirable, partió hacia la Prusia de Federico —"la esperanza y la rosa del noble reino"— a cuya sombra viviría algunos años. En 1753 regresó a su país y se estableció en Ferney, en la finca que se extiende sobre distintos feudos de su propiedad.

Allí incentiva la labor panfletaria —también escribe innumerables cuentos— que firma con seudónimos abstrusos o absurdos según los casos. Es ya una celebridad dentro y fuera de Francia. Catalina de Rusia le manda cartas halagadoras que sobre estimular su snobismo, cultivaban, más y más, una soberbia ya intolerable. Federico, que le había zaherido luego de su triunfo pírrico en los tribunales berlineses, finalmente cede a las bajezas de Voltaire —arte que manejaba con destreza impar— y acaba reconciliándose. Rico, famoso, adulado por los reyes, y a su vez adulador de éstos, Arouet todavía iba a legar a la posteridad un libro del cual ha permanecido incólume su título: "Philosophie de l'histoire". Data de 1765 y se ha hecho acreedor a una gloriosa jubilación, pero el término no obstante, feliz como pocos, quedó registrado en calidad de verdadero descubrimiento.

Si fuera posible cabría decir de él que estaba más allá del bien y del mal. Se permitía reputar de ignorante al siglo de Racine y Moliere, La Fontaine y Boileau, y de "hombres muy pequeños en materia filosófica" a los antes citados (Carta al conde de la Touraille del 12 de Mayo de 1766). No sólo eso, de por sí enorme en boca de un pensador que apenas balbucea la filosofía, sino que con su natural falta de respeto, se apura a reverenciar a Federico II por su triunfo de Rosbach ante Luis XV. El teutón le envió entonces un poema titulado "Congé des cercles et des tonneliers", en el cual enhebraba estrofas para mofarse de los traseros galos que había visto retirarse atropelladamente. Voltaire, siempre generoso cuando se trata de su admirado déspota, le retribuye el cumplido con algunos versos que son una apología del enemigo patrio y una verdadera vergüenza para su autor.

En circunstancias distintas le hubiesen fusilado, y por la espalda. La corona nada le hizo y él, en tanto, no sin mueca de burla, decide extraer la conclusión lógica de su impunidad, escribiéndole al marqués de Chauvelin: "Todo cuanto veo arroja las simientes de una revolución que llegará infaliblemente y de la que yo no tendré el placer de ser testigo". Voltaire, mucho más inteligente que la mayoría de sus contemporáneos, se daba perfecta cuenta de los resul-

tados que en definitiva tendría su acción y la de los enciclopedistas en general.

No fue nunca enemigo de los poderes arbitrarios; es más, festejó las manías de Federico y Catalina escudándose en el peregrino argumento de que eran ilustrados. Contra lo que se ha encargado de hacernos creer una crítica interesada en salvar su buen nombre y honor, ni su prosa fue proletaria, ni se interesó demasiado por "la canalla", como más de una vez calificó al bajo pueblo. Fue subversivo, eso sí, pero tuvo buen cuidado en subvertir sólo cuanto podía convenirle. Bajo su lupa crítica pasó absolutamente todo. Raro, entonces, que al **poder** insistiera en soslayarlo como objeto de discusión. El fue siempre convidado de marqueses, duques, reyes, y si bien supo reírse de algunos, no estaba dispuesto a perder la potestad de codearse con ellos en aras de allanarle el camino a "la canalla".

Entre Rousseau y los salones

Paul Hazard, en su luminoso ensayo sobre "El pensamiento europeo en el siglo XVIII", sostiene: "La mayoría de los franceses pensaban como Bossuet; de golpe piensan como Voltaire: se ha operado una revolución". Si Voltaire no hubiera vivido, otros —Rousseau, D'Alambert, Diderot, Buffon— habrían demolido el edificio, ya vetusto y sin savia, del "ancien régime". Pero de todos modos, contestando a la pregunta que el mismo Hazard se hace en su libro, es de rigor decir que sin Voltaire otro hubiese sido el carácter del siglo.

A semejanza de Juan Jacobo, del cual decía incendios, el señor Arouet también tuvo acceso a los salones de la época donde, entre guiños equívocos y tenidas filosóficas, se demolían las tradiciones de la Cristiandad. La encendida elocuencia de Voltaire, unida a esa ironía que en él se proyecta **no contra el absolutismo sino contra la Monarquía cristianísima**, tiene encantados a los nobles, deseosos de no quedar al margen de la historia. Poco a poco frases chispeantes, que en principio sonrojan a los presentes, y giros ingeniosos referidos a las costumbres galas, van emponzoñando las mentes de la corte. Los grandes señores, muchos de ellos con viejas deudas que cobrarse de la Iglesia y la corona, encuentran en tamaños monos sabios a sus aliados naturales. Les falta grandeza para reconocer que la frivolidad —más cuando socava los cimientos societa-rios— no le está permitida a la aristocracia. Ahora bien, si la nobleza acogía con beneplácito las recriminaciones volterianas, no pocos dignatarios de la Iglesia reían a la par de las duquesas cuando el enclenque ginebrino o el terrateniente de Ferney afilaban desvergüenzas contra la catolicidad.

Todo les estaba permitido a estos verdaderos arcontes tutelares de la cultura, que inician, como dirá más tarde Charles Maurras,

"la dictadura del papel escrito". Así, pues, a la luz de las velas, en salones rebosantes de riquezas orientales y escotes generosos, muñecos empolvados se avergüenzan de sus antepasados ilustres y abjurán de las glorias de Francia. Es que "filosofar" no significaba otra cosa sino "sacudir el yugo de la autoridad", como lo expuso Madame de Lambert, la primera dama en abrir uno de esos prostíbulos del pensamiento que dieron en llamarse "salones". Esfuerzo baldío resulta buscar alguna rigurosidad en las largas parrafadas de Voltaire o Rousseau. Gracias, ironías, befas, ingenio, derrocharon por doquier. Nunca filosofía. No obstante, celosos de su nombradía, se llamaron a sí mismos "filósofos", palabra mágica que les abriría las puertas de la corte de par en par y les disculparía, cual si fuese un privilegio, el renegar de la Patria, blasfemar el nombre de Dios, burlarse de las tradiciones nacionales e insultar a cuanto infeliz osase contradecirlos.

Claro que no todos corrieron la misma suerte. Ya vimos las quejas del "pobre diablo" de D'Alambert. En cuanto a Rousseau, que una literatura normalista nos lo ha presentado como hermano gemelo de Voltaire, sufrió de parte del autor de "Candide" insultos al por mayor. Rousseau, inseguro, dispuesto a cambiar de religión como de camisa, esmirriado, propenso a las evasiones y los desmayos, cometió el error de referirse a Voltaire despectivamente. Fue, en realidad, una tontería que le costó caro, porque su opugnador no sabía perdonar. En 1755, cuando el ginebrino le envía el "Discours sur l'Inégalité", sobre el cual tantas esperanzas tenía depositadas, Voltaire lo lee y le contesta: "Jamás se puso tanto ingenio para tratar de hacernos bestias; leyendo su obra vienen ganas de andar en cuatro patas".

Rousseau, con esa facilidad que tenía para dar lástima y quedarse apabullado, nada dijo. Posiblemente se haya sentado a llorar sus desgracias. Pero no quedarían allí las cosas, pues haciendo gala de un sarcasmo envidiable, Voltaire ya no dejaría nunca tranquilo al autor de Eloise. Contra él lanzará ataques que reservaba para sus peores enemigos, sobretudo cuando Rousseau se hallaba proscripto. Pedía para el infeliz la pena capital y no dejaba de zaherirlo en cuanta oportunidad podía. Rousseau, mientras tanto, quejumbroso, seguía pensando quimeras que en manos de Robespierre harían correr ríos de sangre. Quizá por eso la faz más simpática de Voltaire sea la de su fobia antirousseauiana. No soportaba las majaderías del ginebrino y no trepidaba en valerse de su ironía —que era grande— para demostrarlo. Voltaire, aun con toda su carga subversiva a cuestas, era un hombre formado en un molde realista. Jamás hubiese perdido el tiempo en soñar con la igualdad o la democracia, ideas que el otro, afecto a las utopías, cultivara no sin desmedida fruición. Voltaire tiene la decencia que le falta a

Rousseau: "Si hubiese que elegir, escribe, detestaría menos la tiranía de uno solo que la de muchos; un déspota tiene siempre algún momento favorable, una asamblea de déspotas, jamás". Aquél es capaz de las peores genuflexiones ante los poderosos de turno; el ginebrino, en cambio, no sólo le imitará en materia tan repulsiva, sino que luego —al comprobar que ser recibido en los salones aristocráticos no lo convierte de la noche a la mañana en señor— descargará su resentimiento en "los demás". Rousseau, pasará su vida —nada miserable— lagrimeando sinsabores y achacando las culpas de su estado de ánimo a la propiedad, la corona, los católicos, los terratenientes, los enciclopedistas. En fin, a los "otros". Con estilo entre sentimentalón y sublime, saldrá disparado hacia las tierras de la Utopía, en cuyo camino recogerá los aplausos de la aristocracia —especialmente de sus damas— y de los terroristas. Robespierre tendría hasta el último de sus días el "Contrato Social" en la mesa de trabajo. Este es Rousseau y ahí lo dejamos, cediendo, con gusto, a la tentación de transcribir unos párrafos antológicos que en el "Diccionario Filosófico" le lanzó el señor Arouet: "¿Habéis olvidado que Juan Jacobo, uno de los padres de la Iglesia Moderna, ha dicho: el primero que osó cercar y cultivar un terreno fue el enemigo del género humano, a quien habría de exterminarse, y que los frutos son de todos y la tierra de nadie...? ¿Quién es este Juan Jacobo?... debe tratarse de algún huno de buen humor que ha escrito esta abominable impertinencia, o algún maligno burlón, magro bufo, que ha querido reírse de lo que el mundo entero tiene por más serio..."

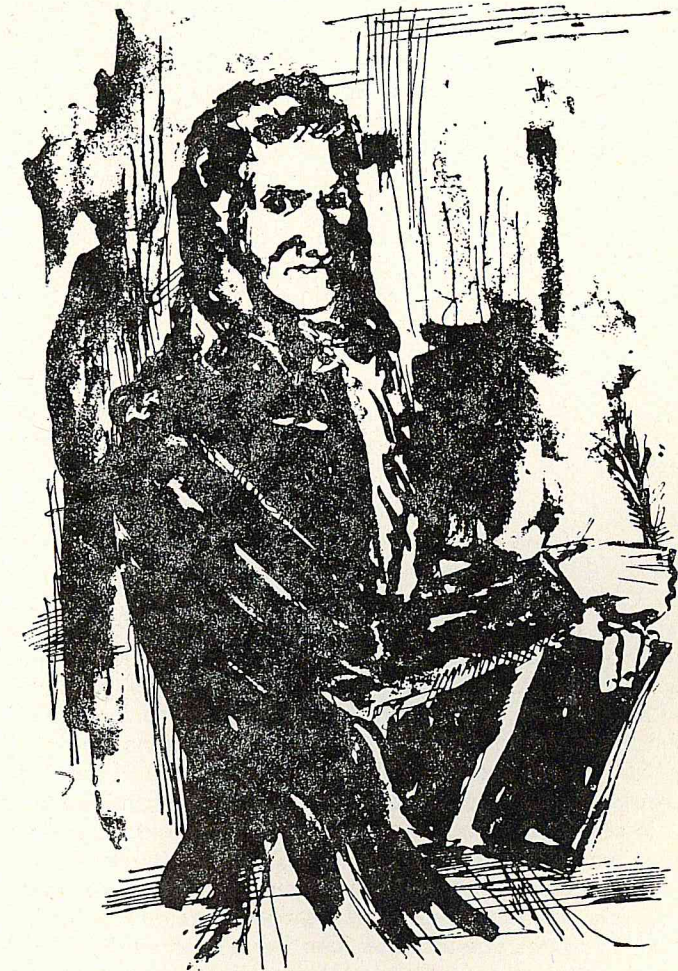
Una última ironía

Desde Ferney, donde se complace en escribir toda suerte de cortos, escudándose siempre en seudónimos, ve llegar la revolución que le anunciara años antes al marqués de Chauvelin. Luego de su ingreso en la Academia, le han seguido D'Alambert y Condillac. Las nuevas ideas ganan la calle y el reino. El ya está de vuelta de todo y sólo le preocupa amasar una fortuna mayor aún que la obtenida en tantos años de usura y comercio. Sería faltar a la verdad no reconocer el esfuerzo que puso en estos años postreros en defender a las víctimas de diversos fallos judiciales: Martin, Callas, Laly Tollendal, De La Barre y otros muchos. Lo hace con plena conciencia, aunque sin ningún riesgo, pues es demasiado célebre su nombre y demasiado enteca la base de la monarquía —ganada por los filósofos— para pedirle cuentas. Antes de desaparecer de la escena realiza un viaje —el último— a la capital gala que lo recibe como a un héroe nacional. A él, justamente, que había cantado la victoria prusiana a expensas de los traseros franceses. Se abraza a Benjamín Franklin y asiste al estreno de Irene.

Un 30 de Mayo de 1778, casi podríamos decir que decide morir. Uremia, dictaminan los médicos. Se lo embalsama y transporta a la pequeña abadía de Scellieres donde el abate Mignot, su sobrino, oficia el servicio fúnebre en presencia de ese bulto con facciones humanas que parece reírse maliciosamente del espectáculo.

Hace falta decir que Voltaire no creía en la inmortalidad del alma...

VICENTE GONZALO MASSOT



METAFISICA, ETICA Y DERECHO NATURAL

EL PRIMER CONGRESO CATOLICO ARGENTINO DE FILOSOFIA

Entre los días 6 y 8 de noviembre, en el complejo hotelero de Vaquerías (Valle Hermoso), se llevó a cabo el Primer Congreso Católico Argentino de Filosofía, organizado por la Sociedad Católica Argentina de Filosofía que preside el Dr. Alberto Caturelli y cuyos vicepresidentes son los profesores Diego F. Pró (Mendoza), R. P. Gustavo E. Ponferrada (La Plata) y Dr. Edgardo Fernández Sabaté (Tucumán). Este Congreso es resultado directo del magno Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana (21 al 27 de octubre de 1979 en Embalse, Córdoba) que reunió a poco menos de 700 personas de las cuales 131 eran extranjeros de veintidós países de todo el mundo, y cuyas Actas —obra colectiva en cinco grandes volúmenes— está en curso de edición. En aquel Congreso se decidió, en asamblea de la Sociedad organizadora, convocar, cada dos años, un congreso nacional católico con el fin de profundizar, desarrollar y difundir la filosofía cristiana. Inmediatamente se llevó a cabo una suerte de encuesta entre los miembros de la Sociedad para determinar el tema, y de esa consulta surgieron los dos temas (íntimamente relacionados) que han constituido el contenido de esta importante reunión: 1) **La posibilidad de la metafísica hoy** y 2) **Los fundamentos metafísicos de la ley moral y del derecho natural**.

Mientras tanto, durante la realización, en julio de 1981, del IXº Coloquio Interamericano de Filosofía en San Pablo (Brasil), organizado por la Asociación Católica Interamericana de Filosofía, se convino que este Congreso Católico Argentino, sería, simultáneamente, el XIº Coloquio Interamericano de Filosofía. El Xº Coloquio Interamericano correspondió al organizado por la Fundación "Ser y saber" sobre Filosofía in-sistencial y educación, en Buenos Aires, entre el 16 y el 18 de setiembre de 1981. De esta manera, los tres simposios se escalonan como preparatorios del Segundo Congreso Mundial de Filosofía Cristiana que se llevará a cabo en Monterrey (México), en 1985. De este modo, el movimiento filosófico católico, tan felizmente comenzado en la Argentina (como expresamente lo señalara el Papa Juan Pablo II), se va extendiendo a todo el continente iberoamericano y revierte en una revitalización del pensamiento cristiano en nuestro país. En Vaquerías se reunieron poco más de un centenar de personas para tratar los dos temas que, providencialmente, fueron los mismos que indicara Juan Pablo II en su discurso del 13 de setiembre de 1980 en Castelgandolfo, **después** de haber sido fijados por los miembros de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía. El Congre-

so de Vaquerías acogió a algunos representantes de países vecinos: Brasil, Uruguay, Paraguay, y comunicaciones de filósofos de Chile así como de uno de la Universidad de Nueva York. Por expresa disposición de las autoridades del simposio, se prescindió de toda publicidad y, en un ambiente de total recogimiento, dieron comienzo las deliberaciones, puestas bajo la obediencia al Magisterio de la Iglesia.

a) **Método de trabajo.** Los trabajos recibidos —casi medio centenar de comunicaciones— se distribuyeron en dos grandes partes, y como se disponía de dos buenos ensayos sobre el pensamiento de Juan Pablo II, se resolvió que, al final del Congreso, ambos constituyeran una sesión de homenaje al Papa. Cada parte, fue precedida por una Conferencia introductoria a cargo de un pensador de relevancia continental y, a partir de ellas, como en un abanico, fueron exponiéndose los demás trabajos.

La ceremonia de inauguración, llevada a cabo el viernes 6 a las ocho horas, consistió en la Santa Misa concelebrada por todos los sacerdotes congresistas y presidida por el Excelentísimo señor Obispo Auxiliar de Córdoba, Mons. Dr. Estanislao Karlic quien, luego de la lectura del Evangelio, pronunció una medular homilía alusiva al acontecimiento. Inmediatamente después del desayuno, se pasó a la primera sesión del primer tema. El Presidente, Dr. Alberto Caturelli, pronunció breves palabras de presentación del Congreso, explicando tanto su génesis cuanto su funcionamiento, y colocó al simposio bajo la invocación del Espíritu Santo y la protección de la Santísima Virgen María, a la que declaró invitada de Honor del Congreso.

b) **Desarrollo del Congreso.** La Conferencia introductoria de la primera parte estuvo a cargo de Mons. Dr. Octavio N. Derisi, quien se refirió al tema **Del ente participado al Ser imparticipado**, que resume, en buena medida, su pensamiento maduro en metafísica, el que fue seguido con gran atención por los congresistas. La mesa directiva de esta primera sesión fue presidida por el profesor Dr. José Pedro Galvão de Sousa (San Pablo, Brasil), actuando como secretaria la Dra. Ana Castro de Cabanillas (Córdoba); dado que la ausencia del prof. Diego F. Pró (Mendoza) había sido forzada por una circunstancia ineludible, su comunicación fue leída por el profesor Francisco Letizia. Fueron escuchadas, después, las del prof. Carlos Kelz (Rosario) sobre las implicancias de la metafísica en el presente y la del Dr. Jorge E. Pagano (Córdoba) acerca de las exigencias metafísicas de la ciencia contemporánea.

Por la tarde, actuando como Presidente el Dr. Edgardo Fernández Sabaté (Tucumán) y como secretaria la Dra. Delia Carubini (Córdoba) se escucharon los trabajos del prof. Francisco Letizia (Mendoza) quien expuso los puntos esenciales de la doctrina agustiniana sobre el ser del hombre acentuando su actualidad; a él le siguieron los profesores José Ramón Pérez (Córdoba) sobre la metafísica en la actualidad, Miguel Verstraete (Mendoza) sobre la posibilidad de la metafísica, hoy, y el prof. Héctor Vargas (Córdoba) quien subrayó con sólidos argumentos la nece-

sidad de la metafísica. Por fin, Antonio Caponnetto (Buenos Aires) intentó una metafísica de la historia de la sociedad a través del estudio de los arquetipos y Capto Borja (Villarrica, Paraguay) subrayó algunos aspectos del problema de la necesidad de la metafísica, hoy. Por la noche, poco antes de la cena, se pudo asistir al concierto del Conjunto de Flautas Dulces (de instrumentos antiguos) del Instituto Musical Domingo Zipoli, dirigido por el profesor César Ahumada.

El sábado 7 se inició el día con la Santa Misa concelebrada y presidida por Mons. Derisi. Actuó como Presidenta de la mesa directiva la profesora Rosa Andrilli (Santa Fe), actuando como secretario el P. Julio Raúl Méndez (Salta). El primer expositor fue el Dr. Cesáreo López Salgado (Córdoba) acerca de la posibilidad de la metafísica después de la "destrucción" y "superación" heideggeriana. Le siguió en el uso de la palabra el Dr. Francisco García Bazán (El Salvador, Bs. As.) con su trabajo sobre mística cristiana y ontología, en la línea de sus investigaciones más conocidas; por su parte, el prof. José Díaz Araujo (Mendoza) expuso interesantes precisiones acerca de la idea de ser, en la línea del tomismo tradicional. La profesora Silvia Madrea (coautora con la Dra. Archideo) (Buenos Aires) trató el problema de la fundamentación ontológica del lenguaje en confrontación crítica con nominalismos actuales.



Por la tarde del sábado 7, a las 15 horas, se inició la segunda parte del Congreso, cuya Conferencia introductoria estuvo a cargo del Dr. José Pedro Galvão de Sousa (San Pablo, Brasil), sobre **Os fundamentos metafísicos e a realização histórica do direito natural**. La Mesa directiva fue presidida por el R. P. Dr. Ismael Quiles S. I. (El Salvador, Bs. As.), actuando como secretario el Dr. Rodolfo Vigo (Santa Fe); el P. Quiles presentó al Dr. Galvão de Sousa, cuya disertación fue seguida con creciente atención, produciéndose intervenciones, entre las que cabe destacar la de Mons. Derisi.

La primera exposición fue la del R. P. Jesús Muñoz S. I. (San Juan) quien demostró agudo sentido crítico en su estudio titulado "¿Superación del positivismo y del jusnaturalismo?"; el pensamiento tomista mostró su rigor en el trabajo del Dr. Carlos Ignacio Massini (Mendoza) que explicó la categorización metafísica del derecho según Santo Tomás. El Dr. Edgardo Fernández Sabaté (Tucumán) expuso sobre "la positividad del derecho" y la doctora Ana Castro de Cabanillas (Córdoba) lo hizo sobre el concepto de derecho de gentes en Santo Tomás.

Constituyó un momento muy interesante del Congreso la exposición de M. Guillermo Gueydan de Roussel (El Bolsón, Río Negro) sobre Dios, rector de la historia; cerraron las exposiciones de la tarde el prof. Eduardo Borga (Tandil) sobre derecho y moral y el prof. Reynaldo Giret (Villarrica, Paraguay) quien expuso sobre los fundamentos del derecho na-

tural, haciendo especial referencia a la influencia del protestantismo calvinista en la corrupción del concepto de derecho natural.

El domingo 8, después de la Santa Misa, el Congreso se dividió en dos comisiones. La primera, presidida por el Dr. Carlos I. Massini (Mendoza) actuando como secretario el Dr. Miguel Angel Mirabella (Buenos Aires), siendo primer orador el R. P. Dr. Ismael Quiles S. I. (Buenos Aires). El P. Quiles, con su habitual claridad y profundidad, expuso sobre "La conciencia moral", y así su tema, junto al del Dr. Galvão de Sousa, pudo ser punto de referencia para las discusiones. El profesor Manuel B. Trías (Bahía Blanca) ahondó las relaciones existentes entre ley moral y naturaleza; el Dr. Miguel Angel Mirabella, reafirmó con nuevas connotaciones la prioridad ontológica de la libertad moral y el Dr. Belisario Ortiz Bustos (Córdoba) propuso el regreso crítico del derecho natural a sus fuentes. En la segunda comisión, presidida por el R. P. Dr. Gustavo E. Ponferrada (La Plata) y actuando como Secretaria la profesora María Cristina Araujo (Montevideo), el primer orador fue Mons. Dr. Octavio N. Derisi (Buenos Aires), quien trató el tema del fundamento metafísico del derecho natural, haciendo agudas observaciones sobre su relación con el derecho positivo. Le siguió en el uso de la palabra el Dr. Pedro Baquero Lazcano (Córdoba) quien consideró los fundamentos metafísicos de la ley moral con referencia al sentido de la historia. Cerró el número de expositores la profesora María Cristina Araujo (Montevideo) desarrollando el original tema de la metafísica del derecho internacional en Juan Zorrilla de San Martín *

c) **Homenaje al Papa y clausura del Congreso.** Reunidos nuevamente la totalidad de los congresistas, ocuparon el estrado los miembros presentes de la Comisión Directiva de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía (Dres. Caturelli, Ponferrada, Fernández Sabaté, Carubini) y otras personalidades y representantes de países hermanos (Mons. Derisi, R. P. Quiles, profesores Galvão de Sousa, Giret, Araujo). Inmediatamente, y como homenaje al Sumo Pontífice, expusieron sus comunicaciones el Dr. Carmelo Palumbo (UCA, Bs. As.) sobre el trabajo y sus relaciones con el capital en la **Laborem exercens** y el P. Julio Raúl Méndez (Salta) sobre el fundamento de la ética en el pensamiento de Karol Wojtyla.

Acto seguido, el doctor Alberto Caturelli pronunció la relación conclusiva del Congreso sobre el tema **El sentido del apostolado intelectual** que aparecerá como introducción en el volumen de las Actas del Congreso. Inmediatamente, se rindió un sencillo homenaje a Mons. Dr. Octavio N. Derisi, con motivo de su designación, por parte del Santo Padre, como Asistente al Solio Pontificio, y porque abandonaría a fines de diciembre

* La brevedad de la crónica impide destacar adecuadamente otros trabajos dignos de mención como los debidos a Thomas Molnar (New York), Mario E. Sacchi (Bs. As.), Augusto Furlán (Córdoba), Calixto Camilloni (Córdoba), Mariama Widadowich-Weyland (Bs. As.), Ricardo Pantano (San Luis), Adalberto Villecco (Tucumán), Ernesto Pueyrredón (Bs. As.) y otros, que podrán ser leídos en el tomo de las Actas, constituido por un volumen doble (V-VI, 1981-2) de la revista **Filosofar Cristiano**.

el rectorado de la Universidad Católica Argentina. El propio Mons. Derisi clausuró el Congreso pronunciando las palabras finales.

d) **Conclusiones.** Si se considera el Primer Congreso Católico Argentino de Filosofía en su conjunto, se tiene la impresión de que existe un fuerte ánimo crítico que conduce a replantear los grandes problemas de siempre de la metafísica y de la moral en confrontación con el mundo actual. Es decir, se tiene conciencia de la vigencia de tales temas — los de siempre, como el ser, el hombre, el alma, la inmortalidad, la ley moral, el bien común, Dios — que, lejos de haber sido relegados al desván de las cosas “viejas”, poseen una vitalidad insoslayable y son los únicos que ofrecen una garantía de sentido al mundo de hoy. Este ánimo crítico fue evidente en el desarrollo del Congreso.

Quizá por eso se puso de relieve, ante todo, la necesidad de ahondar en el propio pensamiento, de volver a las fuentes para progresar, para lo cual es menester evitar los compromisos equívocos que entenebrece la doctrina y corrompen la acción. En ese sentido, fue espontáneamente evidente que la gran mayoría (por no decir la totalidad) de los presentes, está convencida que el pensamiento de Santo Tomás de Aquino es el más adecuado para esta misión esencial, sin eludir a todos los Padres de la tradición cuyo pensamiento es necesario ahondar mediante la investigación más seria y rigurosa. Llena de esperanzas a los filósofos católicos argentinos el testimonio de Mons. Antonio Piolanti, Presidente de la Academia Pontificia Santo Tomás de Aquino (según narraba Mons. Derisi), que sostiene que la Argentina es el país donde más ha renacido el tomismo en la actualidad.

A todo lo dicho es menester agregar — sin detenernos en los aspectos doctrinales originales que el lector juzgará en el volumen de las Actas — que se notó con gran claridad cierto fervor misional de la mayoría de los congresistas en lo que se refiere a la capacidad de la filosofía cristiana para ofrecer al desgarrado mundo actual el único camino de salvación. Pero a esto hay que agregar que es Iberoamérica y su cultura la que espera aportar una cuota esencial. El Dr. Galváo de Sousa nos decía: “¡Feliz la Argentina, porque en ella son posibles estos congresos donde se escucha la doctrina integralmente católica!”. Tal ha sido el propósito inmediato del Congreso. El fin mediato quizá comienza a realizarse en los signos de renacimiento espiritual que podemos reconocer en la Argentina y que deseamos fervorosamente para toda Iberoamérica. Si es así, el Primer Congreso Católico Argentino de Filosofía ha cumplido su fin.

VIGENCIA DE LA COSMOVISION GRECO - ROMANA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO *

El sentido de la historia que poseen los griegos, y por extensión los romanos, es cíclico. El mismo se contrapone al concepto judío, y a su continuador histórico, el cristiano, ya que para ambos la historia tiene un sentido lineal. Estas dos interpretaciones básicas, la greco-romana y la judeo-cristiana, son las que, sustancialmente, informan la conciencia del hombre de Occidente.

Si esto es así, no cabe duda que en Occidente conviven en este punto — la interpretación de la historia — estas dos concepciones antagónicas que tensionan al hombre de este lado del mundo.

La raíz de esta diferencia se halla en el concepto de ser. Así, para el griego, “el ser es lo que el ente es”, mientras que para los judíos, “el ser es el que es”; o como especifican, posteriormente, los pensadores cristianos, “el ser es lo que hace que el ente sea”.

Ahora bien, esta diferenciación metafísica última, puesto que del ser es de lo que se habla y respecto de él se difiere, radica según nuestro modo de ver, en un concepto transmetafísico, esto es, en el concepto de creación. Los griegos y romanos no poseen la idea de una creación “ex nihilo”, ya que en el ámbito del uso natural de la razón — la conciencia greco-romana se mueve en este ámbito — pensar que de la nada salga algo es una contradicción flagrante, un hecho ininteligible.

No sucede lo mismo con judíos y cristianos ya que la idea de creación les pertenece por derecho propio. Los entes son una creación gratuita del Ser-Dios que de la nada los crea.

Si alguna diferencia cabe entre judíos y cristianos, en este orden, es simplemente en la enfatización de los atributos que a Dios

* Ponencia leída en el IV Simposio Nacional de Estudios Clásicos.

otorgan. Los primeros lo conciben preferentemente como el Justo, que da a cada uno lo que se merece; siendo su mandato: ojo por ojo, diente por diente. Los segundos, por su parte, lo conciben sobre todo como Amor, que da más de lo que corresponde; siendo su mandato: amar al prójimo.

Se aprecia, pues, que la idea de un sentido lineal de la historia se apoya en el concepto de creación. Puesto que crear es poner algo en la existencia, y como todo lo que existe tiene un sentido —existe para algo—, observamos entonces que toda creación supone un fin por el cual se crea. El foco de la historia está aquí en el fin.

En cuanto a la idea greco-latina de la ciclicidad de la historia, se explica por la convicción de la eternidad del mundo, ya que al ser éste eterno excluye todo sentido final. La historia queda reducida, así, a ciclos constantes que eternamente se repiten. La historia no tiene sentido, o, lo que es mejor, excluye, propiamente, todo sentido de sí misma.

Resumiendo entonces, vemos cómo el concepto de creación, el ser como "actus entis" y el sentido lineal de la historia conforman tres principios fundamentales de la concepción judeo-cristiana. Mientras que la ausencia del concepto de creación, el ser como ente y el concepto cíclico de la historia son principios fundantes de la cosmovisión greco-romana.

Llegados hasta aquí, cabe preguntarse qué vigencia tienen estos principios greco-romanos en el mundo contemporáneo. Debemos aclarar, antes que nada, que no vamos a plantear en esta ponencia la vigencia positiva o por exceso de estos principios, sino la vigencia negativa o por defecto de los mismos.

1. La ausencia del concepto de creación

Uno de los rasgos fundamentales del hombre contemporáneo es su **indiferencia** con respecto a la divinidad. Esta indiferencia se torna activa en el ateísmo, fenómeno derivado de aquella por radicalización de posturas.

La posición ateísta se caracteriza por la negación de Dios como creador del mundo, y no sólo por la negación de un dios lógico de filósofos. Es, cuando logra actualizarse realmente, una posición vital, una cosmovisión que va a negar, básicamente, al Dios vivo de la Gracia, al Dios en que se cree, en definitiva, al Dios Creador. Negando al único Dios que mueve la voluntad del hombre alza en su lugar al Hombre: su principio es la soberbia.

La actitud indiferente, por su parte, no niega ni afirma nada; puede llegar en el mejor de los casos al dios de los filósofos, que no pasa de ser un problema intelectual. Pero nunca traspasa el lí-

mite que separa el planteo formal del compromiso vital. Compromiso implícito en el sí o en el no. Este es el hombre del quizás.

Pero lo cierto es que el hombre occidental posee de facto el concepto de creación; desde que nace lo recibe de mil maneras. La indiferencia al no confirmarlo, emplea el subterfugio de que no lo posee, que lo ignora. Su principio es, pues, la desidia. Esta ausencia del concepto de creación, esta figuración de no poseerlo es una constante significativa, no sólo en el hombre de hoy, sino también en el pensamiento en general, y en particular en toda la populosa corriente fenomenológica y positivista actual.

Este pretendido filosofar con la puridad de los griegos, con una visión originaria, con la objetividad de un registro o con la indiferencia de una planta, radica en la vigencia del principio greco-romano de ausencia de creación. Claro está, que aquí la ausencia es **figurada**, mientras que en el pensamiento clásico era **real**.

La derivación de este principio en la cosmovisión greco-romana produjo como arquetipo de hombre al héroe, el que luchaba por su "polis" para un "buen vivir" terrenal-finito, mientras que el mundo contemporáneo, al haber perdido el sentido de la santidad —obrar ordenado a Dios—, fruto último de la tarea cristiana, produce, a lo sumo, temerarios utópicos que luchan por una idea sin realidad y filántropos que aman a una humanidad abstracta, sin manos ni pies. Tamaña es su vacuidad formal, que todo su obrar se realiza en tierras extrañas o como extraños en su tierra. Así, los filántropos europeos lo son en Africa, Asia o América Latina, y los temerarios utópicos especialistas en importar revoluciones. Como se apreciaba, respecto del héroe clásico, han perdido el sentido del arraigo que guiaba el obrar de aquél.

2. El ser como ente

Otro de los rasgos del hombre contemporáneo es la **apetencia de cosas**. La existencia se mide y valora por la cantidad de "existencia" que el hombre posee.

El amplio y tan mentado desarrollo de los medios masivos de comunicación, el uso que de ellos hace la propaganda, generan en el hombre actual una cantidad incommensurable de necesidades falsas. Ello logra la convicción de que lo que **aparece** es lo que es. El ser no trasciende al ente sino que es inmanente a él. La verdad se transforma así en la realidad del mero aparecer de las cosas. El ser es en definitiva el ente.

Apreciamos, pues, cómo esta proposición plena de sentido para el mundo greco-romano, tiene vigencia en el mundo contemporáneo al diluirse en éste, cada vez más, el principio de trascendencia

del ser sobre el ente. La actualización del principio clásico no lleva la carga de su valor intrínseco, sino que es sólo sucedáneo ante la quiebra del concepto de trascendencia.

La cosmovisión greco-romana posee un cosmos limitado y finito, ámbito al cual el ser está circunscripto. El mundo contemporáneo, al haber disuelto el sentido de trascendencia del ser, aporte éste de la versión judeo-cristiana, retoma el concepto de inmanencia del ser, pero no ya extendible a un cosmos ordenado y armonioso, sino reducido a las cosas, en el sentido más lato del término.

3. El sentido cíclico de la historia

La estandarización de la existencia es, ciertamente, otro de los rasgos salientes del presente. La misma se efectiviza en el orbe desde dos frentes, con dos perspectivas y en dos ámbitos. Desde el frente marxista, con una perspectiva política y en el ámbito comunista. Y desde el frente tecnológico, con una perspectiva económica, en el ámbito del capitalismo liberal. Dos formas de totalitarismo: uno descaradamente opresor, otro, totalitariamente democrático. Difícilmente se halle nación alguna que pueda escapar a esta pinza que aprisiona a los pueblos de hoy.

En cuanto al plano individual, corresponde simplemente recordar, por lo acertado de la misma, la intuición de Martín Heidegger cuando describe la existencia impropia como aquella que bajo la dictadura del **se**, torna al hombre un **uno anónimo**. El hombre, en su generalidad, piensa, obra, y se viste, como **se** viste, como **se** piensa y como **se** obra. El es uno más.

Vemos cómo el concepto cíclico de la historia se actualiza, hic et nunc, por lo que tiene de bajo y más deleznable. Esto es, por la creciente y agigantada pérdida de libertad del hombre de nuestros días. Y en este aspecto nada tiene que envidiarle al hombre greco-romano, pues como sostiene el eminente Fustel de Coulanges: "Los antiguos no conocían, pues, la libertad de la vida privada, ni la libertad de educación, ni la libertad religiosa... Es, pues, un error singular entre todos los errores humanos, el haber creído que en las ciudades antiguas había gozado el hombre de libertad. Ni siquiera tuvo idea de ella" (La Ciudad Antigua, Libro III, capítulo XVIII).

Sin embargo, debe destacarse acá en honor del hombre clásico, al estar éste totalmente integrado a su "polis" encontraba la libertad en la ley de ésta. Mientras que el hombre contemporáneo, que debería saber de su libertad individual, después de Cristo, ve su uso más y más cercenado. Por un lado debido a la represión exterior y por la reducción de su campo interno a que lo somete la presión de ambos totalitarismos. Y por otro, a causa de la dictadura

del **se**, que se manifiesta, según nuestro entender, en presentar la libertad como "el poder hacer lo que se quiere", desnaturalizando así la sana libertad individual en capricho subjetivo. Y esto es así, por el infinito comenzar diario a que lo lleva la vorágine actual, la pérdida del sentido del pasado y su ceguera del orden sobrenatural. ¿O acaso existe, por ventura, alguna otra máxima que tenga mayor vigencia que aquella que nos dice: "Hay que vivir el presente y hacer lo que se quiera"?

Ahora bien, la ciclicidad de la historia, que supone un eterno retorno de lo mismo, una reiteración de los hechos dentro del orden del tiempo, posee para los clásicos —Platón fija ciclos de 72.000 años solares— de bastante extensión, lo que da lugar a un amplio margen de ejecución. Mientras que el hombre moderno, con su eterno "vivir ahora", reduce la ciclicidad al término de un día con lo que pierde, no sólo el sentido de la historia, sino el sentido de su vida personal.

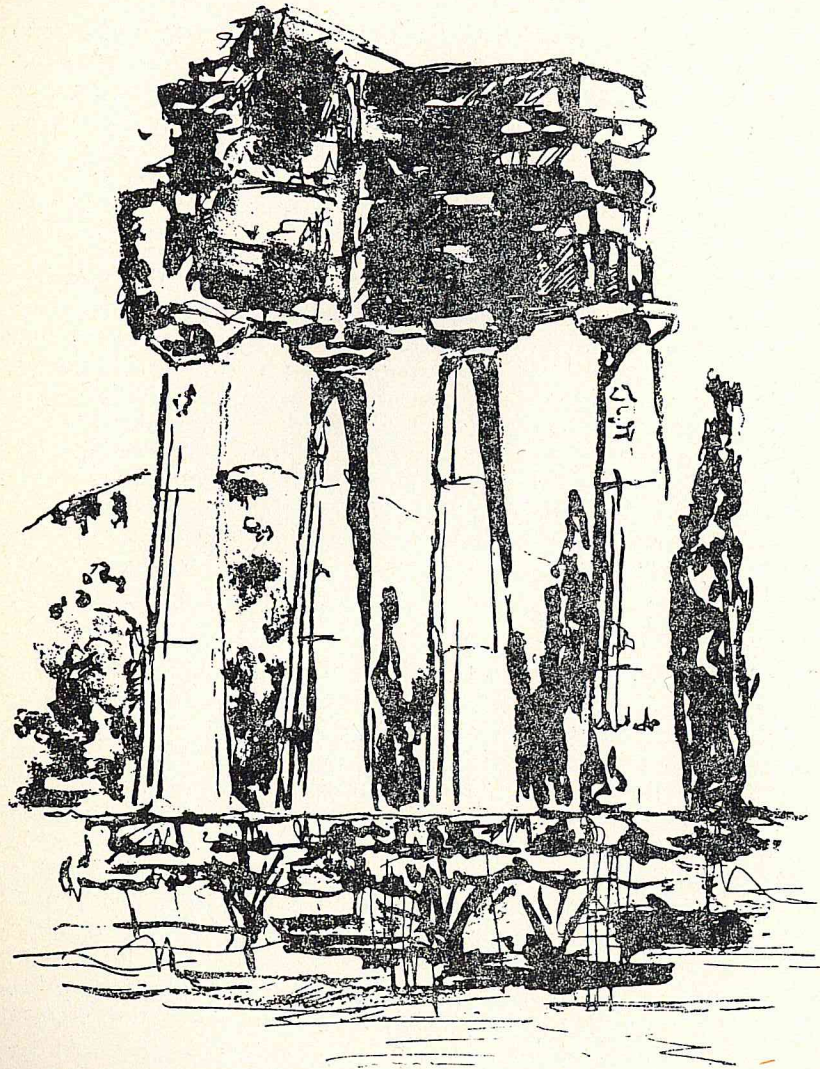
El greco-romano no posee, estrictamente, un sentido de la historia, pero obra según las leyes de su "polis", y aunque desconoce la libertad individual, el sentido de su vida está dado por el **hogar** que en definitiva es su arraigo. El hombre de la Cristiandad posee, stricto sensu, un sentido de la historia, y afirma, por antonomasia, al hombre como poseedor de libertad individual. Mientras que, por su parte, el mundo contemporáneo, por su intensa movilidad, pierde todo sentido de arraigo; al haber desnaturalizado el sentido de libertad individual por libertinaje individualista, enajena su libertad para quedar reducido al ámbito de la necesidad; al haber perdido su fe, pierde su "eschaton", y así toda su vida y su sentido de la historia. Queda reducido a la mera ciclicidad del mundo de la naturaleza, del mundo animal.

Para finalizar, debemos aclarar que la proposición en la que se apoya esta exigua comunicación es la siguiente: La vigencia de los principios greco-romanos en el mundo contemporáneo se produce por la disolución de los principios judeo-cristianos. Mas la actualización de aquéllos se realiza con mucha mengua de la plenitud clásica, debido a su carácter supletorio o de reemplazo. Es que al hombre contemporáneo, al renunciar al orden de la gracia o cercenarlo, sólo le queda el orden natural, ámbito propio del mundo clásico. Pero este orden natural del mundo clásico, era el único orden posible al hombre greco-romano, mientras que el hombre de hoy, abandonando el campo sobrenatural por ateísmo o desidia, la trascendencia por apetencia de cosas, y el sentido de su vida y de la historia por esclavización a su capricho, desciende al orden natural pero en su nivel más bajo.

Los totalitarismos del siglo XX, el individualismo exacerbado, la bestialidad de actos impensables, la amenaza constante de una

guerra suicida, son todos signos que nos muestran a las claras que este orden presuntamente natural es en realidad infranatural. Tiene, pues, plena vigencia el adagio antiguo: **Corruptio optimi pessima est** (la corrupción de lo mejor es la peor).

ALBERTO BUELA



BIBLIOGRAFIA

MIGUEL ANGEL TABET, *Una introducción a la Sagrada Escritura*, RIALP, Madrid, 1981, 181 pgs.

“Cada generación —escribe Chesterton— es convertida por el santo que más la contradice”. En nuestro mundo contemporáneo, en extremo sofista, sensual y escéptico, a esta humanidad que se muestra apóstata en grandes sectores —apostasía en la inteligencia y en la voluntad—, Dios le asigna un maestro: **Santo Tomás de Aquino**. “En un mundo que se ha vuelto sobremanera irreflexivo, el cristianismo ha vuelto en forma de un maestro de lógica”, agrega el mismo Chesterton. Si la re-aparición de S. Tomás resulta saludable en todos los ámbitos, ¿por qué no también en el campo de la exégesis, que “hoy día participa de las condiciones embarulladas del mundo actual” (P. Castellani)?

Con profunda alegría, pues, recibimos esta excelente obra de M. A. Tábet, en la que presenta con claridad y precisión magistral el pensamiento exegético de S. Tomás. El A. refleja en sus páginas un profundo conocimiento del Doctor Angélico, al tiempo que su estilo recuerda las cualidades mismas del Aquinate: sobriedad y sencillez, riqueza teológica y pensar profundo, unidad y coherencia de raciocinio.

Consideramos providencial la aparición de este escrito. Hoy más que nunca apremia la necesidad de volver a las enseñanzas exegéticas del Doctor Común, tanto más que con frecuencia se le resta autoridad en este campo. No olvidemos que León XIII lo proponía no sólo a los teólogos y filósofos sino también a los exégetas como maestro seguro: “sigan como guía y maestro a Santo Tomás también en el estudio de las Sagradas Escrituras”. Merecerán siempre los escritos de Santo Tomás preferencia del Magisterio: “También hoy, a fin de que la reflexión filosófica y teológica no se apoye sobre un fundamento inestable que la haga oscilante y superficial, es necesario que vuelva a inspirarse en la áurea sabiduría de Santo Tomás, para traer luz y vigor en la profundidad del dato revelado y en la promoción de un conveniente progreso científico” (Juan Pablo II).

La exégesis del Doctor Angélico es perfectamente coherente con su filosofía y teología. El actual abandono de la sana filosofía y teología en busca de “novedosas ideologías” pone en peligro la solidez del edificio de la fe. No en vano decía Pablo VI: “Privando a la fe de su natural fundamento, se insinúan en diversas partes, en el campo de la doctrina católica, opiniones exegéticas o teológicas nuevas, frecuentemente tomadas de audaces y ciegas filosofías profanas, que ponen en duda o deforman el sentido objetivo de verdades enseñadas con autoridad por la Iglesia...; se osa despojar el testimonio de la Sagrada Escritura de su carácter histórico y sacro”.

Lo que Leopoldo Marechal cantara en sus notables poemas de la Creación nos trae a la mente el actual “manipuleo racionalista” de algunos sedicentes exégetas: “La Creación es un gran libro abierto / donde escribió lo suyo proferible / tu Creador y el mío, según peso y medida. / Y su lectura es la labor del hombre, / llamado a ver la cara del Autor / en el espejo de sus criaturas. /

Mas el hombre se dijo cierta vez: / 'Pesemos y midamos este libro / según la magnitud de cada letra, / y el grosor del papel donde se ha escrito / y las composiciones de su tinta'. / Y a fuerza de medir y analizar / las divididas páginas del texto, / llegó el hombre a olvidar que formaban un Libro / y que, por ser un Libro, tenían su Escritor".

La presente obra consta de tres capítulos: 1) La índole sagrada de la Escritura; 2) El lenguaje de Dios en la Biblia; 3) El uso de las ciencias humanas en la hermenéutica bíblica. Espiguemos algunos de sus textos principales.

Es intento del A. "señalar más bien algunos criterios fundamentales que, recogidos de la Tradición por el Doctor Común, y armónicamente sintetizados, hicieron fecunda su tarea de comentar la Sagrada Escritura" (p. 14).

Afirma el Concilio Vaticano II que el "alma de la Sagrada Teología es el estudio de la Sagrada Escritura" (Dei Verbum n. 24). De ahí que, como dice el A., "si toda la reflexión filosófica debe extraer luz y vigor de la doctrina del Doctor Común, también su pensamiento debe alumbrar y vigorizar esa rama privilegiada de la teología que es la ciencia bíblica" (p. 16).

Convencido Tábet, como afirma el autor del prólogo, Mons. Salvatore Garofalo, de que "la doctrina de Santo Tomás no pertenece a la arqueología del saber... y es el más seguro punto de referencia para la inteligencia de la fe y para hacer de la lectura de la Biblia no mera tarea de estudio y erudición, sino lectura sagrada, fundada sobre un estudio correcto" (p. 11), pasa a desarrollar los puntos informantes de la doctrina exegética del Doctor Angélico.

En su obra "Opuscula Theologica", señala S. Tomás las razones de la insuperable dignidad de los Escritos Sacros: por su origen divino, su contenido y el fin altísimo al que se ordenan.

Enseña el Doctor Angélico: "Auctor Sacrae Scripturae est Deus" ("el Autor de la Sagrada Escritura es Dios") (S. Th. I, 1, 10, c.), verdad que para un exégeta podrá parecer "verdad de Perogrullo". S. Tomás la penetra con la agudeza que le es propia, constituyendo la forma rectora de su labor exegética. Que Dios es Autor de la Sagrada Escritura significa que "no puede contener nada falso" (De Pot. IV, 1). Igualmente ésta es la razón de su admirable unidad, ya que "todos los hagiógrafos enseñaron lo mismo... y esto era inevitable, porque todos tuvieron un mismo maestro" (Princ. "Hic est liber", I, n. 1200).

Los Sagrados Libros se atribuyen a Dios "ut opus proprium". "Hay que decir que de dos maneras opera Dios —afirma S. Tomás—, a saber, inmediatamente, como obra propia, por ejemplo los milagros; y también mediante causas inferiores, como las obras naturales... Tales obras son hechas por obra de la misma naturaleza. Así Dios instruye el intelecto inmediatamente por medio de las Sagradas Letras, y mediatamente, por las otras escrituras" (In II Ep. ad Tim., c.3, 1. III, nn. 125-126).

Tras exponer el pensamiento de S. Tomás, el A. indica los errores más salientes de los modernos pseudo-escrituristas (cf. p. 169). Señala "una doble reducción operada: un cambio de acento de la noción 'Dios Autor' a la de 'carisma de la inspiración'...". "No rara vez se entiende la inspiración de la Sagrada Escritura, al menos en su aplicación, como algo que liga de tal modo al libro sagrado con el hagiógrafo, que se estudia atendiendo casi exclusivamente la acción de éste" (p. 32). Los métodos exegéticos aplicados en base a tal criterio son evidentemente inválidos.

Porque Dios es la Causa Principal de la Biblia, ha volcado en estos Libros su Sabiduría, mejor aún, la misma Sabiduría increada se ha escondido bajo el velo de la humana palabra de modo análogo a lo que acaece en el Misterio de la Encarnación. Por eso las Palabras de la Escritura son inagotables. "El Espíri-

tu Santo en una palabra de la Sagrada Escritura expresó mucho más que lo expuesto y descubierto por los expositores" (Quodlibet. VII, 6, 14, ad 5). Esto nos introduce ya en el tema de los sentidos de la Escritura. Acceder al tesoro de los Libros Sacros es contagiarse de los Misterios de Dios. "Todo lo narrado en la Sagrada Escritura es en orden a la manifestación de la majestad divina o de la Encarnación de Cristo... ya sea directamente o a modo de ilustración" (S. Th. II-II, 1, 6, ad 1). "Las divinas Escrituras encierran aquel conocimiento de Dios que permite a los hombres no ya conocerle como fin —cosa que también compete a la razón natural—, sino alcanzar —en la medida que es posible al hombre— la intimidad amorosa de la vida intratrinitaria" (p. 39).

La verdad de la Sagrada Escritura es "cierta luz a modo de rayo derivado de la Primera Verdad" (In De Div. Nom., c.1, 1.1, n. 15). Una luz no solamente destinada a los teólogos y especialistas. Dios, sabio y providente, que "penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Heb. 4,12), tuvo presente a cada una de sus criaturas. "Pertenece a la dignidad de la divina Escritura —enseña S. Tomás—, que bajo una palabra contenga muchos sentidos, para que así convenga a los diversos intelectos de los hombres, y cada uno se admire de poder encontrar en la divina Escritura la verdad que concibió en su mente" (De Pot. IV, 1, c.).

"Por esto toda verdad que, atendiendo al tenor de las palabras, puede ajustarse a la Sagrada Escritura, pertenece a su sentido" (ib.): toda afirmación conforme a la fe, a la enseñanza autoritativa de la Iglesia, a lo vivido en la tradición, que se ajuste a lo que a una sana inteligencia sugiere el tenor de las palabras, pertenece propiamente al sentido de la Sagrada Escritura. De donde el Aquinate deduce que en el estudio de los libros inspirados se deben evitar dos cosas: afirmar que en ellos se contiene alguna falsedad; y aferrarse de tal modo a una interpretación, que se excluya otras explicaciones también conformes a la verdad de fe y al tenor de las palabras (cf. ib.).

Tábet es taxativo: "Toda la lectura de los libros inspirados, si es recta, se desenvuelve necesariamente dentro de la verdad revelada, que no se contradice. Puede alcanzarse con profundidad mayor o menor; abarcar aspectos recónditos o detenerse en lo evidente; pero sin salirse de ella: allí confluye necesariamente toda lectura recta" (p. 44). Una viejecita fiel a lo aprendido en el catecismo puede haber penetrado más profundamente la Escritura que un doctor más atento a sus "ideas" que a la voz del Espíritu Santo.

S. Tomás deja bien en claro que la Sagrada Escritura no es un Libro exclusivo para especialistas, es el Libro del Pueblo de Dios. "¿Qué otra cosa es la Sagrada Escritura sino una carta que el Señor todopoderoso ha querido por su bondad dirigir a su criatura?" (S. Gregorio Magno).

Adentrándose más en la naturaleza de las Sagradas Letras hay que decir que si Dios quiso comunicar su Sabiduría lo hizo para santificar al hombre. A través de ellas dio a conocer su inefable designio de "reconciliarnos con Él por mediación de Cristo" (2 Cor. 5,18). Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento no fueron escritos sino para nuestra instrucción (cf. In. Ep. Rom. 15, 1, n. 1148).

Tener presente estas verdades libra al exégeta de inútiles y estériles consideraciones. Ciertas "elucubraciones" podrán servir para "deslumbrar" pero no para calar hondamente en la Palabra de Dios. "Cuatro son los efectos de la Sagrada Escritura, a saber, en cuanto al intelecto especulativo: enseñar la verdad y argüir contra la falsedad; en cuanto al intelecto práctico: alejar del mal e inducir al bien" (In II Ep. ad Tim., c. 3, 1. III, nn. 127-128). "La utilidad de la Escritura es máxima... dispone a la vida de la gracia... dirige hacia la vida de justicia que consiste en las obras... promete la vida de la gloria y a ella conduce" (Princ. "Hic est liber", I, n. 1202).

Hasta aquí los prenotandos básicos de la doctrina de S. Tomás. De ellos se deducirán lógicamente las pautas que deben orientar a todo exégeta en su tarea de investigación.

La inteligencia de la Sagrada Escritura es fruto de la fe (cf. S. Th. I, 1, ad 1). Como bien lo señala el A., "no es la virtud teologal de la fe algo complementario o útil para obtener fruto de la lectura de los libros inspirados, sino su condición radical" (p. 57). "Gracias a los hombres de fe, la Sagrada Escritura se ha hecho más asequible, mostrando luminosamente sus verdades; mientras que en manos de quienes carecieron de esta virtud se ha visto reducida, con frecuencia, a un sinfín de cuestiones inútiles, proyección de su propia oscuridad interior que vela el claro sentido de la palabra divina" (p. 63).

La fe está suponiendo una sana filosofía (cf. S. Th. I, 2, 2, ad 1). "Sin duda —advierte el A.—, buena parte de la crisis actual de la exégesis se debe, precisamente, al hecho de haberse asumido como fundamento interpretativo filosofías que llevaban, desde su raíz, una intrínseca capacidad de disolver la fe. Asunción explicable por esa misma falta de fe" (p. 69).

Acompañando a esa fe, sin la cual no se puede hacer teología, deben ir las obras, la humildad, la santidad de vida. En definitiva, se exige del teólogo una profunda vida interior porque las verdades de fe no se pueden alcanzar sino "per modum addiscentis a Deo doctore" (S. Th. II-II, 2, 3, c.), ya que "la obra de arte se conoce de modo óptimo en el artífice" (In De Div. Nom. 3, n. 229). Tales condiciones resplandecieron en la persona de aquellos grandes exégetas que fueron los Santos Padres y en el mismo S. Tomás, quienes las poseyeron en grado eminente (cf. p. 59).

En el capítulo II, el A. analiza uno de los puntos más importantes de la doctrina de la inspiración: la relación entre Dios, Autor principal, y el hagiógrafo, autor instrumental. Aquí desarrolla más detenidamente los temas antes tratados de la causalidad de Dios, "Autor de la Sagrada Escritura", y los sentidos bíblicos. Cuestiones fundamentales que deben guiar el método de estudio.

Tábet señala con precisión el papel instrumental del escritor sagrado: "El hagiógrafo, gozando del carisma sobrenatural de la inspiración, era **instrumento** en manos de Dios —como el pincel en manos del artista— y, por esto, causa desproporcionada, inferior al efecto producido, que trasciende las posibilidades de sus facultades naturales. Instrumento que actúa dependiendo **totalmente** —con libre correspondencia— de la voluntad de Dios, a su servicio, en el mismo orden de causalidad, sin limitarla ni contrabalancearla" (p. 33).

Las palabras de la Escritura son Palabras de Dios, de perenne actualidad. La Biblia es un libro único, en ella se da un lenguaje divino y humano a la vez. Pero no al modo unívoco ni equivocadamente sino con profunda analogía. "Lejos de la univocidad, que terminaría por negar la intervención de Dios en la Biblia, y de la equivocidad, que haría del hagiógrafo un ciego instrumento en una tarea no suya, la Sagrada Escritura se nos presenta como una obra en la que Dios y el escritor sagrado se han donado, cada uno según su naturaleza y perfección. La principalidad de Dios y la instrumentalidad del hagiógrafo suponen la analogía: las palabras humanas, sin perder toda vinculación con la significación original que tenían para el escritor humano y para el mundo en que vivió, adquieren una riqueza mucho mayor [sentido pleno y sentido típico: cf. pp. 99 y 101] según la intención divina" (pp. 105-106).

Sólo profundizando el misterio divino-humano de los Libros Sacros, así como la causalidad de Dios con todas sus implicancias y la instrumentalidad del hagiógrafo con su propio aporte, se podrá lograr el equilibrio metodológico.

El A. dedica el último capítulo al "lugar que tienen las ciencias humanas en

la hermenéutica bíblica", denunciando al mismo tiempo un error medular del pensamiento moderno: "la extrapolación de métodos y el mal uso de la razón".

Es notoria la estima de S. Tomás por la razón y las ciencias humanas: "Como la gracia no anula la naturaleza, sino que la perfecciona, conviene que la razón natural esté al servicio de la fe, lo mismo que la natural inclinación de la voluntad sirve a la caridad" (S. Th. I, 1, 8, ad 2). Es cierto que "la Sagrada Escritura, que ha sido divinamente inspirada, no pertenece a los conocimientos humanos que se adquieren por la sola fuerza de la razón" (S. Th. I, 1, 1) y, por ende, como observa el A., "no puede en ningún momento independizarse de los principios y reglas que determinan la naturaleza y el desarrollo de la ciencia teológica" (p. 116). Sin embargo, no puede desentenderse de la razón. La misión de la filosofía en teología y por tanto en exégesis es triple: 1. proporcionar razones verosímiles y argumentos de conveniencia tomados de la verdad natural, para facilitar por analogía una mayor inteligencia de las verdades contenidas en los libros sagrados (cf. p. 132); 2. En segundo lugar, defender la fe, en unos casos mostrando que las razones aducidas contra ella son falsas, en otros, que no concluyen necesariamente (cf. In I Sent. d. 33, q. 1, a. 5); 3. Por último, demostrar los preámbulos de la fe (cf. p. 142). Bien decía R. Marlé que "los diferentes métodos que se pueden emplear en la investigación de una realidad corresponden siempre a una cierta manera de entender esa realidad... Es decir cada exégesis implica una filosofía y una teología". En esto no hay que ser ingenuos.

Dígase lo mismo de las restantes disciplinas humanas, advirtiéndose que por sobre todas ellas está la metafísica. Puesto que la metafísica considera la verdad universal de los entes, a ella le pertenece orientar el conocimiento en los aspectos particulares de la verdad natural, que constituyen el objeto de las demás disciplinas (cf. p. 144). "El conocimiento metafísico es, por consiguiente, el punto de comunicación del saber natural con la teología" (p. 145).

De este modo, fe, teología, filosofía y ciencias cooperan para el logro de una visión arquitectónica. "La ciencia bíblica —advierte el A.— ha de permanecer abierta a todo saber humano válido, sin identificarse con ninguno de ellos. El exégeta debe tomar de esas ciencias y sus métodos, orientándolos y aplicándolos desde su trascendente punto de vista, desde una más alta sabiduría, con la serena actitud de quien sabe que sus fundamentos no pueden ser socavados, porque no dependen de las fluctuaciones de esos saberes; y también con el agradecimiento ante la ayuda que pueden prestarle para una mayor penetración en el inagotable conocimiento de la Sagrada Escritura" (p. 162). Y en otro lugar: "La lectura científica realizada con el saber filosófico se mantiene en perfecta continuidad con la lectura del hombre creyente" (p. 136).

Nuestros tiempos tan agitados, la sociedad que nos toca vivir, tan absorbente en sus exigencias, pareciera solicitar de la prudencia un acto decisivo acerca de los libros que, en medio del océano bibliográfico que nos sumerge, debemos seleccionar. Poco es el tiempo de que disponemos y, precisamente por eso, debemos echar mano de los libros claves para nuestra formación. Este es, a nuestro juicio, uno de ellos. No olvidemos que S. Tomás "dio más luz a la Iglesia que todos los demás doctores, y con sus libros un hombre aprovecha más en un año que con la doctrina de otros toda su vida" (S. Pío X).

Estamos persuadidos de que la difusión de esta preciosa obra hará un inmenso bien en orden a que la Sagrada Escritura sea de veras nuestro libro de cabecera. Porque "ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo" (S. Jerónimo); "familiarizarse con la Biblia es entrar en conversación frecuente con Dios y empezar a gozar de Él" (Pseudo Dionisio).

JUAN DANIEL PETRINO
Seminarista de la Diócesis
de San Luis, 2º año de Teología.

CARD. GIUSEPPE SIRI, *Getsemani. Riflessioni sul Movimento Teologico Contemporaneo*, Edizioni della Fraternità della SS. Vergine Maria, Roma, 1980, 374 pgs.

No era frecuente que los eminentísimos Cardenales bajasen al ruedo del enfrentamiento teológico. Su alto magisterio solía hacerse sentir desde la responsabilidad de las Sagradas Congregaciones Romanas. Recordemos las memorables actuaciones de los Cardenales Ottaviani y Browne. José Siri, arzobispo de Génova, creado cardenal por Pío XII, a los 47 años, ya en 1953, acaba de hacer un gran servicio a la fe y a la teología, es decir, a los creyentes católicos que necesitan pensar su fe con autenticidad de fuentes, de métodos y de metas.

El día 13 de septiembre de 1980, el P. Raimundo Spiazzi dedicaba cuatro columnas de la segunda página de "L'Osservatore Romano" a presentar la presente obra del Cardenal Siri. En diciembre de 1980 se imprimía en francés (Ed. Téqui, 384 pgs.) y últimamente apareció la versión española, a cargo de Mons. Guerra Campos (Ed. CE-TE, Avila, 1981, 384 pgs.). La primera parte, sobre **Criterios fundamentales**, había sido editada anteriormente, agotándose en seguida. El epílogo, **Getsemaní**, que da título a la obra, es una profunda reflexión cristiana sobre lo que está pasando en teología. Hay que afrontar la crisis con la humanidad desgarrada de Getsemaní, pero con la esperanza confiada en la fuerza sobrenatural de Dios; en actitud de Encarnación: "no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc. 22,42); actitud anticipada por María: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc. 1, 38).

Dos corrientes de pensamiento teológico actual

El Cardenal Siri no cae en el tópico fácil de identificar o reducir la **teología actual** a un determinado modo de pensar o a un grupo más o menos sobresaliente (por méritos propios o por propaganda ajena a la teología) de teólogos. Precisamente una de las denuncias será que en obras enciclo-

pédicas de teología actuales, como *Bilan de la Théologie du XX siècle, Mysterium salutis, Sacramentum mundi* (todas traducidas al español), se advierte un partidismo exclusivista y una tendenciosidad que las invalida en gran parte. La teología actual es mucho más que Carlos Rahner y Rodolfo Bultmann.

"En el movimiento —advierde él— aparecen dos corrientes principales: de un lado, una actividad múltiple que tiende a conservar más o menos fielmente la doctrina profesada por la Iglesia; de otro, una actividad muy perseverante que tiende a sobrepasar todo límite y todo obstáculo fijados hasta ahora por la enseñanza y culto de la Iglesia. De un lado, la resistencia, más o menos enérgica, más o menos inteligente, y también más o menos justa a las nuevas tendencias de transformación radical de la enseñanza y de la vida espiritual en la Iglesia; de otro, un esfuerzo de liberación de toda exigencia de orden sobrenatural concerniente a la percepción de la verdad y de la salvación" (p. 48 de la ed. francesa).

El autor va a examinar preferentemente la segunda corriente, la secularista y liberacionista, con breves alusiones a los puntos luminosos de la doctrina profesada por la Iglesia: prioridad de las fuentes de la Revelación en Teología, univocidad de los contenidos de la fe, valor imprescindible de la analogía en el procedimiento teológico, necesidad de una lógica interna.

El Cardenal Siri desea que el joven creyente ("le jeune homme", destinatario de sus reflexiones) abra los ojos del discernimiento; que se prepare a superar la trama de ambigüedades, desconocimientos y contradicciones con que puede tropezar en la lectura de los autores examinados. En verdad, el "joven" cuenta con un maestro experto y con un buen pastor: dominio de las fuentes teológicas y de la historia del pensamiento, serenidad de juicio, confianza en la verdad, responsabilidad pastoral.

Posiciones superadas hace muchos años o muchos siglos

¿A qué términos ha llegado o está llegando esta corriente libertista de pensamiento teológico? En realidad, más que de logros o posiciones nue-

vas se trata de posiciones muy viejas, reasumidas ahora con nuevo entusiasmo y nuevo esfuerzo de justificación desde una mentalidad parcialmente nueva.

Siri condensa los resultados o las terminales de esta corriente en: a) **Un retorno a la herejía pelagiana** del siglo V. Naturalismo secularista, con desconocimiento o negación de la gracia interior, indistinción de naturaleza y gracia, entusiasmo antropocentrista, sobrevaloración de la libertad y autosuficiencia en la realización de la propia vida. b) **Una reaparición de las antiguas herejías trinitarias** (s. III - IV) del adopcionismo y arrianismo: Jesús no es propiamente Dios, sino un puro hombre, excepcionalmente santo, en el que actúa y se manifiesta Dios. Se rechaza como mítica la idea de la Encarnación del Verbo. Carece de sentido la unidad de dos naturalezas en una persona divina. La "teología antropológica" no suele rebasar en perspectiva al hombre o al hombre-Jesús. c) **Irrupción del modernismo**, con vinculaciones muy estrechas con el protestantismo liberal del siglo XIX, como viene advirtiendo y censurando el teólogo protestante Cullmann (testimonio recogido oportunamente en la obra de Siri, pp. 53-54 de la ed. francesa), que vacía de contenido objetivo a la fe y a la teología en aras del subjetivismo agnóstico y sentimentalista.

¿A dónde va la nueva teología?, se preguntaba el P. Garrigou-Lagrange en 1946, en la revista "Angelicum", al percibir los primeros rebrotes de este naturalismo radical neomodernista. En este momento el Cardenal Siri señala estas tres terminales: pelagianismo, arrianismo, modernismo. "Estas tres orientaciones características, arriana, pelagiana y modernista, se encuentran combinadas más o menos conscientemente, con más o menos sutileza y a veces con astucia, en una amalgama especulativa, sin contornos precisos y sin referencias fundamentales, que sirve de base a una precipitación sobre la humanización integral de toda la religión" (p. 53 de la ed. francesa).

Los nuevos cauces de esta corriente teológica

El entorno, la mentalidad o los presupuestos ideológicos de que se nu-

tre esta teología, ampliamente examinados en la segunda parte del libro, son: la **mentalidad historicista**, que va de Hegel a Dilthey, cuyo predecesor más notable había sido Juan Bautista Vico (1668-1744); la reinterpretación global del cristianismo, a base de la **nueva hermenéutica** del Nuevo Testamento y de las fórmulas dogmáticas; y el **relativismo existencial** heideggeriano. Lo resume el autor así: "Tres hechos expresan el fondo de este fenómeno a la vez vario y uniforme: primero, la creencia de haber descubierto una nueva dimensión del hombre: la conciencia histórica; segundo, la creencia de haber descubierto un camino nuevo y único para el conocimiento de la verdad: la hermenéutica; tercero, la creencia de haber descubierto una nueva percepción fundamental de los fenómenos...: la referencia existencial" (p. 109 de la ed. francesa).

En esta mentalidad nada hay fijo, nada hay cierto, nada hay dado objetivamente de una vez por todas; el devenir subjetivo, personal o colectivo, es la medida de todo. "Se ve en nuestro tiempo a teólogos de renombre, como a Carlos Rahner, por ejemplo, adoptar una visión de la historia que conduce a la naturalización de la gracia y a la absorción de cada hombre en la entidad masiva de la sociedad histórica" (p. 176). No obstante, este relativismo historicista y agnóstico se aviene paradójicamente bien en estos autores con el fixismo absoluto y categórico de sus posiciones. Nos encontramos con un pensamiento "trascendentalmente anti-trascendente, dogmáticamente antidogmático, apriorísticamente categórico a la vez que fugaz" (p. 240). Ello nos recuerda la intolerancia de los teóricos de la tolerancia, el hermetismo de los liberales (con guillotina y todo), la vida burguesa de los comunistas.

Dramatis personae

El trabajo de reseñar, valorar y seleccionar ideas exige concreción para su plena eficacia. El Cardenal Siri parece tener plena conciencia de ello. Nombres y apellidos y textos a la vista, entrecomillados y debidamente situados. ¡Cuántas llamadas de atención a errores sin padres conocidos resultaron estos últimos años totalmente vanas e ineficaces por falta de concre-

ción! Cuando la caridad de corregir al que yerra es para prevención de incautos exige alertaciones concretas. La Sagrada Congregación para la Fe lo está poniendo en práctica. Hace bien poco pidió a Schillebeeckx que retratase públicamente los errores que públicamente había difundido sobre el pluralismo dogmático y la condición personal de Cristo. Más llamativa, a instancia de él, fue la desautorización de Hans Küng como teólogo católico.

Aparte de los antecesores más o menos remotos del naturalismo historicista y agnóstico (Juan Bautista Vico, Kant, Herder, Hegel, Dilthey, Heidegger, Pascal, Blondel) aparecen en pantalla, con mayor o menor incidencia y concatenación: Carlos Rahner, Enrique de Lubac, Hans Küng, Schillebeeckx, Rodolfo Schnackenburg, Piet Smulders, Moltmann, Juan Bautista Metz, Teilhard de Chardin, Maritain, Juan Alfaro, Gutiérrez. Es notable la prioridad de referencias (textos criticados): Carlos Rahner, 61 veces; Enrique de Lubac y Hans Küng, 15 veces cada uno; Maritain, 7 veces; Smulders, 6 veces; Schnackenburg, 5 veces; Teilhard y Schillebeeckx, 4 veces cada uno. La máxima atención y desautorización es para Carlos Rahner. En él confluyen notoriamente los tres errores terminales reseñados y las tres características de la mentalidad por la que discurre esta corriente teológica.

No es la primera obra que se escribe en Italia y en Francia sobre este movimiento telógico y sobre estos autores. Pero ésta une a la competencia científica, la autoridad pastoral de un gran Cardenal de la Iglesia Romana.

P. VICTORINO RODRIGUEZ, O.P.

RAYMOND BRUCKBERGER, *Ce que je crois*, Grasset, París, 1981, 288 pgs.

El Padre Bruck, como familiarmente se lo llama en Francia, es un escritor conocido y sus obras se pueden leer hasta en japonés. Lo más importante es que sabe escribir la lengua que conviene a nuestra época y lo hace en un estilo claro, agresivo y cortante. Nada

de artillería pesada: un equipo liviano para una operación de comando. Su forma incisiva de hablar nos recuerda algo a Céline, sin las repeticiones, o a Bernanos polemista, sin su furor.

Es un dominico de choque y pudo haber sido un excelente ariete de los grupos progresistas, si las ideas de vanguardia no estuvieran tan atrasadas. Imposible ubicarlo en los cuadros tradicionales de la política francesa, ni en los más zurdos de la nueva derecha. Es católico sin otro adjetivo y esto le hace ver con cierta desconfianza irónica el paganismo arqueológico de Alain de Benoist y le impide la manifestación de un temperamento que tiene, sin lugar a dudas, una espontánea inclinación revolucionaria.

Esa proclividad lo llevó en su momento a formar parte de la "resistencia" y a convertirse en una voz particularmente indignada contra la malicia fascista. Todavía conserva su indignación y no pierde oportunidad de lanzar sus dardos envenenados contra los hornos crematorios y otras expresiones abominables de la liturgia nazi. No le importa mucho que la cosa ya haya pasado; los judíos la recuerdan, y sumarse a sus rencores es un modo muy redituable de invertir los agravios.

De cualquier modo su contacto con la izquierda, por epidérmico que haya sido, no sólo ha dejado algunas marcas en su manera de pensar, le ha permitido también una gran libertad de conciencia para volverse contra los principios sagrados de la revolución, sin ser expugnado por algún calificativo oprobioso como "fachó", "colabó", "pará" o simplemente "petainiste". Se ganó el derecho a ser oído y, lo que es mejor bajo muchos puntos de mira, a ser publicado en revistas que de otra manera hubieran permanecido rigurosamente cerradas para él.

Bah! Le Père Bruck. Il rigole avec son froc du Moyen Age!

Un Figaro magazine del 4 de Julio de 1981 refiriéndose a sus opiniones, estrictamente ortodoxas, sobre el valor del placer en las relaciones matrimoniales, pretende justificarlo con el mal chiste "qu'en vieillissant, le diable se soit fait ermite".

Es un poco grosero, pero cuando uno se ha codeado con ciertos compadres poco cuidadosos de las formas, se corre ese riesgo y, en el fondo, se lo tiene merecido.

Con esto hemos hablado todo lo mal que es posible hablar del Padre Bruck, porque, para ser sinceros, el libro editado por Grasset en los primeros meses del año pasado, no solamente constituye una pieza literaria de primer orden, sino que también vale por su fuerza y su oportunidad apologetica.

Los ataques más duros contra la fe en nuestro tiempo, han buscado su punto de apoyo en los resultados de las ciencias físicas o biológicas, es decir, en ciertos prejuicios que tomando tales ciencias por pretexto se han propuesto como faena principal destruir el templo de la religión.

Bruck toma a sus cultores de las solapas y los pone frente a sus aparatos de observación: "Háganme el favor de decirme con toda objetividad ¿qué es lo que ustedes ven a través de esos instrumentos que les permita decir algo contra la existencia de Dios? Porque la mayor parte de las veces tales conclusiones no tienen nada que ver con los hechos observados y esto, señores, es jugar sucio con la ciencia y con la religión.

Se excusa por no ser un hombre de ciencia, pero como todos los que se dicen tales escriben, y a veces escriben demasiado, es en su calidad de lector, y de lector atento, que se permite la osadía de interrogarlos. Y más, de exigirles que permanezcan en el terreno de sus investigaciones y que allí "hagan con toda lealtad y heroísmo su módico caminito de biólogos", sin meterse en los campos que no pueden ser examinados con sus lentes, ni medidos con sus parámetros. Porque en verdad "si se leen las declaraciones de los grandes biólogos franceses, parecería que desde hace un siglo, el propósito de la biología es probar que Dios no existe, para justificar más adelante, su ilimitada voluntad de dominio sobre la naturaleza y el hombre mismo".

Hablar de Dios a quienes no creen es tarea difícil, y estoy tentado de decir inútil, si no pensara que entre los

incrédulos hay muchos que desean tener algunas buenas razones para vencer los falsos escrúpulos impuestos por las modas del momento y frente a las cuales precisan el empujón de un fuerte brazo para poder vencer la parálisis del miedo.

En esta faena, el libro del R. P. Bruckberger, está en condiciones de cumplir una función de higiene jubilosa, porque es un soplo fresco del buen aire que viene de las alturas eternas para borrar esa muga sombría acumulada por los perennes enemigos de la vida.

RUBEN CALDERON BOUCHET

JULIUS EVOLA, *Le Mystère du Graal et l'Idée Impériale Gébeline*, Editions Traditionnelles, París, 1980, 268 pgs.

La dificultad con Evola, Guénon y algunos otros iniciados de menor volumen y capacidad literaria, es nuestro desconocimiento casi absoluto de su misteriosa ciencia. Como un católico cualquiera creo que la característica esencial del misterio es la imposibilidad de ser cabalmente conocido en toda su hondura por nuestra razón, por lo menos mientras ésta esté atada a las condiciones de su corporalidad mortal. Esta situación espiritual hace un poco inútil nuestro esfuerzo por comprender a estos autores y seguir, por sus intrincados meandros, un pensamiento que halla una particular complacencia en ocultarse detrás de un simbolismo que, si nos dice algo, nos lo dice en términos que sólo resultan más o menos claros a la luz de los principios teológicos cristianos, y no a la de esos otros que pertenecerían a una revelación primordial más alta y anterior a la de Nuestro Señor Jesucristo.

Sabíamos, por nuestra propia tradición religiosa, que existía una revelación primitiva o proto-tradición cuyos restos habían sido recogidos por las diferentes religiones míticas en diversos grados de autenticidad, y sospechábamos, con la autorizada opinión de teólogos famosos, que la tentación de

Adán podía haber sido la búsqueda de un conocimiento que le permitiera participar de la Gloria íntima de Dios merced a un esfuerzo titánico de su natural aptitud cognitiva. Por eso, precisamente, perdió el Paraíso y dejó su prole librada a los azares de un saber menguado y de un manco señorío sobre sus propias pasiones.

Por suerte o por desgracia, estos autores creen saber mucho más de nuestro destino eterno y de aquella ciencia de la que efectivamente habría participado el hombre primordial. Es indudable que para hablar así en la zarabanda de la vulgaridad democrática, hay que tener un valor a toda prueba y se necesita retroceder bastante en el tiempo para encontrar un teólogo cristiano capaz de hacernos ver el mundo moderno en la perspectiva de esa hondura espiritual. Cuando veo a los doctores de la ley descender a las caballerizas del rey Augias para añadirse al estiércol ideológico y no para limpiar como hubiera sido su obligación, resulta edificante que alguien busque en los símbolos cósmicos la prefiguración de los arquetipos celestes que Dios ha tenido en cuenta para ordenar el sentido de su creación.

De Evola conozco en castellano dos libros: "Máscara y rostro del espiritualismo contemporáneo" editado en Méjico y muy mal traducido del italiano por un licenciado en no sé qué de la República Azteca. El otro fue publicado en España con el título de "La Tradición Hermética" en donde estudia con gran ingenio y a la luz de la sabiduría vedanta los símbolos y la doctrina de la enseñanza hermético-alquímica que conocimos gracias a los trabajos del Padre Festugière.

De ambos libros, el primero desarrolla una crítica a la espiritualidad del mundo contemporáneo que tiene muy poco desperdicio. El segundo es decididamente hermético y, para quien no posee la clave iniciática, una verdadera borrasca estival donde a la luz fugaz de los relámpagos vislumbramos un panorama de escondida grandeza.

"El Misterio del Graal y la Idea Imperial Gibelina" está en esa segunda línea doctrinaria, pero prescindiendo de lo que puede haber en esa exposición de oscuro y esotérico, puede in-

teresar a quienes, más allá de cualquier curiosidad gnóstica, consideran la oportunidad de descubrir las ideas madres de esos movimientos políticos que se llaman a sí mismos de la nueva derecha.

Evola adereza muy bien su ensalada y como tiene la virtud de hablar sin tapujos, seguro de que su mensaje está destinado a una minoría que se considera heredera directa de los dioses nórdicos, tiene muy poco aprecio por todo eso que puede ser considerado oportuno o inoportuno para congraciarse con la opinión común y la adhesión de las masas. Sabe que sus ideas nadan contra la corriente, pero confía en el sino inevitable de los ciclos cósmicos para que lleguen con el tiempo a su destino y provoquen el advenimiento de un nuevo avatar heroico.

La saga del Graal es una obra literaria. Ha sido científicamente estudiada de acuerdo con los modernos métodos del análisis temático. Han sido examinadas con la lupa del filólogo las influencias y fantasías poéticas y hasta se ha pagado un generoso tributo al psicoanálisis a costa de Lohengrin, Parsifal, José de Arimatea y otros héroes legendarios más o menos afectados por los complejos de Edipo, castración, antropofagia, sublimación erótica o simple inversión castrense.

Evola nos aconseja vencer estos prejuicios producidos por la ciencia moderna y nos pide un poco de atención para descubrir el sentido supraindividual de los símbolos, porque de acuerdo con lo que decía Juliano el Apóstata: "Eso que en los mitos parece increíble, es precisamente lo que nos abre el camino de la verdad".

No olvidemos que el Emperador fue un iniciado en los misterios de Eleusis y, como el propio Evola o Guénon, podía penetrar en el sentido oculto de estas leyendas hasta su fundamento metafísico. En la perspectiva doctrinaria del Autor, las tradiciones de los diferentes pueblos, incluida entre ellas la tradición cristiano-católica, son manifestaciones relativas y condicionadas por especiales situaciones históricas, de un saber primordial, único en su esencia, cuyo conocimiento coloca al iniciado por encima de todas esas tradiciones.

Evola precisa con rigor sus términos y cuando afirma que tal conocimiento pone al iniciado por encima de esas tradiciones, quiere expresar que no está por debajo de ellas, como sucede generalmente con el espiritualismo degenerado del mundo actual.

Sostiene también que la enseñanza tradicional "bajo sus diversas formas ha afirmado siempre la existencia de una raza primordial, portadora de una espiritualidad trascendente y considerada, por esta razón, como divina o semejante a los dioses. Hemos calificado su estructura de olímpica y entendemos por esta palabra una superioridad innata, una naturaleza que inmediatamente y como tal, es una supernaturalidad. En esta raza, una fuerza sobrenatural es una presencia que la predestina irresistiblemente al comando, a la función real, la afirma como la raza de aquellos que son y que pueden, como una raza solar" (p. 25).

Hay con qué hinchar de soberbia a más de "un hijo del sol" capaz de confundir, junto con Evola, las condiciones del cuerpo resurrecto con los atributos morfológicos de una raza mortal.

De cualquier modo yo no creo que esto sea muy contagioso y en un mundo atiborrado por la "coca-cola" de la estupidez colectiva, este fuerte licor de los dioses no corre el peligro de convertirse en bebida nacional. Emborrachará a un par de ilusos con pretensiones leoninas, pero a quienes tienen buena testa les servirá para afinar la puntería contra las taras del capitalismo.

RUBEN CALDERON BOUCHET

FRANÇOIS BLUCHE, *La vie quotidienne au temps de Louis XVI*, Hachette, París, 1980, 392 pgs.

No cabe ninguna duda que la historia es una ciencia "sui generis" y a pesar de esa especificidad irreductible a todas las clasificaciones clásicas hechas por los epistemólogos, mantiene con rigor la exigencia de su objetiva científicidad. Esta voluntad historiográfica nos permite preguntarnos sin incurrir

en impertinencias, si eso que se propone el historiador es probar la bondad o la maldad radical de un determinado régimen político o darnos una serena y lúcida descripción de una determinada época. Si se trata de lo primero entramos en el terreno muy discutible del pasionismo partidario y el libro nos parecerá bueno o malo según como responda a las reclamaciones de nuestro propio credo.

Decir que la Revolución Francesa estalló porque la Francia del siglo XVIII había entrado en una situación de crisis tal que se imponía la necesidad de un cambio de régimen, es ceder al movimiento desatado por la propaganda republicana y desconocer la existencia de una sociedad mucho más sana, ordenada y próspera, que aquella que sugiere la poderosa tiranía de la oposición. Si queremos sostener que se vivía el mejor de los mundos posibles y que el antiguo edificio de la monarquía francesa pasaba por un raro interludio de lozanía, habremos cedido a otra instancia apologética no autorizada por la documentación existente y firmemente negada por el crecimiento conflictivo de la oposición revolucionaria.

El profesor François Bluche, nacido en 1925 y especialista de Historia Moderna en la Universidad parisiense de Nanterre, ha dedicado la mayor parte de sus trabajos de investigación al siglo XVIII francés y tiene publicados, sobre esta época: "La Vie quotidienne de la noblesse française au XVIII^e siècle"; "Les magistrats du Parlement de Paris au XVIII^e siècle"; "L'Origine des magistrats du Parlement de Paris au XVIII^e siècle"; "Les magistrats du Grand Conseil au XVIII^e siècle"; "L'ascension par charges avant 1789", etc. Títulos que hablan de su competencia y, lo que todavía es mejor, de una observación minuciosa y sin prejuicios, sobre las condiciones sociales del Antiguo Régimen.

El mismo llama la atención, en el prefacio del libro reseñado, "que para interpretar con rigor los índices, es bueno tener el espíritu libre y una sensibilidad sin rigidez". Es verdad que el reinado de Luis XVI terminó en la revolución; ésta pudo habernos aho-

rrado sus explosiones, "porque el Estado no cesaba de reformarse. Hubiera bastado que tal esfuerzo hubiese sido más durable, mejor comprendido, para que aportara sus frutos".

Luis XVI era querido en Francia, su política exterior fue excelente y la situación general del país, la mejor de Europa en el momento que estalló la revolución. Sólo se le puede reprochar, y esto es quizá grave, que no haya tenido el tino de evitar lo peor con un enérgico golpe de estado provocado por él mismo.

No quiso hacerlo, no pudo hacerlo o no supo hacerlo, es una interrogación sin respuesta posible y con su vida pagó el secreto de esta terrible discreción de la historia. Lo que podemos afirmar, respaldados en la autoridad de Bluche, es que no fue el perfecto imbécil que nos presenta esa imagen d'Epinal acogida con tanto entusiasmo por el cine norteamericano, y propalada a todo trapo por la inagotable publicidad de las diversas cofradías liberales.

El feudalismo había muerto hacía ya tiempo y de muerte natural. Quedaban algunos resabios, tanto más antipáticos cuanto más inútiles, y la desigualdad de los nacimientos que afectaba tanto al orgullo de los burgueses enriquecidos. La servidumbre no existía y "el noventa por ciento de los paisanos son propietarios". Es precisamente ese codo a codo de la burguesía y la nobleza, del poder efectivo del dinero y los prejuicios del abolengo, el mayor acicate de la envidia, poderoso motor de las revoluciones.

Nuestro autor confiesa que su propósito no es sostener una disertación sobre las causas de la revolución — "ellas son intelectuales más que sociales o económicas"—, sino hacer una prolija investigación sobre la existencia y los sentimientos de los franceses en la época de Luis XVI. De estos quince años decisivos en la historia de Francia que el jacobinismo en el poder ha hecho la antesala inevitable de la Revolución. Bluche señala, con toda serenidad, el sesgo propagandístico de esta versión extrema.

RUBEN CALDERON BOUCHET

**EDMONDE CHARLES ROUX,
Don Juan de Austria, Emecé,
Buenos Aires, 1981, 263 pgs.**

No sé si será por el respetuoso recuerdo de tantos grandes escritores galardonados, pero el premio Goncourt, a pesar de la caída en la vulgaridad publicitaria de casi todos los otros, mantiene todavía una cierta calidad. Quizá fue ésa la razón que nos impulsó a leer el libro de Madame Edmonde Charles Roux publicado por Emecé. Sus antecedentes hablaban más de un excelente estilo que de una aplicación especial al conocimiento de la historia. Una biografía de la aromática Coco Chanel no era suficiente para acreditar una incursión por los entresijos del siglo XVI y mucho menos para calibrar con precisión el papel jugado por España en esos peleados comienzos de la Edad Moderna. De cualquier manera se advertía en esta entusiasta evocadora de los años locos de entre las dos guerras, un cierto gusto por la elegancia, que en una época de plebeyismo agresivo como la nuestra, no dejaba de ser alentador. Don Juan de Austria autorizaba una minuciosa inspección de su guardarropa que Mme. Roux ha sabido hacer con voluptuoso deleite, pero también una cuidadosa mirada a la armonía interior, al aristocrático equilibrio "de un alma hecha para hacer grandes cosas y decir hermosas palabras" como afirmaba Homero de sus héroes. Mme. Roux ha examinado los dos aspectos del magnífico capitán de Felipe II y ha sabido rendir un tributo de admiración al bello joven a quien una suerte desigual colmó de halagos y arrancó duramente de la vida cuando todavía se podía esperar mucho de su innegable talento.

El hijo natural del Emperador Carlos V tenía talla para aceptar un cotejo con el glorioso padre. La lavandera flamenca, de la cual descendía por los azares de un capricho regio, no dejó una marca gravosa en el vencedor de Lepanto, pero como siempre en casos similares, apareció en su vida cuando más lo podía perjudicar y se las arregló para sugerirle dudas sobre su imperial origen y herir su orgullo con la impúdica exhibición de sus malas cos-

tumbres. La Autora ha sabido tratar con mano maestra a su héroe y poner de relieve sus cualidades fuera de serie. No escatima tampoco los elogios merecidos por su padre, pero al fin "mondaine" no puede escapar a un cierto conformismo liberal cuando se trata de comprender el valor de la actuación del Rey Don Felipe II.

Mucha tinta protestante ha corrido por los libros frecuentados por Mme. Roux y a través de ellos se ha impuesto la imagen del estereotipado fanático, vestido eternamente de negro y escribiendo una interminable correspondencia para dar salida a su maniática prolijidad de burócrata. De esta interpretación convencional surge armado el "gran aguafiestas" de la Europa moderna. El hombre que se empeñó en curar a los flamencos de su calvinismo e impedir que la cristiandad saliera de parranda con Maquiavelo de un brazo y Erasmo del otro. Porque en realidad no creo que Mme. Roux ame a Lutero o a Calvino. La frecuentación de Coco Chanel y del versátil Fulco Santostefano della Cerda, Duque de Verdura, Marqués de Murata, y finalmente dueño de una lujosa "bijouterie" en la Quinta Avenida, la libran de cualquier movimiento simpático hacia figuras tan decididamente severas.

Maquiavelo sí. Con el famoso Secretario de la República de Florencia el snobismo de una gran burguesa está en su casa, y cuando crítica la política de Felipe II le reprocha precisamente lo mismo que le hubiera reprochado el Florentino: su demasiada preocupación por mantener a toda costa la unidad religiosa de Europa. A Erasmo no lo nombra, pero el escepticismo de este santo patrono de los católicos zurdos está en todas las críticas que deja caer contra el monarca español.

En verdad pocas veces se puede pedir a una pluma ágil y amena que nos instruya sabiamente sobre la profunda necesidad del combate librado por España en el siglo XVI. Nos contentamos con que haya sabido recordar con respeto la memoria de Don Juan de Austria, y nos haya llevado con él, en la nave capitana, hasta el golfo de Lepanto donde quedaron sepultados para siempre los barcos del Sultán.

Los Países Bajos fueron la cuna del

poderío burgués, la Tierra Prometida de la moderna usurocracia y, al fin, algo así como el Sinaí de los Derechos del Hombre. El Duque de Alba, que cargó con la pesada tarea de imponer el orden tradicional por la fuerza, se hace acreedor a todos sus denuestos y convierte sus autos de fe en una prefiguración de los hornos crematorios hitlerianos. No le perdona que haya impuesto su energía castellana a la tozuda protesta de los herejes flamencos.

Don Juan de Austria llegó a Flan-des con la aprensión de que allí se escondería el sol de la monarquía española, y sintió en su ánimo, a pesar de su juventud, los primeros fríos del desaliento. Los últimos meses del capitán están evocados con fuerza dramática y, desde el punto de vista literario, son, quizá, las páginas mejor logradas de este libro.

RUBEN CALDERON BOUCHET

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ - AURELIO VIÑAS, Lecturas históricas españolas, Rialp, Madrid, 1981, 481 pgs.

Al cumplirse los cincuenta años de su primera aparición nos llega esta tercera edición de lecturas acerca de la historia de España, realizada por dos conocidos catedráticos. Consideran ambos que dichas lecturas son "la forma más eficaz para enseñar la historia a la juventud" así como el "complemento forzoso de los manuales".

No podemos dejar de darles la razón. Las lecturas, extraídas de documentos coetáneos a los hechos, o de testimonios cercanos, de valor informativo, dan vida y atracción al desfile monótono de acontecimientos o a la acumulación de datos o de síntesis.

La selección es excelente y abarca el amplio período que transcurre desde el cerco de Numancia hasta la pérdida de los últimos dominios coloniales. Crónicas y descripciones, anécdotas y retratos de personajes, nos ponen en contacto con el período arábigo, de Covadonga a los Reyes Católicos, con el descubrimiento del Nuevo Mundo y con Lepanto, con Loyola y

Trafalgar, Napoleón y las Guerras Carlistas. Contacto vivo y directo, hitos y pantallazos que van construyendo una historia que, por motivos de herencia y de cultura, podemos considerar también como nuestra.

Las mismas dificultades que distanciaron tanto entre sí a las ediciones de esta obra, impidieron el propósito de los AA. de hacer preceder cada lectura de breves prólogos que la ubicaran en su contexto histórico. Creemos que no son necesarios. Los relatos se presentan a sí mismos. El conocedor profundo de la historia de España podrá engazarlos sin dificultad en su visión panorámica. El profano los leerá con el interés con que nos acercamos a una buena novela y, ciertamente, se despertarán en él un interés por nuevos conocimientos y un amor más vivo y apasionado por aquella Madre Patria, de la que recibimos el ser hispano y cristiano.

P. ALBERTO EZCURRA

LUCIEN-JEAN BORD, *Les Mérovingiens. "Les Rois inconnus"*, Editions de Chiré, Chiré-en-Montreuil, Vouillé, 1981, 284 pgs.

Lucien-Jean Bord, nacido en 1951, es genealogista y heraldista de profesión, consagrado también a los estudios históricos, autor de "*Généalogie commentée des Rois de France*" (cf. MIKAEL 24, pp. 169 s.), prologada por Hervé Pinoteau.

Estudia en este libro la dinastía Merovingia, que tiene su origen en el año 481, cuando un joven franco llamado Chlodwech (Clodoveo) es elevado sobre los escudos y proclamado rey por los guerreros de su raza. En treinta años transformará el pequeño territorio controlado por su pueblo, sentando, por la conquista como por una sabia administración, las bases de la nación francesa.

Sus sucesores van a consolidar su obra, hasta que la decadencia de esta primera dinastía cree las condiciones para la llegada al poder de una nueva familia, los Carolingios.

El período merovingio se extiende

durante dos siglos y medio, desde Clodoveo hasta Childerico III. Su influjo será profundo, y el feudalismo occidental no puede explicarse sin referencia a este tiempo, hoy desconocido, y que no fue tan bárbaro como suele afirmarse.

La obra, cuya presentación es excelente, se completa con un apéndice que incluye cuadros genealógicos, ilustraciones y una selección de documentos referidos a los tiempos merovingios.

D. P. F.

JACQUES LEVRON, *Philippe Auguste ou la France rassemblée*, Librairie Academique Perrin, Paris, 1979, 333 pgs.

La monarquía es, probablemente, el régimen de gobierno que mejor responde a las exigencias naturales del poder político y, si en este bajo mundo ha existido un sistema monárquico que haya respondido con éxito a mil años de diversas presiones, es el protagonizado por el Reino de Francia desde Hugo Capeto en el año 987 hasta la revolución de 1789, sin contar los disputados interludios de Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe de Orleans.

Sin lugar a dudas gran parte de ese éxito se debe a la concurrencia de muchos otros factores que apoyan la monarquía sumándose a su obra unificadora o evitando, en muchas ocasiones, los excesos de esa "*reductio ad unum*" cuando hace correr el riesgo de una destrucción amputadora de todas las comunidades intermedias creadas por la historia.

Sin familias fuertes no hay sociedad y sin nobleza no hay familias fuertes, porque el temple de la sociedad heril supone la educación de sus miembros en el cultivo de las virtudes que dan a las estirpes el sentido de comando y de responsabilidad social. Doscientos años de revolución nos aleccionan trágicamente sobre el poder disolvente de las minorías dirigentes cuando su selección se realiza en las promiscuidades del sufragio o en

las rondas siniestras de los levantamientos subversivos. Las sucesiones alternadas de los usureros y los maniáticos, relevándose en los gobiernos de los pueblos, nos hacen pensar con nostalgia en la buena época en que se podía contar, para el ejercicio de la función pública y los cargos militares, con aquellos nidos de hidalgos que fueron la gloria de nuestra caballería.

En las dos últimas décadas del siglo XII y primeras del XIII le tocó en suerte a Felipe Augusto, abuelo de San Luis, presidir la suerte del Reino en medio de las más ásperas querellas feudales y bajo la amenaza de la gran familia de los Plantagenets, vasallos del Rey de Francia por sus dominios en Normandía, Anjou y Aquitania, y reyes de Inglaterra de la que extraían un poderío a veces igual y otras superior, al de los Capetos.

Los Plantagenets, franceses por el origen y la lengua, tuvieron entre sus representantes más egregios y capaces de hacer una concurrencia política inteligente y audaz a Felipe Augusto, a la famosa Alinor de Aquitania, esposa de Enrique II de Inglaterra y madre de Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierras que en realidad no estuvo tan desposeído como sugiere su nombre. El marido de Alinor y su hijo predilecto Ricardo, fueron políticos muy hábiles y aunque el segundo no brilló por su prudencia, su audacia y su valentía nunca desmentida pusieron al Rey de Francia en más de una oportunidad al borde del colapso. Lo salvó su larga paciencia y la suerte de su reino que quiso que Ricardo muriera trágicamente y en la plenitud de la edad, cuando la guerra contra Francia entraba en un clima peligroso.

A estos peligros dinásticos debemos sumar la tendencia separatista de los grandes feudales, el peligro musulmán repentinamente crecido con el advenimiento al trono de Saladino el Grande, y la amenaza de la religión cátara en el sur de Francia cuyo sombrío desarrollo coincidía demasiado con los intereses de los Condes de Tolosa con respecto a los bienes eclesiásticos.

Sólida debía ser el alma de un Rey

para enfrentar estas fuerzas sin perder el tino ni abandonar, por razones sumariamente políticas, los intereses de la Cristiandad comprometidos en el debate. Para que nada faltara al difícil cuadro de la época, a fines del siglo XII subió al trono de San Pedro una de las personalidades más vigorosas y discutidas de la historia pontificia: Inocencio III. Felipe Augusto fue uno de los primeros en entrar en pugna con este celoso defensor de las prerrogativas papales y sintió en lo más profundo de su adhesión al poder regio, el valor de un interdicto de excomunión lanzado contra Francia, que puso a todos sus súbditos bajo una situación de abandono espiritual capaz de provocar los más lamentables conflictos sociales.

Felipe Augusto había desafiado todas las costumbres de la época al rechazar, sin otro motivo que una repulsión neurótica, a su legítima mujer, y hacer ostensible vida matrimonial con su amante del momento. Eligió mal la época y el lugar. Esto que tres siglos más tarde separaría a Inglaterra de la fe, puso al rey de Francia casi al borde de perder su reino. Su instinto de la profesión regia triunfó de sus inclinaciones pasionales y lo hizo volver por los fueros de la cordura política, justo cuando el Plantagenet llevaba contra sus ejércitos el victorioso ataque de sus fuerzas. Nada nos enseñaría la historia de este soberano si no hubiese puesto el interés del reino por encima de sus caprichos y no hubiera advertido, más allá del orgullo herido, el valor de la unidad espiritual bajo el magisterio de la Iglesia.

Suponer la historia de la Edad Media como si fuera un bloque monolítico de fe religiosa, es ceder a una imagen de beata fantasía, o, lo que es peor, a un requerimiento superficial de tipo didáctico. La Edad Media es muchas cosas: la teonomía de ese tremendo y misterioso poder unificador de la fe, el Imperio debatiéndose contra las tendencias fraccionadoras del feudalismo y éstas contra el centralismo monárquico, las órdenes mendicantes, los monjes caballeros, la sombría espiritualidad de los cátaros

y el ataque incesante del islamismo en todas las fronteras físicas y espirituales de la cristiandad. Es también la burguesía que comienza a tomar en consideración el sentido de su fuerza económica y a imponer los parámetros de su mentalidad racionalista a las diversas actividades del espíritu.

Felipe Augusto fue un hombre muy de su época, cristiano sí, ma non troppo, y mucho más accesible al miedo que al amor sagrado. Se movió con bastante holgura en el complicado tablero político de su tiempo, sin ceder a sus adversarios ni a las instancias, menos violentas, de las virtudes morales. Hombre de carne, su recuerdo no auspicia un proceso de beatificación. Pero como muchos otros tan poco santos como él, ligó a los suyos los intereses del cristianismo y contuvo los manejos de su propia política en límites que permitían el acceso de preocupaciones más elevadas.

Levron ha narrado su historia sin salirse un instante de los clásicos moldes del procedimiento evenemencial: los hechos, las circunstancias que los rodean y en alguna medida los explican, y posteriormente las influencias que tales eventos tuvieron sobre el orden social y el porvenir de Francia. Una etopeya del protagonista, serena y lúcida, completa el cuadro de la época, sin que nos haga correr la aventura de una hipótesis que escape al dominio de aquello que la ciencia considera posible y verosímil. Un libro útil para los que piden de la historia una información objetiva.

RUBEN CALDERON BOUCHET

HUBERT JEDIN, Historia del Concilio de Trento, Tomo IV, EUNSA, Pamplona, 1981, dos vol.: 464 y 440 pgs., resp.

Con estos dos volúmenes se completa la obra del docto historiador alemán dedicada al Concilio de Trento, publicada por Ediciones Universidad de Navarra. Hubert Jedin analiza el período final del Concilio de Trento (1562-1563), que se caracteriza por

una intensa actividad diplomática y política de la Iglesia durante la preparación de dicho período y por hechos de profundo alcance tanto histórico como doctrinal a lo largo de su desarrollo.

En el volumen primero se estudian las ideas que predominaban acerca de la reforma de la Iglesia durante los pontificados de Julio III y de Paulo IV. El A. hace ver cómo las grandes potencias de la época se mostraron remisas para enviar sus obispos y delegaciones respectivas al Concilio de Trento. De hecho fueron España e Italia las dos naciones de más representación en el mismo, mientras que Alemania prácticamente no tuvo representación episcopal durante este período.

Por su parte Francia no se decidió a designar a sus obispos hasta después de los coloquios religiosos mantenidos en Poissy; al frente del episcopado francés fue el cardenal Guisa, personaje sumamente interesante cuyos matices psicológicos el A. trata de develar. Concluye el volumen con el relato de una gravísima crisis surgida en el Concilio y la muerte de los legados pontificios Gonzaga y Seripando.

El segundo volumen comienza exponiendo el modo como se superó la crisis que se produjo en el Concilio. Ello fue posible debido a la acertada intervención del nuevo presidente del colegio de legados pontificios, el cardenal Morone. El A. dedica posteriormente unos capítulos a estudiar la estructura social y financiera del Concilio, así como el nivel humanístico y teológico de las personalidades que tomaron parte en el mismo. Destina asimismo un capítulo al análisis de la ratificación del Concilio y al estudio de algunas cuestiones complementarias, cerrando su exposición con un apartado lleno de sugerencias en torno a la problemática que entrañó este acontecimiento histórico y a sus posibles repercusiones en el presente y futuro de la Iglesia.

La obra, que recoge datos valiosísimos para el conocimiento de los problemas teológicos, espirituales y organizativos del Concilio de Trento,

puede considerarse ya como un tratado clásico en cuatro volúmenes, cuya lectura y consulta resultará imprescindible no sólo al estudioso de la historia general y de la Iglesia, sino también al especialista en derecho canónico y en teología.

S. D. H.

JULIO IRAZUSTA, Breve historia de la Argentina, Independencia, Buenos Aires, 1981, 309 pgs.

Hay dos maneras de resumir en 300 páginas una historia de la Argentina. Una es la del Profesor Tijera, capaz de producir en pocos días un manual conforme a los programas del Ministerio —y con las "recomendaciones" correspondientes— recortando párrafos de otros manuales anteriores, los cuales, a su vez, han sido recortados o copiados de un escriba que —tal vez— estudió. Otra manera es la de Julio Irazusta, capaz de ofrecer en un breve volumen la síntesis y culmen de toda una vida dedicada al estudio y a la investigación de la historia patria.

Julio Irazusta no necesita recomendaciones. Harto conocidas son su vasta cultura —literaria, política, filosófica e histórica—, la seriedad de sus estudios y su honestidad intelectual, reconocida por amigos y adversarios. Irazusta abomina de la historia entendida como memorización de fechas y reiteración de lugares comunes. Para él la historia es una fuente viva, sin cuyo estudio resulta imposible la comprensión de la realidad presente. Por eso las falsificaciones históricas no afectan tan sólo la honradez de los eruditos. A una historia falsificada corresponde un país falseado en su escala de valores, disgregado en su estructura cultural y política, frustrado en las posibilidades de su misión histórica.

Tres puntos fundamentales vale la pena señalar en esta historia. Uno es la valoración favorable de nuestro pasado hispánico, contra una "leyenda negra" que parecía perimida, pero que

hoy resurge como caballito de batalla en los ambientes del indigenismo marxista y "liberador".

En segundo lugar el estudio de la época de Rosas, terreno en el que se puede considerar al A. como uno de los investigadores y especialistas más documentados.

Por último, la constante histórica constituida por el influjo y la presencia del imperialismo británico, desde los tiempos de la independencia. Presencia a veces en fuerza y descarada, pero por lo general a través de hilos sutiles, que mueven como marionetas a nuestras oligarquías nativas. En esta presencia descubre el autor la causa de que nuestro país sea una factoría, "cuando tenía todas las condiciones necesarias para ser una gran nación".

Lectura recomendable como básica para quienes, en medio de la oscuridad de nuestra crisis endémica, no han perdido aún la esperanza de reencontrar la unidad de destino que dará la razón de ser a la patria del mañana.

P. ALBERTO EZCURRA

AMALIA DE ESTRADA, Obsequio, Buenos Aires, 1981, 34 pgs.

Obsequio es el título de la pequeña pero excelente recopilación de sonetos que tenemos entre manos. Humildes, sencillos, sin la menor pretensión literaria, estos sonetos se encuentran en las antípodas de los ininteligibles esperpentos que se suelen publicar en ciertos suplementos literarios de los domingos. ¡Oh, grandeza de las cosas simples!

Resplandecen en estos versos, más allá de su inspiración poética, la sólida cultura, intensa espiritualidad y celo apostólico que caracterizan a la A., así como la lozanía de su juvenil espíritu, su santa indignación frente al mal, provenga de donde proviniera, y, por qué no, el humor más exquisito. "Oyendo dialogar tanto 'jumento'

— yo no puedo impedir a mi conciencia — protestar por la ofensa al pensamiento". Esto escribió en 1944. ¿A qué altura se elevará su "protesta" frente a la impresionante inflación "dialoguística" con que se nos ha saturado en los últimos decenios?

34 páginas, un lindo prólogo y 25 sonetos que nos hablan de muchas cosas y que nos llegan al alma. De ellos extraigamos uno para muestra:

LA MUERTE

Te pintan descarnada y con guadaña
cubierta tu fealdad tras negro manto.
Te miran con el miedo y el espanto
con que se suele ver una alimaña.

Te nombran con rencores y con saña,
te reciben con gritos y con llanto.
Sólo el alma cristiana y la del santo
con tu fiera apariencia no se engaña.

Mensajera de Dios, que al hombre llama
para darle la vida que no muere.
¡Beatífica visión para quien ama!

Yo no voy a entonarte un Miserere
de lúgubres acentos, sino un ¡Hosanna!...
¡Al cielo no se va, si no se muere!

La A. ha acrisolado su vida tanto en el gozo de pertenecer a una Iglesia que ella ama militante, como en el dolor por aquello que Rosmini llamara "las plagas de la Iglesia", y que sólo son capaces de "padecer" los que la quieren como a una madre. "Mas desde el alma, que el dolor depura — se oye gritar el 'fiat' con bravura!".

P. ALVARO F. EZCURRA

JUAN OSCAR PONFERRADA,
Valle de Luz, Ed. Arumen, Catamarca, 1980. **Elegía del Paraíso**, Ed. Penka, Buenos Aires, 1982, 80 pgs.

Han llegado a nuestra mesa de redacción estos dos excelentes libros de poesía, del celebrado vate argentino Ponferrada, vastamente conocido en nuestro ambiente cultural por sus numerosas obras, entre las cuales es menester destacar su espléndido "Loor

de Nuestra Señora la Virgen del Valle", recientemente reeditado por Dicitio, así como "El Carnaval del Diablo", obra que ha merecido seis ediciones.

Los lectores de nuestra Revista ya han podido saborear algunas primicias del primero de los libros que ahora comentamos, **Valle de Luz** (cf. MIKAEL 23 pp. 97-104; 24 pp. 50-51). Valle de Luz es un romance que el A. dedica a la historia de su patria chica, San Fernando del Valle de Catamarca, de la que va cantando el nombre, las fundaciones, los sitios en que estuvo, los nombres que le dieron, las guerras calchaquies, la aparición del Inca Hualpa, el extrañamiento de los indios rebeldes, la historia de la Virgen protectora del Valle, y finalmente la visión que su paisaje ha dejado en los ojos del poeta: "así se la ve ahora".

Cierran la obra otros cantos del lugar, como la delicadísima Florecilla del Padre Esquiú, una glosa-homenaje al poeta y recopilador Carrizo ("De gordo que era al andar — hacía temblar el piso; — y fue cantor de primera — don Juan Alfonso Carrizo"), y escenas de las luchas federales.

Pocas veces hemos leído, en autores nacionales, una "poesía histórica" que haya alcanzado un nivel tal de inspiración. Sus estrofas trasuntan el más cálido patriotismo y la más entrañable religiosidad. Lamentablemente la edición no ha sido cuidada como lo hubiera merecido. Prueba de ello, la generosa fe de erratas que clausura el volumen, erratas que en un libro de poesía resultan mucho más imperdonables que en los de prosa. Asimismo no deja de ser lamentable leer en la última página: "Este libro se imprimió... con un tiraje de 300 ejemplares". En una época en que tanto necesitamos afirmar los grandes valores de nuestro ser y tradición nacionales, ¿no habría sido conveniente que el Gobierno de la Provincia de Catamarca se hubiese preocupado por hacer una edición más digna y abundante que se hubiera podido distribuir incluso en los colegios de modo que los catamarqueños aprendiesen desde niños, y de memoria, la hermosa historia de sus orígenes?

En cuanto a **Elegía del Paraíso**, un impecable bosquejo poético de la historia de la salvación, su lectura nos ha sumergido en el asombro y la admiración más rendida. Tras un delicado Ofertorio ("Sólo es sed de alabanza — todo cuanto mi verso puede darte; — musical esperanza — de convertir en arte — la gracia que me des para alabarte": p. 13), Ponferrada va recorriendo, en un largo capítulo que llama "Árbol de la Vida", los grandes estadios de nuestra salvación. Luego de referirse a la Creación, describe en inspiradas lirás el Paraíso: "Pues esto era el Edén: — Inocencia de ser en la armonía — venturosa del bien; — clara sabiduría — de no sentir tristeza en la alegría"; "La tierra germinal — con la espontaneidad de la alabanza — pues Dios ejercitaba — su infalible labranza — como hoy labra el amor nuestra esperanza" (pp. 28-29). Sigue después la trágica Caída en el pecado: "¡Ay, destino tronchado! — ¡Ay, vértigo mortal de la caída! — ¡Ay, cielo desplomado! — ¡Ay, tierra estremecida! — ¡Ay, soledad del alma desvalida!" (p. 33). Continúa luego con lo que llama "el Rescate", comparando la tierra virgen de la creación con la tierra virgen e la redención: "Oh tierra virginal, — tierra llena de gracia en tu primera — condición natural. — Intacta y hechicera — tierra de la primera primavera" (pp. 35-36). El misterio de la reparación encuentra su cátedra privilegiada en el Signo de la Cruz: "Cuerpo de mi Señor, — señalero del cielo, vertical; — brazos del Salvador — horizonte total. — ¡Oh signo de la suma universal!" (p. 39). En fin, una lírica, admirable y teológica descripción que sólo pudo haber brotado del corazón de un poeta exquisito y de un gran católico.

Termina esta segunda obra con una excelente "Egloga" navideña, apta para ser llevada a las tablas. Citemos algunos de sus versos: La dueña de casa: "Diz que tenía el pequeñuelo — la misma gracia de María"; el cantor: "Y a Dios Padre se parecía — en los ojos color de cielo"...; vecina 2ª: "Diz que nació una noche fría — y que un pesebre fue su cuna; — y que la Virgen

lo envolvía — con los pañales de la luna"...; una niña: "Adivina, adivinador, — este misterio verdadero: — ¿Quién es Pastor siendo Cordero — y Criatura siendo Creador?"...; otra niña: "Adivina, adivinador, — esta verdad tan misteriosa: — ¿Quién fue hija, madre y esposa — a la vez de un mismo Señor?" (pp. 55-57). Y, como broche final, una "glosa de amor": "Del ciego bajó el amor, — en una noche de frío, — como la flor del rocío — cayendo sobre otra flor" (p. 77).

Aun cuando bien sabemos —testigos, los libreros— que la gente de nuestro tiempo es bastante alérgica a la lectura de poesías, en parte porque los poetas hoy en día suelen ser bastante malos, en parte también porque para leer poesía hay que leer despacio, y nosotros nos hemos acostumbrado a leer lo más rápido posible, sin embargo no dudamos que, para quien quiera hacer la experiencia, la lectura de estas dos obras del gran poeta argentino, Juan Oscar Ponferrada, será de suma utilidad y deleite espiritual.

P. ALFREDO SAENZ

JUAN ALFREDO PUJOL, O. F. M., "... y habitó entre nosotros...", Claretiana - Edic. Franciscanas, Buenos Aires-Rosario, 1982, 329 pgs.

Comentarios a las lecturas dominicales correspondientes al ciclo "B". Permítasenos comenzar confesando nuestra poca simpatía por este género literario. La sección "Homilética" solía ocupar un amplio espacio en las bibliotecas clericales —y lo ocupa aún en aquellas por donde no pasó la "revolución cultural". Desde los solemnes tomos lujosamente encuadernados de Bossuet, Fenelon, los manuales de Señeri, panarios y viridarios diversos, hasta las prácticas colecciones "Verbum Vitae" de la B. A. C. y "Docete" de Herder. Había allí verdaderas joyas, pero para encontrarlas era preciso escarbar entre pilas de abundante cáscara retórica.

Luego vinieron los comentarios post-conciliares, para las lecturas de los nuevos ciclos litúrgicos, pero la cosa no mejoró demasiado. Sólo nos hemos atrevido a recomendar sin reservas los tres volúmenes de Solé Roma (cf. MIKAEL, 23, pp. 173s.). Los de Codina Canals, que algún colega reseñó con elogio en estas páginas, nos parecen seguros en doctrina, pero en exceso farragosos. Nos viene a la mente un mamotreto con sugerencias para los tres ciclos —de cuyo autor no queremos acordarnos— y con el cual realizamos un experimento: lo colocamos en un alambique y no conseguimos destilar ni una sola idea.

El autor insinúa suavemente las dificultades de los fieles para aprovechar la homilía dominical. Pero éstos no se quejan por lo general de la excesiva elevación teológica, sino, al contrario, de la chatura de las aplicaciones y de la vacuidad de la doctrina, a la que se intenta suplir por divagaciones humanistas y moralizantes o desbordes psico-sociológicos. Críticas que ya expresaba con frecuencia León Bloy, en el furibundo estilo que lo caracteriza, pero que tienen bastante de válido y deberían llevarnos a un serio examen de conciencia.

Este libro, sin embargo, no se dirige en primer lugar a los sacerdotes, sino a las familias. Está escrito como un instrumento útil para prolongar en el hogar la celebración dominical. Para ser leído y comentado en ambiente de oración y diálogo, para completarse con el frecuente recurso a la lectura de la Biblia.

La obra en general es correcta y pensamos que puede cumplir su objetivo. El estilo es llano y directo. A veces nos deja la impresión de que el vuelo del águila escriturística resulta un poco gallináceo, pero como no queremos extremar el tono bilioso de esta recensión, preferimos concluir diciendo que la doctrina es buena y que los puntos en que podríamos expresar nuestro desacuerdo caben perfectamente dentro del más legítimo pluralismo, lo cual no ocurre con la mayor parte de las obras teológicas

que pasan por sobre nuestra mesa de trabajo de inquisidor literario.

P. ALBERTO EZCURRA

D'ANGELO RODRIGUEZ - DIAZ ARAUJO - GARRIDO, **Evolución y evolucionismo**, OIKOS, Buenos Aires, 1982, 105 pgs.

Contiene la presente obra tres valiosos estudios. En el primero, el Prof. Aníbal D'Angelo Rodríguez relaciona el evolucionismo con la idea del "progreso" (considerada, en sentido orteguiano, una "creencia"), cuya crisis actual afecta seriamente las teorías transformistas.

Enrique Díaz Araujo, cuya amplia versación en el tema es de sobra conocida por los lectores de MIKAEL, emprende en la segunda parte una rigurosa crítica del evolucionismo, desde el punto de vista filosófico y científico.

Por último, el Dr. Julio Garrido, miembro de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, realiza un apretado análisis de los factores científicos, filosóficos, religiosos y psicológico-sentimentales, que intervienen en la adopción de las diversas opiniones respecto al problema y concluye estableciendo una tipología de las diversas actitudes que ante el evolucionismo se plantean.

Como síntesis, podemos afirmar que el evolucionismo no tiene origen científico sino filosófico y que el hecho de que se lo haya erigido en una "filosofía del medio ambiente", impermeable a todas las críticas y refutaciones, se debe a que constituye el supuesto (podríamos decir la "fe") necesario tanto para el cientismo materialista como para las dominantes concepciones heraclitanas y utopistas (liberalismo, marxismo, progresismos varios).

Aprovechamos la ocasión para señalar a nuestros lectores que las publicaciones de OIKOS (Asociación para la Promoción de los Estudios Territoriales y Ambientales) en su con-

junto (desde este modesto opúsculo hasta el monumental Atlas del Desarrollo Territorial de la Argentina, de Patricio Randle) se destacan tanto por la calidad de su aporte científico como por su correcta orientación doctrinal.

P. ALBERTO EZCURRA

WERNER SOMBART, **Los judíos y la vida económica**, Cuatro Espadas, Buenos Aires, 1981, 516 pgs.

"El origen del capitalismo tiene como causa el descubrimiento de la máquina a vapor...". Esta afirmación de ingenio materialismo constituye una pseudoverdad acriticamente aceptada e indefinidamente repetida en los textos de la cultura manualista y enciclopédica.

Pero ya Hillaire Belloc ubicó el nacimiento de la revolución industrial y del moderno capitalismo en el contexto más amplio de "la crisis de nuestra civilización". Y Max Weber, en su obra clásica "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", demostró la influencia de la religión —más concretamente del dogma puritano y del predestinacionismo calvinista— sobre las transformaciones de la vida económica.

En la línea de Weber, el economista alemán Werner Sombart (1863-1941) aporta con "El burgués" una contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno y estudia en "Lujo y capitalismo" la influencia del consumo superfluo sobre el desarrollo del capitalismo.

El libro que hoy presentamos en su versión castellana es rigurosamente científico y objetivo hasta el punto de que "pese a consagrar 500 páginas a hablar de los judíos y nada más que de los judíos, ha logrado abstenerse, de un extremo al otro, de la menor apreciación sobre los judíos, su carácter, sus obras y sus actos". Se limita a constatar que los judíos son los fundadores del capitalismo

moderno y que "no existiría capitalismo moderno ni civilización moderna sin la dispersión de los judíos en los países del hemisferio norte del globo terrestre".

El A. permanece en el plano histórico y económico. No alcanza la visión teológica del P. Meinvielle, quien señala que los judíos, al rechazar al Mesías prometido, ponen al servicio de Mammón todos sus dones y cualidades mesiánicas, ni la afirmación de Papini, quien dice que los judíos dominan a los cristianos, porque éstos no son verdaderamente cristianos, sino que han adoptado los mismos valores judaicos, "el amor de la potencia, de la moneda, de la cantidad" ("Dizionario dell'omo selvatico").

¿Por qué este libro no ha conocido la difusión de otros del mismo autor? Porque después de la guerra el problema judío es tema "tabú", si no se lo toca en clave apologetica o elegíaca. Las víctimas reales y supuestas del "holocausto" han sido astutamente capitalizadas para construir un telón de horror y de dolor, apto tanto para cubrir las piraterías del sionismo internacional como los delitos políticos, económicos y comunes del "mártir" Jacobo Timmerman.

P. ALBERTO EZCURRA

EFREN DE LA MADRE DE DIOS, **Teresa de Jesús**, La Editorial Católica (BAC popular), Madrid, 1981, 249 pgs.

La Iglesia celebra este año el IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús. El Papa Pablo VI la proclamó Doctora de la Iglesia en el año 1970. Siempre que el Papa proclama o pone de relieve la doctrina o vida de un Santo lo hace con la convicción de que su presencia resulta útil para los tiempos presentes, y no sólo que fue útil para tiempos pasados. Así también lo afirman expresamente los últimos Papas, refiriéndose precisamente a nuestra Santa. Pablo VI: "para que tenga una misión más

autorizada que llevar a cabo dentro de su familia religiosa, en la Iglesia orante y en el mundo". Juan Pablo II: "En esta época nuestra, surcada por los fermentos de renovación que han seguido al Concilio Vaticano II, el IV Centenario de la muerte de Santa Teresa constituye una fuerte llamada a cultivar esos valores supremos por los que ella gastó su vida y que el Concilio ha propuesto a los hombres de nuestro tiempo".

Queriendo traer la memoria de nuestro querido Pastor convaleciente, Mons. Adolfo Tortolo, transcribamos algunos de sus conceptos sobre la santidad, tal cual los dejara expuestos en MIKAEL N° 5, tratando de "Tomás de Aquino, el Santo de la Verdad", y que aparecen reproducidos en su notable libro "La Sed de Dios" (Ed. Claretiana):

"Quizá ninguna palabra sea tan privativa de Dios como la palabra Santidad. 'Yo soy Santo; sólo Dios es Santo', no son expresiones de un simple atributo. La Santidad de Dios es mucho más. Es el medio vital en que vive Dios necesariamente, penetra toda su realidad **ad intra** y toda su acción **ad extra**. Es el halo del misterio que lo separa de todo. Pero es también lo absolutamente suyo.

"Todas las culturas han reconocido y reconocen la preeminencia del valor Santidad, y consienten en que el santo es superior al héroe, al sabio y al genio. El mismo sentido popular cuando quiere exaltar la bondad de alguien lo expresa todo diciendo: es un santo.

"Pero ¿en qué consiste la Santidad? Santo Tomás de Aquino —cuya Santidad quisiéramos entrever— nos señala dos elementos esenciales en la Santidad de Dios; negativo uno y positivo el otro. La Santidad exige inmunidad de pecado y absoluta adhesión a Dios o unión con El. Es decir: adhesión total a Dios mismo.

"Dios y el pecado metafísicamente se rechazan y se oponen. En Dios no hay pecado ni tiniebla alguna. Vive en un océano de pureza inmaculada y en un abismo de luz incorruptible. Se extasía contemplando su límpida pu-

reza. Esta contemplación eterna, siempre en acto, lo embebe en la unión frutiva del amor a Sí mismo. En esto consiste la Santidad de Dios.

"Su vida **ad intra** y su acción **ad extra** son santas, porque surgen de la Fuente misma de toda Santidad. Una breve frase expresa bellamente esta incuestionable realidad cuando afirma: 'Dios santifica todo lo que toca'.

"Esta substancial Santidad de Dios se nos hizo visible y comunicable en Cristo. 'El Santo que de ti nacerá...' en el anuncio del Ángel marca el carácter específico y sagrado de quien nacería de la 'llena de gracia'. Desde ese instante, Cristo Jesús, prototipo de toda Santidad, viene al mundo 'lleno de gracia y de verdad', y 'de su plenitud todos recibimos'.

"Gracia y Santidad se confunden entre sí. Por eso Cristo al comunicarnos su gracia nos santifica, al santificarnos nos transforma en El, al transformarnos en El nos diviniza. Nos introduce en la vida que es Dios.

"Ser santo entraña aversión —odio es mejor—, pero aversión irreconciliable con el mal y una adhesión total al bien. Ser santo equivale a vivir en el orden en que vive Dios y al modo de Dios. Ser santo es elegir a Dios y mantener inmutable esta elección, aun a costa de la vida. Ser Santo significa estar en Dios —inesse in Deo— en grado sumo hasta lograr la fusión más plena en El. Ser santo, dentro de la mística paulina, es ser Cristo de algún modo.

"Pero al mismo tiempo ser santo es responder a una incuestionable exigencia de Dios **ab aeterno**: 'Sed santos porque Yo soy Santo'.

"Todo santo lo es en la medida en que participa de la Santidad de Dios y encarna en sí aquellos elementos esenciales; inmunidad de pecado e inquebrantable o absoluta unión con Dios. En este maravilloso proceso, en que Dios y el hombre se adunan, hay constantes: la verdad, el amor, la gracia. La primacía la tiene el amor.

"Hay también variantes: cada hombre, su libertad personal, su coyuntura histórica.

"Interviene Dios en su plan concreto sobre cada ser humano, así como sobre toda la humanidad. La irrepitibilidad de los hombres nos advierte la irrepitibilidad de los santos. Cada hombre es un mundo nuevo; pero el santo lo es muchísimo más. La naturaleza configura distinto a cada rostro. Los rostros de la gracia son más distintos todavía.

"Cada santo es una imagen viva de Cristo, gestada desde la profundidad de la gracia y proyectada hacia afuera con el misterio de una misión personal volcada en su corazón y puesta sobre sus hombros" (La Sed de Dios, pp. 163-164).

Este texto es perfectamente aplicable a Santa Teresa. Ella fue forjada por la Gracia de Dios en una época determinada. En momentos en que la Iglesia sufría divisiones, ella se lanzó a la reforma del Carmelo, pero con una visión magnánima, que trascendía su propia familia religiosa. Teresa tuvo siempre en su mente la Iglesia Universal. Por Ella sufrirá, por Ella rezará. En todo buscará el bien de ella y, en medio de tanta anarquía, la Santa buscará sujetarse en todo por la obediencia. Santa Teresa dirá de los reformadores protestantes que son espejos rotos, que ofrecen una imagen deformada de Cristo, y que son peores que las almas en pecado mortal (espejos sucios, a los que una limpieza basta para que vuelvan a transparentar la buena imagen de Cristo). Tanto amó a la Iglesia, porque tanto amó a Cristo, huésped del "Castillo Interior". No otra es la carrera de toda carmelita, que deja el mundo y entra en la soledad para llegar a la unión con Cristo, el Esposo del alma.

Llevada por la obediencia escribió su vida, y llevada por la humildad lo hizo en un lenguaje asequible a sus contemporáneos, que para nosotros resulta un tanto difícil. De allí el mérito de este libro: acercar a los hombres de nuestro tiempo la vida de una Santa que sigue siendo maestra en el arte de la identificación con Cristo. La vida de Santa Teresa se desarrolló por cierto en medio de problemas, tanto materiales como espirituales, lo cual nos

muestra hasta qué punto los santos son humanos y están cerca nuestro. Para llegar a la santidad, nosotros, como ellos, debemos luchar contra el mundo, el demonio y la carne. La fidelidad al camino de la santidad pide la perseverancia ante las persecuciones, incomprensiones y desprecios no solamente de los enemigos, sino también de aquellos que más deberían comprender, los de la propia familia.

Retomando las palabras de Juan Pablo II, "en esta época nuestra, surcada por los fermentos de renovación...", época tan parecida a la que le tocó vivir a Santa Teresa, es de desear que surja una contrarreforma, otra Santa Teresa, otro San Juan de la Cruz, otro San Ignacio..., santos que amen apasionadamente a la Iglesia, a Cristo y al prójimo. "El IV Centenario de la muerte de Santa Teresa constituye una fuerte llamada a cultivar esos valores supremos por los que ella gastó su vida y que el Concilio ha propuesto a los hombres de nuestro tiempo".

Que esta obra sirva para un mayor conocimiento de los Santos, de modo que sean éstos —y no los ídolos del cine o del deporte— los verdaderos modelos de las generosas almas juveniles. Que las expresivas palabras de Mons. Tortolo sean verdaderamente una realidad, también en nuestro tiempo: "Todas las culturas han reconocido y reconocen la preeminencia del valor Santidad, y consienten en que el santo es superior al héroe, al sabio y al genio"... y al artista, futbolista, tenista. Los jóvenes de hoy conocen la vida y las obras (y chismes) de todos ellos... pero de los santos no tanto.

P. GASTON DEDYN

SERAFIN DE SAROV, **Conversación con Motovilov**, Lumen, Buenos Aires, 1981, 127 pgs.

Continúa la editorial Lumen en su colección Ichtyz poniéndonos en contacto con los más valiosos escritos de la espiritualidad oriental.

Presenta este libro, en primer lugar, la vida de Serafín de Sarov (1759-1831), preparada sobre la base de un trabajo de Irina Gorainoff. Serafín (canonizado en 1903 por la Iglesia Rusa) parece un personaje arrancado del desierto de la Tebaida, tanta es la similitud de su vida y doctrina con la de los Padres antiguos, como el gran Pacomio, Pafnucio o San Antonio. Cenobita, ermitaño en el bosque, o enclaustrado en su celda, staretz (maestro de vida espiritual), fundador de un cenobio de vírgenes, consejero de multitudes, su espiritualidad se sumerge en la contemplación sapiencial de la Escritura y su oración sigue el camino señalado por los grandes maestros del hesicasmo (cf. pp. 15, 17s., 49), hasta alcanzar aquel silencio ("impasibilidad de la plegaria") en el que es la moción del Espíritu la que actúa sin cesar (cf. p. 19).

Sigue la "Conversación con Motovilov". El anciano "staretz" —próximo ya al encuentro definitivo con Dios— recibe al joven laico Motovilov, lo cura milagrosamente de su enfermedad y lo hace portador de su mensaje espiritual.

El núcleo de este mensaje responde a la inquietud del joven: ¿Cuál es el objetivo de la vida cristiana? "El verdadero objetivo de la vida cristiana —responde Serafín— consiste en la adquisición del Espíritu Santo de Dios" (p. 66), es decir, de la gracia, que se recibe por el bautismo y la fe en Jesucristo, y que debe crecer hasta alcanzar su plenitud en la luz y en el amor.

Todo lo demás, "la plegaria, el ayuno, las vigiliias, la limosna y toda acción buena hecha en nombre de Cristo, no son más que medios para alcanzar la adquisición del Espíritu Santo" (ib.). Sobre estos medios, sobre la presencia de la gracia en los diversos momentos de la historia salvífica, sobre el comercio y el combate espiritual, sobre la discreción de espíritus, discurre la sabiduría de Serafín, quen termina exhortando a su discípulo a iluminar a otros con la luz recibida, a ser apóstol laico confiado en el poder de la fe (cf. pp. 93-96).

Serafín no es un consejero puramente teórico. Habla de lo que posee, de la realidad que ha conocido con la inteligencia y el corazón. En sus palabras llenas de luz puede haber puntos que nos resulten oscuros, como los que se refieren a la permanencia de la gracia en el pecador y en el hereje (cf. pp. 83 y 85), o a la certeza experimental de la presencia en nosotros del Espíritu Santo y su gracia (cf. pp. 87ss.). Pero no debemos olvidar aquí la mayor libertad que es propia del lenguaje místico, ni la menor precisión escolástica que caracteriza la teología oriental.

Cierran esta valiosa obra las "instrucciones espirituales", sobre Dios, las virtudes, la vida activa y contemplativa. Aun fragmentarias, corregidas y resumidas, ofrecen un ramillete de pensamientos y direcciones de suma utilidad para la ascesis cristiana. En un breve apéndice exhorta a los laicos en el camino hesicasta hacia la oración y la santidad.

En síntesis, una obra que vale la pena leer y meditar, teniendo en cuenta las reservas arriba señaladas.

P. ALBERTO EZCURRA

SAN ELREDO DE RIEVAL, Jesús, Vida, Alma, Oración, Ed. Claretiana, Buenos Aires, 1980, 308 pgs.

San Elredo de Rieval, figura destacada del monacato inglés del siglo XII, es uno de los principales autores cistercienses de los orígenes. Nació en Escocia en 1110; a los veinticuatro años de edad se hace monje cisterciense en la Abadía de Rieval. Destacándose por sus notables cualidades es enviado a Roma en 1142 para una delicada misión; a su regreso se lo nombra Maestro de Novicios. Ejemplo de vida monacal, influyente en la corte del Rey, autoridad en la Iglesia de Inglaterra, maestro y escritor, se le ha llamado con razón "el

Bernardo inglés". Entregó su alma al Señor el 12 de enero de 1167.

En el presente libro se incluyen cuatro opúsculos de diversas características, pero de una misma excelencia espiritual.

Cuando Jesús tenía doce años es una meditación bíblica y espiritual del pasaje de San Lucas. San Elredo comunica acá su experiencia interior expresándose en el espíritu de la devoción a la Humanidad de Cristo, y sistematizando el desarrollo de la vida espiritual a partir de los hechos de la vida de Jesús.

Vida reclusa es un tratado acerca de la vida monacal. La reclusión es un modo de vida monástica, que admite formas diversas: vida solitaria o anacoretica, vida comunitaria, etc. El A. exalta las excelencias de esta vida contemplativa dando a la vez algunas reglas específicas para este género de vida.

Sobre el alma es un tratado de antropología en forma de diálogo, lo que hoy llamaríamos una antropología teológica, es decir, el sentido del hombre a la luz de la Revelación divina. A Elredo le interesaba el hombre pero considerado en el prisma divino, como sujeto de la gracia, como "imagen de Dios". Porque para este santo —como para todos los santos— la visión del hombre no puede ser completa si se lo desliga de Dios.

Oración pastoral cierra el presente volumen, expresándose en ella el inagotable espíritu paternal del santo. Bosqueja aquí el A. la figura del buen pastor, del verdadero Abad, sus preocupaciones referentes a sí mismo y a sus monjes. Sin pretenderlo directamente, refleja de manera admirable la caridad, la humildad y la prudencia gubernativa de este monje que se llama a sí mismo "pastor pobre y miserable, débil, ignorante e inútil". Pero a quien el Buen Pastor de los cielos coronó con la gloria de los santos pastores.

CARLOS ROBERTO GIMENO
Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 2º Año de Teología

TITUS BURCKHARDT, Esoterismo Islámico, Taurus, Madrid, 1980, 164 pgs.

El objetivo de la colección en la que se integra el presente volumen queda bien expuesto por sus directores: "La Biblioteca de Estudios Tradicionales tiene como fin principal mostrar al lector una serie de textos fundados en la **Tradición**, entendida como la transmisión espiritual, a lo largo del tiempo, de verdades trascendentes, cuyo origen se remonta al de esta humanidad..." (s. f.).

Se nos ofrece asimismo las razones de la difusión pública de tales verdades. En primer lugar "la confusión extrema de la época actual"; segundo: "los términos que se utilizan (trascendencia, esoterismo, etc.) han sido usurpados en los últimos tiempos para enmascarar de modo grotesco ideas poco espirituales y peligrosas, que se hace imprescindible el suministrar los datos necesarios para separar el oro de la ganga. El último motivo lo constituye el brutal proceso de 'maquinización' del hombre de nuestros días debido al auge de la ciencia profana, que por el solo hecho de sus descubrimientos técnicos se ha convertido en juez y árbitro absoluto de la interpretación del Universo, favoreciendo en el ser humano una desdichada situación de angustia y desorientación, al sumergirle en toda clase de obsesiones y desequilibrios por la negación de la capacidad de objetividad del hombre: su centro indestructible" (ibid.).

De esta "Carta Fundamental" salta a la vista una profunda revalorización de lo Tradicional, de lo Transmitido por nuestros mayores como preciosa herencia, en contraposición a lo sostenido por el pensamiento libertario (o libertino) —más en lo intelectual, si cabe, que en lo moral— de nuestro mundo contemporáneo, que vive pensando en "descubrir la pólvora" a cada paso y se alimenta de superficialidades, bagatelas y venenos. "Basta mirar el mundo moderno, su carácter artificial sin belleza; su estructura inhumanamente abstracta y cuantitativa

para saber lo que es el pensamiento librado a sí mismo" (p. 113). Esta "confusión actual" está áureamente representada por el espiritismo, la teosofía, la hechicería o el Vudú, y las centenares de sectas que invaden a nuestro pueblo inerme. En fin, una amplia gama donde encontramos toda suerte de extrañas supercherías, que la humanidad angustiada, ignorante, descreída o excesivamente crédula, ha inventado o admitido en estos últimos decenios de manera alarmante, que va desde la proliferación de horóscopos en periódicos y revistas hasta una fantaciencia pseudoarqueológico-extra-terrestre, pasando por la abdicación total de la razón con los Testigos de Jheová. En resúmenes cuentas: un zoológico mental completo, que al menos es índice de una realidad: la espantosa sed de Dios que experimenta la humanidad.

Un poco para afrontar todo esto, y con la intención de hacer respirar aires más puros, es que aparece esta Biblioteca. Pero es aquí donde, como en la parábola del Sembrador, esta semilla tan rica en sugerencias y llamados de atención se ve no sólo mezclada sino ahogada por la cizaña. Cizaña representada por el admirado "eje de la Unidad Trascendente de las Religiones", considerándose como igualmente revelados "el Veda, la Biblia y el Corán". Dejemos de lado a la misteriosa (y manoseada) India, ya que es el Islam el que ahora nos ocupa. Este libro es una buena (aunque un tanto complicada) introducción al estudio de las doctrinas del Sufismo —el aspecto esotérico e interior del Islam. En su primera parte el A. define la naturaleza del Sufismo y discute su relación con el misticismo cristiano (cf. pp. 19, 23, 38); luego hace un examen de sus fundamentos doctrinales y, por último, aborda los problemas de la realización espiritual, comentando los ritos, la meditación y la contemplación (cf. pp. 110, 122 ss.).

Aun el esoterista más exigente nos concederá que todo el edificio del libro está fundado sobre el presupuesto de que la revelación coránica es verdadera: "Ya que el Sufismo representa el aspecto interior del Islam, su

doctrina es, en substancia, un comentario esotérico del Corán" (p. 141). Pues bien, el Islam (interior o exterior) es semejante a la estatua que soñó Nabucodonosor, de aspecto imponente, pero de pies de barro: una piedrecita hirió la estatua en sus pies, los desmenuzó, y todo el ídolo se hizo pedazos (cf. Dan. 2). Los pies del esoterismo musulmán son los principios en que se apoya. Cuando se miran las sublimidades de un Ibn Arabi, podemos quedarnos impresionados —como impresionado quedó René Guénon—; pero si miramos los pies, veremos los tiene de barro. Y el guijarro que, con un ligero golpe, derriba la estatua, es el hecho de que no hay tal "revelación coránica". Mahoma no fue un auténtico Profeta (cf. Summa contra Gentes, I,6). El Islam no es sino una perversión de la doctrina cristiana, incompletamente conocida por el "Profeta"; es decir que fue una herejía: es lo primero que hay que entender antes de seguir adelante.

El "esoterismo islámico" pierde, pues, su sentido, al no reunir las condiciones de la "Carta Magna" de la presente Biblioteca. Y no es por "prejuicios exoteristas" que afirmamos esto. Lo es simplemente porque un católico nunca puede resignarse a interpretar en sentido meramente simbólico las definiciones dogmáticas de la Unión Hipostática, la Santísima Trinidad y la Sagrada Eucaristía (cf. p. 54, nota 6; p. 67, idem; p. 95, idem; p. 100); ni reducir a la Iglesia fundada por Nuestro Señor a "un modo de expresión" (p. 9) de las verdades permanentes y universales, insuficientes "frente a la Verdad total" (p. 11).

No consideramos otras implicancias secundarias, como los presupuestos necesariamente platónicos de los sufíes (cf. p. 65) ni su peligro de gnosticismo (cf. pp. 38, 40, nota 5). Todo esto es secundario. Lo fundamental, lo básico, el "principio y fundamento" es aquello de Hebreos 13,9: "Jesucristo es el mismo hoy, que ayer y para siempre. No os dejéis extraviar por doctrinas llamativas y extrañas". ¿Por qué vamos a dejar "la fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrieta-

das, incapaces de retener el agua" (Jer. 2, 13)?

Pensamos que, a la postre, aquella "confusión actual" de que habláramos, no se va a aclarar demasiado por estos derroteros errados, sino más bien se acrecentará.

GUILLERMO A. SPIRITO

Diácono de la Arquidiócesis de Paraná, 4º Año de Teología

MARIA DEL CARMEN C. DE BELAUNDE - CESAR H. BELAUNDE, **Formación Moral y Cívica**, Claretiana, Buenos Aires, 1982, tres vol.: 55, 60 y 86 pgs. resp.

La "Formación Moral y Cívica" tiene como finalidad "preparar a la juventud para que organice y lleve adelante su vida personal y social sobre la base de rectos principios morales que la eleven a su perfección en todos los órdenes".

Al servicio de esta finalidad los AA., de reconocida versación en el campo de la doctrina social cristiana, ofrecen estos tres pequeños volúmenes para el servicio de alumnos y profesores de los tres primeros años del ciclo básico, escuelas de educación técnica y escuelas de comercio.

En la confección de estos textos han prescindido de los cuestionarios, lecturas, trabajos prácticos, etc., que otros autores suelen incluir, considerándolos de escasa utilidad y confiando más en la explicación de los profesores, a los que se ofrece aquí base suficiente, y en la colaboración de los alumnos, factores ambos que permitirán tener en cuenta las variadas características regionales.

Una ética inspirada en la doctrina cristiana y en el orden natural permite iluminar la naturaleza y el deber ser del hombre, la familia, la cultura, la economía y la política.

La obra resulta positiva y correctamente lograda, dentro de los límites impuestos por los programas oficiales y por el "statu quo" nacional (Constitución del 53) e internacional (ONU y afines).

P. ALBERTO EZCURRA

JOSE M. GIRABAL c.m.f., **El Libro de los Santos. El Santo de cada día en imágenes**, Monar-Claretiana-Aplec Matagalls, Barcelona-Buenos Aires.

"Creo en la comunión de los santos...". Si consideramos este artículo de nuestra fe en la dimensión que une el cielo con la tierra, que comunica la Iglesia militante con la Iglesia triunfante, podemos explicarlo en tres ideas principales.

En primer lugar, los santos manifiestan la gloria de Dios. Como alabamos a Dios por sus maravillas en la naturaleza, corresponde que le alabemos por sus maravillas en el orden de la gracia. Nos lo dice la Santísima Virgen en su canto: "me llamarán bienaventurada todas las generaciones... porque el Señor ha hecho en mí grandes cosas".

Luego, los santos son nuestros intercesores. Como amigos de Dios que han llegado victoriosos al final del camino, en la contemplación y en el amor, ruegan al Señor por los que peregrinamos en esta vía difícil e incierta.

Por fin, los santos son para nosotros modelo y ejemplo de vida. Cristo nos pone como modelo al Padre: "Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto". Pero al Padre "nadie lo ha visto", y Él se nos muestra en Cristo, perfecto como Dios y como hombre. La vida cristiana viene a ser así una "imitación de Cristo", el camino del hombre creado a imagen de Dios y que busca conformarse con aquel que es la Imagen por excelencia del Padre. Los santos, que reflejan en su vida aspectos diversos de la suma perfección de Cristo, nos indican pues los diversos modos o caminos por los que puede concretarse el deseo de conformidad e imitación.

Este último aspecto tiene también un inmenso valor pedagógico. Resulta más fácil —sobre todo para los jóvenes— captar el ideal que se muestra encarnado en el ejemplo de una vida. Por eso la patria nos presenta el ejemplo de sus héroes y la Iglesia el de sus santos. Y el santo y el héroe se unen en el mártir. El héroe cristiano es san-

to, y la santidad se halla siempre impregnada de heroísmo. De ahí —por que se tiende a imitar a quien se admira— la importancia que adquiere el conocimiento de las vidas heroicas, la lectura de las vidas de los santos.

De ahí también que se puede señalar como una de las causas de la crisis de nuestra juventud el hecho de que al ejemplo de los santos y los héroes haya sucedido la admiración por los "ídolos" de la canción o del deporte, cinematográficos o televisivos, ídolos del éxito o de la vida fácil, personajes inflados de la "farándula" o héroes imaginarios de aventuras disparatadas. "Ídolos" no dice hoy tanto "dioses falsos", cuanto "falsos modelos".

Por eso la vuelta a la lectura de las vidas de los santos se puede señalar como una necesidad imperiosa. Resulta fácil ironizar sobre aquellas hagiografías donde la leyenda predominaba sobre la historia o lo admirable sobre lo imitable y repudiar apologías barrocas o empalagosas. Sigue sin embargo siendo válido el ejemplo del Capitán de Loyola que en su lecho de enfermo, leyendo las vidas de los santos, exclamaba: "Si Francisco hizo esto, Santo Domingo aquello, ¿por qué no yo?". Y no fue Francisco ni Domingo, sino Ignacio, San Ignacio, Capitán de Cristo, que en el ejemplo de los santos encontró el punto de partida para responder con generosidad al llamado del Rey Eternal.

Pero vayamos al libro que nos ha inspirado estas reflexiones. Presentación excelente, el santo de cada día según el nuevo calendario, su vida en un texto breve como un pantallazo, ilustrada con imágenes que semejan las de una "historieta" de buena calidad. No se vea en esto último una intención despectiva. Al contrario: en nuestra "civilización de la imagen" resulta casi total la carencia de un hábito de lectura en los niños y jóvenes, por lo que este libro, aparte de su intrínseco provecho, puede servir de introducción para lecturas posteriores más amplias y profundas.

Creemos que este es el camino: de la ilustración con texto a las "vidas de santos" completas y de allí a los libros de espiritualidad o de formación doc-

trinal. El joven que haya seguido este camino recordará siempre con agrado las lecturas que lo iniciaron en los primeros pasos.

Recomendamos este libro, pues, para niños y jóvenes. Pero sabemos que los adultos, al hojearlo, pensarán con nostalgia en aquel "Flos Sanctorum", hojeado o leído en casa de los abuelos, y que sembró talvez en sus almas los primeros deseos del seguimiento de Cristo.

P. ALBERTO EZCURRA

PROFESORES DEL INSTITUTO PATRISTICO AUGUSTINIANUM DE ROMA, **Patrología**, vol. III, La Editorial Católica (B. A. C.), Madrid, 1981, 790 pgs.

El presente volumen es la continuación de la famosa **Patrología** de Johannes Quasten, de la cual éste sólo escribió los dos primeros tomos, y que una prolongada enfermedad le impide lamentablemente completar. Un grupo de ocho profesores del Instituto Patristico Augustinianum asumió felizmente la retoma de esta ímproba tarea. El tomo III estudia la edad de oro de la patrística latina, desde el Concilio de Nicea al de Calcedonia. El amplísimo abanico de la literatura cristiana de este rico período es analizado por diversos especialistas en la materia.

Los autores tratan de sus respectivos temas o autores con evidente autonomía, limitada tan sólo por la común referencia al esquema de Quasten. Tras un análisis del contexto cultural, exponen la vida, obras y doctrina de cada uno de los Padres elegidos. Ofrecen así un estudio amplio y orgánico de las principales figuras que dominan la literatura de la época e incluso de los aspectos históricos que constituyen su marco, sin olvidar las figuras menores o menos conocidas. De ahí el doble criterio, histórico y geográfico, que preside la disposición del volumen.

Según nuestro modesto entender, el juicio crítico de los diversos colaboradores es, por lo general, certero. Acotemos, sin embargo, que cuando se

trata de San Agustín hubiéramos deseado una exposición de su teología de la historia, tan admirablemente desarrollada en su "De Civitate Dei", a la cual apenas si se alude, así como lamentamos que en el tratamiento de San León Magno, autor que cierra el desfile de personalidades, no se dé el espacio debido a sus análisis litúrgicos, a nuestro juicio lo más meduloso de su pensamiento.

La traducción española, que ha sido revisada por los autores, ha permitido controlar e incluso completar las indicaciones bibliográficas originales y asimismo añadir otros datos sobre autores de la Península Ibérica.

Libro fundamental para todos los amantes de la teología positiva y muy útil para los católicos de cierto nivel cultural.

P. ALFREDO SAENZ

DELHAYE - BOULANGE, **Esperanza y vida cristiana**, RIALP, Madrid, 1978, 321 pgs.

Mons. Philippe Delhaye, secretario de la Comisión Teológica Internacional, y su discípulo y colaborador, Boulange, son los autores de este tratado que contribuye a redescubrir la virtud teológica de la esperanza. Podemos colocarlo junto a la diáfana inteligencia de Pieper, a la escolástica precisión de Royo Marín, a las agudas reflexiones de Pinkaers, la sabia erudición de Santiago Ramírez o la más fluida y complicada de Alfaro. ¿Cómo lo clasificaríamos? Como una obra a la vez teológica y didáctica, pues su estilo conserva el primigenio de clases o conferencias, pero "despojadas de subdivisiones y de aparato técnico".

Redescubrir la esperanza... Pues es verdad que esta virtud, en parte por la división extremada entre el dogma y la moral casuística, en parte por las dificultades que ofrece el análisis de la fe, resultó relegada a un lugar secundario en los estudios teológicos.

Redescubrirla como **virtud teológica**, en su exacto lugar y realidad. Porque hoy de la esperanza se habla mucho,

pero mal. Momento hubo en que alguien descubrió a la postergada Cenicenta y ésta pasó a ser reina. Pero una reina descocada, como aquellas verdades enloquecidas que detectaba Chesterton en las doctrinas heréticas.

La tendencia luterana a confundir la fe (fiducial) con la esperanza alcanzó su culminación en Moltmann quien, con su teoría de las "religiones de la promesa", reduce toda la teología a una esperanza escatológica. Pero como de esa esperanza no sabemos nada, la esperanza queda reducida a un dinamismo intramundano que nos lleva a la lucha contra todas las opresiones y miserias humanas.

Resta abierto el camino para todas las "teologías" de la política, de la revolución o de la liberación. La esperanza se hace inmanente a todas las utopías soñadoras de un paraíso terreno, y deja de ser personal para transformarse en colectiva. Su sujeto es la clase, el pueblo, la humanidad. Se produce una judaización de la teología: el Exodo, sombra y figura de la Pascua de Cristo y del bautismo, pasa a ser el analogado principal, mientras Pascua cristiana y bautismo son sólo figuras o símbolos del Exodo, es decir de una liberación política y temporal.

Y no valen para salvar la verdad las vagas referencias a una ambigua reserva escatológica. Es más coherente Bloch. Su "esperanza" marxista, aunque disfrazada con lenguaje teológico, tiene el valor de llegar hasta las últimas consecuencias, en la famosa afirmación: "Ubi Lenin, ibi Jerusalem".

Rechazamos todas estas falsificaciones. Pero que no se nos diga que nuestra esperanza es "alienante". Sigue siendo la de la Oración Dominical, que pide al mismo tiempo "venga Tu reino" y "el pan de cada día", con la conciencia de una auténtica jerarquía de valores, cosa que tan bien expresa San Ignacio al exponer su doctrina del "tanto cuanto" en su Principio y Fundamento.

El libro que nos ocupa vale para conocer la esperanza verdadera, así como el puesto central que ésta ocupa en el conjunto de la vida cristiana. Se

dirige en primer lugar a la Sagrada Escritura, para señalar la purificación de la esperanza mesiánica en el Antiguo Testamento y la confianza neotestamentaria en la promesa realizada, que funda y fortalece la paciente espera en la Segunda Venida.

En los escritos de los Santos Padres, la esperanza funda la alegría de los mártires, lleva a la humildad y a confiar sólo en Dios, se une íntimamente con la fe y la caridad, se expresa en símbolos (el ancla, el verde primaveral) que han llegado a ser clásicos.

La sistematización escolástica alcanza su culmen en Santo Tomás, quien define esta virtud, por analogía con la pasión de la esperanza, como el deseo de un bien arduo, futuro y posible. La escolástica posterior discutirá acerca del constitutivo formal, que algunos ponen en el deseo y otros en la confianza, debate que se relaciona con la consideración de la esperanza como "amor concupiscentiae".

Entre los filósofos modernos analizan los AA. la obra de Gabriel Marcel, del que destacan el fuerte acento puesto en la temporalidad de la esperanza, que es "pasar del tiempo cerrado al tiempo abierto" (p. 222) y la dimensión comunitaria que le da su relación con la caridad (cf. p. 235). Pensamos que la concepción de Marcel puede enriquecer algunos aspectos de la síntesis tomista, pero sin dejar de suponerla. A lo largo de toda la obra se nota una cierta insistencia de los AA. en el tema existencialista de la temporalidad. Sin considerarla incorrecta, preferimos la presentación más sobria que hace Pieper al hablar de la virtud del "homo viator" ("Sobre la Esperanza", cap. I).

El último capítulo, "Casuística moral y pastoral de la Esperanza", trata de la necesidad de esta virtud, de los pecados opuestos, y de las formas de vivirla en diversas circunstancias, de acuerdo a la edad, carácter, etc., así como de su valor moral. Encontramos allí acertadas consideraciones, de gran utilidad para insertar la esperanza en el contexto de la vida cristiana.

P. ALBERTO EZCURRA

STELLA MARIS VAZQUEZ, **Objetivos educacionales. Consideraciones básicas para su trazado**, CIAFIC Ediciones, Buenos Aires, 1981, 127 pgs.

Esta obra tiene por finalidad, según expresa la A. en su prólogo, trazar algunas líneas para una filosofía de la educación realista a partir de la cual se pueda pensar orgánicamente la elaboración de un currículum y se dirige a alumnos de Ciencias de la Educación y docentes de escuelas primarias. La primera parte está destinada a señalar los elementos esenciales que constituyen una filosofía de la educación, y la segunda —la menos extensa— se centra en el tema Hábitos y Objetivos de la Educación. El primero de los temas mencionados es objeto de una correcta elaboración, procediendo según el modo clásico de hacer Filosofía de la Educación: opcinar por un sistema filosófico ya elaborado, en este caso el tomismo, y tomar de él los núcleos antropológicos y axiológicos para fundamentar y normativizar la educación. Señalemos, sin embargo, una discrepancia con la A. En la obra afirma en varias oportunidades que el fin de la educación es el constitutivo formal de la Filosofía de la Educación. Esto, en nuestra opinión, implica reducir el ámbito de esta disciplina, si es que la Filosofía de la Educación busca dar el fundamento del proceso educativo e iluminar el sentido del resultado que es la educación. Por otro lado, la primera parte de esta obra que comentamos nos da la razón, pues en ella la A. explicita tanto la fundamentación antropológica como la normativización axiológica de la educación.

Pero vayamos a la segunda parte, que es la que más nos interesa. Existe en nuestros ámbitos educativos un inmoderado rigorismo y formalismo en la formulación de los objetivos de la planificación docente, quedando en el olvido lo más esencial, que es el logro del objetivo mismo. Pareciera que para quienes supervisan las planificaciones, si no está colocada "la palabra" correcta para tal o cual taxonomía ("habilidad para", "conocimiento de"), el objetivo está mal formulado y, en

consecuencia, no podrá ser alcanzado por el alumno.

El problema está, precisamente, en que tales taxonomías son generalmente de base conductista, cuando no son más que meras formulaciones técnicas con una pretendida fundamentación en la filosofía analítica. En este aspecto esta obra es de gran valor en cuanto significa un buen intento de poner las cosas en su lugar. Analiza la A. con acierto la taxonomía de B. Bloom que, sin duda, es la de mayor difusión en nuestro medio. Bloom utiliza en sentido unívoco la palabra conducta (como respuesta), por lo que en última instancia la educación queda reducida a mero condicionamiento. La secuencia del proceso del conocimiento que describe este autor adolece de algunas deficiencias y en el área afectiva todo es estímulo-respuesta. Conocer es sólo informarse y la recepción no implica el ejercicio de la voluntad. Según la A. esta taxonomía evidencia una metodología de trabajo netamente positivista que deja de lado todos los fenómenos o dimensiones que no son empíricamente observables. El origen de esto está, como expresa acertadamente, en haber tergiversado Bloom la naturaleza del conocimiento humano. Nosotros agregaríamos que en el fondo el origen está en una comprensión errónea de esa realidad tan compleja

y por momentos inefable que es cada persona humana concreta.

En la última parte se señalan las condiciones de determinación de los objetivos educacionales. Sobre esto debemos señalar que en la página 102, cuando hace el enunciado de las áreas de objetivos, habla de un área volitivo-afectivo-valorativa, cuando lo valorativo pertenece más propiamente al área cognoscitivo-intelectual. Se evidencia, sin embargo, el saber de la A. cuando expresa, por ejemplo, que "de acuerdo con estos criterios, habrá objetivos que se alcancen más propiamente en ciertas áreas y también otros que permanezcan constantes, intentados a diversos niveles de profundidad, según las edades" (pág. 108).

Observamos que a veces se mueve la A. con mucha soltura en temas que hoy están sujetos a discusión, como el epistemológico, y que sobre cuestiones opinables emplea un lenguaje apodíctico. Pero ello no obstante, la obra cumple acabadamente con la intención de indicar algunas líneas que la A. considera fundamentales —y lo son, ciertamente— para la determinación de los objetivos de la educación de acuerdo con un planteo realista de la naturaleza humana y del fin último trascendente del hombre.

JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS

Libros Recibidos

- ALEJO P., **La Unción de los Enfermos explicada al pueblo**, Paulinas-Claretiana, México-Buenos Aires, 1981, 95 pgs.
- BELAUNDE María del Carmen C. de - BELAUNDE César H., **Formación Moral y Cívica**, tres volúmenes correspondientes a los programas de 1º, 2º y 3er. años del ciclo básico para las escuelas de educación técnica y escuelas de comercio, Claretiana, Buenos Aires, 1981, 55, 60 y 86 pgs. resp.
- EQUIPO EPISCOPAL DE CATEQUESIS de la CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, **Bases para la catequesis de adolescentes**. Primera etapa: pre-adolescentes (de 12 a 14 años), Claretiana, Buenos Aires, 1982, 156 pgs.
- GIRABAL P., José M. c. m. f., **El Libro de los Santos. El Santo de cada día en imágenes**, Monar-Claretiana y Aplec Matagalls, Barcelona-Buenos Aires.
- JUAN PABLO II, **El trabajo humano. "Laborem exercens"**, Claretiana, Buenos Aires, 1981, 113 pgs.
- ORELLANO Francisco H., **Madre de los más pobres**. Nueva edición de "La santa del basural", Claretiana, Buenos Aires, 1981, 159 pgs.
- PUJOL Juan Alfredo o. f. m., "... y habitó entre nosotros...", Homilias para los domingos del ciclo "B", Claretiana-Ed. Franciscanas, Buenos Aires-Rosario, 1982, 330 pgs.
- VARIOS, **Teología mariana. Estudios**, Claretiana, Buenos Aires, 1981, 192 pgs.
- INSTITUTO PATRISTICO AUGUSTINIANUM, **Patrología III**. La edad de oro de la literatura patristica latina, La Editorial Católica (B. A. C.), Madrid, 1981, 790 pgs.
- ELCIO Daniel, **Clara de Asís. La hermana ideal de San Francisco**, La Editorial Católica (B. A. C.), Madrid, 1981, 258 pgs.
- VON BALTHASAR Hans Urs, **El complejo antirromano**, La Editorial Católica (B. A. C.), Madrid, 1981, 374 pgs.
- ROMAN José María, **San Vicente de Paul. I: Biografía**, La Editorial Católica (B. A. C.), Madrid, 1981, 707 pgs.
- RECONDO José M., **San Francisco Javier**, La Editorial Católica (B. A. C. popular), Madrid, 1981, 234 pgs.
- GRANERO Jesús Ma., **Elevaciones. Antología teresiana**, La Editorial Católica (B. A. C. popular), Madrid, 1981, 167 pgs.
- PERO-SANZ José Miguel, **Creyentes en la sociedad**, La Editorial Católica (B. A. C. popular), Madrid, 1981, 195 pgs.
- ALSINA José, **Tucídides. Historia, ética y política**, RIALP, Madrid, 1981, 339 pgs.
- SANCHEZ ALBORNOZ Claudio - VIÑAS Aurelio, **Lecturas históricas españolas**, 3a. ed., RIALP, Madrid, 1981, 481 pgs.
- PUJADAS José María, **Encuentros de promoción juvenil**. Guía para la organización de encuentros de promoción juvenil y grupos juveniles cristianos, Herder, Barcelona, 1981, 385 pgs.
- GONZALEZ Rubén o. p., **Los dominicos en la Argentina**, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, Tucumán, 1981, 158 pgs.

- CORVALAN LIMA Héctor, **Rosas y la formación constitucional argentina**, Idearium, Mendoza, 1979, 149 pgs.
- VARIOS, **La Quimera del Progresismo**, Cruz y Fierro, Buenos Aires, 1981, 385 pgs.
- VOCOS Francisco J., **El problema universitario y el movimiento reformista**, 2a. ed., Cruz y Fierro, Buenos Aires, 1981, 198 pgs.
- SOMBART Werner, **Los judíos y la vida económica**, Cuatro Espadas, Buenos Aires, 1981, 516 pgs.
- BERTHE R. P. Alfonso, **García Moreno**, Cruzamante, Buenos Aires, 1981, 705 pgs.
- GREENWAY Rogelio S., **Apóstoles en la ciudad**. Estrategias bíblicas para misiones urbanas, Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Cristiana Reformada, Grand Rapids, Michigan, EE. UU., 1981, 107 pgs.
- BOIXADOS Alberto, **La Revolución y el arte moderno**, DICTIO, Buenos Aires, 1981, 294 pgs.
- SOCIEDAD CATOLICA ARGENTINA DE FILOSOFIA, **La Filosofía del cristiano, hoy. Vol. III: Filosofía Cristiana y Ontología**, Actas del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, Córdoba, 1981, 510 pgs.
- IRAZUSTA Julio, **Breve historia de la Argentina**, Independencia, Buenos Aires, 1981, 309 pgs.
- PONFERRADA Juan O., **Valle de Luz**, Ed. del Autor, Catamarca, 1981.
- PONFERRADA Juan O., **Elegía del Paraíso**, Penka, Buenos Aires, 1982, 78 pgs.
- VANINI Edmundo, **María, Madre de Dios**, Colegio Parroquial Ntra. Sra. del Buen Viaje de Morón, Buenos Aires, 1981, 282 pgs.
- D'ANGELO RODRIGUEZ - DIAZ ARAUJO - GARRIDO, **Evolución y Evolucionismo**, OIKOS, Buenos Aires, 1982, 105 pgs.
- VARIOS, **La conservación del patrimonio material y espiritual de la Nación**, OIKOS, Buenos Aires, 1982, 292 pgs.
- GIUSSANI Luigi, **El sentido religioso**, Encuentro, Madrid, 1981, 184 pgs.
- VON BALTHASAR Hans Urs - GIUSSANI Luigi, **El compromiso del cristiano en el mundo**, Encuentro, Madrid, 1981, 184 pgs.
- GHEON Henri, **Saint Martin, l'évêque des païens**, Ed. Culture et Promotion Populaire, París, 1981, 217 pgs.
- BORD Lucien-Jean, **Les Mérovingiens. "Les rois inconnus"**, Editions de Chiré, Chiré-en-Montreuil, Vouillé, 1981, 284 pgs.
- JEDIN Hubert, **Historia del Concilio de Trento**, Tomo 4, vol. 1: Francia y la reanudación del Concilio; vol. 2: Superación de la crisis. Conclusión y ratificación, EUNSA, Pamplona, 1981, 464 y 440 pgs. resp.
- TRESMONTANT Claude, **La crisis modernista**, Herder, Barcelona, 1981, 329 pgs.
- VORGRIMLER Herbert, **El cristiano ante la muerte**, Herder, Barcelona, 1981, 163 pgs.
- HAAG Herbert, **El problema del mal**, Herder, Barcelona, 1981, 339 pgs.